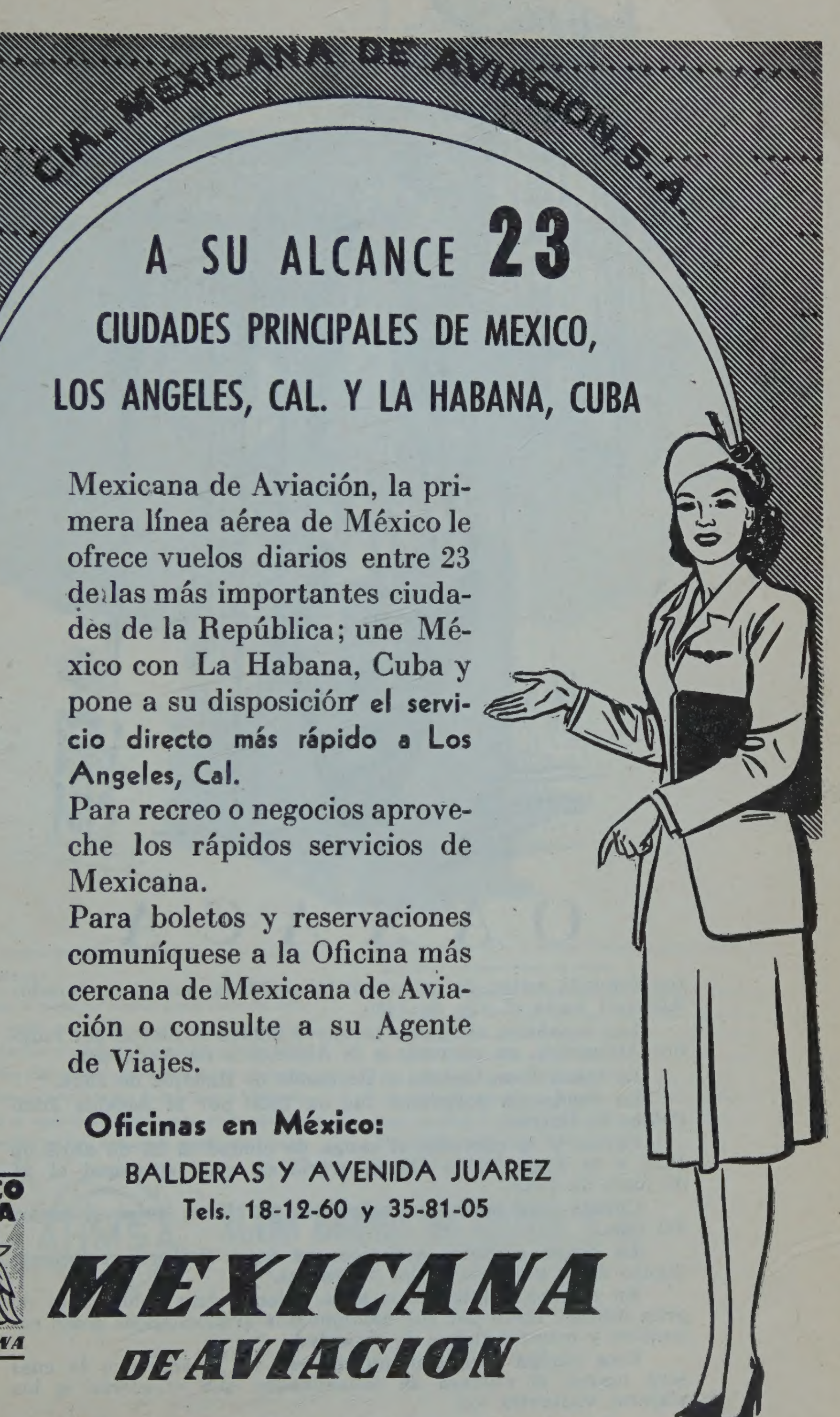
CUADERNOS
190
AMERICANOS

MEXICO

5



CIA. MEXICANA DE AVIACION, S. A.
A SU ALCANCE 23
CIUDADES PRINCIPALES DE MEXICO,
LOS ANGELES, CAL. Y LA HABANA, CUBA
Mexicana de Aviación, la primera línea aérea de México le ofrece vuelos diarios entre 23 de las más importantes ciudades de la República; une México con La Habana, Cuba y pone a su disposición el servicio directo más rápido a Los Angeles, Cal.
Para recreo o negocios aproveche los rápidos servicios de Mexicana.
Para boletos y reservaciones comuníquese a la Oficina más cercana de Mexicana de Aviación o consulte a su Agente de Viajes.
Oficinas en México:
BALDERAS Y AVENIDA JUAREZ
Tels. 18-12-60 y 35-81-05
MEXICO VUELA POR
MEXICANA
MEXICANA
DE AVIACION
Agentes de: PAN AMERICAN WORLD AIRWAYS
M-40A



O A X A C A

fué fundada antes de la conquista española por el emperador Ahuizotl hacia el año de 1480.

Los españoles al fundar la nueva ciudad le dieron por nombre Antequera, en recuerdo a la Antequera de Andalucía.

La trazó Juan Cedeño y Hernando de Badajoz de 1524.

La fundación definitiva fué en 1529 por el Alcalde Juan Peláez de Barrio.

Carlos V le concedió el rango de ciudad el 25 de abril de 1532 y el Papa Pablo III la erigió en sede episcopal el 21 de junio de 1535.

Cuenta esta hermosa ciudad con un clima, quizá el mejor del país.

La ornan edificios artísticos ya sean civiles o religiosos dignos de la atención de los visitantes.

En cincuenta kilómetros a la redonda hay poblaciones de gran interés, tanto por sus monumentos arqueológicos como coloniales y asuntos llenos de tipicidad.

Esta ciudad será comunicada con vía ancha, con lo cual será mayor el número de comodidades que ofrecerán a los viajeros visitantes los

FERROCARRILES NACIONALES DE MEXICO


ALAS EXTRA
se destacan
entre los
de su categoría
ALAS
OVALADOS
ALAS
EXTRA
35¢ cajetilla
AE-RFF

CUADERNOS AMERICANOS

No. 5 Septiembre-Octubre de 1950 Vol. LIII

INDICE

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO IX VOL. LIII

5

SEPTIEMBRE - OCTUBRE
1950

MÉXICO, 1º DE SEPTIEMBRE DE 1950

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F. CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MEXICO, D. F.

S U M A R I O

INDICE DE ILUSTRACIONES

Fotograbados de
Fotograbadores y Rotograbadores Unidos, S. de R. L.
Bucareli 24.—México, D. F.

Nuestro Tiempo

PARA UN RETRATO MORAL DE EUROPA EN NUESTROS DIAS*

Por *Romualdo BRUGHETTI*

Se oye a ciertos individuos agoreros proclamar que Europa está entrando en su zona de sombra, que Europa ha muerto.

Pero, ¿qué significa esto de repetir: "Europa ha muerto"? Sería lo mismo que afirmar: "El nazismo ha triunfado". ¿Cómo podemos por un minuto pensar en este triunfo o en aquella muerte?

Baste con preguntarnos qué representa Europa en el mundo del espíritu. Representa la cultura, la civilización, el espíritu en abierta lucha, desde dentro y en llaga viva, contra el caos, la injusticia y la derrota de la humanidad que vive en cada uno de nosotros.

Cuando escribimos: Partenón, Catedral Gótica, Palacio, Renacimiento, ¿a qué si no a construcciones de Europa aludimos? Y podemos volver a nuestros labios nombres de místicos legisladores, de poetas, de artistas, de filósofos, de sabios, de hombres de sistema y de hombres de libertad, pertenecientes a pueblos en los que la larga tradición moral se ha sostenido en personas de sobresalientes aptitudes humanas por sobre desastres y victorias que se manifiestan más que en derechos usados en deberes cumplidos.

---

* El tema de Europa es infinito. Por esta evidencia, ha sido mi propósito reunir testimonios —páginas de un Diario— que prefiguran direcciones de la vida interior europea —particularmente de Italia y Francia— en el drama de su vivo o muerto pensamiento. Esto a través de experiencias humanas, intelectuales y artísticas, en el grado que no ha sido dada la comprensión de concretos problemas de conducta prefiguradores de una ética y una metafísica, disciplinas estas que de lo personal ascienden a lo comunitario en su pura concepción del mundo moral e ideal surgido de realidades, es decir, de realidades y de poesía, pues "sin poesía todo pueblo perecerá".

En el campo intenso de fermentos del viejo continente, jamás desecharemos la lira del griego Orfeo que supo aplacar con sus melodías a los hombres y a las bestias.

No obstante, desde hace siglos, el día que se desmoronó la República Católica Medieval, al decir de Frank, o yendo más lejos, cuando se apagó el resplandor de la antigua Grecia, comienza un fenómeno a debatirse en Europa: ese fenómeno se llama desintegración, mas ese fenómeno puede denominarse también búsqueda de la perdida unidad y, tal vez, en esencia, unidad misma.

El drama de Europa

No es sólo una angustia del cerebro, es una angustia del corazón que se agita sobre esa antigua tierra. Y esta angustia revelada tiene carácter hondo y aspira a replantear en términos concretos los problemas del hombre frente a la Vida y frente a la Muerte.

El drama de Europa, que es el drama de su existencia y de su cultura, a mi modo de ver puede formularse así: Debemos ir del "laisser faire, laisser passer" al nuevo principio de la regulación mundial. Esto parecería una simple cuestión atinente a la economía y, en cambio, asume las más diversificadas proyecciones. Se agudizó en el siglo XIX el divorcio entre Pueblo, Nación y Estado. Mientras la ciencia y la razón aspiraban a acercar las partes habitadas del planeta, fenómenos derivados de complejas situaciones históricas y humanas tendían a reducir al hombre a un número de una oscura organización, quedando minadas las fuentes legítimas de la persona. Se justifica a ultrasensibles alzar su voz sobre el caos. Un Nerval, analizando "las graves circunstancias de la vida". Un Rimbaud, apóstol de una poesía que clama por una nueva humanidad en su consigna: "¡Cambiar de vida!" Un Marx, que se propuso: "¡Transformar la sociedad", el mundo! Y los simbolistas, y los superrealistas, y los existencialistas. . . Etapas de búsquedas en las cuales se alían lo real y lo imaginario, lo cotidiano y el mito.

Nietzsche, a través de seis palabras que le dolían en el alma, trazó el drama espiritual del hombre. Las seis palabras, son: Migración, Soledad, Sufrimiento, Conocimiento, Comunión, Purificación. Desterrándonos —*migración*— abandona-

mos lo tentadoramente fácil y la soledad nos aposenta en sus austeros brazos. Y para estar en la *soledad* hay que poseer fortaleza física y entereza moral, incluso talento creador, imaginación viva, una dosis grande de virilidad y conciencia plena de renunciamientos, porque estamos en el sufrimiento. De este modo nos viene por la experiencia un fundamental *conocimiento* que enciende intensa llama, ardor que nos hace estar en *comunión,* poblada comunión con todo lo humano; más tarde vendrá la *purificación.* Al concluir este cíclico proceso, el hombre puede convertirse en hombre, y un hombre convertido, redimido, bien puede ser como decía el trágico y en este caso auténtico Nietzsche: "El mar cantando sobre las rocas". Cada uno habrá hecho su camino de Damasco.

Cuando el hombre se haya recuperado a sí mismo, el Estado abandonará su degradante figura actual, puesto que cuando el hombre es en sí la unidad ha divinizado lo humano, ha hecho de sí mismo un microcosmos. Y, para cumplir este destino, otro europeo atormentado y puro, el danés Kierkegaard, nos dijo que debemos tener "la paciencia de ser espíritu".

¡La paciencia de ser espíritu! ¿No es exacto que Europa desde los antiguos tiempos de las invasiones bárbaras hasta nuestros días ha visto hechos que erizan la piel y llevan la rebelión a nuestro cuerpo y a nuestra alma? Baste pensar en la reciente guerra en la cual el pueblo de un continente ha sufrido en carne viva los mayores dolores de la especie. No obstante el dolor de esas llagas, infinitos hombres combaten hoy por una religión precursora de justicia y de paz. ¡Qué buen ejemplo para nuestra América esta lección de viejos pueblos que han sabido resistir a los vejámenes y a las amarguras, a las más terribles agonías! Este defender la esencia con la existencia sigue siendo su lección suprema.

Pueblo y escritores. Hechos

ESTANDO yo en viaje por ciudades y pueblos de Italia y Francia, escuché testimonios humanos tan desgarradores como éste: En plena noche de invierno un piquete nazi llega a una población dormida, armado de ametralladoras y demás instrumentos de muerte. Golpean en las puertas de las casas y penetran violentamente en ellas. Los hombres de la aldea han huído al

campo o a la montaña, incorporados a los grupos de patriotas que luchan contra el oprobio de la dictadura. No encontrando a los hombres, toman a las mujeres y semidesnudas, bajo una noche helada, va esta carne sufriente a parar a los paredones de una plaza. Y allí, primero interrogadas y luego puestas en fila, las manos en alto y de frente, hasta el alba: unas caídas, muertas de miedo, y otras vejadas o ultimadas. Pese a este cuadro tremendo, ninguna de esas mujeres abrieron la boca para denunciar a sus hijos, maridos, hermanos o novios. ¡Alto sentido del deber, parangonable al de aquel soldado romano que, según cuenta Spengler, murió en su puesto por no haber sido licenciado! Pero no se trata de historia antigua o de mitos legendarios; se trata de la historia viviente que están escribiendo nuestros contemporáneos.

El pueblo de los países que he visitado tiene abiertos los ojos a la realidad. El pueblo es un constante juzgador de actos y de hechos que circundan su existencia y la de la familia social. Públicamente expone sus ideas.

¿Otra guerra? "Nos iremos a los montes", dicen ex combatientes italianos; "allá prepararemos la resistencia para abatir las restricciones a la libertad y al trabajo humano". Otros confiesan su descontento por el partido imperante tanto como por el partido de la oposición. El campesino, el hombre de la tierra, protesta, o espera tiempos más definidos.

Los ex combatientes franceses piden investigar los campos rusos de concentración. Y vastos movimientos de opinión se oponen al uso de la energía atómica. "Guerra a la guerra", parece ser la consigna valedera. Al llegar a París, asistí al debate acerca de un ministro que quiso convertirse en jefe de gobierno. Comprobé que los grandes diarios unánimemente señalaban las relaciones de ese secretario de estado con la banca y el capitalismo y, naturalmente, fracasó en sus intenciones.

Veo a Europa remozarse, renovarse, con la firme decisión de abatir seculares dominios, prejuicios y privilegios, alerta ante los excesos de poder. ¡Pero cuántos *perros crueles* tendrá que dominar! . . .

EN el Giardino del Boboli de Florencia y en el Teatro Romano de Verona, asistí a representaciones teatrales de obras de Shakespeare: *Troilo y Cresida* y *Julio César*. De la primera, presentada por Lucchino Visconti, quiero destacar este episo-

dio: En momentos que el troyano Héctor va a morir, soldados griegos rodean a Aquiles y, de pronto, se abalanzan sobre la víctima, hundiendo sus lanzas en el cuerpo que no ofrece resistencia. Aquiles —como un ridículo y nefasto personaje de los desfiles "paso de ganso"— permanece impasible, cruzado de brazos y con gesto despectivo o indiferente. Los soldados, después de cometer el crimen, muy orondos se dirigen a su jefe en son de victoria y proclaman el poder fulminante de la espada de Aquiles... El público suelta una carcajada. En *Julio César,* Bruto conspira contra su presunto padre, después de serias cavilaciones, en defensa de la República, contra la sospecha de que el guerrero iba a convertirse en dictador... El pueblo italiano democrático rechaza todo supuesto líder absoluto o "protector".

En un cine de Montmartre, vi la película *Ladrón de Bicicletas,* de Vittorio de Sica. El nuevo cine italiano es realista, de imagen directa, de argumento vivido con actores escogidos en el pueblo, no profesionales. A través de un hecho, un episodio sin importancia aparente, se llega a construir un drama. Un obrero —en la vida real un obrero metalúrgico— para obtener trabajo necesita una bicicleta. Obtenida ésta con sacrificios a poco andar se la roban. El protagonista y su hijo pequeño multiplican afanes en la persecución del ladrón. Las calles, los barrios populares, una iglesia, un burdel, una casa de miseria, desfilan en esta historia romana. Todo ocurre en un día; sólo que este nuevo Ulises ha sido extraído de la dura realidad social. El drama y su contraparte la farsa juegan su rol. Al protagonista no le queda otro remedio que robar a su vez, después de angustiosas búsquedas, una bicicleta. Pero, de inmediato, lo prenden, salvándose la vida o de ir a la cárcel por un milagro de comprensión humana. De Sica nos muestra un momento de un hombre común, de un trabajador, de un proletario, y el sufrimiento de un pueblo, su honradez y también su estado de postración, de abandono, de engaño, de vicio, de sufrimiento, factores que impulsan a delinquir. El director hace cine de contenido, intenso de contrastes, rico de imágenes plásticas que se suceden sin tropiezos. El cineasta italiano ha aprendido de la literatura actual ese no perderse en detalles superfluos. El director y el argumentista (el escritor Cesare Zavattini) desarrollan íntegramente su drama; nada más cuenta. Y de ese relato limpio, claro, sin pesadillas, surge un hombre con sus circunstancias, ligándose lo humano a lo artístico, sin alardes.

Al salir del modesto cine "des Agriculteurs", vi a mujeres con lágrimas en los ojos. Esas francesas habían sentido en el corazón, universalmente, la narración cinemática. ¡Cómo dudar que los pueblos —como los artistas, como los escritores— saben mirarse a los ojos!

Me obsesionan las imágenes de Shakespeare recreadas por los italianos y la historia del "Ladrón de Bicicletas", tan entrañablemente viva. Vienen a mí, bajo esos influjos, versos de Salvatore Quasimodo, de *Giorno dopo giorno,* el poema del hombre salido de la guerra —"infame tempo perduto".

> Sei ancora quello della pietra e della fionda,
> uomo del mio tempo. Eri nella carlinga
> con le ali maligne, le meridiane di morte.
> —T'ho visto— dentro il carro di fuoco, alle forche,
> alle ruote di tortura. T'ho visto; eri tu,
> con la tua scienza esatta persuasa allo sterminio
> senza amore, senza Cristo.

En otro poema, irrumpe la voz del poeta acongojado:

> E come potevamo noi cantare
> con il piede straniero sopra il cuore,
> fra i morti abbandonati nelle piazze
> sull' erba dura di ghiaccio, al lamento
> d'agnello del fanciulli, all'urlo nero
> della madre che andava incontro al figlio
> crocifisso sul palo del telegrafo?

En esta corriente de ideas —las del hombre, las de la guerra— resulta tanto más justa y valerosa aquella página de *Les Temps Modernes,* la revista de Jean Paul Sartre, al referirse a la cuestión de Indochina. "Sabemos —se explica— que se dirá: esta lucha nos es impuesta, no hacemos sino defendernos... ¿Pero no se ve que esta respuesta es más que otra alguna, abrumadora? Si en verdad estamos acorralados ante la guerra, si en verdad no podemos elegir sino entre mantenernos combatiendo o partir ¡pues bien! vámonos. Permanecer en Indochina por la fuerza de las armas sería en sí una ignominia; permanecer porque, en nuestro desmoronamiento, hemos encontrado al fin alguien más débil que nosotros sería la peor de las irrisiones... Esta guerra en efecto no es una guerra como cualquier otra. Es la guerra más innoble de todas, pues es riguro-

samente imposible justificarla por otra cosa que por el nacionalismo: es una guerra colonial".

Y ya que aludí a Sartre —sin insistir en este escritor tan difundido en los últimos años—, pienso en una obra para mí muy esclarecedora: *A puerta cerrada.* De este breve drama, repito las palabras de Garcin: "Acepto todo, la bota, la tenaza, el plomo derretido, las pinzas, el garrote, todo aquello que quema, que lacera, quiero sufrir seriamente. Mejor cien mordizcos, mejor el látigo, el vitriolo, que esta tortura del cerebro, esta larva de sufrimiento que punza, que roza, y no hiere en grado suficiente". Inés, Stella y Garcin —los tres personajes del drama— están condenados al Infierno. Como en la *Comedia* de Dante están allí para toda la eternidad, y se repetirán en consecuencia sus males. No hay escapatoria: detrás de esa "puerta cerrada" sus vidas no tienen esperanza. Los tres son personas muertas. Los crímenes no tienen redención.

¿No vemos aquí una profunda actitud moral que parte de la náusea que producen deleznables situaciones humanas para alcanzar por sobre las más bruscas realidades, la libertad? Veo en el "ateísmo coherente" de Sartre un soplo de tragedia y a un tiempo mismo una virtud. Sabemos que los individuos que se desprenden de su obra, o de *Kaputt,* de Malaparte, son depravados, cínicos o adventicios. Están cansados de sobrellevar carga lúcida, son monstruos imaginados o intuídos por las imágenes plásticas del *medium* Pablo Picasso. Sin embargo, existe una gran distancia entre esa aptitud existencialista y la frase de André Gide, que, con buenos sentimientos se hace mala literatura, o la petición de ciertos sectores políticos de nuestro tiempo reclamando hombres fuertes. . . Porque conviene recordar que, por ejemplo, en el santuario cristiano de la Edad Media, en donde eran enterrados los muertos ilustres, "los miasmas de la putrefacción —ha dicho un escritor (G. Carducci)— amonestaban continuamente al hombre acerca de su vileza, y le inspiran, a un tiempo mismo, el disgusto de ser y el horror de no ser. Todo representa la muerte". Y ¿cómo no decirlo? Esas vísceras, osamentas y esqueletos fueron históricamente útiles para abatir "el imperio" y "la soez materialidad de los bárbaros, para frenar la fuerza ciega y orgullosa de los descendientes de Atila, de Genserico, de Clodoveo".

Por este conducto, sabemos que sobre las incontables náuseas, sobre el derrumbe y el caos, un pequeño núcleo de creadores —isla inextinguible— en un futuro más libre frente al César

ha de elegir a la suprema Idealidad o Superrealidad —Nuevo Mundo—, o, más humildemente y en un plano popular, frente al Mal ha de elegir el Bien. Pues, cuando Caín creyó por un movimiento de inferioridad que debía matar, Abel creyó por un imperativo de sublimidad que debía loar la naturaleza divina. El antiguo hecho se renueva en grávidas horas. La resurrección de Abel ha de alentar el advenimiento de un entrevisto hombre nuevo.

Presencia moral de un novelista

En Italia me acerqué a la obra de un novelista que vive en Roma: Alberto Moravia: Leí *Los indiferentes* y *Las ambiciones equivocadas.* Ambos son libros muy vivos y muy densos. Son los de Moravia personajes burgueses, de una sociedad actual decadente. El doble juego del pensar y el decir, las entretejidas cuestiones de vanidades, amor propio, equívocos, ambiciones, son parte de la psicología de sus personajes. En estas novelas, se manifiestan problemas de amantes, las viejas relaciones entre hombres y mujeres en el plano del amor físico, sus atracciones o repulsiones. Las gentes, esclavas de una sociedad mundana, tienen entre otros complejos los de las posesiones calculadas y cínicas. Intereses, egoísmos, pasiones, "ambizioni sbagliate", al cabo de todo. Pero hay también una mujer capaz de odio y pasión hasta el crimen y un periodista capaz de amor y pasión hasta el sacrificio. Moravia desnuda a una sociedad, y hombres pertenecientes a esa sociedad en su vida íntima que es la actitud del desastre. En aquella mujer, la amante Andreina, existe por lo menos el fuego del odio y en Pietro, el periodista, el sentimiento que se sobrepone a los intereses. Pero todos, todas esas gentes han vivido ambiciones equivocadas, todas están condenadas aquí también como en el Infierno de la teología cristiana, al abismo de donde no se vuelve. Moravia concluye su novela con un viento de tempestad que arremolina la materia de su drama, la adensa, la clarifica, la libera, la ejemplariza. ¿Y no es evidente que en el fondo de estos personajes existe una condena por parte del escritor? He ahí la misión de un intelectual sincero: denunciar equívocos, falsedades, ignominias, y con esta materia construir una obra de arte.

Más recientemente, Moravia publicó *La Romana.* El escritor sigue fiel a ambientes que exaltan el trazado densamente

humano de su novelística. El personaje central, es esta vez una sencilla mujer del pueblo, que se ve impelida a hacer "la vida". Adriana, al final del libro, va a tener un hijo, y reflexiona así: "Pensé en mi hijo. Pensé que habría nacido de un asesino y de una prostituta; pero a todos los hombres puede ocurrir de matar y a todas las mujeres de darse por dinero. Pero lo que importaba era que naciese bien y creciese sano y vigoroso. Y decidí que si fuese varón lo llamaría Giacomo en recuerdo de Mino". (Mino es a quien ella había amado, siendo correspondida). "Pero si fuese una mujer —agrega— la llamaría Letizia, porque a diferencia de mí, quisiera que viviese una vida alegre y feliz". Esta es la distancia que va del desconcierto y la depresión a la fe. Los personajes de Moravia son la vida, pero aquí la vida tiende a una dirección prefijada.

Mauriac y el catolicismo

En una pequeña ciudad del norte de Francia, después de visitar las catedrales de Amiens y Bauvais y las ruinas que la guerra ha dejado en esos parajes, vinieron a mis manos fragmentos de libros y declaraciones actuales de François Mauriac. Había leído yo placas pegadas a las columnas de la vieja catedral gótica de Amiens, placas que celebran la defensa y el rescate de esta ciudad en la contienda del 14 al 18 por soldados del Canadá, palabras que me dejaron profundamente triste. "A la gloria de Dios", decían las inscripciones en francés y en inglés. No podía explicarme el por qué eso de morir "por la gloria de Dios". Esas gentes que veía por las calles y que viajaban a mi lado en el tren o en el ómnibus, si mañana les tocara otra guerra y debieran morir, ¿será por la gloria de Dios? Me resisto a creer, a imaginar tal cosa.

En tanto que fluyen en mí estas reflexiones, leo a Mauriac y penetro en el drama del hombre escritor, el drama del católico, el cual no puede evadirse de su catolicismo, pero cuyo peso secular siente. Cuando durante la primera guerra mundial, Mauriac va a Grecia, anota en su *Diario de un hombre de treinta años*: "Viaje a Grecia no para buscar la religión de la alegría, de la medida, ni una cierta armonía, pero por el contrario para mejor comprender que ningún paganismo se adapta a la vida dolorosa". Baste ver su rostro actual para compren-

der cuán doloroso es. Dice el escritor: "He aquí un drama. Yo he nacido y este nacimiento no ha sido elegido por mí. Esta religión me ha sido impuesta desde mi nacimiento. Otros que han nacido en las mismas condiciones, se han evadido. . . Pero yo, pertenezco a la raza de aquellos que, nacidos en el catolicismo, han comprendido, llegados a la edad de hombre, que ellos no podrán ya evadirse, que no pertenecía a ellos ni la salida ni la entrada". En *Le baiser au lépreux,* Jean Péloueyre se casa con Noemí d'Artiailh, porque ésta no puede rehusarse. Y el triunfo —el triunfo del amor— se cumple después de su muerte.

En las novelas de Mauriac se mueve una inquietud desesperada. El escritor se siente esclavo del pecado. En su literatura, en las criaturas de sus libros, viven siglos de pasiones vencidas, de sentimientos dominados, de convenciones y de rutina. A través de Mauriac, comprendí claramente las inscripciones de Amiens. François Mauriac —he aquí el testimonio de la clarividente honestidad de este europeo cristianísimo—, declaró a Albert Camus —ese ardiente buscador de la comunión en la desgracia, la peste y la dictadura— a propósito de aquella fidelidad al catolicismo hasta la muerte: "Esto —le explicó Mauriac— concierne a mí solo. Yo os libro de los pensamientos de la declinación, os hablo como un hombre cuyas pestañas se le vuelven pesadas y que sabe de qué lado espera contar con la gracia de adormecerse" . . . Esta actitud agónica es la de un importante sector europeo de nuestro tiempo.

La poesía. Testimonios

En París, recordé súbitamente aquello de que "la poesía debe ser hecha por todos y no por uno". Pensé en el atormentado Conde de Lautreamont, nacido bajo el claro cielo montevideano. Leí poemas de Paul Eluard y me repetí sus palabras: "Todo hombre es hermano de Prometeo". Y me dije: sí, la vida, el pueblo, las grandes alegrías, los grandes dolores, la esperanza, son de todos. El poeta debe *rimar* esa universalidad. Pero si se permanece por debajo de esa vida, de ese pueblo, de esas grandes alegrías, de esos grandes dolores, de esa esperanza, si uno siente la inconmovible soledad de todo, ¡qué estupendo destino, a pesar del sufrimiento que implica, soñar una comunión universal para hacer una poesía escrita no por uno sino por todos!

Y vino a mí la negativa de Pablo Neruda cuando, después de un viaje a través de Polonia y la Unión Soviética, y al asistir a un reciente congreso de juventudes, deshizo el compromiso con un editor húngaro acerca de la publicación de sus poemas a ese idioma, por haber comprendido que a esos jóvenes debía ofrecerles cantos de pasión y de vida, y no lamentaciones, ni las enervantes, ni las desintegradas imágenes aniquiladoras de lo que el poeta llama "una época muerta".

La obra de Neruda no es conformista. Sus poemas jamás fueron sentidos ni escritos burguesa o retóricamente. Todo lo contrario: son densas expresiones de su lacerado ser interior. Pero la mayor parte de esos poemas fueron concebidos por Neruda antes de su militancia política. Ellos son testimonio de una época decadente, época que hoy combate y repudia. A mi juicio, son más revolucionarios aunque negativamente, que otros que aspiran a serlo. No obstante, respeto y valoro la actitud nerudiana, pues el poeta ha inaugurado en años recientes su *deslumbramiento* por hombres y paisajes —prefiguración de un destino— de América. Ello lo alista para mejor saber que las juventudes que se reunieron en Budapest aguardan una *residencia* en la tierra de la esperanza y la fraternidad: "los sueños deben convertirse en realidades". Porque los jóvenes de Europa, en 1950, si bien están entregados a los problemas de la angustia propios de esta edad histórica, habiendo huído de ellos aquella euforia que precedió a la otra contienda, se han vuelto precozmente maduros de humanidad, ya que han sufrido las consecuencias de la ocupación y de la guerra, y comprenden que la evasión para ellos es un lujo. Saben que deben renacer a un ideal de amor, buscando el acercamiento vivo entre la juventud que piensa, la juventud intelectual y la juventud que trabaja, puesto que ambas juventudes deben emprender la tarea difícil de resolver cosas concretas, de orden económico y de orden moral, de orden psicológico y de orden social, a fin de establecer puntos de partida para una sociedad *religiosamente* comunitaria. Nada de divisiones y sí uniones hacia un humanismo sin murallas ni fronteras.

Del humor a la realidad

En el buído universo de la poesía existe una enorme diferencia de sentido cuando se escribe: *¿Osaré yo comer un durazno?*, o, al decir de la ciudad de Milán, en un verso en francés: *¿Où*

se trouve la Cène, et un restaurant pas cher, con esta interrogación auténtica: *¿Dónde estará la palabra encontrada, dónde la palabra-clamada?* Eliot ha trabajado intensamente por la renovación poética contemporánea. El *humor* británico tiene rasgos salientes en los poemas de su juventud. Existe en su obra una preocupación de trascendencia y ella viene a ubicarse en la vida de un hombre culto frente a los incidentes naturales y prosaicos de la existencia. Veo un acercamiento entre Eliot y Kafka en lo que respecta al lenguaje, despojado de ropajes. El tema del poema o de la narración— sea en el poeta, sea en el novelista— es desenvuelto con una economía de palabras en la justa medida de su necesidad. Es el hecho que comanda la idea. Compruebo empero que, en Eliot, se hace excesivamente evidente el escepticismo moderno y este escepticismo se vuelve fragmentarismo y diversidad de estilos, hecho por el cual no siempre alcanza Eliot el símbolo de la unidad poética. Al admitir en sus poemas una actitud polémica infiere a su poesía una herida de este mundo demasiado humano. ¿Quién ignora que la creación artística significa el equilibrio entre la humanidad y la expresión? Dentro del símbolo está Kafka. El mundo de Kafka no es el "humor" sino el *absurdo,* pero el absurdo es el signo de nuestro tiempo, en tanto que el "humor" es pirueta o sarcasmo. Kafka confesó: "Unicamente la claridad sobre el rostro que se crispa y retrocede es verdadera". Este novelista no sonríe vanamente, no se distrae. Interesan los artistas de rostro austero y pensamiento riguroso, los espíritus dramáticos en quienes la sonrisa tiene un acento hondo. Asisto a rupturas en el lenguaje de Eliot al introducir hechos ligados a la vida común sin el transfigurado signo de la expresión artística. Surge la contradicción: Eliot, culto y esteta, intenta evadirse de su estetismo, pero su estetismo juvenil lo aprisiona. Esto representa una considerable fracción del pecado intelectual europeo de nuestro tiempo. Claro, después de *Primeros Poemas* y *La Tierra Vana* vendrán *Miércoles de Cenizas, Poemas de Ariel* y *Cuatro Cuartetos.* Pienso que ciertas actitudes sorprendentes de Eliot forman parte del drama contemporáneo del escritor, constituyen su miseria y su deseo de liberación, el alejamiento del hermetismo y su adentrarse en el tan odiado lugar común. Por lo demás (¿cómo suponer otra cosa en un hombre de la calidad de este poeta?) esas sorpresas, actitudes, "boutades", prosaísmos o lugares comunes cuentan con el conocimiento de Eliot, es decir, cuentan con su voluntad lógica de

obtener una expresión directa, alegórica y no sólo metafórica, universal.[2] La vida con su dura realidad alcanza a T. S. Eliot en la madurez y su ahondar encuentra el lenguaje de una experiencia profunda. Pasa del acento al *tono*. Su frecuentación del poema inmortal de Dante y otras literaturas antiguas y modernas, habrían de darle ese tono por cuyo conducto la naturalidad se hace válida. Y esta naturalidad tiende a ser clásica, ya que en el poema entra la sangre y el alma, lo intrascendente y lo representativo, la verdad y el mito, estableciéndose la unidad en un contrapunto de sorpresas y hallazgos, realidades y visiones. En el conjunto hay una transposición de vidas, diálogos y monólogos; se va al pasado y se vuelve al presente. Eliot crea los movimientos divididos y fragmentados del poema y los une igual que en los tiempos de una sinfonía o un cuarteto. Con este poeta se piensa en una poesía real al par que metafísica. Este poeta sabe conjugar linajudas tradiciones literarias europeas para darnos una nueva versión de la poesía, de vínculos a la vez cultos y populares.

La pintura. Grüber

En lo que atañe a la pintura han ocurrido hechos similares a la poesía. Sólo que la pintura, en Francia, han ensayado todos los caminos de la aventura, y hoy se encuentra en una difícil encrucijada. En verdad está cumpliendo una ruta inversa a la poesía: mientras ésta busca la tierra firme del hombre y su humanidad, la pintura anda moviéndose en los puros espacios de la abstracción. Al visitar el "Jeu de Paume", museo que reúne obras de los pintores impresionistas y postimpresionistas, éstos causaron en mí una enorme emoción. Vi cómo la

[2] En Buenos Aires, encontré casualmente en "El Hijo Pródigo" (México, nov. 1943), un ensayo de Rodolfo Usigli, en el cual se dice que "con todas las limitaciones que se quiera, Eliot ha hecho por la poesía inglesa lo que ningún poeta ha hecho hasta ahora por la española: buscar y encontrar un punto de cruce entre la poesía erudita y la poesía coloquial, entre la prosa y el verso, entre el objeto y el espíritu, sin salirse jamás de su línea de creación, ni siquiera para hacer propaganda. No siempre atina con la arquitectura, no siempre encuentra sus puntales en lo prosaico ni sus remates en lo poético, pero siempre se cruzan los dos extremos en su obra sin lesión para su pureza".

pintura estaba "en su punto". El mensaje de la luz-color y forma-color, se trate del primero o del segundo movimiento, en esta etapa luminosa vive su instante de gozo. Años después y en el curso de nuestro siglo, la pintura se fué dividiendo y fragmentando: alcanzó dominaciones cubistas, fieristas, expresionistas, etc. Ya no fué *una* —síntesis de arte— sino tantas visiones como escuelas fueron articulándose. En estos momentos, se halla en el mismo sitio por el cual Cézanne dijo del impresionismo —que había ido perdiendo el sentido de la forma— que debía solidificarse, que debía hacerse del impresionismo un arte duradero. Hoy urge *solidificar* el vanguardismo. En un conjunto de innumerables artistas —dejando de lado los mayores: Picasso, Braque, Rouault, Matisse— encontré un pintor de sumo interés para la joven generación. Los pintores jóvenes, de más calidad pero de escasa robustez artística, van y vienen alrededor de esos nombres principales. Francis Grüber efectuó una marcha peculiarmente suya, marcha en la que inciden su devoción por el *Retablo*, de Gante, de los Van Eyck y, seguramente, el *terrible* de Isenheim, de Grünewald, junto a hechos y *crueldades* contemporáneas. Este pintor murió a los treinta y seis años en 1948. Su expresión no se apartó de lo figurativo y aparente, mas lo figurativo y aparente están surcados con toques de dibujo a pincel, incisiones, rasgos atormentados y vivos que provienen del fierismo y del superrealismo expresionista y a un tiempo mismo se alejan de esas directivas.

Ningún artista escapa a su época. Un artista recibe ciertas formas de la tradición y de la sociedad en el largo trabajo que le precede. Esas formas evolucionan y cambian para cada generación y él —el artista— a su vez las dejará en manos de aquellos que le suceden y continúan. Desde Coppo di Marcovaldo, Margaritone de Arezzo y Bonaventura Berlinghieri la marcha no se detiene en el arte de Occidente. Y el mensaje artístico y humano ha ido adquiriendo las tipicidades de los nuevos tiempos. En Grüber, he percibido el denso mensaje de una juventud lacerada, juventud que se ubica entre las dos guerras y el incierto porvenir. En uno de sus cuadros, se ven dos figuras desnudas, caídas, y más lejos una flor roja que cierra el espacio compositivo. Este cuadro se denomina *La Esperanza*. Grüber no quiso destruir las formas de la naturaleza y de la vida. Para darnos un clima de tragedia o de expectación no necesitó de

contorsiones ni violencias, ni abstractismos deshumanizados.[3] No huyó del conflicto humano. El aire que circula en sus óleos es el de una tarde de otoño de París en la cual los grises ensayan una sonrisa de límpido cielo. Pero estos grises están tocados por el mal que llevará a Grüber prematuramente a la tumba.

Rearme Moral

En el Barrio Latino, en Montparnasse, en St. Germain des-Prés, en los barrios típicos en donde se reúnen intelectuales y artistas europeos y americanos, he visto la colección de poesías de Eliot en manos de estudiantes de distintos países de la tierra; asistí a discusiones sobre esa poesía y la pintura de Grüber, como asimismo de los no figurativos; intervine también acerca del "Personalismo", y a propósito del "Rearme Moral", de Buchman, el fundador del movimiento de los Grupos de Oxford del que quiero trazar las líneas salientes de su doctrina y práctica.

Durante la segunda guerra mundial, la resistencia noruega, por ejemplo, fué sostenida por los grupos de Oxford al punto que los nazis lo sabían y los perseguían. ¿Qué significa este Movimiento? En el siglo XIX el padre Gratry, escribió: "El mundo que vosotros queréis transformar en la justicia no se transformará jamás en tanto que no os transforméis a vosotros mismos. En tanto que vosotros refutéis de cambiar íntimamente, el mundo no cambiará. Y el mundo puede cambiar si vosotros cambiáis". Es por consiguiente necesario reformarse a sí mismo. Buchman —de ascendencia suiza pero nacido en Estados Unidos— invoca cuatro criterios absolutos: la honradez absoluta (hacia uno y hacia los otros), la pureza absoluta, el desinterés absoluto (no más preocuparse de uno mismo) y el amor absoluto. Que cada uno haga su propio examen de conciencia y ensaye el cambio. Reconoce a la división como la marca de nuestra época y, estando el mundo invadido por el exceso de palabras, acude a las pausas del silencio interior. Recogimiento, oración, meditación, son sus términos. Predica Franck Buchman "la liberación de la energía espiritual por el recogi-

---

[3] Esto no obsta (rechazo a priori todo proselitismo en arte) que mi gozo estético comprenda las puras imágenes de formas y colores creadas por los artistas abstractos y concretos.

miento matinal". Ha sido fundado en Caux, a 1,100 metros de altura, dominando el lago de Ginebra, un centro de entrenamiento de este linaje y a él asisten en el curso de los veranos representantes de más de cuarenta o cuarenta y cinco países. No se nos escapa el protestantismo y a la vez la buena dosis de ingenuismo de Buchman, especie de pastor evangélico en la línea religiosa anglo-norteamericana, pero este Rearme Moral quiere asentarse sobre "la naturaleza humana, vigorosa y radicalmente, para no seguir la ruta secular de la violencia y la destrucción". El Movimiento se funda en el ejemplo de santos (S. Francisco de Asís, Sta. Juana de Arco), conductores de pueblos (Moisés, con las tablas de la Ley, Washington, Lincoln), Bach, en el acto de componer, la Santa Cruz, el Soldado Desconocido y el Hombre Común —hombres eminentes y elementos simbólicos que influyen en ese *Hombre Común* (en una *representación* que se ofrece a los adeptos o a posibles adherentes— el cual concluye por elegir el Buen Camino —o Rearme Moral— que aquellas figuras le indican. Además, como corresponde a este tipo de misticismo realista, se invita a practicarlo, no sólo a comprenderlo. Mediante este cultivo en la persona integral, establece una conducta que, bien podría dar estructura a una nueva categoría del existencialismo espiritual, cuya dimensión, a mi entender, predominará no muy lejanamente sobre el existencialismo individualista y ateo. Digamos: "La divisa Libertad, Igualdad, Fraternidad", no es más que una mentira sin el "Amaos los unos a los otros". En el fondo está la voz de la conciencia que —Buchman— llama la Voz de Dios.

¿Pero —la Voz de Dios— *invita* acaso a tomar partido a favor del gobierno nacionalista chino? He ahí una peligrosa herida que el *Oxford Movement* ha inferido a sus ideas pacifistas y a sus esfuerzos de redención mundial. "Es lícito dudar que la adhesión al movimiento de Chiang-Kai-Shek y a su ministro de Guerra haya tenido como efecto cambiar a China" —escribía a principios de este año Alberto Moravia— "a juzgar por las últimas noticias de los diarios".

A las cosas mismas

Y DESEO evocar sucintamente un libro que trata de tiempos remotos. Me refiero a la popularísima *Chançon de Roland,* que todos conocemos, la antigua epopeya del reinado de Carlomag-

no. Al contemplar en la iglesia de Saint-Pierre, de Montdidier, la tumba del yacente Conde Raoul, vuelven a mí escenas de la Canción. Eran, los de Rolando, las horas de la espada para sostener la religión contra los paganos y los sarracenos. El poeta desconocido se pone a cantar y a narrar. Se elogia la bravura de Rolando, se condena y se castiga la felonía de Ganelón. Me detengo en la muerte de Rolando. Solo quiere luchar y solo quiere morir. Tocado de muerte, pide a Dios la redención de sus pecados. Los Arcángeles Gabriel, Miguel y Rafael vienen a rescatar su alma del cuerpo y la conducen al Cielo. . . Es el típico acontecer de la Edad Media, una bella estampa para un noble artesano al servicio de Dios y de los Señores. . . El poeta no puede rebelarse: es fiel a la leyenda, o a la creencia. La fuerza despiadada de la guerra ensangrentaba a Europa: de un lado la causa juzgada justa, del otro los paganos y sarracenos de antemano condenados. La Iglesia resurgirá fuerte y poderosa. Nacerán los templos románicos, se elevarán las catedrales góticas; un espíritu único dirigirá la mano de los creadores y de los constructores anónimos. Siento la magnitud artística del templo románico, siento la grandeza de la catedral gótica, pero percibo la miseria, la sumisión o consentida esclavitud acumulada en cada una de sus piedras. Los baluartes del cristianismo dogmático señorean en la altura, pero las vidas humanas son simples instrumentos en esa colosal obra que desafía a los siglos.

Este proceso crítico del espíritu constituye la densa materia no sólo de especulación sino de preocupación existencial entre los europeos lúcidos de nuestros días, en la que participa el pueblo culto. Es como utilizar métodos freudianos y marxistas aliados a profundas investigaciones integrales para obtener la radiografía, el carácter oculto de nuestro ser sensible, o el diagnóstico de la sociedad. No hay camino de crítica y de investigación más certera. Conocer las raíces del mal, analizarlo y buscar el remedio yendo a las *cosas mismas* a la existencia plena y original no a sus retóricas o efectos. El intelectual europeo actual rechaza —los comunistas italianos invocan el humanismo— toda fuerza totalitaria. En esta acción, la puntería se afina y espiritualiza.

Y alzo mis ojos hacia un mundo de visionaria libertad, obra de espíritus soñadores de la comunión y del respeto a la criatura sufriente de la tierra. Un mundo humanísimo —no abstracto ni evasivo. Este destino lo quisiera para nuestra América

—"donde sueño y realidad están llamados a resolver su antinomia" (Juan Larrea)— mediante la asimilación inteligente y sensible del mensaje de la cultura europea y universal en lo que atañe a los problemas de la independencia y posibilidad creadora del hombre. Esto es una esperanza. Pero la esperanza alienta sueños de vida y obras inmortales, actos de amor en los cuales confío.

La paz

RECIENTEMENTE, un amigo me preguntaba si habría guerra en Europa. Ignoro una infinidad de cosas que se tejen a oscuras en las cancillerías de todos los países. Para contestar a este amigo, utilizo el reverso de la medalla. Y digo:

¿La responsabilidad del artista, del escritor, del intelectual? Esa responsabilidad es una e indivisible en la vida, en la literatura y en el arte. En el ancho caudal del pensamiento federativo universal —o en "el principio de libertad en la universal convivencia", para decirlo con Franceso Flora—, se ubica el móvil constructor. Una sólida comunión territorial tendrá necesariamente que apoyarse sobre la verdad y la belleza de ideales que han de coincidir con el sueño de los profetas, de los poetas, de los héroes, de los santos, de los sabios, o, en un plano más accesible a las mayorías, con una visión de justicia, de respeto humano, de tolerancia, de libertad, de todos y cada uno. Artistas, artesanos, hombres de vida trascendida a la sociedad, o gobernantes, ¿cómo no vivir sentimientos coincidentes en una responsabilidad ética, no un abandono, ni un "no me importa", y sí un espíritu de articulación integral que supere los egoísmos y las fronteras? ¿No es ésta una grande, una inmensa tarea?

Sólo en espíritus de esta categoría puede ser cierta la paz. Sí, pero de inmediato, después de la contestación que antecede, otros infinitos, despiadados, lacerantes interrogantes vienen a erizarme de dudas. De entre ellos elijo uno y pregunto a mi vez: ¿La calidad y el número de esos espíritus podrán en el futuro desbaratar el vaticinio de Pierre Mabille, quien escribió: "Antes de que transcurra un siglo los principales centros europeos serán destruídos y en vano se intentará reedificar sus ruinas"?

Empero, sea cual fuere la lucha que sobrevenga en Europa —y en esto veo su aspecto afirmativo— no concibo en nuestro

tiempo destrucciones sin nuevas construcciones; tampoco concibo que, en el cálculo de las culturas (que son, como las personas físicas, mortales) América está llamada a certificar la muerte de Europa. Vislumbro más bien, después de tremendas viacrucis, el nacimiento de un espíritu universal que surgirá simultáneamente en distintos puntos de la tierra en donde existen núcleos preponderantes de creadores de esa deseada universalidad. Y tengo la certeza que los mejores intelectuales de América tanto en el presente cuanto en el futuro habrán de batallar por esa unidad viva a que aludo, que se resume en nuestra cotidiana existencia como sostenida pasión moral y permanente espíritu de libertad entre los hombres y los pueblos.

LA TRANSFORMACION ECONOMICA DE POLONIA

Por *Beatriz BABAD*

PARA entender lo que pasa en Polonia hay que imaginarse a un pueblo que encontró su camino y lo ha emprendido en medio de una conmoción general de la historia; a un pueblo que no se ha desviado de su camino ni por los malos consejos, ni por los forcejeos, ni por los engaños aparentemente amistosos. A un pueblo, en fin, que ha encontrado su alegría y su canto y que respira por vez primera el aire de la libertad.

Es difícil imaginárselo. Es mucho más fácil leer las noticias tendenciosas, y creerlas, y volver la espalda a las noticias favorables, diciendo: "Pura propaganda".

Voy a citar cifras y datos precisos. Voy a dar a conocer a ustedes números tras de los cuales hay un esfuerzo increíble, gigantesco, único, un entusiasmo cotidiano y laborioso. No he tenido posibilidad de comprobar todas las cifras; pero sí he podido comprobar el entusiasmo que se manifiesta a cada paso y en cada lugar de Polonia. Cuando se inauguró la escalera automática en la nueva parte de Varsovia, la llamada Arteria Este-Oeste, y cuando hombres, mujeres, niños y viejos se amontonaron sobre su nuevo juguete, para subir y bajar por la escalera diez veces seguidas, hubo quien dijera: "No hay que contarlo en el extranjero, porque es ridículo que hagamos tanto escándalo por una escalera eléctrica. . .". Claro, en la ciudad de México hay una escalera eléctrica en cualquier gran almacén comercial, y nadie se asombra de ello. Pero en Polonia el caso es distinto. Aquel entusiasmo popular era una manifestación tangible de alegría por la reconstrucción de Varsovia, porque el Gobierno se preocupa no sólo de los aspectos prácticos de la satisfacción de las necesidades vitales del pueblo, sino también por devolverle la sonrisa, olvidada durante los largos años de la guerra.

Si les digo que hemos realizado el Plan Trienal de Reconstrucción Económica en dos años y diez meses, con dos meses de adelanto, ¿podrán ustedes imaginarse qué significa eso? Significa dos años y diez meses de tensión continua, de esfuerzo consciente; significa millares de reuniones en fábricas, plantas industriales, cooperativas, oficinas de ministerios, durante las cuales se discutieron hasta los menores detalles; significa millares de resoluciones, adoptadas en mítines, para acelerar el trabajo, aumentar el rendimiento, constituir nuevos equipos de competencia de trabajo; significa dormir menos, comer aprisa, estudiar por las noches los detalles susceptibles de perfeccionarse, hasta que se haya logrado el resultado soñado por miles y miles de hombres y el plan se haya cumplido con dos meses de anticipación.

Cuando se inauguró la Arteria Este-Oeste fuí a recorrer la nueva calzada con un amigo de la infancia. Trataba él de hacerme recordar la antigua disposición de las calles, el panorama anterior de esa parte de la ciudad, cambiada completamente. Me enseñaba puntos de referencia, nombraba los edificios. Cuando volví la cabeza, a cierta distancia vi a otra pareja, y luego muchas más. Todas hablaban de lo mismo: buscaban puntos de referencia y expresaban la admiración y el gusto por su nueva Varsovia.

Unos días después hablé con Czeslaw Wiechetek, un joven albañil que trabajó en la nueva arteria. Lo hallé en un campamento de la Unión de la Juventud Polaca, donde se hospedaban ciento cincuenta activistas de la organización, próximos a salir a Budapest, al gran Congreso Mundial de la Juventud Democrática. Wiechetek me contó cómo entró en las competencias del trabajo en la Arteria Este-Oeste, estimulado por el ejemplo de su viejo padre, que ya era campeón del trabajo. Su padre es carpintero y realizaba entonces el 350 por ciento de las normas de trabajo. Wiechetek llegó a hacer el 388 por ciento, y obtuvo también el título de campeón. Su equipo construyó en 42 días tres edificios, de dos pisos cada uno (edificios de ladrillo). Wiechetek obtuvo un premio de 11,000 zlotys; como campeón del trabajo, tiene asegurada prioridad para el ingreso en cualquier escuela secundaria o profesional (ya terminó la primaria); goza de otros privilegios otorgados a los campeones del trabajo, y puede escoger libremente su carrera. Sin embargo, me dijo que no abandonaría el trabajo de albañil, aunque piensa iniciar sus estudios en una escuela secundaria. Viajará por

Polonia y enseñará a los albañiles los principios del trabajo en equipo —en los famosos equipos "de tres"—, para que "progrese el trabajo y se construyan más edificios".

Podría citar otros muchos ejemplos. Podría repetir decenas de conversaciones. Lo que resalta en todas ellas es la inagotable fuerza humana, fuerza que puede "mover las montañas" y que demuestra, de modo más convincente e irrefutable que los números, que el régimen polaco ha salido victorioso de la prueba y que el futuro de Polonia está asegurado.

APENAS unas semanas nos separan de la fecha memorable del 22 de julio, sexto aniversario de la proclamación del Manifiesto del Comité Polaco de Liberación Nacional, emitido en el primer jirón de tierra polaca liberado por el ejército soviético y el ejército polaco. El manifiesto sentó las bases del Estado Popular polaco: la reforma agraria, la nacionalización de las industrias fundamentales, la política exterior encaminada a fortalecer la pacífica convivencia de las naciones y asegurar la soberanía y la integridad de la Patria.

Dos hechos simbólicos definen el grado y la medida en que Polonia ha cumplido los mandatos del Manifiesto de Julio. Transcurridos los primeros cuatro meses del gigantesco Plan Sexenal, el Presidente Boleslaw Bierut anunció a la nación: "Los éxitos logrados por la producción en el curso de 1949 y en los primeros meses de 1950, y el desarrollo del movimiento de las competencias de trabajo, han creado la base para un planeamiento más atrevido de la economía nacional y para plantear un ritmo de desarrollo más rápido del previsto en los lineamientos aprobados por el Congreso de Unificación de los Partidos Obreros (donde fué anunciado el esbozo del Plan Sexenal); en consecuencia, el proyecto del Plan Sexenal está siendo modificado". Este es el primer hecho.

Hace unas semanas concluyó en toda Polonia la gran campaña para reunir firmas al pie del Llamamiento del Comité Mundial de Defensores de la Paz, emitido en Estocolmo y que exige la prohibición del uso de las armas atómicas y declara criminal de guerra al gobierno que primero las emplee. La nación polaca cuenta veinticuatro millones de habitantes. Dieciocho millones de hombres, mujeres y jóvenes mayores de catorce años, han firmado el Llamamiento. Este es el segundo hecho.

Aumentar e intensificar la construcción planificada de una Polonia que marcha hacia el socialismo; conquistar la paz mundial; conservar y vigorizar la alianza con la Unión Soviética y con los países de la democracia popular; tales son los grandes lemas del próximo 22 de julio.

LAS transformaciones ocurridas en Polonia después de su liberación pueden resumirse en esta frase: Polonia se ha transformado en un país industrial-agrícola, y antes de la guerra era un país agrícola-industrial. Polonia se ha transformado en un país homogéneo desde el punto de vista de su composición nacional, en lugar de tener un 31 por ciento de minorías nacionales. En vez de ser un país de economía capitalista atrasada, con una industria deficiente, con una agricultura anticuada, con miles de obreros sin empleo y con ocho millones de "excedentes humanos" en el campo, Polonia es hoy un país de creciente empuje industrial, en el que han desaparecido por completo la plaga del desempleo y el miedo ante las crisis económicas cíclicas; un país que cada día da un paso más hacia el socialismo; un país donde el 58 por ciento de la juventud que estudia en las escuelas superiores corresponde a hijos de obreros y campesinos; donde en un solo año han sido electrificadas 627 aldeas, mientras que antes de la guerra eran cuando más cincuenta aldeas las que lograban ese privilegio en el mismo período.

Piensen ustedes por un momento que de sus treinta y tres millones de habitantes Polonia ha perdido nueve millones; que la guerra y la ocupación alemana le han causado la pérdida del 38 por ciento de sus bienes materiales; que la capital de Polonia fué la única capital del mundo que vió destruídos el 85 por ciento de sus edificios, y que cuando fué llamada a resurgir por los ejércitos libertadores polaco y soviético era como un hombre ciego: sus edificios no tenían ventanas ni se podían alumbrar de noche; inválida, no tenía ni tranvías ni autobuses, ni calles transitables, ni vehículos de ninguna clase; herida de muerte, carecía de agua, de comunicaciones telefónicas, de gas, de calefacción. . .

Seis años después, nuestras "secas" estadísticas dicen: la producción industrial ha superado dos veces el nivel de preguerra; nuestra agricultura ha superado en un 10 por ciento el nivel de 1938. Se ha reconstruído el 53 por ciento de la cubicatura de los edificios de Varsovia; producimos tres veces más

energía eléctrica que en 1938, dos y media veces más carbón de piedra, una y media veces más acero; el valor real del salario obrero ha superado ya en un 10 por ciento el de la preguerra. El pueblo polaco consume hoy un 29 por ciento más de trigo, un 50 por ciento más de huevos, un 19 por ciento más de carne, un 64 por ciento más de azúcar, un 55 por ciento más de telas de lana que antes de la guerra.

Al terminar, en 1949, la realización del Plan Trienal que fué aprobado por el Parlamento polaco el 2 de junio de 1947, y que abarcó los años de 1947, 1948 y 1949, concluyó la reconstrucción económica de Polonia, iniciándose desde fines de 1948 la ampliación de su economía y la construcción de las bases del socialismo.

Y mientras esto ocurre en Polonia, ¿qué pasa en los países europeos cuya destrucción por la guerra no puede compararse con la de mi país, y cuyas pérdidas constituyen parte mínima de las que Polonia sufrió?

El reino de Holanda ha logrado el 80 por ciento de su producción industrial de antes de la guerra; Italia había alcanzado en 1948 el 63 por ciento de su producción prebélica, y Francia, a fines de 1948, el 92 por ciento. En Bélgica había doscientos mil hombres sin trabajo en diciembre de 1948. Ante el cuadro optimista y halagüeño de la nueva realidad polaca —si tomamos en cuenta el desolador espectáculo que Polonia ofrecía al terminar la guerra— se impone preguntar: ¿cómo se ha logrado este resultado? ¿qué milagro ha hecho posible este florecimiento impresionante, este admirable resurgimiento?

RECUERDO perfectamente las largas colas de los sin trabajo que durante horas enteras, desde el frío amanecer, aguardaban turno en las calles, ante las oficinas gubernamentales donde se les pagaban mensualidades que los mantenían en el trágico límite entre la muerte por inanición y la tuberculosis lenta e implacable. Las veía al hacer mi diario recorrido hacia la escuela, en la ciudad industrial de Lodz. Las seguía viendo en Varsovia, en los últimos años que precedieron a la guerra. Las amañadas estadísticas oficiales arrojaban en 1937 la enorme cifra de medio millón de hombres sin trabajo: más de la mitad del total de los obreros empleados en las fábricas grandes y medianas. Polonia, esa "tierra regada de miel y de leche", se-

gún el refrán secular, no podía alimentar a ocho millones de sus hijos en el campo, ni a medio millón, cuando menos, en las ciudades. De este país que se vanagloriaba de ser agrícola por excelencia emigraban anualmente decenas de miles de agricultores: 105,514 en 1927; 119,493 en 1928; 190,509 en 1929, y así hasta los años de la guerra.

Polonia era un país predominantemente agrícola. Si fijamos en cien la producción industrial y la agrícola combinadas, a la agricultura correspondería un 54.5 y a la industria un 45.5. El 64.5 por ciento de la población económicamente activa trabajaba en el campo; sólo el 18.2 por ciento eran obreros asalariados que trabajaban fuera de la agricultura; el 2.1 por ciento de la población no tenía trabajo; el 2.2 por ciento vivía de pensiones y rentas, y el 13 por ciento de la población correspondía a las profesiones liberales, al artesanado y a la clase capitalista de las ciudades. Sin embargo, la agricultura polaca era muy atrasada, primitiva casi; la enorme mayoría de los agricultores poseían propiedades llamadas "enanas" en la terminología polaca: de menos de media hectárea cada una. De esas propiedades eran dueñas 330,000 familias campesinas; los predios de menos de dos hectáreas eran la base del sustento de 750,000 familias. Cerca de un millón de familias campesinas disponían de fincas pequeñas, entre dos y cinco hectáreas. De manera que las dos terceras partes del campesinaje polaco poseían propiedades que no llegaban a cinco hectáreas y no bastaban a alimentar a sus dueños. El 45 por ciento de la tierra laborable pertenecía a 19,000 familias de latifundistas; así que 3.200,000 familias campesinas pululaban —porque no hay otra palabra para decirlo— en una superficie casi igual a la que poseían 19,000 familias ricas.

Los que han leído la ya famosa novela *Los campesinos,* de Wladyslaw Reymont, recuerdan al patético personaje que es la vieja Agata, que abandona el hogar familiar para buscar un sitio donde morir tranquilamente, sin convertirse en una carga para sus hijos. A través del radiante paisaje, bajo la sombra de los viejos perales —vigías de la campiña polaca—, marcha la anciana esperando la muerte con resignación, lejos de sus seres más queridos, en cuya mente el hambre de tierra es el pensamiento y el deseo que domina a todos los demás.

En el campo polaco no encontraréis ya ninguna Agata. Hoy descansan a la sombra de los perales silvestres y el pasado

sólo es para ellas un recuerdo. Realizan tareas apropiadas a su edad: cuidan a los niños de la comunidad en las cooperativas agrícolas; remiendan las ropas usadas, mientras en las aldeas "electrificadas" la radio difunde sus canciones. En el crepúsculo de la vida descubren la riqueza del lenguaje y de la música nativos, como la vieja campesina cuya alegría al escuchar por la radio las canciones regionales de Polonia, desconocidas para ella, fué tema de una sencilla crónica en un periódico polaco.

Antes de la guerra, la compra de la tierra era prácticamente inaccesible para los campesinos pobres. El precio de la tierra era cuatro veces más alto que el de los bienes muebles, las herramientas y el ganado. En Dinamarca, por ejemplo, el precio de la tierra era una vez y media más alto que el de los demás bienes del campesino.

El valor de la producción agrícola correspondiente a una hectárea de tierra laborable era en Polonia dos veces menor que en Alemania y en Checoeslovaquia.

El 40 por ciento de las fincas rurales no poseían caballos, que eran la principal fuerza de trabajo en el campo; el 14 por ciento no poseían vacas. La mitad de las pequeñas propiedades no conocían la acción benéfica de los abonos artificiales. Los tractores eran ignorados por la enorme mayoría de los campesinos; en todo el país se vendían apenas unos cuantos miles de arados de tracción animal. No es de extrañar, pues, que el rendimiento de trabajo del campesino polaco apenas llegara a las dos quintas partes del rendimiento del campesino alemán, ni que, en comparación con la producción agrícola de Alemania, Polonia produjera, por hectárea, solamente el 72 por ciento de papas, el 72 por ciento de betabel, el 62 por ciento de centeno y el 51 por ciento de trigo. En cuanto al valor de la producción agrícola por habitante, Polonia estaba muy a la zaga del correspondiente a los Estados Unidos (cerca de seis veces mayor), a Inglaterra (más de tres veces mayor), a Alemania (tres veces mayor), y a Hungría. Detrás de Polonia sólo figuraban, en este renglón, los países balcánicos y Portugal.

Como ya indicamos, el 14 por ciento de la tierra laborable pertenecía a 2.100,000 familias, y cada finca era de menos de cinco hectáreas; el 45 por ciento de la tierra laborable estaba repartido entre 19,000 grandes propiedades, de más de cien hectáreas cada una. En estos números escuetos cabe todo el drama del campo polaco; detrás de ellos están la tremenda lu-



La catedral de San Juan de Varsovia después de la destrucción bélica.



Trabajos de reconstrucción en el mercado viejo de Varsovia. Famosos edificios medievales d
truídos sistemáticamente por los nazis.

cha de clases, la explotación, el reparto de las mínimas propiedades entre los miembros siempre sobrantes de las familias pobres; la sobrepoblación de trágicas consecuencias. Las muchachas del campo constituían la reserva de criadas y de prostitutas de las ciudades; ignorantes, explotadas, humilladas y postergadas, eran una viva acusación contra el régimen.

La única solución del problema agrario consistía en una eficaz y profunda reforma agraria, por una parte, y por otra en una rápida industrialización del país, capaz de absorber a la población campesina "excedente", de proporcionar al campo maquinarias y herramientas para modernizar los cultivos, de aumentar el mercado interno para los productos agrícolas, disminuyendo la abrumadora diferencia entre los precios de estos productos y los de los productos industriales. Esa diferencia —las famosas "tijeras de los precios"— era otro dogal para los campesinos. Si estimamos en cien el nivel de las "tijeras" en el período 1913-14, antes de la segunda guerra mundial era de 150 y hasta de 200. En 1928 el campesino tenía que pagar por un arado el equivalente en cien kilos de centeno; en 1938 ese precio ascendió a 141 kilos. Por diez kilos de sal el campesino pagaba el equivalente de ocho kilos de centeno en 1928, y el de 16 kilos en 1937. Había en el campo polaco la extraña costumbre de conservar el agua salada en que habían hervido las papas, y utilizarla varias veces seguidas, para ahorrar sal, aunque la sal es una de las riquezas naturales de Polonia.

La monopolización y la cartelización de la industria imposibilitaban el juego de la libre competencia, de la oferta y la demanda. En 1935 había en Polonia 270 *carteles* que controlaban cerca del 70 por ciento del capital básico de la industria y del comercio nacionales. En consecuencia, el número de las minas de carbón en actividad bajó de 96 en 1928 a 60 en 1938; el número de las fundiciones, de 28 a 23; y así en otros renglones. La explicación de este fenómeno, contrario a los postulados fundamentales de la economía, está en el predominio de los intereses particulares de los dueños de las grandes empresas industriales sobre los intereses vitales de la agricultura y de la industria de la nación.

Durante los veinte años de la vida independiente de Polonia —entre las dos guerras mundiales—, la producción de carbón bajó de 41 millones de toneladas a 36; la extracción de petróleo, de 1.114,000 toneladas a 501,000; la producción de hierro, de 1.055,000 toneladas a 724,000.

La proporción que correspondía a la producción industrial y minera, calculando en 100 toda la producción del país, era en Inglaterra, en 1939, de 87; en Francia, de 73; en Alemania, 71; en los Estados Unidos, 69; en Italia, 63; en el Japón, 54; en la Unión Soviética, 41; en Portugal, 48; en España, 45; en Polonia, 32. Detrás de Polonia figuraban Hungría, con 30, y Rumania con 16.

Mientras que Italia utilizaba el 98 por ciento de la potencia energética de sus ríos, caídas de agua y arroyos, Suiza aprovechaba el 96 por ciento, Francia el 80 por ciento, España el 35 por ciento y Yugoeslavia el 10 por ciento, Polonia sólo utilizaba el 3 por ciento. La producción de energía eléctrica por habitante era en Polonia de 106 kilovatios; en Suiza, de 1,643; en Alemania, de 736; en Inglaterra, de 609; en Francia, de 420; en Italia, de 351; en Checoslovaquia, de 286.

Polonia y Alemania poseían antes de la guerra casi iguales reservas de carbón de piedra y de carbón bituminoso (161 y 182,000 millones de toneladas, respectivamente). Polonia extraía por habitante dos veces y media menos carbón de piedra que Alemania; la extracción de carbón bituminoso era en Polonia de medio millón de toneladas anuales en 1937, y en Alemania de 185 millones.

El primitivismo y el extraordinario atraso de la economía polaca lo ilustra un dato muy elocuente. Por cada diez mil habitantes sólo había en Polonia, en 1938, diez automóviles, mientras que en Francia había 523; en Inglaterra 511; en Suecia, 305; en Alemania y Austria, 251; en Checoeslovaquia 69, y en Rumania 13.

La misma relación la encontraremos en el monto de las operaciones del comercio exterior, calculado por habitante (71 zlotys en Polonia; 949 en Dinamarca; 833 en Noruega; 276 en Francia; 313 en Alemania y Austria; 243 en Checoslovaquia; 77 en Yugoslavia; 75 en Rumania), en los datos relativos al número de kilómetros de vías férreas por cada mil kilómetros cuadrados de territorio (52 en Polonia; 164 en Bélgica; 116 en Alemania; 96 en Checoslovaquia; 54 en Italia; 77 en Francia), y en todas las demás estadísticas que comparan el desarrollo económico de Polonia con el de otros países europeos. Presentaremos un solo dato más. La renta nacional correspondiente a cada habitante, calculada en zlotys polacos de antes de la guerra, era de 610 zlotys en Polonia; de 1,830 en Francia; de 1,770 en Inglaterra, y de 1,760 en Alemania.

¿Cuáles son las causas básicas de esta trágica situación? Se dirá que la incapacidad de los gobernantes; que la triste herencia de más de un siglo de esclavitud, cuando Polonia estuvo repartida entre las tres potencias invasoras: Prusia, la Rusia zarista y la monarquía austríaca, potencias interesadas en mantener a Polonia en un estado de atraso. Se dirá que la deficiente estructura económica de Polonia originada en el Tratado de Versalles, que la privó prácticamente del litoral marítimo (Polonia tenía apenas 140 kilómetros de litoral en el Báltico, la mitad del cual correspondía a la estrecha península de Hel); se dirá que el tratado le quitó, de hecho, el disfrute del antiguo puerto polaco de Gdañsk; que le adjudicó las tierras de Ucrania y Bielorrusia, habitadas por minorías nacionales ajenas, irredentistas, hostiles; se dirá, por último, que fué culpa del régimen capitalista, basado en la explotación de las masas trabajadoras y despreocupado de su bienestar. Sí, es cierto. Pero hay una razón fundamental que no es posible menospreciar.

La independencia de Polonia en el período prebélico era sólo aparente. Bajo una máscara de independencia se escondía la cruda realidad: Polonia era una semicolonia del capital extranjero, en primer lugar del capital alemán.

La participación del capital extranjero en las sociedades anónimas ascendía en 1938 al 40.1 por ciento. En la industria petrolera el capital extranjero era dueño del 88 por ciento del capital; en las plantas eléctricas y de agua, del 81 por ciento; en la industria electrotécnica, del 66 por ciento; en la industria química, de cerca del 70 por ciento; en la textil y de la confección, del 60 por ciento; en las compañías de seguros, del 59; en la minería y la industria siderúrgica, del 59; del 89 por ciento en la industria del carbón; del 84 en la del zinc; y en la industria de la madera, del 52 por ciento.

Además de las ramas básicas de la industria polaca, el capital extranjero tenía cuantiosa participación en la industria alimenticia y en la ligera; recibía jugosos dividendos de los créditos de operación otorgados a las empresas financieras y comerciales.

El primer lugar entre los capitalistas extranjeros lo ocupaban, como decimos, los capitalistas alemanes. Su participación en los capitales extranjeros invertidos en la industria polaca era de 26.4 por ciento; la de los capitalistas de Francia era de 19.3 por ciento; la de Bélgica, de 21.1 por ciento; la de los

Estados Unidos, de 14.8 por ciento; la de Inglaterra, de 5.9 por ciento; la de Suiza, de 3.3; la de Holanda, de 2.5 y la de Suecia de 2.4 por ciento. El resto del capital extranjero pertenecía a Checoslovaquia, a Lituania, Dinamarca, Italia y Hungría. Si al capital alemán agregamos el capital nacional perteneciente a ciudadanos polacos de nacionalidad alemana, obtendremos una suma de cerca de 712 millones de zlotys. El monto del capital estatal y municipal invertido en la industria polaca de antes de la guerra no pasaba de 900 millones de zlotys. El capital extranjero se ocultaba a menudo bajo distintas apariencias que disimulaban su origen. Así, por ejemplo, la planta de fundición *Tarnowskie Gory* pertenecía totalmente a capital alemán representado por la empresa *The Henckel Donnersmarck,* con sede ficticia en Londres. Los trusts internacionales que dominaban las ramas básicas de la industria polaca imponían precios desventajosos a las materias primas que Polonia exportaba, y a los productos industriales que importaba. No olvidemos que de los 270 *carteles* que actuaban en Polonia, 102 eran filiales de los trusts internacionales.

No es necesaria gran perspicacia política para darse cuenta de que en tales condiciones la sana industrialización de Polonia era un sueño irrealizable. No se podía, pues, descongestionar el campo enviando a la industria los brazos sobrantes. ¿Y la reforma agraria, que era, como dijimos, una necesidad apremiante, urgente, inaplazable?

Los decretos emitidos en 1919, 1920 y 1925 disponían la liquidación de la gran propiedad (más de 180 hectáreas, y más de 300 en los territorios orientales). Pero, saboteados hábilmente por los latifundistas, en su mayoría provenientes de la rancia aristocracia ligada por múltiples lazos a la casta militar en el poder, los decretos dieron por resultado la parcelación de 2.655,000 hectáreas en el período 1919-1938, con un promedio anual de reparto de 133,000 hectáreas. A fines de 1938 los grandes propietarios (los dueños de más de 50 hectáreas) tenían en sus manos cuatro millones de hectáreas, y los latifundistas (los dueños de más de 180 hectáreas) poseían tres millones de hectáreas. Con el ritmo de 133,000 ha. anuales, la parcelación habría terminado después de 30 años, tomando como máximo inafectable las propiedades de 50 hectáreas.

Hay un refrán polaco que viene al caso: "Antes de que salga el sol, el cierzo roerá los ojos". Antes de que hubiera terminado la reforma agraria, millares y millares de campesinos

habrían perecido de hambre, habrían tenido que emigrar en condiciones desastrosas, habrían engrosado el triste ejército de los sin trabajo.

Cuando alguien vuelve a Polonia, como yo, después de diez años de ausencia, habiéndola dejado en aquel estado lastimoso, miserable, de flagrante injusticia social, a cada paso halla sorpresas y descubrimientos. Es un país distinto, nuevo, transfigurado. Pero lo más emocionante y conmovedor es la transformación del hombre.

No sé cuál de las muchas conversaciones recordar aquí. Hablaré de la que tuve con el joven aprendiz de sastre, de aspecto campesino, robusto, bajo de estatura, de rudos movimientos, mi vecino de mesa en un restaurante popular dirigido por la Liga de Mujeres. Entre uno y otro plato de la excelente "comida popular", que cuesta 60 zlotys (tres veces el valor de un boleto de tranvía), y que es muy nutritiva y se sirve obligatoriamente en todos los restaurantes, aun en los más lujosos, entre las dos y las cinco de la tarde, me contó su historia. Sus padres eran campesinos pobres; él se crió en la miseria. Nunca soñó poder estudiar en Varsovia. Ahora trabaja como aprendiz en una sastrería. A las cuatro de la tarde entra en una escuela profesional —gratuita, por supuesto— donde estudia su oficio y, al mismo tiempo, el programa de educación general. "Nunca hubo en Polonia tantas oportunidades para los jóvenes pobres; nunca habíamos tenido un gobierno que se preocupara tanto por nosotros", me dijo el aprendiz de sastre.

Al pasar por una de las principales calles de Varsovia, la *Krakowskie Przedmiescie* (Suburbio de Cracovia), de aceras y arroyo intransitables, llenos de montones de ladrillos, de piedras y de tablones, llamé a un albañil que estaba trepado en un andamio y le pedí que bajara. Lo hizo en seguida, sonriente, sin muestras de impaciencia. Le pedí que me explicara el sistema de los "grupos de tres" (sistema sencillo, que consiste en el trabajo en "cadena": un albañil entrega los ladrillos a otro; éste pone la mezcla, un tercero acomoda los ladrillos; todo el secreto estriba en la rapidez y economía de los movimientos), grupos famosos en Polonia, y de las competencias de trabajo. Me indicó dos tablas en los muros, casi acabados de reconstruir, de dos edificios vecinos.

En las tablas figuraban los resultados del día anterior; los equipos de tres apuntaban allí el número de ladrillos y el de metros construídos por cada uno. Estaban precisamente en el punto crítico de las competencias. El ritmo de los dos equipos era casi igual; mi informador me aseguró que su equipo seguramente iba a ganar. Dos meses después, cuando pasé por la misma calle, admiré la fresca blancura de los edificios terminados, las aceras relucientes de limpieza y el visible regocijo de los transeúntes. No sé cuál de los dos equipos ganó por fin. Creo que todos los equipos de la calle Krakowskie Przedmiescie celebraron estrepitosamente su victoria común.

POLONIA es el país que proporcionalmente sufrió más durante la guerra. El hecho de que los polacos sean tan optimistas y trabajen con tanto entusiasmo, ¿quiere decir que han olvidado la guerra y que no temen una nueva conflagración? En Polonia nadie ha olvidado la guerra. No es posible olvidarla. Basta hacer un recorrido por las ruinas del Ghetto de Varsovia, que fué arrasado junto con sus heroicos habitantes: trescientos mil judíos de toda Polonia, de los cuales los últimos sesenta mil vendieron cara su vida peleando semanas enteras contra las tropas selectas nazis. Basta asomarse a los callejones de la Ciudad Vieja, donde al lado de las tumbas de los combatientes, siempre adornadas con flores vivas, surgen de nuevo los arcos góticos y los muros policromos levantados admirablemente por los obreros varsovianos. Los polacos no pueden olvidar la guerra, y los extranjeros que visitan Polonia no alcanzan a comprender ese misterio de la muerte y la vida. Recorrí aquellos barrios de Varsovia acompañando a un visitante inglés, miembro de la Cámara de los Comunes. Ya había visto él las cenizas del Ghetto; ya había oído las aterradoras historias de los hombres colgados de los balcones de Varsovia, o quemados vivos junto con los edificios; de los fusilados frente a las multitudes empavorecidas, ante los ojos de sus esposas, sus hijos y sus padres —obligados por los nazis a asistir a las ejecuciones. Sin embargo, al pasar junto al pedestal, entonces trunco, del monumento a Mickiewicz —el más grande poeta de Polonia—, la esposa del visitante dijo con asombro: "Parece increíble que los nazis hayan sido capaces de esto, de destruir un monumento".

Los polacos saben que han sido capaces de cosas mil veces peores. Los polacos han experimentado mejor que muchos otros pueblos el significado ponzoñoso de las palabras *guerra* y *fascismo*. Por eso saben mejor que muchos otros pueblos cómo hay que defender la paz y cómo hay que luchar contra la guerra.

VAYAMOS a los hechos y a los números. Los pasos iniciales del gobierno polaco, al ser liberadas las primeras provincias polacas, fueron decretar, el 6 de septiembre de 1944, la reforma agraria, y el 3 de enero de 1946 la nacionalización de las ramas básicas de la industria.

El decreto sobre la reforma agraria destinaba a ser repartidos los predios pertenecientes al Estado, las propiedades de los alemanes y de los polacos de origen alemán que durante la ocupación alemana renegaron de su ciudadanía polaca, declarándose *volkdeustche;* las propiedades de las personas condenadas por traición al Estado; las fincas confiscadas por otras causas legales; todas las tierras de propiedad privada de más de 50 hectáreas de superficie laborable (en los territorios occidentales, de más de cien hectáreas).

Las tierras pertenecientes a las congregaciones religiosas fueron exceptuadas de la reforma. El decreto sobre su nacionalización fué aprobado hace apenas unos meses. El Estado, según el decreto, asume la propiedad de esas tierras, garantizando que los ingresos se destinarán a fines de caridad y a los servicios del culto, por conducto del Fondo de la Iglesia, constituído según el mismo decreto. Se garantiza a los párrocos la propiedad de sus predios de 50 a 100 hectáreas de extensión; quedan exentas de la nacionalización las construcciones destinadas al culto religioso y los edificios de los conventos. El Fondo de la Iglesia se destinará a la conservación y la reconstrucción de las iglesias, a la prestación de ayuda material y médica a los sacerdotes, a la organización de casas de descanso para ellos, etc.

Sumando las 9,700 fincas de propiedad privada, con extensión de 2.131,300 hectáreas, a las tierras parceladas en los Territorios Recuperados en la parte occidental de Polonia, resulta una superficie total de 7.800,000 hectáreas, que fué repartida entre los obreros agrícolas —quienes recibieron el 48.8

por ciento de las tierras parceladas—, los pequeños propietarios, que adquirieron el 33.8 por ciento, y los campesinos sin tierra, que se beneficiaron con el 16.6 por ciento. Las demás tierras fueron utilizadas para las granjas modelo y para obras de interés público, o repartidas entre otros grupos de beneficiarios (horticultores, artesanos rurales y obreros convertidos en propietarios de lotes).

El precio pagado por las tierras recibidas en el reparto equivale al de la cosecha media anual, y puede ser pagado en especie (con centeno) o en dinero. Los beneficiarios pagan el dos por ciento al recibir las tierras, y el resto en abonos, durante diez años —en el caso de los pequeños propietarios— y durante 20 años tratándose de campesinos sin tierra. A proposición del Comité Comunal de la Reforma Agraria, el pago del primer abono puede ser aplazado por tres años en el caso de los campesinos sin tierra.

Gracias a la reforma fueron repartidos cerca de dos millones de hectáreas en el antiguo territorio, y cerca de seis millones en los Territorios Recuperados.

En el primer congreso nacional de campesinos, que se celebró en diciembre de 1944 en la ciudad de Lúblin —la primera ciudad liberada de Polonia—, fué organizada la Unión de Ayuda Mutua Campesina, organización de las masas campesinas (que cuenta ahora un millón y medio de miembros) cuya principal tarea es cooperar a la realización de la reforma agraria. La Unión ayudó de acuerdo con sus estatutos, al traslado de los campesinos de las tierras orientales y de las partes de Polonia escasas de tierra a los Territorios Recuperados. El resultado fué el traslado de cinco millones de colonos que ocuparon el lugar de los alemanes repatriados de acuerdo con las históricas decisiones de Yalta y de Potsdam, la entrega a las fincas pequeñas y medianas, destruídas por la guerra, de semillas para la siembra, y de ganado y materiales de construcción; la cooperación en la organización de las escuelas profesionales para la juventud campesina; la organización de oficinas de consulta legal y profesional para los campesinos pobres; la elevación del nivel material y espiritual del campo.

La industria reconstruída en el curso del Plan Económico Trienal proporcionó al campo mayor número de tractores, de herramientas, de abonos artificiales cada año. El número de máquinas agrícolas por hectárea aumentó en un 300 por ciento en comparación con 1938; la producción de abonos arti-

ficiales por hectárea de tierra laborable superó en un 70.4 por ciento la de antes de la guerra. En 1955, al terminar el Plan Sexenal, el campo polaco dispondrá de un volumen de abonos artificiales seis veces mayor que antes de la guerra.

El número de los animales de tracción (caballos y bueyes) aumentó de 6.5 por cada 100 hectáreas en 1945, a 11.3 en 1948, y sigue en ascenso. Las fábricas polacas de tractores producen ya 1,200 unidades al año; el número de tractores, que ascendía a 14,300 a fines de 1948, aumentará a 60,000 al terminar el Plan Sexenal.

La reforma agraria aumentó la extensión media de la parcela de 48.8 hectáreas antes de la guerra a 5.1 en 1949, y en 1955 la superficie de la parcela media será de 6 hectáreas. Claro está que el futuro de la agricultura polaca se finca en su modernización, que a su vez exige la ampliación de las fincas agrícolas. Este fin sólo puede realizarse con la socialización de la estructura agraria. Actualmente el 10 por ciento de la tierra laborable pertenece a las fincas agrícolas del Estado, que constituyen un modelo de agricultura moderna, con grandes cultivos que utilizan maquinaria moderna y todos los adelantos científicos. Estimulados por este ejemplo, los campesinos polacos organizan cooperativas agrícolas de producción de varios tipos.

El primero, llamado *Asociación para trabajar la tierra,* consiste en que los campesinos que ingresen en la cooperativa conservan la propiedad de la tierra y de los medios de producción, que sólo prestan para ciertas labores realizadas colectivamente; las cosechas se realizan también colectivamente, y cada familia recibe su parte, proporcional a la cantidad de tierra aportada.

El segundo tipo, llamado *Cooperativa Agrícola de Producción,* y el tercero, llamado *Conjunto Agrícola Cooperativo,* presentan las siguientes características: toda la tierra (excepto los lotes personales de extensión de 0.3 hasta 1 hectáreas), los animales de tracción y los más importantes medios de producción, son entregados a la cooperativa, que los utiliza colectivamente, de modo permanente, y sólo los devuelve en el caso de que un miembro se separe de la cooperativa. Los miembros tienen obligación de entregar parte de sus ganancias al fondo común de inversiones, y a los fondos sociales (el 20 por ciento de los ingresos en las Cooperativas Agrícolas de Producción, y el 30 en los Conjuntos Agrícolas Cooperativos). La única

diferencia entre estos dos tipos de cooperativas estriba en la distribución de los ingresos: en el primero, del 20 al 25 por ciento del ingreso individual es proporcional a la cantidad de tierra aportada, y del 60 al 70 por ciento al trabajo realizado por los miembros; en el segundo y más completo tipo de cooperativas agrícolas, todos los ingresos se distribuyen entre los miembros, proporcionalmente el trabajo realizado.

Los tres tipos de cooperativas tienen los siguientes rasgos comunes: la constitución de las cooperativas es absolutamente voluntaria; todos los miembros están obligados a efectuar ciertos trabajos colectivos; en ningún tipo de cooperativa los miembros pierden sus derechos de propiedad sobre la tierra aportada. Todas las cooperativas son miembros de la Central Agrícola de la Ayuda Mutua Campesina; todos los organismos directivos de las cooperativas son elegidos entre sus miembros, y la mayor autoridad corresponde a la asamblea general de miembros.

El ritmo de creación de las cooperativas aumenta de modo vertiginoso. Solamente en los primeros diez días de marzo pasado fueron creadas 126 cooperativas, y su número global asciende ya a cerca de ochocientas. Hay que tomar en cuenta que las cooperativas agrícolas de producción comenzaron a organizarse hace poco más de un año.

Gracias al reparto de las tierras, a la ayuda proporcionada por el Estado, al funcionamiento de las centrales de maquinaria que proporcionan tractores y herramientas a los propietarios pequeños y medianos, a la labor desarrollada por la Unión de la Ayuda Mutua Campesina, y al ejemplo edificante de las fincas agrícolas del Estado y de las cooperativas agrícolas de producción, la agricultura polaca ha podido lograr estos espléndidos resultados: liquidar seis y medio millones de hectáreas de terrenos eriales, y alcanzar el 110 por ciento de la producción de la preguerra. Gracias a la mayor producción agrícola, el consumo de productos alimenticios por habitante ha superado el de la preguerra; el de trigo en un 29 por ciento; el de huevos en un 50 por ciento; el de carne en un 19 por ciento; el de azúcar en un 64 por ciento.

Todo esto se ha logrado en el curso del Plan Trienal, el primer plan económico de Polonia, cuya finalidad era la reconstrucción de la agricultura y de la industria. El grandioso Plan Sexenal que se inició este año abre nuevos horizontes a la agri-

cultura de Polonia. El aumento de la producción agrícola será en cada año del Plan Sexenal de un 6 por ciento, para llegar, en el curso del Plan, al 35-40 por ciento. La meta de un aumento de 6 por ciento anual es extraordinariamente alta. En el régimen capitalista se puede alcanzar, a lo sumo, un aumento de 2 a 3 por ciento en la producción agraria. Sin embargo, la meta que se han propuesto los economistas polacos no es exagerada. La planificación de la economía permite esperar que al terminar el Plan Sexenal, en 1955, la producción de abonos artificiales sea seis veces mayor que antes de la guerra; que el campo se beneficie con sesenta mil tractores de producción polaca y en parte importados; cerca de diez mil poblaciones disfrutarán de luz eléctrica. Se seguirá estableciendo cooperativas agrícolas de producción, en las que se multiplicarán los frutos del esfuerzo colectivo. Solamente en un régimen en que se planea el desarrollo económico y se utilizan sabia y científicamente todos los recursos, y en el que las riquezas sirven para beneficiar a todo el pueblo, es posible anunciar con seguridad los resultados. Así, podemos asegurar que al terminar el Plan Sexenal el nivel de vida del pueblo será dos veces más alto que antes de la guerra.

Los resultados obtenidos por la industria polaca son mucho más notables que los alcanzados por la agricultura. Mientras que el nivel de la producción agrícola ha alcanzado el 110 por ciento del nivel prebélico, la producción industrial ha aumentado cerca de dos veces en comparación con 1938. Se ha producido un cambio muy profundo en la estructura económica del país. Fijando en cien el valor de la producción agrícola e industrial combinada, en 1937 a la industria le correspondía 45.5 y a la agricultura 54.5; las cifras respectivas eran 64 y 36 en 1948. Mientras que de cada mil zlotys de la renta nacional, 390 provenían en 1938 de la agricultura, y 320 de la industria, en 1949 la producción industrial proporcionó 465 zlotys de cada mil de la renta nacional, y la agricultura solamente 210 zlotys. En 1955, al finalizar el Plan Sexenal, esa tendencia se acentuará más aún: la producción industrial proporcionará más de la mitad de la renta nacional —502 zlotys de cada mil— y la agricultura la sexta parte —156 slotys. El resto corresponderá a los servicios.

Tres factores esenciales han contribuído cabalmente a que se produjera esa transformación. El primero consiste en las nuevas condiciones geográficas y económicas en que se encontró Polonia después de su liberación; el segundo, en el esfuerzo realizado por todo el pueblo, y el tercero en la ayuda *inapreciable* que suministró a Polonia la Unión Soviética.

El territorio de Polonia abarca 312,000 kilómetros cuadrados, y ocupa por su tamaño el octavo lugar entre los países de Europa. Antes de la guerra, Polonia ocupaba el sexto lugar, con 390,000 kilómetros cuadrados. A cambio de 180,000 kilómetros de los territorios orientales —parte de Ucrania y de Bielorrusia, que fueron devueltos a la Unión Soviética, y de la provincia checoslovaca de Zaolzie, arrebatada por el gobierno semifascista polaco y devuelta a Checoslovaquia —Polonia recuperó 103,000 kilómetros cuadrados en el Oeste (Pomerania, la Baja Silesia y parte de la Prusia Oriental), estableciéndose la nueva frontera occidental a lo largo de los ríos Oder y Nissa, frontera decidida en Potsdam y sellada definitivamente por el convenio reciente concertado por los gobiernos de Polonia y de la República Democrática Alemana. Polonia perdió tierras agrícolas que fueron el escenario de violentas luchas y rebeliones de las minorías nacionales, y recuperó las viejas tierras polacas que aún guardan las huellas del paso de generaciones enteras de reyes polacos, tierras altamente industrializadas, ricas en carbón, zinc, hierro y otros minerales valiosos. La reintegración a Polonia de esos territorios ha elevado el número de las ciudades polacas de 611 a 703, y ha ampliado su salida al mar a quinientos kilómetros sobre el litoral del Báltico. Del total de las 73 minas de carbón de piedra de Polonia, 23 se encuentran en las Tierras Recuperadas; de las 11 minas de carbón bituminoso, 10, y de las 12 minas de coque, 8 están ubicadas allí. Entre otras riquezas naturales de esos territorios hay que mencionar las siguientes: plomo, cobre, magnetita, níquel, caolín y basalto. El 20 por ciento de la producción de hierro crudo, el 17 por ciento de la de acero, el 37 de la de coque, el 4.3 de la de hierro colado, el 27 de la de acero fundido, el 64 de las construcciones metálicas, y el 64 por ciento de los materiales resistentes al fuego provienen de las Tierras Recuperadas.

El esfuerzo realizado por el pueblo polaco para reconstruir las Tierras Recuperadas y unirlas al resto de la economía del país fué gigantesco: cinco millones de colonos fueron tras-

ladados y establecidos para ocupar el lugar de los alemanes repatriados; tres millones de hectáreas de eriales fueron ganadas para la agricultura. Las inversiones del Estado en esos territorios sumaron el 26 por ciento de todas las inversiones en 1946, el 32 por ciento en 1947, y el 36 por ciento en 1948.

Después de cuatro años de empeñosa e ininterrumpida labor, en enero de 1949 el Presidente Bierut pudo declarar en su mensaje de Año Nuevo: "Los Territorios Recuperados se han unificado ya con el resto del país, constituyen una sola y armoniosa entidad económica nacional". La expresión de esa unidad fué la liquidación del Ministerio de Territorios Recuperados.

Durante mi reciente viaje a Polonia visité diversas ciudades de las Tierras Recuperadas: Jelenia Gora, llena de vestigios históricos, con su mercado medieval y las esbeltas torres de sus iglesias góticas; Dzierzoniow, sorprendente ciudad donde se realiza el proceso de la transformación del hombre, donde millares de judíos, los seres más despiadadamente perseguidos por el fascismo durante la última guerra, se convierten en ciudadanos productores, valiosos y conscientes, que trabajan en las minas y en las cooperativas artesanas, que labran la tierra en las cooperativas agrícolas de producción. Hablé con ellos, con los miembros de una cooperativa textil, con agricultores de las cooperativas, con los maestros del hogar infantil donde los huérfanos judíos —niños cuya infancia fué truncada por el fascismo— han encontrado por vez primera en su breve vida la alegría y la sonrisa y el hermoso sentimiento de la solidaridad humana. Visité la planta óptica del Estado en Jelenia Gora, que produce instrumentos de precisión, cristales ópticos, microscopios, lentes de diversos tipos. En todo el mundo sólo existen cinco fábricas semejantes: en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en los Estados Unidos y en Polonia. Los obreros de la planta son altamente especializados y asumen una gran responsabilidad. Al ser liberada Polonia trabajaban en la fábrica cien alemanes, y el problema de encontrar obreros polacos parecía irresoluble. Hoy, cinco años después, en la misma fábrica trabajan solamente tres obreros alemanes y todos los demás son polacos. La producción no ha bajado ni en calidad ni en cantidad.

En ningún lugar de esos territorios escuché una sola palabra en alemán; no tropecé con letreros alemanes; pude com-

probar con asombro que los siglos de la dominación germánica habían sido borrados de esas tierras en unos cuantos años.

Las Tierras Recuperadas han sido un gran factor en la industrialización de Polonia, y también en el desarrollo de su comercio exterior, ya que abrieron al país esas ventanas sobre el mar que son los puertos de Gdańsk y de Szczecin y otros de menor importancia. Al mismo tiempo, Polonia recuperó toda la cuenca del río Oder, que desemboca en las cercanías de Szczecin, y con ella una magnífica ruta de navegación que une la Cuenca de Silesia con el Báltico.

El factor primordial en la reconstrucción económica de Polonia es la ayuda prestada por la Unión Soviética.

La historia no conoce ejemplos de esa clase de ayuda, proporcionada por un país grande y poderoso pero que ha sufrido terribles pérdidas humanas y materiales, a otro país, mucho más pequeño y que soportó una terrible sangría económica. En los primeros meses que siguieron a la liberación, de acuerdo con los términos del convenio comercial concertado en octubre de 1944, Polonia recibió de la U.R.S.S. 45,000 toneladas de carbón, que fueron una inyección vital para su industria paralizada; recibió algodón, cerillos, sal, hilo para coser y otros artículos de urgente necesidad. Las entregas de productos soviéticos efectuadas en el curso de siete meses las pagó Polonia con entregas de productos suyos durante diecisiete meses. De enero de 1946 a febrero de 1948, la Unión Soviética suministró a Polonia 1.800,000 toneladas de trigo, desvaneciéndose así la amenaza de una crisis alimenticia. El pago de esas entregas se hizo en el curso de los dos años siguientes, con exportaciones de productos polacos y con las sumas provenientes del tránsito ferroviario a través del territorio polaco.

Las entregas soviéticas cubren actualmente el 70 por ciento del consumo polaco de algodón, y el 60 por ciento del de mineral de hierro; la U.R.S.S. abastece a Polonia de asbesto, de materias primas químicas y de maquinaria. Polonia exporta a la Unión Soviética textiles, artículos de confección, carbón, coque, azúcar, papel, vidrio y porcelana.

En enero de 1948 fué concertado un nuevo convenio para la entrega de bienes de capitalización a Polonia (equipos industriales, maquinaria, etc.), por valor de 450 millones de dólares, pagaderos, en ocho años, con la exportación de pro-

ductos polacos. En 1950 recibiremos de la U.R.S.S. el 85 por ciento de todo el algodón que necesitamos, el 65 por ciento del mineral de hierro, el 100 por ciento del manganeso y de los minerales de manganeso, más del 50 por ciento del fierro fundido, el 70 por ciento de las grasas.

Las nuevas condiciones geográficas y económicas, y principalmente la ayuda proporcionada por la Unión Soviética; la nacionalización de las ramas fundamentales de la producción; la introducción de la economía planificada: tales son los factores que han hecho posible el ritmo de la reconstrucción y el dinamismo de las nuevas edificaciones, que asombran a los observadores extranjeros.

La cooperación con los países de la democracia popular: Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria; el intercambio comercial, cultural y científico con la República Democrática Alemana, y la cooperación iniciada ya con la República Popular de China, son otros factores gracias a los cuales Polonia se sitúa dentro del amplio sistema económico basado en la ayuda y el beneficio mutuos, libre de cualquier peligro de explotación o merma de soberanía. ¿Podrán decir lo mismo los países "marshalizados"?

El decreto del 3 de enero de 1946 que nacionalizó las ramas fundamentales de la industria aducía como motivos de ese paso "la reconstrucción planificada de la economía nacional, la garantía de la soberanía nacional del Estado y la elevación del bienestar general". Fueron nacionalizadas, sin indemnización, las empresas industriales, mineras, de transportes, bancarias, de seguros y comerciales pertenecientes a Alemania y a la "Ciudad Libre de Dantzig", a los ciudadanos de Alemania y de la Ciudad Libre de Dantzig, a las sociedades controladas por los ciudadanos de Alemania y de la Ciudad Libre de Dantzig; a las personas que se unieron al enemigo. Además fueron nacionalizadas, mediante indemnización, todas las minas, las instalaciones de la industria petrolera, las plantas hidroeléctricas, fundiciones, plantas de la industria pesada, refinerías de azúcar, fábricas textiles, imprentas: todas las fábricas y empresas que emplean más de cincuenta trabajadores; los ferrocarriles, las compañías de aviación y las empresas de telecomunicaciones.

En diciembre de 1946, un decreto adicional autorizó para ciertas industrias en manos privadas un máximo de 100 a 150

obreros. Las empresas privadas constituídas posteriormente a la promulgación de la ley sobre nacionalización de las industrias no quedaron comprendidas en la ley. La nacionalización de las ramas básicas de la industria permitió planificar la reconstrucción del país, eliminando todos los obstáculos resultantes de la especulación y del afán de los dueños de obtener ganancias exorbitantes. Gracias a ese paso trascendental y definitivo, la industria polaca ha podido satisfacer las necesidades de la reconstrucción, intensificando la fabricación de maquinaria, de equipos y, en general, de medios de producción, en esa primera etapa de la economía planificada que fué el Plan Trienal.

Después de satisfacer las necesidades más vitales de consumo para alimentar, calzar y vestir a la población pauperizada por la guerra y por la ocupación alemana, se intensificó la producción de medios de producción, de maquinaria, de materiales de construcción, etc., indispensables para la industrialización sistemática del país. De ahí la necesidad —satisfecha en el curso del Plan Trienal— de aumentar la proporción de los medios de producción en la producción global. Mientras que en 1937 (antes de la guerra) esa proporción era de un 47 por ciento para los medios de producción, y de 53 para los artículos de consumo, en 1947 los porcentajes respectivos eran ya de 54 y 46, y en 1948, de 55 y 45.

La industria polaca comenzó a producir artículos que jamás se habían fabricado en Polonia: tractores, camiones de carga, tornos pesados, de ruedas y de varios tipos más, calderas para 40 atmósferas, motores, bombas de profundidad, segadoras y trilladoras, instrumentos de precisión y ópticos; fibras sintéticas, electrodos de carbón, reactivos químicos producidos en masa; colorantes, productos farmacéuticos, etc.

Sin embargo, no hubiera bastado nacionalizar la industria y planificar la economía para obtener resultados tan espléndidos, a no haber contado Polonia con otro factor de inapreciable valor: el entusiasmo, la abnegación, la conciencia de sus trabajadores. El número de los obreros sindicados alcanza cuatro millones seiscientos mil miembros. Son los sindicatos, guiados por el Partido Obrero Unificado, los que representan en Polonia la más poderosa fuerza de progreso y avance social, los que han asumido la responsabilidad principal en la realización de la histórica tarea de cumplir con creces las metas del Plan Trienal y del Plan Sexenal.

La nueva parte de Varsovia. Colonia obrera en la arteria Este-Oeste.

Montaje de un puente de acero en una fábrica de Silesia.

La juventud polaca en el desfile del 1º de mayo.

Juegos Olimpicos de Escuelas Profesionales en Varsovia.

Las grandes campañas para acelerar la producción mediante el movimiento de las competencias de trabajo, para racionalizar los procesos de la producción, economizar materias primas y limitar los desperdicios; las hazañas del Primero de Mayo, del Día de la Mujer, del Congreso de Unificación Obrera, del Día Internacional de la Paz, todas ellas basadas en el mismo principio de rebasar las metas de producción para celebrar los grandes acontecimientos y las fechas gloriosas de la lucha por el progreso y por la paz mundial, han contribuído en gran medida a que las metas atrevidas y audaces de los planes económicos sean superadas año con año.

Volvamos a los números. Mientras que en 1946 el 91.2 por ciento de toda la producción industrial, excluyendo la artesana, correspondía a la industria socializada (nacionalizada y cooperativa), en 1949 le corresponde el 96 por ciento. El valor global de la producción industrial de Polonia constituye el 226 por ciento del de 1946, y el 174 del de 1938; el valor de la producción industrial por habitante rebasa en un 144 por ciento el de la preguerra. Mientras que en 1938 fueron extraídas 38.100,000 toneladas de carbón, en 1949 llegaron a 70.300,000, y en 1955 se extraerán 95 millones de toneladas. La producción de máquinas agrícolas es tres veces mayor que antes de la guerra. Polonia produce 80 kilos de acero por habitante, y en 1938 sólo producía 42. En 1938 se producían 3,977.000,000 kilovatios-hora; en 1949 ascendieron a ..... 8,400.000,000.

La industria ligera ha superado en muchas de sus ramas la producción de antes de la guerra. Hablando en términos generales, cada año del Plan Trienal aumentó la producción industrial global en un 39-31 por ciento. Cada año del Plan Sexenal originará un aumento del 11-12 por ciento. El porcentaje es menor, ya que no se trata de la reconstrucción, como en el Plan Trienal, sino de la ampliación y la construcción de nuevas plantas, fábricas, edificios, minas, fundiciones, etc.

El Plan Trienal permitió superar el tráfico ferroviario y motorizado de la preguerra, rebasar el tonelaje de la flota mercante, aumentar notablemente el valor de las operaciones del comercio exterior.

El valor de las operaciones comerciales con el extranjero muestra un continuo aumento. En 1945 constituía apenas el

7.7 por ciento del de antes de la guerra; en 1946, el 29.1 por ciento; en 1947, el 58.1 por ciento; en 1948, el 115.3 por ciento.

En 1946 el monto de las operaciones con la U.R.S.S. constituía el 60 por ciento de la cifra total del comercio exterior polaco; en 1948, el 28 por ciento de las operaciones correspondía a las concertadas con la Unión Soviética; el 12.2 correspondía a Suecia; el 10.7, a Dinamarca; el 8.9 a los Estados Unidos; el 7.6 a la Gran Bretaña; el 3.5 a Francia; el 3.3 a Suiza; el 3 a Checoslovaquia. Polonia comerciaba entonces con 33 países. Actualmente comercia con más de 37.

Paralelamente a la industrialización del país aumenta la proporción de los productos industriales en las exportaciones, y disminuye en las importaciones. La exportación de materias primas constituía el 34 por ciento de las exportaciones en 1938; bajó al 29 por ciento en 1948, y sigue en descenso, mientras aumenta la exportación de artículos elaborados y semielaborados (del 66 por ciento en 1938 al 71 en 1948).

En 1949 las operaciones del comercio exterior polaco alcanzaron un valor de 1,400.000,000 de dólares, superando en un 19.3 por ciento el que tuvieron en 1948. El valor de las importaciones ascendió a 632.600,000 dólares (22 por ciento más que el año anterior). El 63.6 por ciento de las importaciones corresponde a materias primas y artículos semielaborados; el 8.8 por ciento a artículos alimenticios; el 6.6 por ciento a artículos industriales, y el 21 por ciento a bienes de capitalización.

El valor de las exportaciones fué de 619 millones de dólares (un 16 por ciento más que en 1948). Las exportaciones de productos agrícolas y alimenticios aumentaron en un 50 por ciento; las de equipo ferroviario aumentaron en siete veces, y las de tornos en cuatro. El 46 por ciento de las exportaciones corresponde al carbón y al coque; el 20 por ciento a productos agrícolas y alimenticios; el 16.2 por ciento a artículos industriales, y el resto a materias primas y productos semielaborados.

Las operaciones con la Unión Soviética y con los países de la Democracia Popular abarcan actualmente el 44 por ciento de todas las operaciones de Polonia con el extranjero y muestran un aumento de 25.4 por ciento respecto de 1948. El 56 por ciento de las operaciones comerciales de Polonia corresponde a los países capitalistas, entre los cuales la Gran Bretaña ocupa un lugar destacado.

Las relaciones con los países de ultramar recibieron un nuevo impulso con el establecimiento de nexos comerciales con la China Popular, con el Indostán, el Pakistán, Egipto y el Estado de Israel. Polonia comercia también con la Argentina y estrecha sus relaciones comerciales con otros países latinoamericanos.

En cuanto al comercio interior, la participación del sector socializado ha llegado al 96 por ciento en el comercio de mayoreo, tratándose de los productos de la industria estatal, y al 85 por ciento de los productos industriales y agrícolas en conjunto. En el comercio al detalle, el sector socializado abarca cerca del 40 por ciento.

La socialización progresiva del comercio interior ha permitido dominar la especulación, estabilizar los precios y eliminar el sistema de bonos alimenticios (para papas, azúcar, carbón, harina y pan en 1948; para la carne a fines de 1949).

Sería incompleto este cuadro del desarrollo económico si no abarcara la elevación del nivel de vida del pueblo. Ya dijimos que en el curso del Plan Trienal se duplicó el valor real de los salarios obreros, superando el de la preguerra. El salario medio de un obrero industrial ascendía en 1946 a 7,893 zlotys, de los cuales 3,528 se pagaban en efectivo y el resto en varias prestaciones (alimentos, bonos para carbón, tejidos, etc.). En 1947 el salario era de 10,223 zlotys (4,993 en efectivo); en 1948 era de 13,642 zlotys (8,614 en efectivo). El aumento fué, pues, de 72 por ciento en total, y de 165 por ciento en relación con el salario en efectivo.

En 1949, con la firma de los nuevos contratos colectivos en todas las ramas de la industria, los sueldos de las categorías menos altas aumentaron en un 30 por ciento. El salario medio se elevó a unos 15,000 zlotys al mes para los trabajadores manuales, y a 22,000 para los intelectuales. Al mismo tiempo desaparecieron el sistema de bonos alimenticios y el racionamiento de los artículos de primera necesidad.

Los premios obtenidos por la superación de las normas de trabajo pueden elevar el sueldo básico en dos y tres veces. Pasé todo el día en la mina *Sosnowiec,* en la Alta Silesia; todo un día platicando con los mineros, visitando las instituciones sociales —la casa-cuna, el jardín de niños, la escuela y el hermoso parque que después de servir durante varias generaciones como lugar de diversión de los aristócratas dueños de la mina,

de nacionalidad francesa, se ha convertido en el lugar preferido para los juegos de los niños de los mineros, y para los paseos de las jóvenes parejas que no menosprecian el valor del romanticismo en la vida.

Visité la casa del campeón del trabajo de la mina, un minero de base. Está situada junto al parque; su departamento está lleno de luz y de sol, y muy bien arreglado. El lugar de honor lo ocupa el aparato de radio que fué el regalo de la mina con motivo de la victoria en las competencias. El sueldo del campeón es dos y media veces más alto que el del director de la mina (cerca de cien mil zlotys, mientras que el director gana cuarenta mil).

Hay que agregar que los trabajadores disfrutan de una serie de ventajas sociales inalcanzables en el antiguo régimen. Los obreros beneficiarios del Seguro Social no pagan cuotas, pues los gastos son cubiertos por las empresas; disfrutan de un vasto sistema de vacaciones pagadas, que constituye uno de los más notables adelantos sociales de Polonia. Los trabajadores son transportados gratuitamente a los centros turísticos y climáticos; obtienen alojamiento en casas de descanso y en hoteles; reciben una alimentación sana y nutritiva; disfrutan de excursiones, representaciones teatrales, etc., pagando una mínima parte de los gastos, ya que el Estado y las empresas cubren la parte mayor.

En cuanto al nivel de vida en el campo, se observa un ascenso paralelo a la modernización de la agricultura. Las primeras cosechas de las cooperativas agrícolas de producción, y el primer reparto de utilidades, demostraron que un cooperador obtiene una ganancia mensual de cerca de 18,000 zlotys, que, naturalmente, irá en aumento según mejore la organización de las cooperativas.

El barómetro del nivel de vida de un pueblo lo constituyen las estadísticas de mortalidad y de nacimientos. Mientras que de cada mil personas morían 14.1 en el período 1936-38, en 1949 las estadísticas muestran una disminución de 11.5 en la mortalidad; y mientras que antes de la guerra nacían anualmente 11.2 niños por cada mil personas, en 1949 nacieron 17.3

Antes de la guerra se suicidaron, entre diez mil personas, 3.3, según estadísticas oficiales; en 1949 solamente 1.3.

Citemos las palabras del Presidente Bierut, pronunciadas en el IV Pleno del Partido Obrero Unificado:

"Nunca hubo en Polonia un número tan bajo de fallecimientos y tan alto de matrimonios; desde hace cincuenta años no hemos observado un número tan elevado de nacimientos".

Espero que estos datos —fragmentarios, por supuesto, ya que no es posible agotar el tema en un solo artículo— permitan apreciar la magnitud del esfuerzo realizado hasta ahora por el pueblo polaco.

En 30 de mayo de 1949 fueron trazados los lineamientos del Plan Sexenal, que comenzó en 1950 y concluirá en 1955. Como dijimos ya, las metas del Plan serán aumentadas. Al cumplirse el Plan Sexenal, la producción industrial polaca habrá aumentado en un 95 por ciento más; la producción agrícola, en un 40 por ciento; se producirán seis veces más abonos artificiales por hectárea de tierra laborable que antes de la guerra; veinte veces más tornos, de diversos tipos; cada habitante consumirá alimentos equivalentes a 3,110 calorías diarias (en 1938 sólo llegaban a 2,600 calorías). El consumo de cereales aumentará en un 25 por ciento; el de carne en un 35 por ciento. La producción industrial será tres veces mayor que antes de la guerra, y cuatro veces mayor calculada por habitante. Polonia producirá entonces tanto carbón como los Estados Unidos en 1937; la producción de acero será dos veces mayor que antes de la guerra; la producción de la industria pesada será dos veces y media superior a la actual; la de la industria química será tres veces mayor. El nivel de vida de la población será dos veces más alto que antes de la guerra. Se construirán 660,000 viviendas nuevas. El tonelaje global de la flota superará en tres veces el de 1949, que fué mayor ya que el de 1938.

Se realizarán los tres postulados fundamentales del Plan Sexenal, que en breves palabras resumen todo el alcance de esa tarea gigantesca y sin precedentes. Esos postulados son: la limitación definitiva de los elementos capitalistas, que no tendrán influencia real en ninguna rama de la economía; el encarrilamiento de la economía polaca hacia el socialismo; la elevación del bienestar material y del nivel cultural de las masas populares.

No es posible presentar en el marco de este trabajo el desarrollo de la vida cultural y artística de Polonia, narrar cómo se multiplican las escuelas, cómo surgen nuevos teatros y bibliotecas, cómo se construyen Palacios de la Cultura para los

obreros y los campesinos, cómo florece el arte y cómo aumenta el número de los estudiantes hijos de obreros y de campesinos; cómo se elevan las tiradas de los periódicos, se centuplican las ediciones de nuevas obras literarias y las de los clásicos de la literatura polaca y extranjera. Grandes sectores de la población que han vivido siglos enteros en la miseria y la ignorancia han logrado el más emocionante despertar a una vida nueva.

Una sola cosa puede ser capaz de interrumpir el ritmo ascendente del esfuerzo de mi pueblo: la guerra. El pueblo polaco, y con él otros pueblos que marchan hacia el socialismo, trabajan por la paz. Cada edificio y cada fábrica, cada nueva escuela y cada nuevo teatro en Polonia son una aportación a la victoria de la paz en la tierra.

Esta es la verdad de la Nueva Polonia. Es la verdad que se impone a despecho de las calumnias, de las falsedades, de los rencores convertidos en "noticias". Esta es la verdad que realiza el viejo sueño del heroico combatiente polaco "por nuestra libertad y la vuestra", Jaroslaw Dombrowski, uno de los jefes de la Comuna de París y uno de los muchos polacos que murieron en tierras lejanas añorando una patria libre:

"No creo en otra Polonia sino en la que nuestro pueblo trabajador levantará con sus propias manos. . . No puedo vivir ni morir por otra Polonia sino por aquella en la cual la dominación del hombre sobre el hombre será reemplazada por la dominación de la libertad, de la razón y de la justicia. . .".

EL CASO DRAMATICO DE LA AMERICA HISPANICA

Por *Luis-Alberto SANCHEZ*

Siembra dictaduras y cosecharás comunismo. . .
(Del refranero de Sancho, 1950)

Por mucho que los políticos y pensadores (en riguroso orden de importancia) se retuerzan los brazos ante el actual aspecto de América, nadie siente mayor dolor y preocupación que sus protagonistas. Es posible que en ciertos espectáculos, por ejemplo, drama y cine, el espectador sufra a veces tanto como el actor. En el circo, nadie supera la angustia del trapecista. En política, ocurre igual. Como uno de los protagonistas del drama indoamericano, hago valer mi derecho de ser no sólo oído, sino escuchado.

Los comentarios, desde que las militaradas y sus imitaciones se hicieron del Poder Político en una docena de países indoamericanos, y comenzaron a dejar oír su voz fuera de ellas, reducen el asunto a contornos demasiado simples, y, por tanto, falsos. Desde hace tiempo sabemos que las fórmulas muy sencillas impresionan a los sujetos de propaganda, pero sirven para ocultar las inevitables complejidades del fenómeno histórico que vivimos. Me atrevería a decir: a fórmula demasiado simple, sofisma demasiado evidente.

Tales sofismas suelen alinearse ante nuestra imaginación con tan severa disciplina teórico-cuartelera, que muchos se dejan arrastrar por ellos. Conviene analizarlos para evitar su peligroso y falaz sortilegio.

Me atrevería a reducirlos a los siguientes, tomando sólo aquellos más divulgados:

Los países indoamericanos no están preparados para la vida independiente ni para la democracia; b) los partidos de

izquierda han fracasado, y la democracia con ellos; c) el ejército es la única fuerza organizada en esos países; ch) carecen de opinión pública; d) la no intervención prescribe que todo régimen vencedor debe ser reconocido como bueno; e) reconocer un gobierno de facto, no significa aprobar su origen; f) ante todo conviene mantener la unidad continental frente al comunismo; g) el comunismo carece de importancia en nuestro continente.

Planteadas estas proposiciones, ya puede uno, sin el menor empacho, solicitar un puesto de experto en asuntos "latinoamericanos" y sentarse en la vasta sala de la ONU, seguro de poder resolver el drama de las dos culturas enfrentadas y el de la futura Paz Universal.

Veamos ahora cómo se desmonta tan luciente maquinaria, inexacta como toda simpleza, genuino producto del apriorismo de los técnicos al uso.

Se dirá que en lugar de abarcar un vasto panorama continental, sería preferible, para esclarecerlo, concentrarnos en un sólo país. Responderé con Toynbee: "Si se pretende entender las partes, debemos primero enfocar nuestra atención en el conjunto, porque el conjunto es el campo de estudio inteligible por sí mismo (*A Study of History,* bridgement, p. 5). Del cotejo de coincidencias podría emerger una conclusión común, ciertamente; no obstante, tales coincidencias no son perceptibles sino cuando nos situamos en un ángulo general.

a) *¿Impreparados para la democracia?*

El hecho de que predominen hoy en la mitad de los Estados indoamericanos dictaduras militares o militaristas, prueba sólo un hecho: que existen. Ninguna otra inferencia sería legítima, salvo que se abrigue el propósito de probar la eficacia de algo tan malo como esas dictaduras: por ejemplo, la legitimidad de la hegemonía sin control de las oligarquías plutocráticas nacionales y extranjeras. Puede probar también aquel fenómeno que los militares constituyen una casta peligrosa, poco dispuesta a guardar su juramento de lealtad, y reñida con la práctica civilizada de admitir la razón de cada cual. Pero los militares que así piensen forman una parte del ejército, y el ejército sólo una parte mínima de la nación. La circunstancia

infeliz de que posea las armas, no les otorga razón; su razón es la misma por la que un grupo de SS tenían sujetos en Dachau a millares de prisioneros democráticos. Contar con las armas es un hecho que nada tiene que ver con la legitimidad o posibilidad de la democracia. Tal vez lo lógico sería extraer de tal situación un debate sobre la posibilidad o conveniencia del ejército, que obstaculiza la democracia, ahí donde así lo hace; o la urgencia de reformarlo y reeducarlo, para que cumpla su obligación primordial, absteniéndose de intervenir en lo que *no entiende*. Pero, desde que potencias democráticas que nos echan en cara nuestra inmadurez democrática, se apresuran a reconocer y apoyar a los enemigos de la democracia, fluye la pregunta: ¿cómo nos acusan de inhabilidad democrática los que alientan y subvencionan con entusiasmo a los enemigos de la democracia, y se manifiestan remisos y hasta esquivos cuando se trata de apoyar o simplemente mantener relaciones con los regímenes democráticos? ¿No será que influye desmoralizadoramente la preeminencia de los Estados Mayores, cualquiera que sea la nación de que se trate, en las decisiones políticas e internacionales? ¿O es que el ejército constituye una vasta cofradía o casta, semejante al clero, que no distingue fronteras?

Desagrada y hasta duele plantear siquiera tales posibilidades. Sin embargo debemos confrontarlas si queremos llegar a algún resultado práctico después de un examen objetivo de la actualidad.

Los Estados Unidos tardaron ochenta y nueve años en ajustar su democracia. Entre 1776, en que se proclama la Independencia, y 1865 en que, tras el asesinato de Lincoln, se clausura la guerra de Secesión, experimentó rudas conmociones. Aun después de aquello, no sería estrictamente justo atribuir un claro carácter democrático al período de la Reconstrucción, ni a los brotes racistas visibles en agrupaciones tales como el Klu Klux Klan, en la política del Tamany Hall, en los extremos violentos de la Ley Lynch. Cuando en una Universidad, donde se supone que residan los más cultos, se niega el paso a un joven a causa de su color, la idea democrática tiene aún largo camino que recorrer. La igualdad de oportunidad era hasta el *New Deal,* igualdad de oportunidad para perecer de desocupación, tanto como para enriquecerse frenéticamente.

Toda obra de morigeración de los instintos de los hombres, sobre todo si éstos se desenvuelven en condiciones materiales desfavorables, requiere tiempo. Entre nosotros nada hubo favorable, salvo el impulso idealista de obtener la igualdad; pero el idealismo consigue poco frente a la terquedad de los hechos materiales.

Sin embargo, a quienes afirman con alegre irresponsabilidad que no estamos preparados para la Democracia, podemos recordarles lo siguiente: a) Bolívar era todavía omnipotente cuando se produjo la Convención de Ocaña, y aunque logró momentánea victoria sobre Santander, tuvo que admitir al cabo la derrota de su plan de Constitución Vitalicia, e inclinarse ante la opinión liberal, mayoritaria, allá por 1828, eso le costó la vida; no sé si Washington o Napoleón hubieran hecho otro tanto. b) San Martín, libertador de tres países, se autodesterró para no chocar con la creciente marejada de jacobinismo, de un lado, y bolivarismo, del otro, creciente en América allá por 1822. c) Injusta o no, la opinión pública consiguió que el Director Supremo O'Higgins abandonase el poder y el país que él había libertado, en 1823. ch) En 1891, un Presidente de Chile, Balmaceda, pretendió imponer su voluntad al Congreso; no lo consiguió tampoco; el intento significó una revolución y el suicidio del propio presidente, pero quedó asentado el régimen parlamentario. d) Más tarde, el parlamentarismo se extralimita y obstaculiza la vida nacional, y, sin mayores desgarramientos, salvo esporádico motín, se dicta una constitución presidencialista que hasta ahora rige. e) En 1920 se produce en Chile un choque irrefrenable entre las clases propietarias y el pueblo: cuando el conflicto parece insalvable, se constituye un Tribunal de Honor el cual dirime entre los dos candidatos antagónicos, Alessandri y Sanfuentes: así sube al poder el primero, acatado por el segundo. La lucha entre el izquierdismo y el conservatismo chilenos en 1938 se soluciona electoralmente, y basta un margen de 4,000 votos en un total de casi un millón, para determinar la victoria sin protestas de nadie. f) El Perú vive en paz, desenvolviéndose democráticamente, desde 1895 hasta 1919, o sea durante 26 años, con un solo paréntesis de pocos meses, en 1914; y habría continuado así tal vez, si la desaforada intervención de capitales *foráneos,* no hubiese producido una situación económica y política cuyo desenlace más adecuado, dentro del criterio de los prestamistas, era que se impusiera la única garantía válida de sus inversiones: un dic-

tador continuista y un ejército mejor pagado que los empleados de todas las ramas de la administración pública. g) En 1931, la Junta de Gobierno del Perú sabía que la elección del comandante Sánchez Cerro significaría para sus miembros persecución y quizás cárcel y muerte, como aconteció con el Ministro de Guerra, comandante Jiménez; sin embargo, prefirió abrir paso a la solución pacífica y constitucional, aunque preñada de riesgos, a optar por el camino de la irregularidad, quizás el menos peligroso para el pueblo. h) La Argentina, cuya vida republicana se desarrollaba dentro de los intereses de un patriciado agropecuario omnipotente, conquista pacíficamente el voto en 1912; en 1916 llega al gobierno el primer Presidente "radical", después de una espera de casi treinta años de su partido: si no es por la crisis de Wall Street de 1929, cuya repercusión conmovió a todos los gobiernos del continente, no se habría producido la bancarrota institucional de 1930, promovida no por los agitadores izquierdistas, como se dice, sino por la alta clase propietaria y sus secuaces del ejército. i) Ningún disturbio acompañó el triunfo de los liberales en Colombia en 1930; tampoco se alzó nadie como pudo haber ocurrido, cuando el gobierno Liberal entregó el mando al Conservador, en 1946: había entonces el hecho objetivo de que los candidatos liberales obtuvieron en total 800,000 votos, y el conservador, triunfante, sólo 550,000; pero la democracia impuso su juego y nadie quiso romper el juramento que, sobre más de cien mil cadáveres, habían formulado los partidos colombianos, allá por 1899.

Podría multiplicar los ejemplos. Destacaría que allí donde la pobreza linda con la miseria para la mayoría del país, como en Paraguay, Bolivia, Honduras, etc., han imperado las dictaduras nativas y los capitalistas extranjeros, ambos halagadores de las fuerzas armadas contra la civilidad desarmada: las primeras representan el apetito irrefrenable de poder de los criollos ricos; los segundos, la insaciable hambre de poseer más y más de los extranjeros voraces.

Quiere decir que cuando estos últimos, o sus gobiernos, acusan de incapacidad democrática a los nuestros, cometen un doble delito: desconocen nuestra trayectoria histórica, y nos enrostran culpas que ellos, más que nadie, debieran expiar, como instigadores y cómplices de la mayor parte de los legicidios. Al estimular el imperio de la fuerza a fin de verse protegidos, la han corrompido; la simonía deja la peor de las huellas: los imitadores. Esa es la experiencia amarga de cien

años de ensayos democráticos del pueblo y sus organizaciones legítimas, contra la tremenda colusión de los grandes intereses propios y extraños, ambos corruptores.

Tuvimos democracia, en su sentido prístino, desde el comienzo: sin segregaciones de raza, sin pujos de imperio, sin gran voracidad de lucro, con sentido cristiano hasta en los inevitables pandilleros que, so capa de redentores, abalearon comarcas y trasgredieron las leyes igual en la Patagonia que en California, en Irlanda que en Ukrania, en Rumania que en Sicilia, en Andalucía que en México. Todo país en ebullición, detona. Cuando no son partidas de rebeldes, surgen sindicatos de *gangsters*. La voracidad y la crueldad no son intransferibles: viven en el hondón de los hombres, acechando la ocasión de expresarse.

b) *Pero ¿qué se entiende por democracia?*

CUANDO se atribuye a Indoamérica crasa ignorancia o incapacidad para la democracia, convendría examinar el vocablo.

Para la mayor parte de nuestros detractores, democracia es una colectividad donde el gobierno y el parlamento son alternativos y electivos; donde todos los hombres tienen igual oportunidad; donde rigen libertad de conciencia, libertad de expresión, libertad de la miseria y libertad del temor, donde no hay discriminaciones de raza, sexo, religión ni credo político.

Pues bien ¿cuál de los Estados existentes cumple exacta y cabalmente todos estos requisitos? Como pocos lo hacen así, de lo que se trata es de ajustarse a ciertas normas preliminares e irrenunciables. Aquí surge una de las razones capitales que obliteran el criterio de nuestros observadores.

Para un sajón, un país en donde se realizan elecciones es de hecho democrático. El Departamento de Estado o la *Foreign Office* no preguntan cómo se realizan las elecciones. De hecho, a veces ni siquiera preguntan si las elecciones se han realizado. No obstante, los miembros de la cofradía panamericana deben ser, según el acuerdo I, de la IX Conferencia de Bogotá, "democracia representativa". Como el artículo 35 abre una brecha, no desde luego contra las bases fundamentales de la organización, sino más bien en pro de soluciones rápidas en casos discutibles, siempre que no alteren la esencia, he aquí que se ha optado por olvidar el requisito *esencial* de la confraternidad

panamericana, para atenerse a lo *emergente,* es decir que se ha dado vigencia a lo supletorio, cuando falta lo principal, o sea, cuando no hay nada que suplir. Si se requiriesen pruebas inmediatas de los efectos desmoralizantes de tan atrabiliaria y mendaz interpretación de principios y hechos, bastará apuntar lo que sigue:

El 27 de octubre de 1948 ocurrió un levantamiento del más típico color pretoriano en el Perú, sin justificativo de ninguna clase, mucho menos a la luz de lo ocurrido: la Secretaría de Estado de Washington, batuta en mano, le prestó su aquiescencia alrededor del 26 de noviembre, sin que nadie la urgiera, en momentos de crisis indudable para aquella militarada. En Venezuela, los militares, previamente relacionados con sus modelos de Buenos Aires y Lima, se hallaban en aguda pugna con el gobierno legítimo. Llegó en esos días a Caracas el Coronel Mario Vargas, ex-miembro de la Junta Revolucionaria de 1945, procedente de Washington, y aseveró que la Secretaría de Estado no reconocería golpes de fuerza. Bastó eso para desarmar la militarada. En seguida, Washington reconoció el *putsh* de Lima. A las 24 horas, había caído el gobierno constitucional de Caracas. La impunidad de los demócratas para los antidemócratas había quedado demostrada. ¡Y después nos dicen que somos inhábiles para la democracia!

Quiero advertir que no me liga ninguna simpatía con el régimen político peruano al cual derrocó la militarada de octubre del 48. Aquél estaba ya fuera de la ley por acto propio; pero ni esto justificaba un alzamiento de quienes habían condenado otro motín producido en esos días, de origen oscurísimo, pero con parecidos propósitos que los del golpe militar.

Se discutió mucho para reconocer al régimen de facto de Caracas. Pasaron meses. Al fin, para enero de 1949, Washington se decidió a pasar por alto el artículo esencial de la Conferencia de Bogotá. Dos días después caía el régimen constitucional del Paraguay, presidido por el civil Natalicio González. No tardó en producirse un alzamiento en La Paz. Había triunfado otro movimiento militar en El Salvador. En julio de 1949, se ensayaba otro *putsh* militar en Guatemala. Los profascistas, los reales enemigos de la democracia, contaban de antemano, si no con la simpatía, al menos con la impunidad y el reconocimiento de las más grandes democracias del mundo.

Por eso, los grupos comunistas los secundaron y secundan, en público o en privado, pues nada ha desacreditado más a la democracia en nuestro continente como la debilidad, si no la complicidad, de los grandes a este respecto.

La democracia ha sido deliberadamente tergiversada e incumplida en muchas partes, y esa tergiversación ha sido incomprensiblemente aceptada y tolerada por quienes tienen la última palabra, de hecho, en el debate por el reajuste democrático del mundo.

Existen (por necesidades tácticas, no menos corruptores que las negaciones expresas), existen tres tipos de democracias: las que lo *son* o *aspiran* a serlo; las que se contentan con *parecerlo,* y las que no les importa serlo ni parecerlo y se limitan a *llamarse* tales. Si no se establece un rasero al respecto, la batalla estará perdida por largo tiempo.

Cuando se observa que un país sin libertad de expresión es saludado como si fuera una democracia; que los estados con parlamento o sin él, son igualmente democráticos para el uso internacional; que las elecciones libres y las notoria y confesamente elaboradas o impuestas, merecen igual comentario (no así cuando ocurren en Europa, pero, sí cuando ello pasa en América, lo cual es una prueba más en pro del criterio relativista de los más descarados tácticos de la impudicia principista); cuando, no obstante la cruzada anticomunista, se hace uno de la vista gorda a la actividad deletérea del comunismo en complicidad con los antiguos profascistas, y se sanciona el destierro, la persecución y el atropello contra las auténticas y reconocidas fuerzas democráticas, cuando todo esto ocurre, nadie tiene el derecho de hablar de que nuestra América no está preparada para la democracia, ni mucho menos de dictar lecciones de moral política e internacional.

"Siembra dictadores, y cosecharás comunismo", podría ser la máxima sintetizadora de este nuevo estado. O "siembra estacas y cosecharás rábanos". La desconfianza en la democracia, en que con tan sagaz eficacia cooperan la Secretaría de Estado de Washington, los agentes del Cominforn y los grupos de plutócratas profascistas del continente, ha despertado la mesiánica codicia de los militares, ahí donde el ejército constituye una vasta burocracia, no una institución progresista y patriótica. "A río revuelto, ganancia de pretorianos y exportadores", tal reza otro refrán acuñado por las necesidades presentes.

c) *¿Los partidos de izquierda han fracasado?*

De lo dicho anteriormente, fluye la falsedad de este enunciado; pero conviene discutir siquiera rápidamente el asunto. ¿Cuáles son los partidos de izquierda y qué se entiende por partido de izquierda?

Desde luego, el comunismo está a la izquierda sólo en cuanto que se opone al capitalismo norteamericano, pero no a la hegemonía soviética. Cuando son los rusos quienes dominan, nada cuentan en los intereses nacionales. Estos son importantes sólo cuando se los enfrenta a los Estados Unidos e Inglaterra. También está a la izquierda cuando se trata de oponerse a una medida de transacción, a un partido centrista o de izquierda moderada; pero esta misma medida, si la pone en práctica una dictadura con quien se colabora, parece excelente. Es el caso de la ley de petróleo en Perú: cuando el ex presidente Bustamante y Rivero propició un contrato ad referendum y de mera *exploración* de una zona petrolífera, con cuyas condiciones no podían competir varias compañías petrolíferas que acudieron a la demanda, los comunistas y los profascistas peruanos consideraron el proyecto (iniciado y refrendado por el Presidente Bustamante, ya en pugna con el Apra), lo consideraron antinacional y aprista. Cuando la dictadura castrense actual publica una ley de petróleo en que se renuncia a las únicas garantías que dicha explotación petrolera contaba en el Perú, profascistas y comunistas callan o aplauden por razones inversas: los unos porque esto desacredita a las ignorantes derechas dueñas del poder absoluto; los otros, porque así obtienen ventajas directas y personales y pagan el apoyo recibido de las compañías petrolíferas para obtener el 100 por 100 de las divisas en dólares por productos de exportación. Desde que la ley de petróleo no favorece a un potencial programa de producción nacional, se la puede dejar incólume; desde que no se trata ya del único partido democrático nacional y anticomunista, no vale la pena atacar esa ley aunque se venda el petróleo entero del Perú.

En Venezuela, yo leí, el 4 ó 5 de enero, al pasar por uno de sus aeropuertos, una noticia que me dejó estupefacto: el partido comunista venezolano de una provincia ordenaba a uno de sus militantes que se abstuviera de participar en la investigación de un municipio manejado por Acción Democrática,

para lo cual había sido designado, a sabiendas, por la Junta castrense de Caracas. O sea que los comunistas públicamente guardaban relaciones con la Dictadura militar, que, una de dos, o ella resulta ultraizquierdista y procomunista, o los comunistas venezolanos son interesados secuaces de una dictadura antidemocrática y, por tanto, tácitos aliados del auge reaccionario en ese país.

En diciembre de 1948 vi en una calle de Buenos Aires un cartel del Partido comunista que ordenaba votar por la lista peronista. En este caso, como en otros análogos, se habla de comunismo "rojo" y comunismo "negro". Hay sobrada experiencia para concluir que esa diferencia de colores no altera la identidad de sustancia, estructura y objetivos.

Son conocidas las vinculaciones del comunismo cubano con el general Fulgencio Batista, durante el gobierno de éste, así como el cuarto de conversión que hicieron a raíz de la elección de Grau San Martín, en 1944.

Desde 1933, en que ascendió Hitler al poder, la consigna comunista fué un ataque despiadado contra el nazismo. A raíz del Pacto Hitler-Stalin en 1939, la consigna fué condenar abiertamente la guerra imperialista. A raíz de la invasión de Rusia por las tropas nazis, la divisa fué nuevamente de agresión violenta contra el Tercer Reich. Después de la liquidación de las operaciones bélicas, en 1945, otra vez el objetivo fueron las potencias imperialistas, o sea Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Los comunistas de Indoamérica siguieron esta línea, natural en quienes desembozadamente afirman que la hegemonía soviética representa la realización de sus ideales. Como lógica consecuencia, dentro de esa concepción táctica, los comunistas miran con desagrado y actúan en contra de todos los movimientos democráticos, cuyo programa de transformación social significa su desplazamiento del papel de líderes o conductores de la revolución económica. Su conveniencia está en *agudizar* los conflictos ideológicos y sociales para provocar la impaciencia, la exasperación y, por tanto, el agrupamiento de las fuerzas adversas a la plutocracia en sus propias filas. Es así perfectamente inteligible que consideren las dictaduras militares como un extremo indeseable, pero *aprovechable* para tales fines. De ahí que incluir actualmente a los comunistas en la izquierda sea, si no imposible, al menos muy objetable y, cuando menos, discutible.

Los partidos de izquierda, de índole democrática han chocado con dos poderosos enemigos: las fuertes plutocracias criollas, a menudo apoyadas en el capitalismo imperial, y el saboteo socavador de los comunistas, incansables en sus campañas de agitación y, a menudo, de provocación. En tales circunstancias, el ejército ha creído que su papel era intervenir por considerarse a sí propio, por determinación también propia, depositario de la fe patriótica, el custodio del orden y la única entidad organizada, no por principios políticos y sociales, indispensable para estructurar un estado, sino por la disciplina jerárquica y la mancomunidad de intereses de oficio, que convierte a las fuerzas armadas en un nuevo *estamento,* ya que no en una clase. Si a esto se añade que el auge de los Estados Mayores, vinculados por el señuelo de la Defensa Continental, ha producido peligrosos aglutinamientos profesionales, y que aun en los Estados Unidos tal influencia es perceptible, se tiene el cuadro dentro del cual se ha movilizado la realidad política de Indoamérica en estos años de postguerra. Para el militar sudamericano, el hecho de que Marshall, McArthur, Einsenhower, Clay, Bradley, todos ellos generales, y el secretario Johnson, ejerzan un evidente papel decisivo en las resoluciones políticas internacionales de la Democracia Norteamericana, significa una invitación irresistible a imitarlos en forma *sui generis,* pero efectiva.

Los programas de acción liberadora de los partidos democráticos de Indoamérica apenas han comenzado a ponerse en práctica, y han sido en gran parte sustituídos por planes impuestos, aparentemente propicios a las clases trabajadoras y medias, aunque, en realidad, predominantemente favorables a las plutocracias. El fascismo y el nazismo usaron el mismo ardid. La diferencia está en que tanto Mussolini como Hitler llegaron a tener visible fuerza popular, en sus respectivos momentos, porque sus países salían de la pesadilla desastrosa de la guerra. Los nuestros cargan ahora con análogas consecuencias sin haber experimentado las mismas causas. Los que pensaron que el fascismo había muerto con la derrota de las potencias centrales de Europa, deben revisar sus conclusiones para encarar el inequívoco hecho de un reflorecimiento fascista, bajo rótulo de Reconstrucción o Democracia, en muchos de los Estados americanos, sin "democracia representativa", o tan falsificada que no resiste al más ligero análisis.

ch) *¿Es realmente el ejército la única fuerza organizada?*

TAMPOCO es verdad que el ejército sea la única fuerza organizada.

Entre 1920 y 1948, ha ocurrido, felizmente, un proceso de aglutinación y ordenamiento de individuos y entidades de acuerdo con sus tendencias sociales y políticas. Los obreros lograron constituirse en federaciones nacionales y aun internacionales. La última de las fases de este movimiento data de 1948 cuando, frente a la denunciada orientación procomunista de la *Cetal* (Confederación de Trabajadores de América Latina) surgió la CIT (Confederación Interamericana de Trabajadores). Es muy interesante observar que, generalmente, los gobiernos militares atacan a ésta y respalden a aquélla, o miren con simpatía o neutralidad a la *Cetal.* El hecho es que los obreros se habían organizado, y que al fomentar la división sindical, las dictaduras no cooperan a la estructuración de las fuerzas vivas de la nación, sino a su desintegración para que las fuerzas armadas campeen a su antojo, protegiendo los intereses minoritarios en número, pero ricos en medios de las plutocracias. Es una guerra contra las mayorías nacionales.

Los estudiantes también se han organizado. Desde 1918 se produjo una poderosa campaña para formar federaciones de jóvenes universitarios, que ejercieron y ejercen su actividad no sólo en el campo de las Universidades, sino en el obrero y de empleados, por cuanto sostienen la necesidad de abrir la Universidad al pueblo, abandonando la clásica clausura profesional hasta ahí en boga. También las dictaduras se han estrellado contra las organizaciones estudiantiles. Basta revisar los diarios de los últimos 25 años para comprobar cómo se han usado sin tregua a las fuerzas armadas contra las Universidades. La de San Marcos, de Lima, cuyo Rectorado legal me honro en ejercer, sufrió varias veces ataques a mano armada. La última ocurrió en octubre de 1948, cuando tanques de guerra abatieron sus puertas y rompieron alguna de sus seculares murallas.

La clase media inició también un programa de organización. Fruto de ello han sido diversas leyes de amparo a sus correspondientes actividades económicas. Pero también a las federaciones de empleados les ha tocado afrontar el doloroso dilema: libertad o sometimiento. Menos pugnaces que obreros

y estudiantes, a menudo han optado por el último extremo, en provecho de sus patronos.

Por primera vez en América, se estructuraron a partir de 1918 partidos de amplios principios sociales y nacionales. Cundió el nacionalismo que podríamos calificar de "socializante y defensivo". Los viejos partidos modificaron sus idearios y tácticas de acuerdo con ello. Este provechoso alineamiento político de la ciudadanía constituye la mejor, si no única, garantía de un efectivo juego democrático. Las dictaduras militares y plutocráticas se han empeñado ahora en declarar fuera de la ley a los partidos democráticos y renovadores, nacionalistas y socializantes. Y aunque en algún caso, por ejemplo, el Perú, se ha involucrado en la excomunión legal también al Partido Comunista, éste, carente de peligrosidad momentánea, de hecho coopera con el gobierno, y no hay uno solo de sus miembros perseguido o encarcelado, a diferencia de los miembros del Partido Aprista, a quienes se encarcela y persigue sin orden judicial, y cuando por orden judicial se les otorga la libertad, el aparato policíaco los aprehende en uso de una Ley de Seguridad Interior, cuya mejor definición consiste en la novedad jurídica por ella descubierta: la pena de muerte por el *intento* de ataque a un *familiar* de cualquier funcionario policial o gubernativo, y la aplicación de esa pena por tribunales *policiales,* al margen del procedimiento judicial que la constitución y la civilización establecen.

Queda otra fuerza organizada: el clero. En ella debieron descansar la fe y la esperanza de los verdaderos católicos, que son mayoría abrumadora en nuestros países y que, por tanto, forman filas en los partidos de toda especie, sin excluir los democráticos, desde luego. Razones políticas han producido a menudo dolorosas distorsiones del espíritu cristiano a través de la relación entre el clero y su feligresía. Las dictaduras francamente condenadas por la Iglesia en los casos europeos de Checoslovaquia, Yugoslavia, Polonia y Hungría, no han recibido igual tratamiento en Indoamérica. Procedimientos iguales o peores que el del Cardenal Midsenty, aplicados a connotados políticos, de filiación católica, pero sin jerarquía eclesiástica, no han merecido la menor censura. Ojalá semejantes errores no redunden mañana en menoscabo de la autoridad espiritual de quienes están llamados a interponer su piadoso ministerio para apaciguar la impiedad de la lucha social y política.

El ataque contra estas fuerzas, o su sometimiento al *fait accompli,* permite afirmar alegremente que el ejército es la única fuerza organizada, lo cual es inexacto. Por otra parte, aunque lo fuera: la misión del ejército no es la de imponer su criterio en asuntos en los cuales carece de criterio propio. Su misión es muy sencilla: hacer respetar la integridad nacional como guardián de las fronteras, y mantener a la autoridad legítimamente constituída de acuerdo con la Carta Fundamental de cada República. Al no hacerlo, o al excederse en sus funciones, deja de ser lo que es y se convierte o en una agrupación de mercenarios o en un partido político, ambas posiciones reñidas con su finalidad y que, lejos de ser moralizadoras, son absolutamente desmoralizadoras. Bastaría para probarlo la larga historia de golpes militares de América, durante el siglo XIX, y nada hay tan elocuente como la condición del ejército paraguayo, las crisis dentro del boliviano, las felizmente superadas luchas del ejército mexicano, etc., pruebas inequívocas de lo que en realidad significa el jactancioso y falaz aserto de que el ejército es la única fuerza organizada cuando sólo es la única fuerza *armada.*

d) *¿No existe la opinión pública?*

SER mudo y estar callado son dos hechos diferentes. Estar muerto y estar inmóvil o inmovilizado, son también dos hechos diferentes. La opinión pública existe, pero no tiene expresión tangible, porque impera la fuerza desorganizadora y desmoralizadora creada por la extraña confabulación de plutócratas, militares y comunistas. Esta confabulación ha recibido la aprobación o la patente de corso de las potencias que se ufanan de empuñar la tea de la democracia en el mundo.

Bastaría un episodio para demostrar cuán peligrosa es la actitud de las potencias al respecto. Precisamente ahora, en febrero-marzo de 1950, el subsecretario de Estado de Norteamérica, Edward Miller, ha visitado la Argentina a fin de ajustar nuevo trato con el gobierno del General Perón. Haciendo caso omiso de su presencia, y hasta quizás como un alarde de inconsideración, en esos mismos días, "La Prensa", el viejo paladín de la democracia argentina, sufre la más ruda de las agresiones contra su libertad y hasta contra su existencia.

En Perú se han clausurado en 1948, grosso modo, por decreto, 25 diarios y revistas, y han sido confiscadas una decena de talleres de imprenta. Casi todos formaban parte de sociedades anónimas. Los accionistas no han sido indemnizados, ni se ha verificado una liquidación legal. Posteriormente, en noviembre de 1949, se han clausurado cuatro periódicos, algunos de ellos notorios adversarios del aprismo; pero habían tenido la ingenuidad de creer que la promesa de admitir la libre crítica podía ser realidad en un régimen de fuerza. *Ya, Pan, Jornada, La República,* son los nombres de tales publicaciones. El Presidente de la Junta Militar ha declarado en comunicado oficial que dos de ellos eran "órganos apristas". Ninguna prueba exhibió, desde luego: basta y bastó su dicho o el de sus instrumentadores.

Cuando así se procede contra la opinión pública; cuando se pasea a grupos de estudiantes por las calles, llevando inscripciones pintadas con alquitrán en sus espaldas, y habiéndoles cortado el pelo al rape, en forma de estrella, como no lo hiciera Hitler con los judíos, —sólo por el terrible delito de no aceptar la regimentación *democrática* de la dictadura castrense— y eso ha ocurrido en Lima y por exhibir una foto de ello se clausuró la revista *Ya,* ¿qué recurso queda al pueblo? ¿Adormecerse en la sumisión envilecedora? ¿Sublevarse? Por desgracia esa es la disyuntiva a que conduce siempre la dictadura, y peor aún cuando las fuerzas internacionales se niegan a usar los medios que la ley internacional, aprobada en San Francisco y Chapultepec, les otorga: el derecho de revisar el pasaporte democrático-representativo de cada uno de sus miembros, a fin de que no convivan bajo el mismo techo el hombre honesto y el hampón abiertamente reconocido y calificado.

¿Cómo se tolera semejante abuso, si los demócratas son mayoría?

Tan ingenua pregunta ha visitado a menudo mis largas vigilias de exilado. Y repregunto: ¿quiénes son más, los presos o los carceleros? ¿Por qué, entonces, los penados de una prisión no se libertan, si ellos son diez veces más numerosos que sus guardianes? La respuesta es la misma. El ejército no es la única clase organizada, pero sí el *único organismo armado.* La guerra moderna ha dotado a esos ejércitos de armas automáticas que el civil no puede conseguir. Entonces —y aquí otra grave derivación— la opinión pública tiene que orientarse hacia

una dolorosa acción clandestina y a conspirar o confabularse con los únicos entes armados, es decir, con una parte o todo el ejército. Y éste resulta el eje de la política. A mayor número de armas, menores libertades ahí donde todavía no ha sido posible mantener en pie las entidades y partidos democráticos profunda y heroicamente deseados, alimentados y defendidos por los pueblos.

La carrera armamentista de países que no tienen entre sí conflicto alguno, y cuya participación en un conflicto mundial tendría que estar condicionada a la participación de las grandes potencias, desemboca inevitablemente en un aumento terrible del presupuesto nacional de armamentos y en la hegemonía de sus detentadores. Un dato ilustrativo: en Perú hoy día, 1950, se gasta alrededor de un millón de soles diarios en las fuerzas armadas. En dólares, al cambio fluctuante, representa alrededor de 75,000 dólares diarios, cuyo poder adquisitivo en Perú significa 200,000 dólares diarios. O sea que, en una actividad improductiva y meramente política, se gasta más del 20 por ciento del presupuesto nacional, sin considerar los renglones de policía secreta e inversiones preventivas de la seguridad pública. En cambio, se ha reducido el número de alumnos de la Facultad de Medicina en un país que tiene menos de 2,000 médicos para 8 millones de habitantes, y en donde la tuberculosis, el paludismo, la difteria y el tifus avanzan a paso marcial, entre cordones de cañones, ametralladoras y armas automáticas, magníficamente conservadas y exhibidas.

e) *¿No-intervención, intervención o reajuste jurídico?*

He oído afirmar con mucho énfasis al Embajador Warren Austin, representante de los Estados Unidos ante las Naciones Unidas, que la política de su país es la de "fomentar la paz y la no-intervención. En buena hora este lenguaje hubiera sido el de 1915 y el de 1928. Desde luego, no llega tarde quien llega, según el dicho popular. Sólo que a veces "no llega ni llega tarde".

La Carta de San Francisco promovió largos debates en la Conferencia y al ser ratificada en diversos Parlamentos, por una de sus estipulaciones: la que establece condiciones precisas, obligatorias, para el trato y respeto entre las naciones. Sus prescripciones para que sus signatarios se comprometan a abolir toda discriminación de raza, religión, sexo, ideología, idioma,

etc., exigen, de hecho, una condición *sine qua non* para el trato entre los Estados. En varias de sus cláusulas se fijan típicos requisitos, al punto que la teoría de la soberanía absoluta ha cedido paso a la de *soberanía condicionada* o limitada. Dista ésta de cualquier interpretación intervencionista por cuanto es aceptada previa y voluntariamente. En otras palabras, el que quiera pertenecer a la Organización de Naciones Unidas debe saber, *de antemano,* que su ingreso está condicionado por la aquiescencia de ciertos principios. Si éstos no se cumplen, la Organización tiene dos caminos: rechazar al infractor, o investigar mediante sus organismos regionales para que modifique su actitud y se someta a las normas por él aceptadas. De acuerdo con ello, la ONU decidió que se creara el Estado de Israel; que Jerusalén fuera internacionalizada; que Indonesia fuera un Estado libre; que Holanda se retirara de Indonesia; que no se mantengan ciertas relaciones con la España de Franco; que la OEA, organismo afiliado, investigara la situación del Caribe; que, pese a la oposición de algunos, se mantenga como legítima la representación de la China nacionalista, no obstante que la mayor parte del territorio de ese país se halla en manos de los comunistas; que Rusia no tenía capacidad especial para interponerse en la elección de Yugoeslavia, situada en la región de influencia soviética; que se divida Alemania; y, en fin, varias otras resoluciones importantes, todas ellas incompatibles con el criterio de soberanía absoluta, encuadradas dentro del de soberanía *condicionada,* que es, en último análisis, uno de los más notables acuerdos insertos en el Derecho Internacional de postguerra.

No se trataría en tales casos de "intervención", en el sentido clásico y abusivo de la palabra, sino de *ajuste jurídico* a los principios normativos de la institución mundial, libremente aceptados por sus componentes.

A mayor abundamiento, en la IX Conferencia Interamericana de Bogotá, de abril de 1948, se definió la índole de sus miembros, como "democracias representativas", esto es, ceñidas a la Constitución y con los 3 poderes clásicos en funciones. Cualquier otra estipulación puede ser válida quizás contra otras normas, pero no contra la fundamental. Cualquier país que deje de ser una "democracia representativa" ha dejado, de *iure* y *de facto,* de formar parte de la organización interamericana y, por ende, de las Naciones Unidas. Esa es la ley internacional.

Por tanto, el reconocimiento o continuación de relaciones, de regímenes que no son "democracias representativas" significa que esta condición deja de ser un requisito básico, y por tanto vulnera la Carta de las Naciones Americanas, y los principios de cooperación progresista libre y justa que inspiraron e inspiran el nuevo Derecho. Tratar como iguales a las dictaduras sin democracia representativa, sin independencia de poderes, sin libertad de expresión, con discriminaciones ideológicas, de credo, de raza y con violación de los Derechos Humanos, significa introducir una evidente cuña en el sistema democrático, favorecer los alzamientos motineros y retrógrados; erigir la arbitrariedad en ley, y someter las necesidades permanentes a las contingencias temporales. En suma, rebajar la estrategia a táctica; el principio, a oportunidad, y el respeto de la voluntad del pueblo libremente expresada a una aceptación lisa y llana de la codicia de un grupo respaldado por las bayonetas.

Es un sofisma confundir la intervención con el *cumplimiento* de las cláusulas de San Francisco, Chapultepec, Bogotá y Lake Success. Es un ardid monstruoso identificar la no-intervención con el aliento y complicidad en beneficio de los *infractores* de las normas mundiales.

Nadie puede solicitar la intervención, cuya historia tiene tan amargos antecedentes y que lesiona la independencia de repúblicas soberanas; pero resulta amargamente sintomático que cada vez que se exalta la no-intervención, los regímenes democráticos estén, o destruídos, o pugnando por vencer las amenazas dictatoriales, y que ello ocurra cuando entidades representativas de la más cínica plutocracia hayan derrocado a quienes trataban de instaurar sistemas de justicia social.

La única taxativa posible, la única discriminación posible hoy es la misma que Monroe describió en su mensaje de 1823, al referirse a los "regímenes extraños" a nuestra idiosincrasia, es decir, la monarquía absoluta, entonces, y el totalitarismo rojo, pardo, negro o azul de nuestro tiempo; ello significa entregar la independencia de una parte de nuestro territorio a entidades extrañas a él, forzar la estructura tradicional de nuestros países, someterse a cánones extranjeros. En otras palabras: el fascismo y el comunismo.

Si se trata de fortalecer la democracia, basta atenerse a los principios mencionados. "Democracia representativa", o segregación de la comunidad de naciones soberanas. De otro modo ya se sabe el resultado desmoralizante de los titubeos y transac-

ciones: el alzamiento militar-plutocrático tiene carta blanca para actuar e imponerse.

f) *No sirve cualquier medio para llegar a la democracia*

DESDE luego, ante hechos tan evidentes, hasta los más entusiastas discípulos de Tartufo consideran la urgencia de "convalidar" las situaciones antidemocráticas, mediante procedimientos pseudodemocráticos. Es exactamente como alentar a que se falsifique un acta de posesión para justificar un robo. Si en derecho privado eso significa un delito, en el público está muy lejos de constituir un acto lícito y mucho menos provechoso o útil.

Nadie se engaña, nadie, con las farsas de elecciones dirigidas para ratificar escamoteos y atracos políticos. Ni siquiera tranquilizarían estas aberraciones a sus autores y promotores, si no supiesen que hay quienes están deseosos de dar por bueno lo malo, por regular lo irregular, a fin de realizar negocios y llevar a cabo transacciones económicas lucrativas, con lucro político y financiero. Las elecciones dirigidas por dictaduras son como los testamentos elaborados por notarios fulleros después de la muerte del causante. Pueden entregar la herencia a herederos ilegítimos, pero apenas se revela la delictuosidad del hecho, se restablece la justicia con detrimento moral y material de quienes así pretendieron hacerse ricos, y de quienes encubrieron el fraude para continuar sus negocios con los delincuentes.

Un caso típico es, al respecto, lo ocurrido en Perú. El Estatuto Electoral, mediante el cual se convocó a elecciones para el 2 de julio de 1950, establece que todos los peruanos deben votar; pero no podían ser electos los pertenecientes al partido que constituye casi las tres cuartas partes del electorado. O sea que todos debían votar por un 25 por ciento de posibles candidatos. Además, el Gobierno se reservó el derecho de anular las elecciones en favor de candidatos que pertenezcan a los partidos proscritos; que hayan pactado alianzas con él; que sean sospechosos de tenerle simpatías, aun cuando no pertenezcan a ellos; y ni siquiera podían actuar los renunciantes o desengañados, por cuanto debían presentar sus renuncias dos años antes de las elecciones (o sea que debieron presentarlas en julio de 1948) y ante el Jurado Electoral, que no exigía tal requisito en-

tonces. Por último, el jefe del motín militar dirigió las elecciones y permaneció en su cargo, a pesar de ser candidato, contra lo establecido por la Constitución y el uso, sin excepción alguna.

Si fuera remotamente popular, si contara con algún capital político, ese personaje hubiera aceptado contender desde el llano con sus rivales. No se atrevió a correr el riesgo de que un presidente interino por unas semanas, rigiera las elecciones. Conocía demasiado bien la inestabilidad de su autoridad y el origen espurio de su situación para atreverse a tanto.

No es eso lo más serio. Lo más serio es que la pantomima se llevó a cabo para legitimar el delito, y entonces obtener empréstitos, beneficios del Punto Cuarto, etc., como gobierno legítimo. Como la llamada No-intervención está en su auge, y como la mitad de los regímenes del Continente se encuentran por las razones apuntadas en idéntica situación, tendremos, en el transcurso de 1950-1951 la "constitucionalidad" triunfante en nuestro continente, es decir, la santificación del despojo, la legitimación de la rapiña y la bancarrota completa de la fe popular en el sistema democrático. Sin temor a yerro puedo afirmar que de 10 individuos, por lo menos ocho han dejado de creer ya en la democracia representativa en América del Sur, y que de 10, por lo menos 9 han dejado de confiar en quienes hasta 1945 parecían haber reaccionado sobre sus errores de ayer y levantaban en las manos, rodeados de una recién nacida esperanza, la bandera de la democracia verdadera y de la equidad social en el mundo.

Quiere decir que nos hallamos, como en 1930, irritados, desconfiados y desmoralizados, a merced de cualquier canto de sirena de la violencia, fascismo o comunismo, por la inepcia de la ley internacional, la invalidez de los principios jurídicos nominalmente vigentes y por la impune colisión de elementos minoritarios, pero poderosos de hecho, en cuyas manos están los elementos materiales necesarios para vencer, aunque no para convencer.

De este examen fluyen algunas consecuencias, las más de ellas absolutamente pesimistas. Tenemos que rehacer mucho de lo deshecho, y nos encaramos a una tarea que ocupará las actividades de dos generaciones. Primero: restablecer la fe en la democracia, definirla con certeza, reagrupar a los desengañados, atraer a los descarriados y escépticos, reorganizar con un nuevo criterio, en forma continental, sin excepciones de nin-

guna especie, los del sur y los del norte, las entidades representativas democráticas tal como lo están ya haciendo los obreros afiliados a la Federación Libre de Sindicatos Mundiales y a la Confederación Interamericana del Trabajo, cuyos errores son poco ante el acierto de su idea directriz.

Segundo: actuar y pensar con objetivos permanentes, liberándonos de la catastrófica inclinación a considerar todas nuestras posibilidades sujetas a la contingencia de una guerra próxima. Aun cuando, históricamente, esa guerra tendrá que producirse a plazo más o menos corto, no se puede seguir desgastando las resistencias civiles, únicas que garantizan la permanencia de los pueblos, por dar prioridad a las exigencias guerreras. O los civiles gobiernan, dejando a los militares que realicen su tarea propia sin crear un clima que sólo a ellos les favorece y que acerca más y más la guerra precipitando la psicosis de peligro inmediato; o tendremos que resignarnos a ser los civiles meras ruedecillas de un engranaje que nos triture en razón de no tener ninguna fuerza armada.

Tercero: exigir que se cumplan exactamente los postulados de la Carta de San Francisco y de la Conferencia de Bogotá y sus anexos, sin regateos ni mutilaciones, tal como se aplican a casos extramericanos. Por la misma razón que se rompe relaciones con Bulgaria y no se reconoce a Mao, se debe romper relaciones con todo el que vulnere los Derechos Humanos y no reconocer al que impera por la fuerza, sin el derecho. Los rompimientos deben ser ante todo rompimientos económicos.

Cuarto: no deben reiniciarse tratos de Estado a Estado sino cuando efectiva y notoriamente se cumplan los requisitos esenciales de la democracia. Un gobierno es representativo no sólo porque emerja de elecciones, sino porque las elecciones sean auténticas. De otro modo se está vulnerando la Carta de Derechos Humanos. Hay, por ejemplo, países que niegan pasaporte a sus propios ciudadanos. Ello no es un problema regional ni nacional: es un problema universal. El que nace en un país tiene un derecho adquirido, por encima de todas las contingencias: tanto valdría negar a un hijo el derecho de usar los nombres de sus padres. El emplear estupefacientes contra el Cardenal Midsenty y contra ciudadanos norteamericanos en Bulgaria es tan grave como el privar de libre defensa y violar la conciencia, mediante narcóticos, de ciudadanos del Perú o de cualquier otro pueblo.

Quinto: si las condiciones bosquejadas no se modifican, no por eso abandonar la actividad para modificarlas de algún modo. La salud pública está por encima de los egoísmos individuales.

Indoamérica es un continente, o parte de un continente, lleno de posibilidades, con un nivel de cultura superior a muchas regiones del mundo, con riquezas incontables, si su poca densidad demográfica le abre infinitas perspectivas de crecimiento y lo convierte de hecho en un inmenso reservorio de posibilidades humanas, espirituales y materiales. No podemos admitir, como buenos hijos de esta tierra, que su porvenir sufra paralizaciones y rupturas por circunstancias fortuitas de que todos somos, en parte, responsables; más responsables los más fuertes, porque en sus manos están los mayores medios de contribuir en forma sagaz, sin innecesarias violencias, a mantener el rumbo hacia la democracia y la justicia social, por cuya conquista, recuperación y afianzamiento se viene derramando tanta sangre a lo largo de la historia.

g) *El Cuarto Punto: ¿panacea o dogal?*

FRENTE a estas incógnitas dramáticas, se pretende encontrar una respuesta definitiva en el Punto Cuarto sobre desenvolvimiento de las áreas económicamente retrasadas. Es curiosa la coincidencia: en 1920-28, cuando una oleada de dictaduras oprimía al Continente, el capital privado extranjero acudió con incomparable solicitud a financiar las obras públicas generalmente poco productivas que entonces se realizaron. Al despertar de nuevo los regímenes democráticos, ese capital se retrajo. Ahora que otra tormenta de dictadura agobia a nuestros países, el capital extranjero, en forma oficial o privada, retorna a nuestro suelo y, según se dice, como una cooperación decisiva para ahuyentar al comunismo.

No creo en tal panacea. Engordar al poderoso y despótico, no es una forma de defender y ayudar al desvalido y libertario. Los pueblos tienen su propia lógica. Ven con sus propios ojos. Los ajenos a veces logran descubrir aquellos problemas; otras, no. América tiene un modo de ser tal que prefiere a menudo la libertad a la saciedad. No basta el pan. Aunque se nos tilde de románticos y extemporáneos, queremos ante todo ser quienes debemos de ser, o sea que *libertad y pan* se confunden

en nuestros anhelos y programas. Engordar el cuerpo con sacrificio de la personalidad es una suerte de prostitución que rechazamos. Sobre todo si se plantea como un programa, no como un mero accidente. El pan que se da oprimiendo, se come, pero odiando la mano que lo da. Esto es historia viva. Esa es la historia de la esclavitud y de la emancipación. Al comunismo no se le combate fortaleciendo las dictaduras retrógradas. Es más complicado el problema. Requiere políticos de alto bordo y de muy limpia conciencia. Lo demás es lo mismo que antes. Y, sobre todo, una forma eficaz de cooperar a la difusión del comunismo dentro de la consabida fórmula escrituraria: "Siembra dictaduras y cosecharás sovietismo".

LA ALIANZA GRANDE

Cuando resolví intentar una nota crítica del tomo segundo de las memorias de Churchill, buen tiempo me llevó dar con las críticas de las revistas inglesas, norteamericanas y francesas, cuyas impresiones quería comparar con las mías. Me apenó tanto sentirme un crítico singular, que para este tercer tomo[1] abandoné la idea de repetir la hazaña. Aquella experiencia y esta decisión me obligan ahora a darle expresión pública al alivio que con tanta fineza me ha procurado el señor Churchill al admitir la objeción más grave que me permití hacer en mi nota. No es ésta, dije entonces,[2] una historia general de la segunda guerra mundial, ni siquiera de la parte que en ella tuvo el Reino Unido o el Imperio Británico; es el relato, muy veraz y muy sentido, del esfuerzo rector de Churchill para multiplicar el esfuerzo bélico de su patria, coordinarlo y mantenerlo a la altura de una lucha universal. Al decirme ahora el autor que sus libros son apenas "*una* contribución a la historia de la segunda guerra mundial", cuyo relato —agrega— se hace "desde el punto de vista del Primer Ministro británico", le quita a mi objeción ese tonillo de desenfado irresponsable que a los oídos de muchos pudo haber tenido, sobre todo porque —*noblesse oblige*— mi objeción no podía carecer de la tosca indecisión del aprendiz. Ya amable y condescendiente, Mr. Churchill dice que la contribución y la acción militar de los países aliados de Inglaterra son tratados por él como mero trasfondo del esfuerzo británico-churchiliano, porque los historiadores de esos países los harán alguna vez tema principal de sus relatos.

Yo sé que esta leve amistad con el gran estadista puede perderse para siempre si, en ocasión de comentar el tomo tercero de sus memorias, me atrevo indelicadamente a hacerle una objeción de más fondo todavía. Sé también que hace algunos años hubiera sido yo capaz de guardármela para la conversación, pero sin confiarla a la letra impresa; por desgracia, esos concursos radiales de "lo toma o lo deja" han creado en cualquier mortal una inclinación a las decisiones atrevidas, antes limitada a los grandes capitanes. En mi interior —¿será necesario referirlo?— me he estado preguntando por largos días si no habría algún

1 *The Grand Alliance.* Nueva York: Houghton, 1950. XVI + 904 pp.
2 *Cuadernos Americanos,* VIII, IV, 73.

modo de conciliar mi audacia (que yo, por supuesto, llamo integridad literaria) con el placer y la honra de una amistad tan honrosa para mí. Por desgracia, sólo se me ha ocurrido una solución que al propio afectado puede parecer un *chantage.* Sería preguntarle en público: ¿llegará la caballerosidad de Mr. Churchill hasta reconocer que no es un historiador?

Adiós hay que decir ya —¡y adiós para siempre!— a la idea de algún crítico entusiasta de que Churchill es el Tucídides contemporáneo. Es más: a la vista del tercer tomo, habría que proponer el título, no de *La segunda guerra mundial,* que ahora lleva, sino el más exacto de *Fuentes para la historia de la segunda guerra mundial.* Este segundo título haría invendible el libro (siete mil páginas de fuentes es para ahogarse en ellas, no simplemente para beber); además, es largo, feo y muy germánico.

"El cañamazo —dice el autor— es la serie de instrucciones, telegramas y minutas sobre la dirección cotidiana de la guerra y de los problemas británicos". El rasgo sobresaliente del carácter inglés, y el verdaderamente envidiable, podría decirse, es el *understatement.* Winnie —todo inglés y mitad americano— ha caído de manera involuntaria en una expresión atenuada: esas instrucciones, esos telegramas, esas minutas, esas *fuentes* o *materiales* históricos, son el bordado mismo y no simplemente el cañamazo.

Los tomos primero y segundo de las memorias han disimulado un tanto esa penosa verdad; pero en el tercero es ya patente. Lo llega a ser, porque a fuerza de repetirse una impresión vaga, se clarifica; lo es, porque la guerra en el año de 1941 es quizás tema menos dramático que *La tormenta se cierne* (tomo primero) y *El momento supremo* (tomo segundo). El juntarse, el crecer, el arremolinarse y ennegrecerse las nubes de una tormenta que enlutaría la vida del mundo durante seis años interminables, es, ciertamente, buen asunto para el pincel del pintor naturalista; lo es también, y excelente, la primera embestida nazi, en que quedan tendidas la gloriosa Francia, la diminuta Bélgica, la hacendosa Holanda, la húmeda Noruega, y bien desmelenado el fiero león británico. Dos notas dramáticas hay, por supuesto, en el año de 1941: la invasión germánica de Rusia y Pearl Harbor; pero, dirá Winston Spencer, temas son esos para los historiadores soviéticos y yanquis.

NO QUE *La gran alianza* carezca de interés; lo tiene, y muy grande: conocer reproducidos tanto documento, breves, directos siempre, a veces con esa brusquedad del pulso exaltado, es un gran privilegio para el hombre ansioso de entender la vida de hoy; y luego, cuando comenta,

cuando *historía* Churchill, su pluma es segura: en ocasiones tierna, de fina reminiscencia literaria, y en otras traza, gruesa, el torrente de una amargura varonil:

> La guerra es, sobre todo, un catálogo de desatinos; pero puede dudarse de si un solo error en la historia ha igualado a aquel del que Stalin y sus jefes comunistas son culpables cuando dejaron escapar todas las posibilidades en los Balcanes y aguardaron supinamente la espantosa arremetida que se cernía sobre Rusia. Hasta entonces, los habíamos tenido por calculadores descarnados; en esta época demostraron ser también unos simpletones. La fuerza, la masa, la bravura y el sufrimiento de la Madre Rusia tuvieron que arrojarse a la balanza; pero en la medida en que son árbitros la estrategia, la política, la previsión y la competencia, Stalin y sus comisarios se revelaron en ese momento los chapuceros más bobalicones de la segunda guerra mundial.

Churchill se refiere al hecho de que "el desprecio y el odio" hacia las democracias occidentales, impidió a Rusia tomar la decisión de formar en enero de 1941 un entendimiento entre los cuatro países esenciales para su salvaguardia: Turquía, Rumania, Bulgaria y Yugoeslavia. La famosa orden hitleriana BARBARROJA está fechada, en efecto, el 18 de diciembre de 1940, cuando Alemania sólo tenía 34 divisiones en el frente oriental; pasar de ahí a las 150 con que atacó a Rusia el 22 de junio de 1941, requería quizás el esfuerzo mayor que Alemania quiso y pudo hacer en toda la guerra. Sin organización ninguna en los Balcanes, con la sola resistencia de una sublevación tardía en Yugoeslavia, Alemania perdió cinco semanas y necesitó invertir para ganarla casi 30 divisiones.

Los documentos confidenciales de Alemania, ahora en poder de los Aliados, revelan que aun cuando Rusia sabía que Alemania concentraba fuerzas cerca de su frontera y que ésta comenzó a ser violada cada vez con más frecuencia por la aviación nazi, Rusia parecía ignorar la inminencia del peligro y aun quizás conservaba la esperanza de poderlo conjurar por algún tiempo. El 13 de junio, en efecto, Molotov entrega al embajador Schullemburg un comunicado que la Agencia Tass se proponía publicar y radiar al día siguiente; en él se decía que los rumores y comentarios de la prensa inglesa sobre fricciones entre Alemania y Rusia, y aun sobre una posible guerra entre ellas, eran maniobras publicitarias de "las fuerzas agrupadas en contra de Rusia y Alemania que están interesadas en que la guerra se propague y se intensifique". El comunicado hablaba de la multiplicación de los rumores después del

viaje a Londres del embajador Cripps. El 22 de junio, a la 1.17 de la mañana, Molotov tiene una conversación con Schullemburg para preguntarle si puede explicarle la causa o causas de que las relaciones ruso-alemanas hubieran llegado al estado de incomprensión en que Molotov las veía; fundaba su preocupación en que Alemania no había reaccionado ante el comunicado de la Tass, agregando que ni siquiera se había publicado en los periódicos alemanes; llega a aventurar la hipótesis de si el origen del mal no estaría en la cuestión yugoeslava, si bien Molotov recuerda que sobre ella Rusia había emitido ya su opinión de considerarla como liquidada. Schullemburg asegura carecer de la información pertinente, pero ofrece pedirla en seguida. Mas el día anterior, el 21, Ribbentrop cablegrafía a Schullemburg instruyéndolo para que vea inmediatamente a Molotov y le dé a conocer la decisión alemana de atacar a Rusia, y la conversación ocurre a las 4 de la mañana del 22 de junio, es decir, menos de 3 horas después de que Molotov especulaba sobre las causas que habían afectado la relación cordial entre los dos países. Y todavía Molotov pregunta si el embajador alemán cree que Rusia se "merezca" eso.

Nunca, quizás, se podrá establecer la verdad íntegra sobre muchos hechos históricos, aun de los más importantes. En este caso, por ejemplo, haría falta estudiar los documentos soviéticos, que una nación tan ilustrada y amante del escrutinio de la investigación plena como es Rusia, no publicará antes de cumplirse los veinticinco o treinta años que los países oscurantistas del Occidente han tomado como límite prudente para publicar sus archivos diplomáticos. Un hecho impresiona, sin embargo: al iniciarse el ataque alemán, cientos de aeroplanos soviéticos fueron destruídos en tierra por la aviación enemiga, y no sólo en los campos inmediatos, que debieran ser los más alertas, sino en los bien adentro, señal de que la comunicación soviética de alarma no era perfecta. Pero, al mismo tiempo, no puede dudarse de que Rusia no vió la ocupación hitleriana de los Balcanes con la indiferencia o la ignorancia que el relato de Churchill hace suponer. Entre los documentos alemanes recogidos, hay un memorandum del 17 de enero de 1941, en el cual el embajador ruso presenta al ministro Ribbentrop una durísima protesta por los preparativos alemanes de ocupación de los Balcanes, particularmente de Bulgaria y los Estrechos. ¿Rusia se consideraba en ese momento sin los elementos bastantes para traducir su protesta en una acción armada, y tuvo, así, que pasar por explicaciones engañosas?

EN CIERTA forma, y de esto, desde luego, no puede culparse a Winnie, leer este libro es explicarse algo del deterioro de las relaciones

soviéticas con Inglaterra y después con Estados Unidos. Por una parte, la "gran estrategia" internacional está llena de mentiras flagrantes que desconciertan al ingenuo extraño a ella, o llevan al desconfiado, al ruso, a tener una actitud de descreimiento tan pareja y tan cerrada, que produzca la ilusión de que así todo error es imposible o muy remoto. Ahí tenemos a Hitler enviándole al Duce un mensaje el 31 de diciembre de 1940, en que aprecia la situación de la guerra en esos momentos y sus perspectivas inmediatas; en él afirma que mientras Stalin viva, Rusia no se volvería contra Alemania e Italia, cuando trece días antes Hitler había ordenado a su estado mayor la ejecución de BARBARROJA para el 15 de mayo. Luego, los rusos vivían entonces en un mundo tan lejano y tan irreal, y eran tan desconfiados como tercos, que sus primeras proposiciones de ayuda no sólo resultaban impracticables, sino fuente de irritación y de desaliento para toda cooperación futura. La petición de un segundo frente en el occidente europeo, hecha en 1941, cuando Inglaterra estaba sola en la guerra, no podía ser más disparatada; como tampoco podía serlo la sustitutiva de enviar al sur de Rusia, "sin peligro", ¡quinientos mil soldados ingleses! Inglaterra tenía, no en 1941, sino en 1942, 99 divisiones en todos los teatros de la guerra, incluyendo tropas propias y de los dominios, meras guarniciones de fuertes y divisiones antiaéreas, es decir, algunos soldados pasivos o no combatientes, y en el Reino Unido sólo tenía 45 divisiones. Obsequiar, pues, la petición rusa, hubiera equivalido, primero, a exponer medio millón de hombres en la larga travesía alrededor del Cabo, y, segundo, dejar las islas británicas enteramente desguarnecidas.

Aun cuando puede considerarse como una mera coincidencia que dos hombres tan mentalmente semejantes estuvieran al frente de los destinos de Estados Unidos y de Inglaterra en esta crisis, resulta fácil explicar que haya sido vano el esfuerzo de Churchill para establecer relaciones personales directas con Stalin: sus telegramas quedaban sin respuesta alguna, o se contestaban al cabo de muchos días. La idea de Churchill, hoy confesada, de que en su mente y en la de sus colaboradores más próximos, persistió la idea de que Rusia sería durante el primer año de la guerra más una carga que un apoyo, no podía ayudar tampoco. Como no ayudaba el tono impertinente y rudo de alguna comunicación personal de Stalin para Churchill, ni que tuviera que dar más tarde excusas por ella. Y mucho malentendimiento cuyo origen era el hecho sencillo de puntos de vista, aun de temperamentos enteramente distintos, a veces irreconciliables, que llevaban a uno y a otro a colocarse en posiciones distantes. Stalin, por ejemplo, siempre creyó que Hess había volado a Inglaterra con el fin de entenderse con ésta para hacerle

la guerra a Rusia, y que habiendo fracasado las negociaciones por alguna razón, Hess fué retenido en Inglaterra para dar la impresión de estar preso. Esa creencia de Stalin perduró tanto, que tres años después, cuando Churchill va a Moscú, Stalin le pide que, ya como aliados y en la intimidad de una conversación a solas, le cuente Churchill "la verdad" sobre el viaje de Hess. Churchill se la refiere: la hazaña de un lunático invertido que cree que la amistad precaria y ocasional hecha con Lord Hamilton podría llevarlo hasta el Rey, a quien le sería fácil persuadir de la necesidad de sustituir al gabinete belicista, empeñado en una guerra costosa e inútil, por uno pacifista, que negociaría en seguida la paz con Alemania. Entonces, Stalin, ahí mismo, directa y abiertamente, le dice a Churchill que no cree palabra de lo que le cuenta.

Es muy posible que Churchill tenga razón al afirmar que los rusos fueron en la guerra pasada unos simpletones; pero a alguien le gustaría aventurar la reflexión de que, por lo visto, han sido quienes sacaron mayor experiencia de sus errores pasados, y que, después de la guerra, ya en la guerra fría o en la paz helada, han hecho mejor política que sus antiguos aliados y hoy enemigos. Primero, la han hecho sin respetar las reglas del juego, al menos las del contrario, de modo que cuando los anglosajones se sientan a la mesa en el entendimiento de que van a jugar una partida de ajedrez, los rusos sacan de entre las piernas unos enormes mazos con los cuales principian a lanzar al rey y a la reina, al caballo y al alfil, como si fueran la bocha del polo. Segundo, han usado mucho de la rudeza y de la alharaca publicitaria hitleriana, pero sin la vanidad espectacular, demoníaca de Hitler: los rusos no han conquistado a Polonia ni a Checoeslovaquia; tampoco a China ni Corea; es más, conviven ahora con la "rebelde" Yugoeslavia. Tercero, su grito de guerra es la paz; por añadidura, se sientan con todos los países del orbe en una organización internacional, y en ella denuncian con voces destempladas a los provocadores de la guerra, lo mismo individuos, que gobiernos o pueblos. Cuarto, las áreas de dominio de los soviéticos no son los países más hechos, con la desventaja de que un conflicto inmediato pueden ser más una carga que una ayuda; en cambio, tienen por delante un futuro ilimitado. Es, por ejemplo, el Lejano Oriente, que se aproxima ahora a grandes pasos.

Y sin embargo, si se trata de discernir méritos para distribuir las medallas correspondientes, debe admitirse que en los aciertos de la política internacional soviética no todo es deliberado: ellos juegan ahora, lo mismo en la fría que en la caliente, a una guerra no ya internacional, o *entre* naciones, sino a una serie de guerras civiles dentro de cada país,

en las cuales, de un lado, está el bando o la banda comunista, y del otro, quienes entran en la ancha franja de la burguesía. Por eso, pueden mantener una lucha, o una amenaza de guerra, ellos, los soviéticos, que sólo producen diez millones de toneladas de fierro, contra Estados Unidos, que produce ciento cinco.

Como la invasión de Rusia cayó en sábado y Pearl Harbor en domingo, ambas noticias llegaron a Churchill en Chequers. La primera se recibió allí a las cuatro de la mañana, pero como existía la orden de no despertar al Primer Ministro con ninguna noticia, excepto la de la invasión de Inglaterra, no la recibe hasta las ocho. Preparado su ánimo durante largos meses, sólo toma la resolución de hacer una transmisión radial anunciando que Inglaterra toma como aliada a Rusia y que la ayudará en todo cuanto pueda. No era pequeño el problema personal de Winnie, pues había sido considerado siempre como el archienemigo del comunismo ruso; pero, como lo expresó entonces, "si Hitler invade el Infierno, haría en los Comunes una referencia amable al Diablo". Todavía se deja leer aquella alocución por radio: después de nueve años, después de tanto cambio como ha habido en el mundo, su estilo retórico llena el oído de aires marciales, y su tesis no carece de una honestidad viril.

Pearl Harbor sorprende a Winnie después de la comida con sus invitados Harriman y Winnant. Conecta la radio para oír las noticias del día: sobre el frente ruso y el de Libia; unas palabras confusas sobre un ataque japonés a embarcaciones norteamericanas, y luego el anuncio importante: principiará en seguida el programa de los catedráticos. Al rato entra el mayordomo (es de suponerse que a servir el whisky que tanta fama ha dado a las reuniones churchilianas de Chequers), y confirma la noticia. Entonces, Winnie pide hablar con el Presidente Roosevelt, y temiendo Winnant que vaya a dar algún paso irrevocable, le sugiere la conveniencia de confirmar antes la noticia. Roosevelt la confirma en persona: "¡Todos navegamos ahora en el mismo bote!", dice.

El libro está lleno de revelaciones menores, sorprendentes y aleccionadoras. La persistente creencia de los alemanes en que Estados Unidos sólo podrían fabricar aviones de "desecho", no es una de las menores. De las divertidas, es que, llevado de su manía especulativa de ponderar a cada instante los factores adversos y favorables a la causa aliada (¿no será esa una razón por la que Stalin se rehusó a corresponder con Churchill?), Winnie le asegura a Roosevelt, en un memo-

randum muy cuidadosamente preparado, que el invierno puede ser un obstáculo serio para el cruce de las tropas alemanas por España en su camino a Gibraltar. También graciosa es la parodia de Eden de la frase churchiliana más famosa, que envía en un telegrama comentando las primeras grandes rendiciones italianas en el desierto: "Nunca han rendido tantos tanto a tan pocos". Graciosos son también los errores de cálculo de los especialistas: los directores de la RAF piden un cuarto de millón de camas para acomodo de las víctimas de los bombardeos aéreos; el número mayor que llegó a usarse fué el de... ¡seis mil! Agradecidos por la noticia de que el nombre de naciones unidas viene de un pasaje del *Childe Harold* de Byron. Menos gracioso es el error de Churchill de alentar a los mandatarios yugoeslavos a continuar la resistencia tres días antes de que este país, deshecho y ocupado, sin armas y dividido por las pasiones políticas, lanzara el grito angustioso de la rendición.

CHURCHILL había anunciado desde el 11 de noviembre de 1941, que un ataque japonés a Estados Unidos provocaría una declaración de guerra de Inglaterra a la hora siguiente. La declaración está fechada el 8 de diciembre, de modo que la hora se convirtió en día; lo curioso, sin embargo, es que en ella no se hace referencia alguna a Pearl Harbor, sino a los ataques que Inglaterra sufrió en Singapur y Hong Kong. Los documentos japoneses y los testimonios en los juicios por crímenes de guerra, hacen más desconcertantes el éxito del ataque a Pearl Harbor. La fuerza japonesa de ataque, compuesta de seis portaaviones y varios acorazados y cruceros, se reunió en las islas Kuriles desde el 22 de noviembre; el 26 partió hacia Hawaii, llegando a su meta en la madrugada del 7 de diciembre, es decir, que navegó, aun cuando fuera de rutas trilladas, durante doce días sin sospecharse siquiera su presencia; en fin, el ataque se lanzó a una distancia de 400 kilómetros, de modo que 260 aviones volaron durante tres horas sin ser vistos ni sentidos. La sorpresa, por eso, fué grande no sólo para los norteamericanos, sino para Hitler mismo, quien se entera de la nueva a la media noche del 8 al 9 de diciembre, lo cual no le impide ordenar a la marina alemana que ataque cualquier embarcación de matrícula norteamericana, a reserva de llegar a la declaración formal de guerra, que hace tres días después.

Daniel COSIO VILLEGAS.

Aventura del Pensamiento

EL ATOMO DESDE LUCRECIO HASTA NUESTROS DIAS

Por *Karl K. DARROW*

LA Sociedad Americana de Física se reúne en esta ocasión en la más vieja ciudad que jamás fuera escogida para su asamblea, y los que tenemos el privilegio de estar aquí nos encontramos rodeados no sólo de una gran civilización moderna, sino también de los monumentos de civilizaciones que florecieron hace siglos. Esta es parte de la razón que me mueve a que os hable de una palabra que es aún más antigua que las pirámides y los templos de los aztecas y de los mayas. La palabra "átomo" es en sí misma un monumento histórico; es el monumento de una teoría que ha existido por más de dos mil años y que es ahora más vital que nunca. Es, mucho más que otra cualquiera, la palabra científica más antigua en lengua castellana, en lengua inglesa, o en el idioma que fuere. Quizás penséis que la palabra "elemento" es también muy antigua, pero ésta es una palabra latina y no griega, y aun los romanos no la llegaron a emplear en un sentido semejante al que tiene hoy día. Podréis pensar que la palabra "fuerza" es una palabra antigua; sin embargo los romanos no la llegaron a usar. La palabra "energía" es sin duda griega, por más que los griegos no supieran nada acerca de lo que nosotros llamamos energía, y lo mismo puede decirse con respecto a todas las otras palabras de origen griego que hoy usan los físicos y químicos. Unicamente la palabra "átomo" en el vocabulario entero de los filósofos griegos ha sobrevivido hasta nuestros tiempos con el mismo sentido que tuvo para sus creadores. Para los griegos "átomo" significaba una partícula pequeña e invisible de la cual consistía toda la materia. Para nosotros significa lo mismo —aunque debo añadir inmediatamente que nosotros sabemos apreciablemente más acerca del átomo que lo que supieron los griegos. Y conocemos más por una razón muy sencilla. Nosotros tomamos medidas de gran exactitud. Los griegos toma-

ban pocas medidas de una clase u otra y las medidas que tomaron, fuera del campo de la astronomía, eran tan inexactas que carecen de valor para nosotros. A los griegos, consecuentemente, les faltaban pruebas de la existencia de los átomos en los cuales ellos, o más bien algunos de ellos, creían.

Pero puesto que los griegos no tenían pruebas de la existencia de los átomos ¿por qué, entonces, se tomaron el trabajo de formular una teoría atómica? La respuesta no es manifiesta. Nada es más difícil para un físico o químico moderno que tratar de entender lo que los filósofos griegos realmente querían decir con las palabras que empleaban. Debo admitir que hubiera sido igualmente difícil para los griegos entender las palabras que usan los físicos modernos, pero a aquéllos no les atormentaba este problema. Con todo y esto hay algo que está claro:

Entre los griegos había dos clases de pensadores. Por un lado había los que persistían en creer que el espacio está lleno. ¿Lleno de qué? se preguntarán ustedes. Esta es una pregunta sin respuesta. Cualquiera podría buscar en el diccionario la palabra que empleaban pero su significado no nos diría nada. Nos vemos obligados a decir que esta escuela particular de pensadores creía que el espacio está lleno por completo de algo indefinido, y que no tocaron más el asunto. Opuestos a ellos estaban los pensadores dispuestos a creer que el espacio está vacío, con excepción de las partículas de materia esparcidas en él. Estos eran los atomistas y estas fueron las gentes cuyas creencias heredamos.

Debo explicar, no obstante, que las dos escuelas filosóficas continuaron hasta adentrarse en los tiempos modernos. Los físicos del siglo diecinueve acostumbraban hablar largo y tendido, y con profundidad, acerca de aquella primera escuela. Eran los herederos de los griegos que pensaban que el espacio estaba por completo lleno de algo indefinido. Hoy día hay pocos de éstos, lo que no prueba que esta escuela filosófica particular haya muerto para siempre. Bien pudiera darnos la sorpresa de resucitar algún día.

He intitulado esta conferencia "El átomo desde Lucrecio hasta nuestros días". Lucrecio, como ustedes saben, no era griego. Era un romano que vivió cosa de cuatrocientos años después de que la palabra "átomo" hizo su aparición en la filosofía griega. Parece evidente que había leído mucho sobre filosofía griega, y es probable que leyera buena parte que jamás podremos leer nosotros porque los manuscritos se han

perdido. Escribió Lucrecio una épica que tituló "De Rerum Natura" — "sobre la naturaleza de las cosas". Este era un título magnífico y el trabajo en sí es un poema espléndido, o por lo menos tiene algunos pasajes sublimes en los que la intensa virtud poética mantiene vivo el poema —cuando de otra manera sería conocido sólo por especialistas. Podríamos aceptar a Lucrecio como un representante de la antigua teoría atómica, aunque no puedo decir que los filósofos griegos hubieran convenido de buena gana con todas sus ideas.

Al leer este poema, lo primero que nos llama la atención es que es *propaganda* — propaganda en la acepción moderna de la palabra. Lucrecio no creía en los dioses, no creía en la inmortalidad, no creía ni en recompensas ni castigos más allá de la tumba. El pasaje más famoso de su poema es aquel en que arguye que después de todo es más placentero estar muerto para siempre que vivir la experiencia de la inmortalidad. Lucrecio usó la teoría atómica como argumento substanciador de sus creencias religiosas, o quizás se debiera decir como argumento de sus ideas anti-religiosas. Yo opino que debemos manifestar que este procedimiento nada tiene de científico. El objeto de la ciencia no es razonar sobre algo que uno ya cree; el objeto de la ciencia es descubrir lo que no se conoce de antemano. Porque Lucrecio vivió hace dos mil años no le debemos culpar por no ser un científico en el sentido moderno de la expresión. Olvidémonos del propósito de Lucrecio y limitémonos a lo que dice sobre los átomos.

Aun antes de mencionar los átomos, Lucrecio presenta el principio de que nada se origina de nada —o para poner la oración al revés, todo tiene principio en otra cosa; o, para ensanchar la aseveración, la materia es eterna. Al llegar a este punto no puede uno resistir la noción de que Lucrecio vivió mil ochocientos años antes de tiempo. Si los romanos hubieran tenido buenas balanzas y se hubieran interesado en usarlas, habrían podido descubrir que ninguna reacción química, por violenta que sea, cambia el peso de las substancias que reaccionan; ninguna alteración en la apariencia de un cuerpo, por espectacular que sea, altera la masa del cuerpo. Este descubrimiento, sin embargo, fué pospuesto hasta el siglo dieciocho. *Sabemos*, pues, que la masa es algo permanente. Esta no es una conjetura brillante: es algo demostrado con medidas. Sabemos que hay otras cosas que son permanentes. Una de ellas es la energía; otra es la cantidad de movimiento; otra es el momento

angular; otra es la carga eléctrica. Lucrecio no sabía nada de estas cosas. Hay que disculparle nuevamente y sentir sólo que naciera antes de tiempo.

Como Lucrecio no sabía qué cosas son permanentes, y no hubiera podido probar su permanencia con medidas aún en el caso de que hubiera sido capaz de adivinarlas, se vió obligado a usar otro argumento. Este es uno de esos bellos argumentos y, en mi opinión, no del todo falto de fuerza. Brevemente su raciocinio es éste: todas las cosas se gastan y, a pesar de ello, siempre surgen cosas nuevas para reemplazar las viejas. La raza humana, los pájaros y las flores envejecen, se gastan y mueren, y, sin embargo, hay siempre nuevas gentes, nuevos pájaros y nuevas flores. La tierra misma, dice Lucrecio, se hubiera gastado ya si las partículas de las cuales está hecha no estuvieran siempre frescas, perennemente intactas, si no fueran las mismas en todo tiempo, eternamente prontas a entrar en nuevas combinaciones tan buenas como las viejas.

Estas partículas inmortales e inmutables son los átomos. Interrumpo el curso de estas palabras para manifestar que Lucrecio no usó la palabra "átomo". Aparentemente sintió recelos de usar una palabra extranjera y en algunas ocasiones habló de "semillas" y otras veces empleó la palabra latina "primordia". Pero llamárelos como los llamara, eran átomos. Consideremos pues, las propiedades que Lucrecio atribuyó a sus átomos.

De acuerdo con el texto de su obra está claro que les dió estas dos propiedades: peso y masa. Por supuesto no supo distinguir entre peso y masa; nadie comprendió la distinción antes de Newton. No voy a tratar de definirla aquí; diré sencillamente que Lucrecio le dió masa a sus átomos. Expresó que éstos podrían chocar entre sí y que algunas veces rebotarían y otras veces se adherirían fuertemente los unos a los otros. En nuestros días decimos que los átomos se pegan los unos a los otros porque se atraen con fuerzas químicas. Lucrecio, está por demás decirlo, se vió obligado a ser más literal. El creía que los átomos tenían ganchos con los que se atrapaban los unos a los otros y así se pegaban. No llegó al extremo de decir que había sólo una clase de átomos. Sin duda creía en una variedad inmensa de átomos, algunos de los cuales nosotros ahora no aceptaríamos para nada. El rayo, dice Lucrecio, tiene átomos más pequeños que los de la llama de la antorcha porque el rayo penetra cuerpos gruesos y la llama no. La luz tiene átomos

más pequeños que el agua porque la luz penetra el cuerno (no llegó a decir vidrio) y la lluvia no. La miel y la leche tienen átomos redondeados y lisos porque saben bien; el ajenjo tiene átomos con garfios que irritan la lengua y por eso sabe mal; el tártaro de vino tiene átomos con ángulos que le hacen cosquillas a la lengua de manera que no es tan sabroso como la miel ni tan desagradable como el ajenjo. Lucrecio también imaginaba que había átomos de calor. En esto no creemos ya; tenemos la certeza de que el calor es el movimiento de los átomos de la materia. Y desde que he traído a colación el movimiento de los átomos, veamos lo que Lucrecio dejó sobre este punto.

En el comienzo de las cosas, dice, todos los átomos caían para abajo con velocidad igual por el espacio vacío. Para nosotros esto tiene algo de absurdo. "Para abajo" es la dirección hacia la tierra, pero en el tiempo a que Lucrecio se refería no había tierra. Evidentemente creía que existía una dirección particular hacia abajo en el espacio mismo. Eliminemos esta proposición sin objeto y citemos a Lucrecio como si dijera que en el principio de las cosas todos los átomos se movían en líneas paralelas con velocidad igual. ¿Por qué, entonces, no siguieron moviéndose así eternamente? Lucrecio contesta: de vez en cuando, de una manera absolutamente imposible de predecir, los átomos se desvían, cambian de curso formando ángulos pequeños, cruzan sus trayectorias, chocan entre sí y así empieza la evolución del universo. Observaréis que Lucrecio —o debo decir más bien Epicuro, ya que Epicuro inventó la idea— comenzó con una mala premisa y tuvo luego que inventar una segunda suposición para librarse de las consecuencias intolerables de una proposición errónea. Yo creo que un físico moderno no habría hecho tal cosa. Un físico moderno habría comenzado suponiendo que en el principio de las cosas los átomos volaban en todas direcciones. Podría ser que el físico moderno perdiera, al hacerlo, alguna ventaja que Lucrecio tuvo pero, si esto es así, no es obvio lo que se pierde.

Ahora bien, la limitación del tiempo nos obliga a despedirnos de Lucrecio. Siento dejaros con la impresión de que fué un físico muy rústico cuando en realidad fué un gran poeta. Vosotros, cuya lengua materna es el castellano, podréis leerle con menor dificultad que nosotros los de la lengua inglesa, pero no le encontraréis fácil. Lucrecio era un escritor difícil y, aun los expertos todavía no están de acuerdo sobre sobre lo que

realmente quiso expresar en muchos pasajes. Me parece a mí que no hubiera debido exponer ideas filosóficas en hexámetros pero, sea como fuere, hay recompensas para quienes quieran tomarse el trabajo de entenderle.

Después de Lucrecio no hubo más progreso en la teoría atómica por mil ochocientos años. Tuvo que esperar que se hicieran progresos en otros campos y, particularmente, tuvo que aguardar el descubrimiento y aislamiento de los elementos químicos. Recordaréis que cité las palabras de Lucrecio sobre la miel y el ajenjo y el vino. Ningún físico moderno tomaría tales compuestos tan complicados como ejemplos: alguno hablaría acerca del hidrógeno y del oxígeno, nitrógeno y carbono, helio y litio. Pero no podría referirse a estos elementos si previamente no hubieran sido descubiertos y aislados. Esta fué la tarea de los químicos del siglo dieciocho y de los siglos siguientes también, ya que algunos de los elementos más importantes no fueron descubiertos sino en el siglo diecinueve y otros hasta el veinte. Es así, pues, como la física descansa sobre la labor de los químicos —un hecho que los físicos, me temo, se inclinan a olvidar. El paso siguiente en la teoría atómica requería no sólo el conocimiento de los elementos sino también balanzas exactas y la pericia necesaria para usarlas. Estos requisitos se llenaron durante el siglo dieciocho y llegamos ahora a Dalton y a su "ley de las proporciones definidas".

Por razones de brevedad cambiaré el orden de esto y diré primero lo que la teoría atómica moderna afirma y luego lo que constituye su demostración. Supondremos que todos los átomos de un elemento tienen la misma masa, la cual es característica del elemento —es decir varía de un elemento a otro. Para ponerlo en claro, tomaremos los elementos carbono y oxígeno y aseveraremos que la masa de cada átomo de oxígeno es cuatro tercios (4/3) mayor que la masa de cada átomo de carbono. Ahora bien, imaginémonos compuestos de carbono y oxígeno. El compuesto más fácil de imaginar es aquel en el cual un átomo de carbono se adhiere a uno de oxígeno para formar lo que llamamos una "molécula diatómica". Si tal compuesto existe, la masa de su molécula será siete tercios (7/3) de la masa del átomo de carbono. El que le sigue, otro de los que es más fácil imaginar, es un compuesto en el que un átomo de carbono se adhiere a dos átomos de oxígeno para formar lo que llamamos una "molécula triatómica". Si tal compuesto existe la masa de su molécula ha de ser once tercios (11/3)

de la masa de un átomo de carbón. Además, si estas ideas son correctas, no habrá compuestos intermedios. Una libra de carbono se combinará con cuatro tercios (4/3) de una libra de oxígeno o con ocho tercios (8/3) de una libra de oxígeno. No se combinará con cinco tercios (5/3) de una libra de oxígeno ni con siete tercios (7/3) de una libra de oxígeno. Si tratáis de combinar una libra de carbón con cinco tercios (5/3) de una libra de oxígeno parte del carbón o parte del oxígeno sobraría al final. Ahora bien, estos son hechos comprobados por la experiencia, y éstos son algunos ejemplos de hechos de los cuales Dalton derivó su ley. Les recuerdo que por razones de brevedad he invertido el orden de esto: quiero decir que los hechos precedieron a la ley.

En todo laboratorio químico del mundo encontraréis una tabla que muestra las masas de los átomos de todos los elementos. Esto es lo que Lucrecio necesitaba para darle fuerza a su teoría, pero vino él al mundo mil ochocientos años antes de tiempo. Si volviera no encontraría ni miel ni ajenjo ni vino en la tabla; tampoco encontraría mucho que pudiera reconocer; en efecto reconocería solamente el oro y la plata, el cobre y el estaño. Conjeturo que se preguntaría por qué estas substancias particulares han sido escogidas para el honor de figurar en la tabla. Tal vez deduciría que esto es así porque son metales caros.

Vuelvo a un punto que señalé antes. Es evidente que si las masas de los átomos de carbono y de los átomos de oxígeno cambiaran apreciablemente cuando se combinan en moléculas, la ley de Dalton no existiría. Pero ya que la ley de Dalton existe, las masas del átomo de carbono y del átomo de oxígeno se mantienen estables o, de todas maneras, casi estables cuando se combinan o cuando se separan. De hecho sus masas son las mismas no importa con qué se combinen o de qué se separen. Lucrecio supuso esto pero no lo pudo probar porque nació antes de que los químicos aprendieran a aislar los elementos, a producir y a controlar las reacciones químicas, a construir y a usar una buena balanza. Si pudiera volver Lucrecio se deleitaría al ver esta comprobación póstuma de sus creencias.

Consideremos ahora el átomo de electricidad negativa, conocido de otro modo con el nombre de "electrón".

Hay varias maneras de obtener una corriente de átomos de electricidad negativa. Ninguna de ellas fué descubierta

antes de las postrimerías del siglo diecinueve. Una consiste en encontrar una substancia radioactiva que emita naturalmente electrones. Otra, y en general una manera mucho mejor, consiste en calentar un alambre de metal hasta la incandescencia, los electrones se escapan precipitadamente, más o menos como el agua que se evapora de un paño húmedo. Otra más consiste en iluminar un pedazo de metal con luz ultra-violeta. El más usado de estos métodos aunque no vino al mundo mucho antes que los otros, es el que voy a describir.

Tómese un tubo grande de vidrio que tenga un tubo lateral que más tarde ha de ser unido a una bomba neumática. Póngase en el tubo grande un par de discos de metal; éstos serán los electrodos. Conéctense ambos con alambres que salgan por las paredes del tubo y que hayan sido enganchados a los polos de una batería: esta batería debe tener un potencial de varios cientos de voltios. Usese la bomba para reducir la presión del aire en el tubo hasta que no pase de un milésimo de la presión de la atmósfera. Ciérrese el tubo y aplíquese el voltaje. Una corriente de electrones surgirá del electrodo conectado con el polo negativo de la batería. Esta corriente pasará directamente a través del tubo y dará contra la pared opuesta produciendo en ella una mancha luminosa: así es como sabréis que hay corriente. Tómese un imán y muévase en un círculo en la vecindad del tubo. La mancha luminosa se moverá; esto demuestra que el imán desvía la corriente. Atomos sin carga eléctrica no serían desviados por el imán. Este experimento demuestra que la corriente de átomos y que la carga de estos átomos es negativa.

De los primeros que estudiaron esta corriente fué el físico británico Crookes. Se dió cuenta de que consistía de átomos que se movían todos en la misma dirección con velocidad igual. Esta, recordaréis, fué la suposición de Epicuro y de Lucrecio sobre los átomos de la materia en el comienzo de las cosas. Crookes correctamente consideró esto notable en extremo y lo llamó "el cuarto estado de la materia" —siendo los otros tres, como ya sabéis, el estado sólido, el estado líquido, y el estado gaseoso ordinario. Crookes se equivocó en una sola cosa. Creía que la corriente consistía de átomos ordinarios de la materia que estaban cargados de electricidad negativa. Sin embargo, nosotros sabemos hoy que consistía de electrones —los átomos de pura electricidad negativa que son dos mil veces más livianos que los átomos de hidrógeno los cuales, a su vez, son

más livianos que los átomos de cualquier otro elemento químico. Estos electrones son sin duda átomos de materia pero tienen, con mucho, el peso más ligero de todos los átomos materiales que se conocen.

¿Cómo podemos medir la carga de estos electrones? El mejor método para conseguirlo es el método que usó Millikan, quien, a propósito, es uno de los conferenciantes de esta asamblea. Al llegar a este punto debo hacer digresión para dar un reconocimiento tardío a los méritos de otro de los filósofos griegos: Aristóteles.

En muchos libros de texto de física y en muchas historias de la ciencia encontrarán ustedes el siguiente argumento: *Premisa 1.* Aristóteles creía que un cuerpo en descenso cae con velocidad uniforme, proporcional a su peso. *Premisa 2.* Sabemos que un cuerpo en descenso cae con aceleración uniforme que es siempre la misma sea cual fuere su peso. *Conclusión:* Aristóteles era un tonto.

La conclusión es errónea y el defecto de este razonamiento es éste: cuando un cuerpo en descenso cae con una aceleración uniforme es porque cae en el vacío. Cuando Aristóteles observaba cuerpos que caían, estos cuerpos caían en el aire. Ahora bien, cuando un cuerpo cae en el aire, su caída se ve frenada por el frotamiento con el aire. Si el cuerpo es muy pesado, la resistencia del aire no es importante, pero en este caso el cuerpo cae con mucha rapidez y la velocidad de la caída no puede ser fácilmente medida, excepto con aparatos especiales que Aristóteles no tenía. Si, por otro lado, el cuerpo que cae es muy liviano entonces el frotamiento del aire gobierna su caída y, en este caso, *sí* cae con velocidad uniforme proporcional a su peso. Tales cuerpos caen tan despacio que la velocidad de su caída puede ser observada sin aparatos especiales. Tales fueron los cuerpos en caída que Aristóteles observó. No debe ser culpado por no haber descrito lo que no llegó a advertir. Volvamos ahora a Millikan.

Millikan descubrió un procedimiento para asentar electrones sobre gotas de aceite pequeñitas en descenso por el aire de acuerdo con la ley de Aristóteles. Sometió entonces estas gotas en descenso a la influencia de una potente fuerza eléctrica que las atraía hacia arriba. Ahora bien, cada gota estaba sometida a dos fuerzas: la fuerza de gravedad que actuaba sobre el peso del aceite y que la atraía hacia abajo, y la fuerza eléctrica que actuaba sobre el electrón, la cual trataba de atraer el electrón

hacia arriba y con él, a la gota de aceite. La fuerza eléctrica era la más poderosa y la gota ascendió por el aire en lugar de caer. Millikan entonces ajustó la magnitud de la fuerza eléctrica hasta que la gota quedó suspendida en el aire, inmóvil, sin descender ni ascender. En este momento la fuerza de la gravedad tirando hacia abajo y la fuerza eléctrica tirando hacia arriba estaban exactamente equilibradas y eran exactamente iguales. Una era igual al peso de la gota multiplicado por un factor conocido, y la otra era igual a la carga del electrón multiplicada por un factor conocido. Espero que me perdonaréis el que no describa en detalle cuáles eran estos factores conocidos, pero me gustaría mencionar que el peso de la gota fué calculado partiendo de lo que acabo de llamar la Ley de Aristóteles (aunque no fuera el primero en formularla), esto es, que la velocidad de una gota que cae es proporcional al peso de la gota cuando no existe fuerza eléctrica que la perturbe. Millikan midió así la carga del electrón —la carga del átomo de electricidad negativa, la carga eléctrica más pequeña que existe.

Utilizaremos ahora esta medida para determinar el peso de un átomo de materia. Describiré un experimento imaginario que, después de todo, no es muy diferente de uno real. Pensemos en algún elemento químico: el oxígeno es un buen ejemplo. Supongamos que tenemos un kilogramo de oxígeno y que podemos colocar un electrón sobre cada átomo de oxígeno. Tomados todos juntos serían un número formidable de electrones; recordarán ustedes que Millikan puso solamente un electrón o, a lo sumo, unos pocos electrones sobre una gota entera de aceite que contenía un gran número de átomos —y ahora sugiero que pongamos un electrón en cada uno de los átomos de un kilogramo completo de oxígeno. Supongamos, de todos modos, que hemos hecho esto y debemos ahora medir la carga total del kilogramo de oxígeno. Después que hemos llevado a cabo todos estos milagros, el último paso tiene que ser fácil. Será una simple división. Dividiremos la carga en el kilogramo de oxígeno por la carga del electrón, y el cociente será el número de átomos en un kilogramo de oxígeno.

Parece absurdo suponer que algún hombre pudiera alguna vez asentar un electrón en cada uno de los átomos de un kilogramo completo de oxígeno; sin duda, ningún hombre será jamás capaz de hacerlo. La naturaleza, sin embargo, lo hace

por nosotros, y difícilmente seríais capaces de adivinar donde lo lleva a cabo. Lo hace ocurrir en el agua. El agua es un compuesto de dos elementos químicos, oxígeno e hidrógeno. Hay dos átomos de hidrógeno por cada átomo de oxígeno y por esto es por lo que escribimos la conocida fórmula H_2O para describir el agua. En el agua todos los átomos de hidrógeno pierden sus electrones, y los átomos de oxígeno los adquieren. Los detalles del proceso son complicados y sólo describo el resultado final. Pongamos dos electrodos en un tubo lleno de gas a baja presión y apliquemos una fuerte batería. Ahora los átomos de oxígeno salen del agua del lado del electrodo positivo y los átomos de hidrógeno salen del agua del lado del electrodo negativo. Permitimos que este proceso —lo llamamos "electrólisis"— continúe hasta que un kilogramo de oxígeno haya salido del agua del lado del electrodo positivo. Medimos la carga total que el kilogramo de átomos de oxígeno ha rendido. Esta es la cifra que tenemos que dividir por la carga del electrón tal como Millikan la midió —o, más bien, dividimos por dos veces la carga del electrón porque cada átomo de oxígeno tiene dos electrones. El cociente es el número de átomos de oxígeno en un kilogramo de oxígeno. Este es un número colosal. Es diez elevado a la vigésimaséptima potencia (10^{27}) mil billones de billones. El peso del átomo de oxígeno en kilogramos es uno dividido por 10^{27} —mil billonésimos de billonésimos de un kilogramo. Lucrecio no hubiera podido imaginar un peso tan pequeño. Nosotros tampoco podemos concebirlo pero por lo menos conocemos el número que lo expresa.

Os he dicho hasta ahora que un átomo de oxígeno puede capturar electrones. También os he manifestado que un átomo de hidrógeno puede perder un electrón. Y lo mismo pueden perderlo todos los otros átomos; este es el hecho que quisiera tuvierais presente. Un átomo de materia —un átomo *químico,* permitidme que lo llame— puede perder electrones. Esto sugiere que un átomo químico contiene electrones; y esto es lo que creemos. Pero un átomo químico, excepto en circunstancias muy especiales tales como las que ocurren en el agua, es electrizante neutro; no tiene carga neta. Debe por lo tanto contener una carga positiva suficiente para equilibrar las cargas negativas de todos los electrones que contiene. Además sabemos, de acuerdo con experimentos que no me puedo tomar el trabajo

de describir, que un electrón es mucho más liviano que un átomo químico. Un átomo químico debe, por consiguiente, contener bastante masa extra. En nuestro modelo o imagen del átomo tenemos que tener electrones negativos, requerimos carga positiva, debemos tener masa extra. ¿Cómo hemos de poner todas estas cosas juntas, y como hemos de explicar el hecho de que los electrones negativos y la carga positiva no llegan a dar unos con la otra y no se destruyen entre sí?

Todo esto lo explicamos solicitando la ayuda del sistema solar para que nos proporcione una analogía. El sistema solar, como vosotros sabéis, está compuesto de un cuerpo muy pesado que es el sol y de planetas que tienen masa mucho menor que la del sol. El sol atrae a los planetas hacia sí por la fuerza de la gravedad. Cualquiera supondría que los planetas deben caer en el sol y, no obstante, esto nunca sucede, porque los planetas se mueven con velocidades enormes y giran alrededor del sol en órbitas que se repiten una vez y otra vez y otra vez. Creemos que el átomo químico es un sistema solar en miniatura, en el que los planetas son electrones negativos y el sol central es un cuerpo pesado que llamamos núcleo. Aquí en el núcleo se halla la masa extra que es la parte mayor de la masa del átomo; y aquí en el núcleo se encuentra la carga positiva. De manera que aquí están todos los constituyentes del átomo químico: la carga negativa está en los electrones; la carga opuesta, positiva e igual, está en el núcleo; parte de la masa del átomo está en los electrones pero, con mucho, la mayor parte está en el núcleo. Debo añadir que la fuerza que atrae los electrones al núcleo, y los mantiene girando en esta forma en sus órbitas, es principalmente la fuerza eléctrica de atracción entre carga positiva y carga negativa. La gravedad también contribuye a la atracción pero su contribución es tan pequeña que la podemos olvidar.

Me gustaría detallar las pruebas que nos hacen creer en este modelo del átomo pero necesitaría un curso entero de conferencias. Os daréis cuenta de que esta miniatura del sistema solar debe ser extremadamente pequeña. Su diámetro se acerca a un centésimo de millonésimo de centímetro —el diámetro del sistema solar propiamente dicho es casi un mil billones de centímetros.

Lucrecio creía en una innumerable variedad de átomos, incluyendo átomos de miel, de ajenjo y de vino. Nosotros no necesitamos tantos; requerimos átomos diferentes sólo para los

distintos elementos químicos —todas las substancias que no son elementos son mezclas nada más de átomos de varias clases. Ahora bien, ¿qué es lo que distingue al átomo de un elemento del átomo de otro elemento? ¿Qué distingue, por ejemplo, al átomo de oxígeno del átomo de hidrógeno?

Dos particularidades diferencian al átomo de oxígeno del átomo de hidrógeno. En primer lugar, el átomo de oxígeno tiene ocho electrones, el átomo de hidrógeno sólo uno. El átomo de oxígeno es como el sistema solar con sus ocho planetas mayores; el átomo de hidrógeno es como el sistema de la tierra y la luna. Pero en el segundo caso, los núcleos son diferentes. Me gustaría poder expresar que para cada elemento hay una clase y sólo una clase de núcleo. Si esto fuera cierto sólo existirían noventa y ocho clases diferentes de núcleos. Lo cierto es, sin embargo, que el mismo elemento puede tener núcleos de distintas clases. En conjunto el número de núcleos conocidos se aproxima a mil. Este es un número apreciable. No es tan grande como el número de distintas clases de átomos que Lucrecio imaginaba; aún así es demasiado grande para nuestra propia comodidad. A nadie le agrada pensar en mil clases diferentes de cuerpos elementales en el punto inicial de la naturaleza. Pero tal vez es posible creer que cada núcleo es en sí una estructura hecha de partículas fundamentales y que el número de clases distintas de partículas fundamentales es mucho menor que el número de núcleos diferentes.

Pues bien, podemos creerlo porque tenemos excelentes indicaciones que nos ayudan a pensarlo así. Todos nuestros conocimientos nos llevan a la conclusión de que cada núcleo consiste de sólo dos clases de partículas fundamentales. A una clase la llamamos "protón": los protones tienen una carga positiva. A la otra clase la llamamos "neutrón": los neutrones no tienen carga de ninguna especie. Estamos muy familiarizados con ambos; en efecto, los podemos reproducir en cantidades ilimitadas. Se combinan el uno con el otro en varias proporciones y forman pequeños y duros racimos o agrupaciones. Estos racimos o grupos de protones y neutrones son los núcleos.

Quisiera ahora poder concluir mi conferencia mostrando fotografías de electrones y átomos. Me es imposible, y me atrevo a predecir que nadie podrá hacerlo jamás. Los átomos y los electrones son demasiado pequeños para ser observados aún con el más potente de los microscopios; esta es una afirmación

que ha de ser cierta siempre. No obstante, puedo, por lo menos, mostrar los rastros de los electrones y los átomos. Se os ocurrirá la pregunta: ¿cómo es posible distinguir los rastros de cosas tan pequeñas que no se pueden ver? Esto no es tan disparatado como parece. Al remontarnos por el aire podemos ver la estela de un barco aun cuando el barco mismo esté invisible. Hay ocasiones en que podemos ver la estela de un insecto en la superficie de un charco, aun cuando el insecto sea demasiado pequeño para ser distinguido con claridad. Y en el cielo vemos frecuentemente las que llamamos "estrellas fugaces" y éstas son los vestigios luminosos que dejan un fragmento de materia no mayor que un grano de arena.

En el aparato que llamamos "la cámara de Wilson" un electrón o el núcleo de un átomo químico pasa por el aire y deja tras sí un rastro de niebla. Voy a mostrar ahora (Fig. 1) la huella nebulosa que ha dejado un electrón volante. La am-



Fig. 1. Huella del paso de un electrón por la cámara de Wilson.

plificación es grandísima y podéis ver claramente las gotas individuales que forman la niebla. Si la amplificación no fuera tan grande las gotas aparecerían más juntas y sería más fácil ver el rastro. Aquí (Fig. 2) tenéis otra fotografía en que las

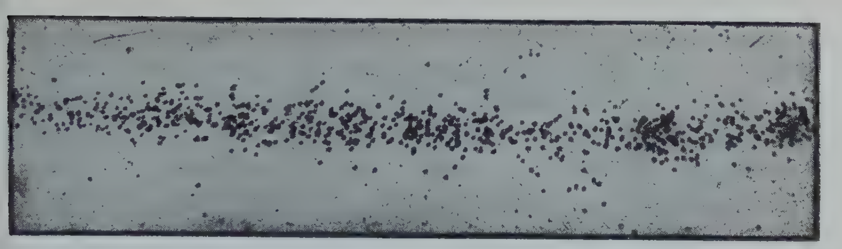


Fig. 2. La misma huella de la fig. 1 con menor amplificación de la fotografía.

gotas aparecen tan cerca la una de la otra que la huella se puede observar sin dificultad alguna. Repito que este es el rastro de un electrón que vuela con gran velocidad.

Ahora (Fig. 3) veis un buen número de rastros. Esta vez las gotas están tan juntas que no pueden verse individualmente. Se ven únicamente líneas rectas, pero éstas también están compuestas de gotas de agua. Estos no son rastros de electrones. Son huellas de núcleos y, para ser específicos, son los rastros de los núcleos de átomos del elemento que llamamos helio. Estos son núcleos recién nacidos —acabados de crear

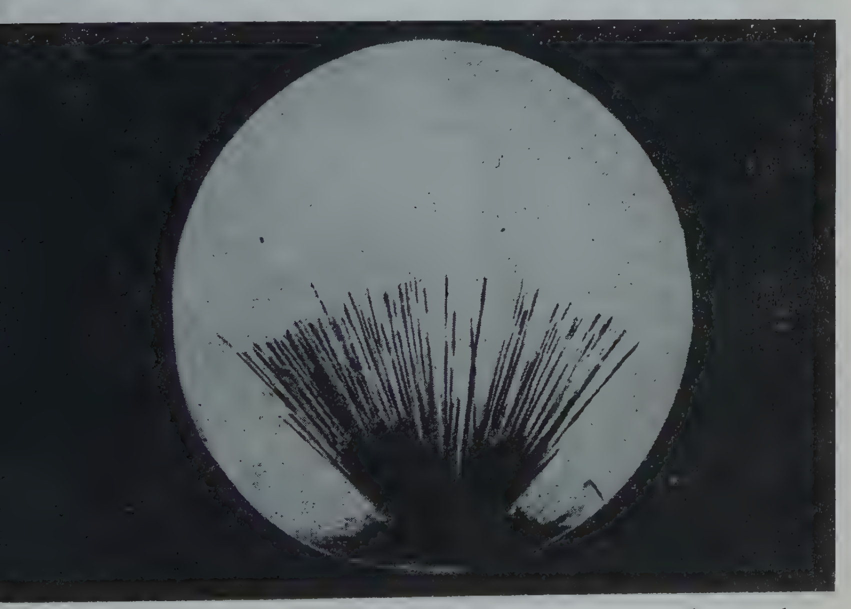


Fig. 3. Huellas del paso de núcleos de helio (partículas alfa) por la cámara de Wilson.

pero no ciertamente de la nada. Lucrecio decía que nada nace de la nada, y tenía razón. Estos núcleos recién nacidos de helio proceden de núcleos mayores pertenecientes a un elemento radioactivo llamado torio: el torio estaba en el fondo de la fotografía. Cada núcleo de torio estalló espontáneamente, quebrándose en dos. El pedazo mayor, el más pesado, no se movió ni muy ligero ni muy lejos y no podemos ver su rastro. El pedazo menor, el más liviano, se movió bien lejos con mucha rapidez, y todos estos rastros son de fragmentos de esta naturaleza. Repito que estos fragmentos son núcleos recién nacidos de helio —un elemento químico que es normalmente un gas.

Lucrecio decía que uno de sus átomos podría chocar con otro átomo y sufrir un cambio en la dirección de su movimiento. Aquí (Fig. 4) se ve exactamente ese acontecimiento. El núcleo que viene de abajo ha chocado contra un átomo de gas en la cámara de Wilson. Este átomo estaba casi inmóvil antes del choque y, por lo tanto, no dejaba ningún rastro. Después



Fig. 4. Ejemplos de choques entre núcleos.

del encuentro, o más bien en el momento de la colisión, adquiere una gran velocidad y deja una huella. El núcleo original, sin embargo, retuvo parte de su velocidad y sufrió un cambio en la dirección de su movimiento, de manera que su rastro continúa pero en otro ángulo. Vemos la horquilla. El ángulo de la bifurcación parece ser de casi noventa grados. En realidad es exactamente de noventa grados y este hecho tiene una importante consecuencia. Las leyes de la mecánica indican que cuando el ángulo es exactamente de noventa grados, las dos partículas tienen exactamente la misma masa. Dije antes que la cámara de Wilson contenía aire. Esta es una excepción; en el caso presente, la cámara estaba llena de helio. El átomo de helio, o más bien el núcleo del átomo de helio, tiene la misma masa que el núcleo recién nacido. Esta es una de muchas pruebas de que los núcleos recién nacidos que resultan de explosiones radioactivas son núcleos de helio.

Aquí (Fig. 5) muestro algo que tiene todas las apariencias de una colisión. Es en parte un choque y en parte es algo mucho más complicado. La partícula que viene de abajo es, como antes, un núcleo de helio. Golpea al núcleo de un átomo



Fig. 5. Ruptura de un núcleo de nitrógeno.

de nitrógeno que es parte del aire en la cámara. Se combina con este núcleo y por un intervalo de tiempo muy corto tenemos un núcleo compuesto, formado por dos núcleos adheridos el uno al otro. Este núcleo compuesto estalla entonces. Revienta en dos fragmentos y los dos rastros superiores son los rastros de estos fragmentos. Estos dos nuevos pedacitos no son la misma cosa que los dos núcleos que originalmente se juntaron y se combinaron. Contienen los mismos protones y los mismos neutrones, pero se encuentran distribuídos de manera diferente. Uno de los núcleos recién nacidos es un núcleo de hidrógeno, el otro es un núcleo de oxígeno. Este es, por consiguiente, un ejemplo de la transmutación de los elementos químicos; oxígeno e hidrógeno se obtienen de helio y nitrógeno. Conocemos varios miles de transmutaciones y cada uno de los elementos químicos conocidos ha sido ya producido de otros elementos por el proceso de la transmutación.

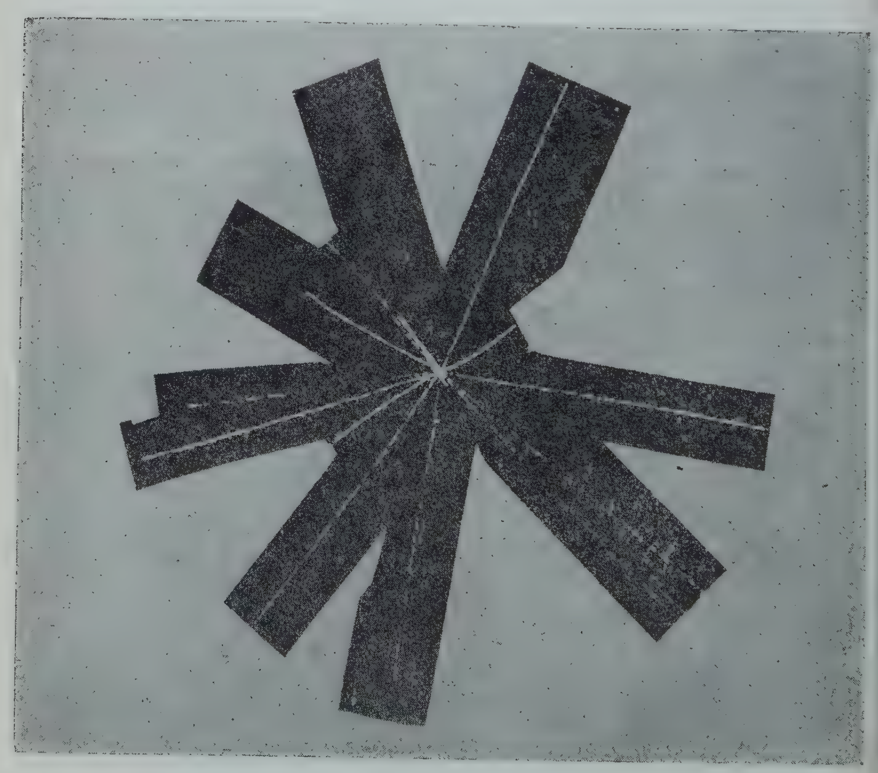


Fig. 6. Fragmentación de un núcleo por el choque con una partícula de rayos cósmicos.

Aquí (Fig. 6) aparece una explosión mucho más poderosa, en la cual el núcleo ha sido reducido a varios fragmentos. La partícula que produjo esta explosión es una partícula de rayos cósmicos. Esta fotografía no es como las otras que os he mostrado. Estos no son rastros de niebla en el aire; estos son rastros registrados en una placa fotográfica que ha sido cortada en tiras. Es necesario usar una emulsión fotográfica muy especial para obtener huellas como éstas. Tales emulsiones son de invención muy reciente.

En estos párrafos finales he hablado de los rayos cósmicos, pero no es propio que continúe con este tema. Cuando un físico extranjero llega a México no llega a enseñar sino a aprender lo tocante a los rayos cósmicos. Su estudio es uno de los campos de la física que ha sido intensamente cultivado en México; y a mí me place asegurarles que los físicos del mundo entero miran con gran interés las investigaciones de los físicos mexicanos en este importante campo. Pienso, por ejemplo, en el profesor Sandoval Vallarta, quien preside la sesión de esta noche. El profesor Sandoval Vallarta hablará en nuestra reunión de mañana sobre este tema. En este grande y antiguo país, junto a los monumentos históricos y artísticos de civilizaciones pasadas y presentes, encontramos hoy observatorios de rayos cósmicos, no muy distantes de las pirámides de Teotihuacán. Y aquí la teoría atómica fundada por los filósofos griegos florece y se profundiza, gracias a las brillantes inspiraciones y a las diestras manos de nuestros coterráneos, de quienes somos colegas nosotros los de la Sociedad Americana de Física.

LA TEORIA DEL "RETO RESPUESTA" DE TOYNBEE Y EL ESPACIO-TIEMPO-HISTORICO

Por *Javier* *PULGAR VIDAL*

En el Instituto —no oficial— de Humanidades de Madrid, dictó, el año pasado, su fundador y director el filósofo español D. José Ortega y Gasset, una serie de conferencias sobre *Una Nueva Interpretación de la Historia Universal.* Dedicó en ellas extensa y substanciosa parte a la severa crítica de la actualísima e influyente obra de Arnold J. Toynbee, *A Study of History,* encarando especialmente la teoría de los *"reto-respuestas".*

La significación e interés del vasto tema de aquellas conferencias —publicadas en autorizados resúmenes en varias ediciones de la revista "Indice Cultural Español"— estimula la redacción de estas páginas, entresacadas del todavía incompleto material inédito de una nueva defensa, en preparación, de la tesis del Espacio-Tiempo-histórico.

Vale, sí, advertir que de las penetrantes objeciones del celebrado autor de *La Rebelión de las Masas* a la obra de Toynbee, lo que aquí sugiere este aporte menor al amplio debate que ellas dejan abierto, es, particularmente, su enjuiciamiento panorámico de la citada y bastante conocida teoría toynbeana de los *"reto-respuestas"*. Quedan, pues, por ahora, de lado, aquellos conceptos denominados "Estado Universal", "Religión Universal", "Proletariado interno", etc., cuyo significado, —como advierte con harta razón Ortega y Gasset— ha de entenderse rigurosamente para comprender la total concepción de Toynbee, "porque para él, una civilización es *el campo histórico inteligible* y no admite influencias de otra a la que no esté afiliada".

Recalca Ortega y Gasset —y esto es lo que aquí más nos interesa— que la introducción por Toynbee, en su obra, de la doble categoría *"reto-respuestas"* en el sistema de la Historia, es una idea acertada, aunque equivocado su empleo por dema-

siado limitado. "El hecho físico —objeta— puede constituir una dificultad para cualquier hombre, "y yo digo que es relativa al proyecto de existencia de un pueblo el cual oprime al contorno y dibuja en él facilidades y dificultades: Si el *reto* fuera pura dificultad, el hombre sucumbiría y no habría Historia"... Y en lo que se refiere al tránsito de las sociedades primitivas a las civilizaciones, la réplica de Ortega y Gasset es singularmente interesante para este comentario. El resumen de ella aparece así: "Toynbee tiene que preguntarse... cómo es que después de trescientos mil años —según cálculos más recientes, un millón—, de estar el hombre sobre la tierra, surgen, de pronto, las civilizaciones... Toynbee corta la continuidad entre las sociedades primitivas y esas civilizaciones, originales, —egipcia, sumérica, egea, sínica, maya e inca— que son transferencia de quince anteriores, nacidas en relación de hijas a madres, de las veintiuna que a su juicio han existido en la Historia— y declara que el tránsito se hace por una *mutación brusca* que consiste en que la vida de una sociedad es estática, y, de pronto, se pasa a la vida de una civilización que es dinámica. Pero, pregunta con mucha razón Ortega y Gasset: ¿Por qué causa se pasa de la quietud de un estado en que no ocurre nada, —aunque la verdad es que en él se han inventado las cosas más básicas de la vida—, a una vida dinámica? ... La causa —responde Ortega, indecisamente— pudiera ser la aparición de una raza superior, o el contorno físico favorable, o una combinación de ambos. Toynbee rechaza las dos, y el análisis le lleva a una idea que facilita la aclaración: la categoría doble de obstáculo y ataque. O sea, el *reto-respuesta.*

Al renunciar Toynbee —dice Ortega— a explicar el brote de la civilización, en continuidad con las sociedades primitivas, tiene que acudir a una hipótesis: Que la raza no es la causa... Y le interesa más mostrar que en la formación de una civilización han participado varias razas... —"a pesar de que nos presenta una tabla con las veintiuna civilizaciones y otras secundarias de las que veinticinco proceden de la raza blanca y nueve de las otras coloraciones"— ... Tampoco cree Toynbee que el contorno geográfico favorable sea siempre causa del surgimiento de una civilización, en lo cual —advierte Ortega— está acertado. La idea de Toynbee es, por el contrario, que el pueblo estático se hace dinámico, porque se produce en el contorno un cambio desfavorable que le obliga a comportarse de diferente

manera. "Y la idea de que el contorno desfavorable —no el favorable— engendra la civilización parece excelente al señor Ortega, tanto" —dice en el resumen de su décima conferencia— "que la enunció hace muchos años". Y en cuanto a los cambios desfavorables o *retos-climáticos,* que Toynbee generaliza como determinadores del surgimiento de las civilizaciones, Ortega dice que "ese cambio no es claro en otras civilizaciones como la maya o la andina". Esta opinión —especialmente referida a la última, recordamos nosotros— queda abrumadoramente refutada por la teoría sobre civilizaciones andinas del sabio arqueólogo peruano Tello, a la que hemos de aludir adelante.

"Dirán ustedes —apunta textualmente Ortega y Gasset— que exponga mi juicio sobre la hipótesis de Toynbee, puesto que la aplaudí por un lado y la *porfiricé* por otro, para emplear un término de nuestros antiguos boticarios". Y explica, que aplaude la idea de *reto* y *respuesta,* pero ha criticado el modo de aplicarla. Porque no siempre hubo cambio, porque los pueblos respondieron a causa de que ya tenían civilización, y porque *el reto y la respuesta* son permanentes y actúan ya en la sociedad primitiva.

Las objeciones de Ortega y Gasset son eminentemente polémicas. Dice de Toynbee, agresivamente —en la undécima conferencia— que siendo abundantísimo su saber, no es filósofo, "sino hombre de fe que segrega misticismo, pedagogo y predicador". Y resume sus puntos de vista discrepantes, releyendo del capítulo sobre *Historia y Geografía* del tomo IV de "El Espectador", escrito en 1922, lo siguiente:

> "La tierra influye en el hombre pero el hombre es un ser reactivo, cuya reacción puede transformar la tierra en torno. El medio no es causa de nuestros actos sino sólo un excitante; nuestros actos no son efectos del medio, sino *libre respuesta acción autónoma. . .* La reacción vital es un efecto desproporcionado a su causa; por tanto, no es un efecto. Cada raza lleva en su alma primitiva un ideal de paisaje que se esfuerza por realizar dentro del marco geográfico del contorno. *Castilla es tan terriblemente árida porque árido es el hombre castellano.*
>
> "Pocas cosas declaran más sutilmente la condición de un pueblo como su paisaje. *Cuando todas las reacciones de una raza resultan vanas para transformar el contorno resulta la emigración,* que es

la inaceptación del paisaje y el afán peregrino hacia una tierra soñada, hacia una tierra de promisión".[1]

La tesis de Toynbee, y la réplica de Ortega y Gasset —que los resúmenes publicados obligan a seguir un poco a saltos— enfrentan ideas inconciliables cuya distancia dejan abierto paso a una tercera posición de planteamientos, a nuestro entender, más claros. Esa posición es la que aquí se intenta sobre el concreto y fundamental aspecto del tema de los *reto-respuestas*. De él resaltan las siguientes cuestiones principales: ¿Por qué pasa una sociedad primitiva de un estado de quietud, en que nada ocurre —"aunque la verdad es que en él se han inventado las cosas más básicas de la vida"— a una existencia dinámica? Y luego, esta respuesta, ya nuestra: ¿Son realmente satisfactorias las tesis de Toynbee sobre los *reto-respuestas* y las críticas y fórmulas con que responde Ortega y Gasset?

Ensayando un comentario, un examen y una explicación sobre ellas —desde un diferente ángulo de observación y estimativa— nos vamos a permitir alterar el orden en que han sido presentadas las tesis y objeciones. Y tomando como guión la réplica orteguiana, para ascender, al margen de ella, hasta encontrar sus puntos de difluencia y confluencia en relación con el pensamiento de Toynbee, intentaremos un avance paralelo de las ideas que sobre estos temas sustenta nuestra tesis del *Espacio-Tiempo-histórico*.

SEA nuestro punto de partida la tesis de Toynbee que Ortega suscribe: Hay *retos* que el hombre acepta, a los que el hombre responde victoriosamente. Es entonces que se producen aquellas mutuas influencias señaladas por Ortega y Gasset en los párrafos citados de su libro "El Espectador". Sin embargo, no creemos que ellas suponen "libre respuesta o acción autónoma", sino, más bien, y con las propias palabras del filósofo español, que "la tierra influye en el hombre pero el hombre es un ser reactivo cuya reacción puede transformar la tierra en torno". Hay empero —y Ortega así lo reconoce— *retos* tan desfavorables, en los que el hombre resulta incontrastablemente vencido, y entonces, "cuando todas las reacciones de una raza resultan vanas, se produce la emigración". Esto supone que, no siempre,

---

[1] Subrayados nuestros.

el contorno desfavorable "engendra la civilización". Vale decir que el *reto geográfico,* o más específicamente, el *climático,* puede ser, en ciertos casos, *un reto sin respuesta;* y entonces, la sociedad no avanza de su estado de quietud primitiva hacia el proceso dinámico de una civilización: "se fosiliza", —para usar el término de Toynbee— que es el caso de las tribus africanas que él señala; o el de las amazónicas, o el de los pueblos esquimales, añadimos nosotros. O, "se produce la emigración".

Es evidente que Ortega formula una certera objeción a Toynbee cuando sostiene que esta aceptación o inaceptación del *reto* tiene la misma vigencia, tanto en las civilizaciones, como en las sociedades primitivas. Pero, en el primer caso, cuando *el reto* es aceptado, ni la tesis de Toynbee, ni la réplica de Ortega, ofrecen una explicación enteramente dilucidadora del proceso que se inicia hacia la más firme estabilidad del grupo social en el espacio geográfico en el cual se afinca; ya, para vivir estáticamente, y quedar ahí; ya, para alcanzar, ulteriormente, el cambio dinámico que determina el surgimiento de una civilización.

Creemos que todo *reto-respuesta,* de una sociedad primitiva o de una civilización, planteada en un espacio geográfico dado, supone un *condominio* entre el hombre —o grupo social— y el espacio que le sirve de escenario para el desarrollo de su existencia, sea ésta quieta o primitiva, sea dinámica o civilizada. Ese *condominio* determina en el hombre —o grupo— la formación de una progresiva *conciencia del Espacio* ganado, que resulta de las acciones y reacciones entre el hombre y su medio, dominador éste, pero dominado a su vez: Porque, "la tierra influye en el hombre, pero el hombre es un ser reactivo cuya reacción puede transformar la tierra en torno". Y esa *conciencia del Espacio,* que en su formación, perfeccionamiento y elevación pueden acelerarse, más o menos, es inseparable de la *conciencia del Tiempo.*

Aquí aparece la transposición al campo de la Filosofía de la Historia de la teoría del Espacio de cuatro dimensiones, en el cual, la cuarta, el Tiempo, —o Tempo, para acogernos a la sutil y necesaria distinción idiomática y conceptual entre Tiempo, y Cronología, que es su medición y cálculo—, viene a ser como la escala y diapasón, cada vez más precisos, de la velocidad variable que las mutuas influencias del hombre y la tierra imponen al proceso de una sociedad primitiva, o de una civilización.

Ese proceso es inseparable del escenario en el cual acontece: es el *Espacio-Tiempo-histórico.*

En esa definición, más o menos acelerada, de la conciencia social del Espacio-Tiempo-histórico —que es sólo posible cuando el hombre acepta el *reto* y responde a él victoriosamente, fijando su dominio en la tierra que lo influye "para transformar la tierra en torno"—, podría sugerirse un figurativo paralelo, acaso no muy forzado, con los grados del proceso formativo del lenguaje, y de su conciencia, que Cassirier clasifica en tres etapas ascendentes —el onomatopéyico, el intuitivo y el conceptual— correspondiendo la primera a la simple expresión de lo sensible; la segunda, a lo significado por Espacio, Tiempo y Número; y la tercera, a las formas más puras y eminentes de relación.[2]

Por cierto que Hegel —cuyo es aquel avizor y profundo postulado introductor de su *Philosophie der Geschichte*: "La Historia propiamente dicha de un pueblo comienza cuando ese pueblo se eleva a la conciencia"— ofrece una descripción del origen y desenvolvimiento de la agricultura que puede ser aplicable a la dinámica del *reto-respuesta* en función del surgimiento de la conciencia del *Espacio-Tiempo-histórico:*

> "...establécese la agricultura y con ella se fijan los derechos a la vida común. El suelo fértil produce por sí mismo el tránsito a la agricultura de la cual surge, inmediatamente, la inteligencia y la previsión. La agricultura se rige por las estaciones del año. (Tiempo). El cuidado del hombre no se reduce ya al día sino que se extiende a largos plazos. Es preciso inventar instrumentos y así surge la sagacidad de las invenciones y el arte. Se establece la posesión firme, la propiedad y el derecho, y, con ello, la división de clases. La necesidad de instrumentos y de almacenes conduce a la vida sedentaria, implican la necesidad de atenerse a este suelo. Al formarse esta base surgen las determinaciones de la propiedad y el Derecho. Con ello se engendra la posibilidad de un gobierno general, y, esencialmente, del imperio de las leyes. Surgen en estos países grandes imperios y aquí comienza la fundación de estados poderosos".[3]

---

[2] CASSIRIER, *Philosophie der Symbolischen Formen.* I. Die Sprache. Berlin, 1923.

[3] HEGEL, *Lecciones de Filosofía de la Historia Universal.* Cap. "Fundamentos Geográficos". (Cit. en el libro *Espacio-Tiempo-Histórico.* H. de la T. Lima, 1948-Diálogo II).

Esta cita, dicho sea al pasar, que más parece del materialista Marx que del idealista Hegel —como lo hemos subrayado antes de ahora— y demuestra la poderosa originalidad del maestro negado sobre el discípulo heterodoxo, es pertinente y válida: tanto ante la tesis toynbeana, como ante la réplica de Ortega. Y sirve a cabalidad para la defensa general de nuestro punto de vista; por más que ella abarque, en una gigante curva, desde el proceso formativo social de los grupos primitivos y sus prístinas fijaciones, hasta la coronación civilizadora de la plena conciencia histórica.

No pasaremos adelante sin dejar fuera de discusión, como "licencia poética" de Ortega y Gasset, aquella afirmación, —subrayada *ut-supra*— a nuestro entender postiza, si que también contradictoria, junto a tan lúcido razonamiento, que reza: "Castilla es tan terriblemente árida porque es árido el hombre castellano"... Acaso, ¿al revés?

Como solventador argumental de nuestra tesis del *Espacio-Tiempo-histórico* insistimos en recordar aquellas sencillas palabras iniciales de Toynbee en su *Study of History*: "En cualquier edad de una sociedad cualquiera, el estudio de la Historia, como otras actividades sociales, está gobernado por tendencias dominantes de *tiempo* y de *lugar*". Y, también, las adelantadas expresiones de Ortega y Gasset escritas en su libro *Tema de nuestro Tiempo,* hace ya tres decenios...

> "La teoría de Einstein es una maravillosa justificación de la multiplicidad armónica de todos los puntos de vista. Amplíese esta idea a lo moral y a lo estético y se tendrá una nueva manera de sentir la Historia y la vida... En lugar de tener por bárbaras las culturas no europeas, empezaremos a respetarlas como estilos de confrontamiento con el cosmos equivalente al nuestro. Hay una perspectiva china tan justificada como una perspectiva occidental".[4]

Para nosotros, repetiremos, el proceso de la Historia —obviamente impensable sin precisas ideas del Espacio y del Tiempo— está en su esencia vinculado a los nuevos valores que la Ciencia otorga a estos conceptos. Carrel, en ese luminoso capítulo V, del libro que lo hizo mundialmente famoso, nos re-

[4] Citado en el libro *Espacio-Tiempo-Histórico,* Diálogo II. H. de la T.

cuerda cómo: "aunque distinto del Espacio, el Tiempo es inseparable de él, tanto en la superficie de la Tierra como en el resto del Universo; tanto para el biólogo como paar el físico".[5] Y Herbert Dingle precisa la distinción entre el absoluto Espacio y el absoluto Tiempo newtonianos —de decisiva influencia en la filosofía de los siglos XVIII y XIX— y la contemporánea concepción relativista, así:

> "Para Newton el Espacio y el Tiempo fueron el escenario sobre el que se representaba el drama de las fuerzas y movimientos; para Einstein el drama está mezclado o confundido dentro del escenario: *el drama es el escenario*".[6]

Digamos de una vez, con Ortega y Gasset, que "la teoría de Einstein es una nueva manera de sentir la Historia y la vida". De sentirlas, comprenderlas y explicarlas, añadamos. Y que aplicada a la Filosofía de la Historia la teoría de Einstein, y su nueva concepción del Espacio y del Tiempo, considerados éstos como continuo indesligable, las palabras de Dingle tienen tanta vigencia para el universo físico como para el universo histórico: *el drama es el escenario.*

En ese drama juegan las dobles categorías del obstáculo y del ataque; de la tierra o el clima que *retan* y del hombre que responde; del escenario que desafía y del pugnaz grupo social que vence, o que retrocede, que domina o que perece. El drama epiloga así: o en la victoria insólita del escenario que *detiene,* o en "happy end", mucho más frecuente, del enlace del *condominio,* de la dinámica de mutuas influencias entre el hombre y su Espacio a cuyo reto responde. Pero el *reto-respuesta,* como drama primitivo o civilizado, pre-histórico o histórico, es inseparable del Tiempo, su ritmo protagónico; quieto y obscuro en las sociedades primordiales, más o menos acelerado cuando las civilizaciones inician "la marcha de la Historia".

Importa, sí, ahora, reiterar que el *Espacio-Tiempo-histórico* no supone una aislada o exclusiva influencia geográfico-climática. Sobre ella escribió, ya, Hegel, pensando en Montesquieu y, quizá, en Aristóteles, cierta irónica observación alusiva

---

[5] ALEX CARREL. *La Incógnita del hombre.* Cap. "Tempo", Interior, Fisiológico y Psicológico. V.

[6] HERBERT DINGLE, *Science and Human Experience.* London, 1931. Cap. IV. (Cit. en el libro *Espacio-Tiempo-Histórico.* Diálogo I).

al "dulce cielo jónico que se dice haber producido a Homero" y que sigue siendo el mismo, "no obstante lo cual sólo ha salido un Homero del pueblo jónico".[7] Tampoco es el *Espacio-Tiempo-histórico* —y esto lo hemos demostrado asimismo— una variante lateral de la circunscrita Geopolítica, menos cercana de nuestra tesis, todavía. Pero a las categorías *"reto-respuestas"* no es ajeno este punto de vista espacio-temporal que ensaya una tercera posición etiológica en el debate que aquí glosamos y comentamos. Reto, desafío, *challenge* —del viejo normando: *chalenge, chalonge,* y del *moderno* francés: *chalengier, chalonge*— suscita la raíz ideológica del *polemos* griego; acción y reacción, lucha y victoria; o derrota. . . Tratándose, empero, de una contienda entre el espacio geográfico y el hombre, repetiremos que todo triunfo de éste sobre aquél deviene creador *condominio* cuya afirmación resulta en un proceso plástico de mutuas influencias. Mientras el hombre es desafiado e influído por fuerzas naturales circundantes, más o menos poderosas, debe para contrarrestarlas, crear y perfeccionar incesantemente metodologías técnicas: "inventar instrumentos", como dice Hegel. Este proceso primario de invenciones no es solamente imperativo al proceso social de la etapa dinámica de la civilización. Ortega y Gasset acierta en su objeción a Toynbee cuando dice que en la sociedad primitiva "se han inventado las cosas más básicas para la vida". Pero, advirtamos, la hazaña inédita de esos descubrimientos va provocando, con el principio de la utilización del Espacio, la iluminación auroral de la intuición del Tiempo que supera más tarde la abstracción. Así llegan los pueblos a lo que hemos llamado "su uso de razón histórica"; a la primera definición de su conciencia espacio-temporal; al sentido más o menos levantado y veloz de su *Tempo* o ritmo de evolución social, en el transcurso de grandes períodos de variable duración. A los previos y extensos lapsos nebulosos, que arqueólogos, antropólogos y cronólogos calculan a veces en muchos milenios, llamamos, generalmente, —aunque no siempre con exacta propiedad— pre-historia.

Es, pues, procedente la crítica de Ortega y Gasset ante la aversión de Toynbee a derivar las civilizaciones originales de las sociedades primitivas, para atribuir "el hecho de la civilización a un cambio radical o mutación brusca de una vida estática a una vida dinámica". Y es, asimismo, más lógica la interpre-

---

[7] HEGEL, *Ob. cit.* Fundamentos Geográficos.

tación de Ortega cuando dice que "probablemente, la diferencia no es esa sino *un distinto grado de aceleración*". Porque hay diferencias de aceleración —mayor o menor velocidad de Tiempo histórico— y hay, también, detenciones: Toynbee habla de *civilizaciones detenidas* y dice que, dentro de una misma civilización la aceleración difiere de una época a otra, "como se ve en la nuestra que, desde 1900 ha entrado en una enorme celeridad pues, estadísticamente, la frecuencia de las invenciones técnicas es tal que el siglo XIX resulta estático comparativamente". No hay razón para suponer que esas *aceleraciones* y *detenciones* sean ajenas a los grupos primitivos: Ellos pueden avanzar más o menos velozmente hacia la vida civilizada o detenerse, que es el caso mencionado de los grupos tribales africanos, americanos u oceánicos. A esto se ha referido Haya desde el primer enunciado de su tesis[8] para recordar que ellos viven *cronológicamente* en nuestro siglo, pero no en nuestro Tiempo histórico. Y en cuanto a las *civilizaciones detenidas*, los casos son numerosos, y, en la Historia Indoamericana, típicos. La tesis del *Espacio-Tiempo-histórico* explica la *detención* de las sociedades primitivas —llamadas, según se ha visto, "fosilizadas" en la terminología toynbeana— como procesos elementales, incumplidos o abortados, de la formación de una conciencia espacio-temporal, pues ella queda limitada a una primera adaptación vegetativa y a un incipiente cálculo solar del Tiempo; y, la detención, frustración, o decadencia, de las civilizaciones, como a una *pérdida de la conciencia del Espacio-Tiempo-histórico*, debidas a crisis y descomposición psicológica-social interna, o al impacto de fuerzas externas movidas por una superior conciencia espacio-temporal de la Historia. O, a la coincidencia de ambos determinadores.

La conciencia social del *Espacio-Tiempo-histórico* va elevándose y definiéndose, —en el decurso de la vida primitiva a la civilizada— desde las formas primicias, que en ya anticuado lenguaje se les denominaría con la expresión pasiva de *adaptación al medio*, hasta las más altas y aceleradas manifestaciones de cultura e imperio; desde el inicio de las pugnas por la dominación del Espacio —embrionarios *retos-respuestas* y balbuceantes intentos de *condominio*—, hasta las superadas conquistas civilizadoras. Estas, pueden llegar a la jerarquía de

[8] Véase *Cuadernos Americanos.* Mayo-junio, 1945, Vol. IV y mayo-abril, 1947, Vol. VI,

"Estado Universal" de la clasificación de Toynbee, o coexistir con otros Espacio-Tiempo-históricos; situación y problema del mundo contemporáneo. Usando una denominación actualísima del léxico relativista, podemos decir que esa coexistencia de Espacio-Tiempo-históricos es la de los "campos gravitacionales" de la Historia que corresponderían a lo que Toynbee llama "campos históricos inteligibles". Y aunque en nuestra denominación significamos la conciencia social en progreso, desde la alborada de las sociedades primitivas hasta los más insignes planos de las civilizaciones avanzadas, pensamos que en el proceso conformativo de la conciencia espacio-temporal de los grupos sociales se descubre siempre un relativo paralelismo de expansión cuantitativa y de definición cualitativa, cuya velocidad o aceleración es variable. Así, en la etapa prologal de la técnica de las invenciones "de las cosas más básicas para la vida", predomina manifiestamente lo cuantitativo: Las invenciones *acumulan* instrumentos o implementos de primera necesidad para el dominio, explotación y expansión del Espacio. Y en ese primitivo período de *retos-respuestas* las acciones y reacciones del contorno geográfico y el hombre *son sumas* de esfuerzos y de movimientos elementales hacia la fijación del *condominio.* ¿Pero cómo explicar la "mutación brusca" que registra el súbito paso de la quieta sociedad primitiva a la civilización dinámica?

Creemos que aquí Hegel nos auxilia esclarecedoramente: Ese paso corresponde al "salto cualitativo" —*der qualititativen sprung*— de la dialéctica hegeliana; a la superación de los valores cualitativos sobre los cuantitativos que definen y tipifican una surgente conciencia social civilizada y civilizadora.

La Historia de América, "muy antigua y muy moderna" presenta casos mayores de *retos-respuestas* que son ostensivos paradigmas del proceso humano de *condominio* del Espacio logrado hasta en sus más sobresalientes culminaciones civilizadoras. Toynbee señala a dos de las nuestras entre las "civilizaciones originales": la Maya y la Andina o Inca. De ellas, por las impares características del *reto geográfico y climático,* nos concretaremos —dentro de la proporcional limitación de este ensayo— a un sinóptico análisis del surgimiento y desarrollo civilizador de los Andes. Mas para completar el cuadro de los

retos-respuesta en la época moderna, caso de traslado migratorio de una civilización, en plenitud, a otro espacio geográfico tomaremos, como "ejemplar", el del proceso histórico norteamericano, de los Estados Unidos. Porque si las civilizaciones andinas representan el más cumplido proceso de *reto-respuesta en altitud* (y después de civilizaciones *detenidas)* que ofrezca la Historia del mundo, en nuestro tiempo, el desarrollo de la civilización norteamericana comporta la más completa respuesta al *reto de la extensión.*

De las civilizaciones andinas, importa, pues, señalar el ejemplo de las más altas: de aquellas que han exigido al hombre que las realizó una adaptación biológica y fisiológica de tal poder que ha determinado en él radicales transformaciones conformativas de carácter anatómico y funcional definiendo un tipo humano singular. No nos referiremos —y valga la insistencia— a las civilizaciones de tierra baja, o litoral, cuyos *reto-respuestas* corresponden a otras características más generales de los procesos históricos y que, en el caso de las civilizaciones andinas, son proyecciones de expansión en descenso, y, acaso, una de las causas de la ruptura o decadencia de las originales elevadas. *La conciencia del Espacio-Tiempo-histórico en altitud* es el tema de esta concreta referencia:

Entre los tres mil y cuatro mil quinientos metros de altura sobre el nivel del mar es extremadamente difícil, y en muchos casos imposible, al hombre del llano —normal o promedial—, respirar, digerir, caminar, trabajar y pensar. A esa altitud, sin embargo, hubo millones y millones de hombres que vivieron, trabajaron, pensaron, se organizaron y prosperaron, constituyendo extensísimos y centralizados imperios y alcanzando a realizar —no una, sino varias— civilizaciones florecientes cuyas hazañas técnicas, científicas y artísticas han legado asombrosos testimonios de su ingente poderío, de su refinamiento e influencia.

El hombre creador de esas civilizaciones sobre las empinadas alturas de los Andes no fué originariamente *andino* en el sentido estricto de la denominación y ubicación étnico-geográfica que debe otorgarse a ese vocablo. Las más autorizadas investigaciones arqueológicas y antropológicas —especialmente las de la notable y avanzadísima escuela de investigación del sabio indio del Perú, Dr. Julio C. Tello— han seguido los rastros migratorios del hombre de esta zona americana desde

que inició su remoto peregrinaje procedente de los bajos y boscosos flancos orientales de los Andes que confinan con las inmensas y cálidas llanuras amazónicas. Esa lejana emigración, probablemente determinada por invencibles alteraciones telúricas, empujaron a los grupos primitivos desde aquellas zonas tibias y propicias, hacia las elevadas alturas frías y difíciles. Para vivir sobre ellas y vencerlas, el prieto hombre cordillerano de hoy debió desarrollar una morfología singular: el ancho pecho "barril" dotado de una super-normal capacidad pulmonar, con mayor cantidad de sangre y de hemoglobina que el hombre del llano, impulsada lentamente por un agrandado y firme corazón. Esta épica y primordial lucha física, calculable en decenios de milenios, fué definiendo en el habitante andino "el ritmo del tiempo fisiológico que depende de las relaciones entre los tejidos y su medio", según Carrel, mientras pudo responder el *reto* geográfico y climático del inhóspito Espacio prócer: Sobre él, gradualmente, "se elevó a su conciencia" —para usar los términos hegelianos— y así apareció su primera civilización cuya antigüedad se calcula restrictivamente en cuatro mil quinientos años. Sobre él, desarrolla una incomparable técnica aborigen para aprovechar la delgada costra fértil de su suelo quebrado y mezquino: Usa el abono con notabilísima destreza; lucha contra la erosión transformando altas montañas en gigantes y simétricas graderías onduladas; logra las máximas conquistas del cultivo intensivo y avanza hacia los más audaces descubrimientos de la genética vegetal, adelantándose, en muchos siglos, a la técnica presente de deshidratación y conservación congelada de alimentos. En sus proezas de domesticación de animales, consigue —como único caso entre todas las civilizaciones coetáneas del Continente— el uso de un animal de carguío —*el llama*—, para el cual abre, por sobre las cumbres, laderas, abismos, ríos y mesetas una inmensa y complicada red de caminos —la que en tiempos de los Incas según Garcilaso, "...obra fué tan grande que eccede a toda pintura que della se puede hacer"; (1ª Part. Lib. IX, Cap. XIII)—, y una atrevida construcción de puentes colgantes y de equidistantes depósitos de abastos. Su arquitectura gigantesca es la más osada y experta aventura de una ignota geometría —rara como las líneas del hosco paisaje en torno—, de una física autóctona y positiva y de una relación geodésica, y astronómica, acusada y precisa; todos definidos testimonios de una evolucionada conciencia espacio-temporal en sus más significantes manifesta-

ciones de *condominio* con lo eminente y de relación abstracta con lo ilimitado. Es artista de la más fina, minuciosa y varia inspiración alegórica, con la arcilla, con la piedra, con los metales lujosos y con los textiles multicolores. Y es organizador y conductor de los más extensos sistemas imperiales que se hayan coordinado en el mundo sobre tan enhiestos y tan desfavorables escenarios; ya de predominante fisonomía religiosa, ya de original y adelantada estructura político-social.

Las grandes civilizaciones andinas —de las cuales la Incaica que Toynbee señala entre las "originales", fué la última y, para algunos, la del decaimiento— se suceden completando una era de más de cuarenta siglos. Ellas tienen siempre, como ascendente zona de asiento, de irradiación e influencia, a aquella cimera y accidentada de las inmensas cordilleras que alzan sus espinazos o desplazan sus frígidas altiplanicies a una altura de tres y cuatro kilómetros sobre el nivel del mar. Todas esas civilizaciones —o culturas como la escuela de Tello las denomina— corresponden a la categoría toynbeana de *retos-respuestas en altitud.* La primera, menos alta, que es la de Chavín, ostenta en la maravilla decorativa de su elegante arte lítico y cerámico, la originaria reminiscencia totémica de la distante fauna tropical —exótica en los Andes— o la delicada estilización, en los rebordes de sus estelas, de las lejanas maderas amazónicas. El llamado Imperio Andino o Kollawa, que sucede casi inmediatamente a Chavín, sube a conquistar los más encumbrados niveles y se extiende a lo largo de las sierras, hasta el hoy llamado "macizo colombiano"[9] —por el norte del Continente—, y hasta lo que actualmente es la región noroeste de la actual República Argentina, por el sur. Los tres imperios, el Chavín, el Kollawa y el Incaico descendieron, al alcanzar su plenitud, a las arenosas costas del Pacífico en las que habían surgido también antiquísimas culturas que respondieron a otros *retos.* Los Incas —según Sarmiento de Gamboa—, iniciaron expediciones marítimas de gran estilo.[10] Pero las civi-

---

[9] En la exhaustiva obra de José Pérez de Barradas, *Arqueología Agustiniana.* Biblioteca de Cultura Colombiana, 1943, dice: "...creemos que la cultura de S. Agustín corresponde al grupo de culturas megalíticas andinas con la tesis de J. C. Tello", pág. 148.

[10] Sarmiento de Gamboa relata que el Inca Túpac Yupanqui realizó una expedición en mil balsas descubriendo las islas Huahuachumpi y Ninachumpi que por mucho tiempo se creyó eran las islas Galápagos. Una reciente expedición noruega en una balsa sin motor,

lizaciones litorales, o bajas, son como los contrarrelatos de las andinas y el campo expansivo de su declive en ulteriores estrategias de conquista.

Los focos o centros del *reto* andino de gran altitud son para nuestro argumento los característicos: los que exigieron del hombre una transformación integral, los que fueron dominados por él, en uno de los *retos-respuestas* más hazañosos de la Historia Universal. Entre ellos, la región del Cuzco megalítico, o el imperial de los Incas —*ombligo*, según la toponimia sugerente de simbologías vitales— cuya antigüedad es tan impresionante como su altura de más de tres mil trescientos metros sobre el nivel del mar; o el pétreo y monumental Tiawanako, el de las profundas cosmogonías misteriosas, maravillosamente suspendido en la ancha región lacustre del Titicaca, cerca del límite de los cuatro mil.

La altitud marea, incapacita fisiológicamente al hombre normal y activo de las llanuras bajas. Levantar una pequeña carga, marchar, comer sin cautela, entorpecen o anulan las funciones del cuerpo y la mente. Eso es "apunarse" o "tener *soroche*". El conquistador español que subió hasta aquellas tierras altas —que nunca trabajó con sus manos—, sobre el caballo dócil o en la *hamaca* que cargaban los indios sometidos, sufrió este mal de altura: "...los pizarristas que se marearon en la sierra, ça es ordinario a los españoles que de nuevo o recien salidos de los calurosos llanos suben a las nevadas sierras a marearse: tanta mudanza hace tanta distancia de tierra", escribe el Inca Garcilaso, citando en su apoyo a otros cronistas.[11] Pero el hombre, la raza, el conjunto innumerable de habitantes de los altos Andes, constructores desde sus cimientos de estupendas civilizaciones, debieron responder perennemente al *reto*

de similar construcción a las incaicas, en 1947, arribó en 101 días a la Polinesia que fué, según los expedicionarios, la zona isleña de la expedición de Túpac Yupanqui quien, dice Sarmiento, tardó un año en ir y volver llevando a Cuzco, hombres, huesos de caballos y utensilios que se conservaron hasta la llegada de los españoles en la antigua capital peruana.

[11] INCA GARCILASO, *Comentarios Reales*. 2ª parte. Lib. II, Cap. XXXV y XXXVI, con citas de Gómara y del P. Acosta quien dice: "...la gente del Marqués (Pizarro) iva mareada y maltratada de las muchas nieves que havia en la sierra, y recibiera mucho daño. Y por ir tales el Marqués se volvió con el exercito de los llanos y Don Diego (Almadro) se fué al Cuzco. En el Lib. I de la 2ª parte, Cap. XXVIII dice Garcilaso que, de Cajamarca al Cuzco: "Hernando de

de la altitud para que ellas fueran íntegramente posibles. El trabajador que entonces —como acontece ahora todavía, a tal nivel— labra e irriga la tierra, horada las minas, abre caminos, arranca y modela la piedra para edificios y puentes, pertenece a una extraordinaria "variedad climato-psicológica de la raza humana", cuyo estudio preocupa hoy a biólogos especializados.[12] El técnico vial, el agrícola, el astrónomo, el médico, el artista, el sabio amauta o el soberano-sacerdote, todo el que creó y orga-

Soto y Pedro del Barco y los otros cuatro españoles ivan en hombros de indios en sendas *hamacas*". Y en el Lib. II, en la 2ª parte, Cap. XIX, dice Garcilaso: "...el Marqués (Pizarro) tomó la parte sólo dende Truxillo... y corrió en hombros de indios las doscientas leguas que hay hasta el Cuzco". Garcilaso —quien describe *el soroche* de los españoles "que no pueden comer, ni beber, ni tenerse en pie, sino vomitando, si tienen qué" —dice también en el Lib. III de la 1ª Parte de sus Comentarios, Cap. XIX, que era "prohibido, baxar los indios de la sierra a los llanos" refiriéndose a los peligros de la violenta transición de pasarlos "de tierra fría a tierra caliente, o al contrario, porque luego mueren".

En el curioso libro del siglo XVI: Problemas y Secretos Maravillosos de las Indias, por el Dr. Juan de Cárdenas —México, 1591— se alude a estos contrastes de altitud: "...no quiero dar más muestras y testimonio que ver esos llanos y tierras del Pirú, las sierras por ser altas que con el gran frío succede almadiarse y aun morirse los hombres y por el contrario en los valles se ahogan de calor". Cap. III, foja 16, vuelta. En la guerra de la Independencia los problemas de la altitud fueron gravísimos para los ejércitos procedentes de tierras bajas que subieron a los Andes en persecución de los españoles. El General británico Miller, que luchó por el Perú dice: "La dificultad o falta de respiración llamada en algunos sitios *la puna* y en otros el *soroche*, que se experimenta en aquella parte de los Andes... es tal, a veces que batallones enteros caían de repente en tierra como por encanto y habría sido matar a cuantos los componían obligarles a marchar antes de que se hubiesen descansado y se recobrasen algún tanto. En muchas ocasiones puede únicamente conservarse la vida, sangrando al paciente la sien". (MILLER, *Memorias*. Vol. II, págs. 132 a 137). Bolívar, escribía desde las alturas andinas a Pallasca —Perú— el 3 de diciembre de 1823 a Santander: "En medio de los Andes, respirando un aire mefítico que llaman *soroche* y sobre las nieves y al lado de las vicuñas, escribo a Ud.", etc. (Archivo Santander Tomo XI, pág. 161). Como dato curioso vale anotar que la Batalla de Junín (a 4 mil metros) duró solamente 45 minutos; la de Ayacucho (a 3,495 metros) duró 90 minutos.

12 Estudios del Dr. Carlos Monge, Director del Instituto Nacional de Biología Andina del Perú. En diciembre de 1949 se realizó en Lima un Symponsium con delegados de 18 países ante el cual el Dr. Monge hizo una luminosa exposición de sus estudios y teorías sobre el hombre andino de la altitud, presentando el caso de los trabajadores

nizó, trabajó y pensó en la obra secular de aquellas predominantes civilizaciones, ¡no podían sufrir *soroche!*... Ellas alcanzaron la plena conciencia social de su Espacio-Tiempo sobre la dimensión andina de la cual ha dicho un brillante estudioso de su arte original y excelente: "Dimensión andina en cuanto a su adaptación a las posibilidades del hombre, su capacidad respiratoria, sus facultades musculares, su propio sentido de la perspectiva, de acuerdo con el poder de sus órganos visuales y de acuerdo también con su oscura pasión y su ternura poética".[13]

Al *reto geográfico de la extensión,* responde triunfalmente en la moderna historia americana —hasta acercarse a lo que Toynbee llama "estado universal"— la civilización en marcha de los Estados Unidos. Este es un *reto-respuesta* que no se frustra, que no se detiene, como el de los últimos imperios autóctonos de Indoamérica, conquistados por los españoles, quienes no lograron —ni ellos ni sus sucesores— la reconstrucción de nuevas unidades civilizadoras de dimensiones universales. Empero, la emigración colonizadora inglesa a Norteamérica se diferencia, fundamentalmente, en la *respuesta al reto-geográfico,* de la formidable empresa conquistadora española: Aquélla, al contrario de ésta, avanza en dirección latitudinal, sin variar de zona y sin encontrar en el nuevo Espacio al que se desplaza violentas alteraciones geo-climáticas. Tampoco choca con poderosas organizaciones nativas político-sociales. "Ni en Virginia, ni en ninguna otra parte fueron los ingleses a descubrir, conquistar o saquear sociedades indígenas ricas en raros tesoros, como los españoles habían encontrado en México y en el Perú".[14] De la Vieja Inglaterra viajan los peregrinos puritanos hacia *la Nueva,* que es, territorial y climáticamente como una Inglaterra *expandida.* La emigración colonizadora se organiza por corporaciones o compañías comerciales que, como la

---

mineros que "a 16,000 pies sobre el nivel del mar —4,800 metros aproximadamente— trabajan en las minas y campos durante 8 horas diarias y después juegan foot-ball o veces con los pies descalzos".

[13] Felipe Cossío del Pomar, *Arte del Perú Pre-Colombino.* Fondo de Cultura Económica de México, pág. 85, aludiendo a nuestra tesis. México, 1949.

[14] Charles and Mary Beard, *A basic History of the United States.* Cap. III.

de Virginia —1606— "gozará de todas las Libertades, Garantías e Inmunidades", según Cédula Real; o, como la del "Mayflower Compact" —1620— forma "un cuerpo político civil", a fin de hacer "justas e iguales leyes" para el gobierno de la colonia cuyos miembros deben usar "sus propias libertades".[15]

Hegel, en un atisbo generalizador, escribió que mientras Norteamérica fué *colonizada,* Sur o Indoamérica sólo fué *conquistada.* Esta afirmación es cierta en las extensas zonas imperiales indígenas en las que, aún hoy, están en proceso de europeización civilizadora y la definición de un mestizaje homogéneo. No lo es en las llanuras que fueron poco pobladas —como Argentina o como Brasil en el caso lusitano— donde *el reto de la extensión* apenas lo están respondiendo las nuevas generaciones, pero de donde no ha surgido perfilada todavía una civilización propia y señora del tipo de la norteamericana, que gesta una vasta unidad continental dominadora.

Los españoles —y esta observación del rumbo geográfico de su exploración es sin duda importantísima— debieron *cruzar diagonalmente* la longitud del planeta pasando de una a otra zona de él, para enfrentarse en las nuevas tierras a tremendos problemas de extensión, de altitud y de resistencia conflictiva con viejas y populosas organizaciones nacionales. El español no viene a trabajar el campo agro-minero con sus manos, sino a *hacerlo trabajar* por los millones de indios que encuentra, cuyos "repartimientos" y "encomiendas" determinan feroces luchas entre los conquistadores del Perú. Más tarde, se adoptó una previsora política con aquellos siervos, los únicos aptos para el trabajo en tan hostiles y variables climas. Buscadores insaciables de oro y plata, los españoles abandonan la agricultura de gran estilo de las civilizaciones indígenas —al abono, el regadío, la "andenería" que arresta la erosión— para reducirla a la rutina del mantenimiento, o a la experiencia indispensable de la horticultura, y, solamente después, a la mayor explotación fácil de productos agrícolas exportables. Pero todo este trabajo debían realizarlo los indios, cuyo brutal exterminio de las primeras épocas resultó económicamente dañoso. Pues si en los llanos e islas tropicales el regnícola fué reemplazado con el negro, consumada la casi exterminación de aquél, no podía ocurrir lo propio con el *trabajador de la altitud.* Y las mejores minas peruanas estaban o están muy altas y a su nivel *no hay*

---

[15] *Ibid.* Apéndice 1-2 y Cap. V.

otro trabajador en el mundo "climato-psicológicamente" capaz de laborar en ellas: ayer y hoy. Conservar al indio era conservar un insustituible instrumento de trabajo. Este fué el utilitario secreto, en esta parte de América, de las *Leyes de Indias,* teóricamente avanzadísimas sin duda. Pero, insistimos, la conquista no logra crear los vínculos suficientemente fuertes que sobre los vastos escenarios de los imperios indígenas articularon éstos en organizaciones de expansión continental venciendo la geografía divisoria. "Ni el Español, ni el criollo supieron ni pudieron conquistar los Andes", escribió certeramente José Carlos Mariátegui.[16]

En el sumario de las conferencias de Ortega y Gasset que comentamos se resumen así las ideas del filósofo español sobre el proceso inicial de la colonización inglesa en Norteamérica: "...en los Estados Unidos el avance hacia el Oeste no fué motivado por la super-población sino porque había mucha tierra vacía por delante; cuando un pueblo está en un ámbito geográfico con mucha tierra de sobra, es la Geografía quien manda".

No suscribimos esta restringida interpretación. La emigración colonizadora anglosajona a Norteamérica que de 1600 a 1770 se calcula, según Beard, en 750 mil personas hábiles, de las cuales "las dos terceras partes tuvieron medios económicos para costearse el viaje y comenzar a trabajar, y la otra tercera fué formada por gentes pobres pero con talento y destreza para el trabajo",[17] halla un vasto y fértil Espacio. No necesita *adaptarse,* en un penoso proceso de lenta lucha contra la altitud y climas excesivamente hostiles, como aconteció con las sociedades primitivas indoamericanas, primero, y con los españoles de la Conquista, milenios después. El problema primario y grandioso del colonizador norteamericano es, esencialmente, el de la respuesta al *reto de la extensión.* Pero su conciencia histórica, movida por una firme y rebelde fe religiosa y por un profundo anhelo de libertad —al que el llano Espacio fué, en este caso, propicio— aflora desde los años iniciales de su afincamiento en las nuevas tierras de América con claras

---

[16] José Carlos Mariátegui, *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana,* Regionalismo y Centralismo. (p. 157, 2ª edic. 1944), Véase: Luis Baudin, *El Imperio Socialista de los Incas;* Karl Kareger, *Landwieschaft und kolonization in Spanischen Amerika,* Vol. II; y Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología. No. 1, Vol. II. Lima.

[17] Charles and Mary Beard, *Ob. cit.* Cap. II.

ideas político-sociales de auto-gobierno, de independencia y de justicia. Y así aparece, prontamente, *el Espacio-Tiempo-histórico norteamericano.*

Esa conciencia espacio-temporal de las colectividades anglo-sajonas en Norteamérica se manifiesta, ostensible, en una persistente y progresiva *visión social de unidad territorial* dentro de la disparidad, muchas veces extremada de los grupos coloniales: Ensanchar el Espacio, sin dislocarlo, es como el "destino manifiesto" de su nueva y robusta conciencia histórica —¿su "sino", diría Spengler?— cumplido en períodos más o menos acelerados que son factores de apresuramiento de su total independencia política y de la asombrosa velocidad de su proceso civilizador. En él, no es sólo "la Geografía quien manda", sino la Historia y su conciencia que hacen posible *el drama del escenario.* Este es ubérrimo pero vasto, y su vastedad es el *reto* al que hay que responder si la Historia ha de ser posible. La civilización norteamericana se afirma en las sólidas bases de la agricultura, de la industria forestal y, en la minería —no del oro que ha de ser descubierto mucho más tarde—, sino del hierro del que ya envían su primer cargamento a Inglaterra en 1608 los pobladores de Virginia —donde comienza la explotación del tabaco y se inicia la sureña esclavitud de los negros. En Nueva Inglaterra y otras colonias vecinas del lado norte —en las que la esclavitud no prospera— el hierro se trabaja activamente antes de 1650, y la construcción de barcos para el comercio marítimo, fué, consecuentemente, una de sus industrias mayores inmediatas.

La conquista ulterior del Oeste inicia la gran aventura de la moderna *conquest of distance* de que habla H. G. Wells en un libro afamado.[18] El caballo, el carro tirado por bueyes, la barca velera, el bote y la balsa fluvial y lacustre, no bastan para el avance a través de desmedidos bosques y desiertos, en lucha, aquí y allá, con el terco rechazo de las dispersas tribus indias. *Ganar el Espacio ganando al Tiempo* deviene así una consigna colectiva de supervivencia y *condominio* del pueblo de los Estados Unidos, cuya aspiración se identifica con un claro sentido de ubicación continental. El, estimula y orienta el rápido desarrollo de sus invenciones técnicas y es el signo de su acelerada evolución; él, inspira su pensamiento, político

18 H. G. WELLS, *The Outline of Man's Work and Wealth.* Pp. 105-134, Part. III. N. Y., 1933.

director, desde que impone la retirada a los incómodos vecinos, holandeses y franceses, hasta que duplica el área de su territorio comprando a Napoleón la enorme y rica Luisiana y obteniendo de España la Florida. Más tarde —1845, 48, 53— la expansión sobre México debía aumentar en cerca de dos y medio millones de kilómetros cuadrados su anchura territorial afirmando la posesión de la fecunda y áurea California sobre el otro océano.[19] El *pueblo-continente* quedó así delineado en sus ámbitos.

Ganar el Espacio ganando al Tiempo no supone solamente el dominio del contorno geográfico para mantener pasivamente una extensión *cuantitativa* —como en los grandes países asiáticos, en Australia, Brasil o en la Rusia de los zares "juntadores de tierras"— sino dinamizarla *cualitativamente* con presionante celeridad civilizadora. Así define el pueblo norteamericano *su velocidad histórica —su Tempo—* como la *raison d'être* de su equilibrio nacional, de su esfuerzo hegemónico. Por eso, el ingente poder creador en su técnica inventiva —o en la del superador perfeccionamiento y utilización de coetáneas invenciones europeas— se caracteriza por una serie ininterrumpida de descubrimientos destinados, directa o indirectamente, a las conquistas de sus distancias y a hacer más rápido el ritmo de su producción y de su modo de vivir. A los tempranos intentos de aprovechamiento de la máquina de vapor, para impulsar barcos de río, telares, molinos, fundiciones, y a la primera patente de "máquina para hacer máquinas" de David Wilkinson —anteriores a 1800— sigue una era de extraordinarias victorias tecnológicas: el ferrocarril, y la moderna navegación; la mecanización de la siderurgia; el telégrafo y el teléfono; la iluminación eléctrica que gana a la noche y a la tracción por este sistema; los canales, los túneles, puentes y el "ferry-boat"; el concreto y el acero aplicados a la colosal arquitectura vertical; los elevadores; el automóvil, el petróleo y el asfalto; las máquinas de escribir, de calcular, de mezclar, lavar, votar, etc.; la radio y la televisión; la energía atómica. . . ¡todos los inventos que son velocidad! Las técnicas lentas de otras civilizaciones, las artes primorosas y pacientes, el despacio avance cultural de Asia y

[19] JORGE TAMAYO, *Cuadernos Americanos*. Julio-agosto, 1948. En un artículo titulado: "Lo que perdimos y lo que nos queda", dice: "Los territorios perdidos, ya sea los que se anexaron en 1845, los *cedidos* en 1848. . . y los vendidos en 1853 cubren una superficie de 2.378,540 km.^{2}", p. 46.

Europa, son extraños al inquieto espíritu norteamericano. Asentada su civilización en un Espacio gigante, la unidad dinámica de éste, en un Tiempo acelerado, apresura el proceso de su conformación nacional: Ese es su *Espacio-Tiempo-histórico.*

Libertad individual, social, religiosa y política; unidad territorial fuerte y activamente vinculada —bajo el enfático y totalizante nombre de "América"—[20] son primarias expresiones de ese "destino manifiesto" norteamericano —*E pluribus unum*— que impulsa el acontecer de su civilización galopante. La gran plutocracia, "el multi-millonario", aparecen más tarde y frente a ellas sus peculiares uniones obreras. Primero fué el *hombre libre;* la unidad nacional compactada, coherente y mecanizada. Los poderosos intereses económicos de los esclavistas del Sur fueron vencidos por esos principios de Libertad y Unidad que son su imperiosa mística, y sin los cuales la nación no habría podido alcanzar la jerarquía prepotente de "estado universal". Así se anticipan los Estados Unidos a la nueva edad de la Historia en Occidente que en seiscientos años expande sus "campos gravitacionales", o "inteligibles", de las fronteras estrechas de los dominios feudales a las de los más amplios estados nacionales o "modernos", y de las de éstos a las de los "pueblos-continentes", con una clara previsión del futuro imperial que sólo pertenece a las grandes coordinaciones territoriales. El dilatado y rico Espacio, llano y vacío, incitó a los norteamericanos a mantener y a acrecentar sus móviles de Libertad y Unidad; pero éstos no podían lograrse sin un nuevo ritmo, sin un nuevo *Tempo,* que es *drama de su escenario.*

Ese ritmo acelerado engrana su mecánica vital: del trabajo básico se eleva a todas las manifestaciones de la vida y de la conducta; de éstas al pensamiento, a la ciencia, a la filosofía pragmática que "define la verdad como un principio de ac-

[20] En la célebre "Royal Charter for the Virginia Corporation" del Rey Jacobo I de Inglaterra —1606— se usa ya la palabra *América:* "at any place upon the said coast of Virginia or America". Como se sabe los españoles denominaron a nuestro Continente "Indias" *(Karolus Quintus Indiarum Rex)* durante todo el coloniaje ("Leyes de Indias", "Casa de Contratación de Indias", etc.). "Indianos" fueron llamados los habitantes criollos de este continente —y lo usa ya Garcilaso— de donde se explica y justifica la actualidad e historicidad de los vocablos *Indoamérica* e *Indoamericano* para designarnos, como derivación de la toponimia colonial.

ción".[21] Cuando el hombre procedente de otro Espacio-Tiempo-histórico, arriba y se sumerge en el norteamericano, siente que el Tiempo *se le acorta.* Abreviarlo es una imposición de la mente y acción colectivas. Y vale subrayar, como curiosa anotación al paso —porque nos atañe—, que del idioma de sus más lentos y retrasados vecinos del Sur, los diccionarios y el uso estadounidenses hayan incorporado y hecho suya la palabra "pronto", recogiendo, como contraste irónico, el vocablo "mañana" para caracterizar la dejadez y dilación latinas.

En la dimensión recreativa ocurre un fenómeno singularmente expresivo: El cinematógrafo, es cada vez más, un intento de ganar a la imaginación del espectador, de impedir que ésta trabaje inútilmente. El cine norteamericano no permite escenas inactuales o ausentes como en los teatros clásicos, y es la antípoda del teatro chino en el cual el espectador debe *suponer* las dos terceras partes de lo que ocurre a través de la trama. Y el cine humorístico —el de Walt Disney y sus epígonos— trata de adelantarse violentamente a todo lo imaginario, en los reinos de lo posible y de lo imposible, afanoso de identificar su fantasía con esa *ilógica lógica* de los ensueños, para atenernos a una estricta frase freudiana. "Usted me habla con palabras del otro mundo en que no había pensado", nos dijo Disney cuando le expusimos esta teoría de ganar al Tiempo aún en los planos imaginarios, sobre la inspiración de su arte genial; que une movimiento, dibujo, color, música y absurdo, en una nueva dimensión de insólita y jubilosa armonía. Y este *ganar al Tiempo* norteamericano, abarca, asimismo, los planos de la información y de la cultura: Es su periodismo y su propaganda; es su pedagogía; es su "business behaviour"; es el modo organizativo de sus "campos" universarios, y es la abundancia de divulgación sintética en aquella innúmera producción editorial de enciclopédicos "Digests", que sumarizan todos los temas y se especializan en la metódica condensación de todas las materias: Ciencia, Arte, Literatura, Filosofía, Sexo. . .

Esa *velocidad histórica* que tipifica la civilización norteamericana nos hace pensar ingenua y admirativamente en un "pueblo joven", en una "raza nueva". Empero, lo "nuevo y lo "joven" en el hombre norteamericano es sólo su conciencia del Espacio y del Tiempo indesligables de su energía y movimiento

---

[21] BRÉHIER, *Historia de la Filosofía.* 7ª parte, Cap. IX-II. Pragmatismo. Estudio sobre Emerson y James.

civilizadores. El pueblo de los Estados Unidos está formado por las razas más antiguas de Europa; procede de los senectos troncos indoeuropeos, de las tantas veces seculares culturas del Viejo Mundo. De Inglaterra y demás países del "occidente" —y un poco de Africa— fluye la sangre de esta nueva nación o "pueblo continente", pleno de juvenil vitalidad, en un traslado emigratorio, relativamente reciente, y, constantemente renovado. Pero en el nuevo Espacio surge, inseparable de él una nueva concepción dinámica del Tiempo que mueve una distinta y acelerada continuidad de ritmo social. Hace, solamente, unos trescientos cincuenta años que se inició ese ininterrumpido proceso migratorio, pero de ellos, apenas son un poco más de cien, los de su masiva aceleración culminante. Sin embargo, en cualquier momento de ese lapso, en el siglo pasado o en éste, ayer u hoy, el hombre civilizado que va a formar parte de la colectividad norteamericana se identifica inmediatamente con el apresurado y enérgico paso de su vida. Y cuando vuelve los ojos hacia el Espacio-Tiempo de donde procede, lo compara reducido y lento desde el ángulo ensanchado de su nueva conciencia histórica.

En nuestra tesis —valga la insistencia— este rejuvenecimiento se explica por el despertar de una nueva conciencia espacio-temporal como determinador histórico, pero él puede producirse, también, sin que el pueblo, o raza, cambie de contorno geográfico. Ya se ha visto que en las sociedades primitivas se dan estos súbitos cambios de una etapa pasiva a una dinámica, de una despaciosa a una acelerada, como sostiene restrictivamente Toynbee y tan ampliamente Ortega y Gasset. Mas, esas "mutaciones bruscas" —que ellos no explican definitivamente y que pueden atribuirse a motivaciones climáticas, económicas, políticas, religiosas, o de "invasión" de una raza superior, según los casos—, siempre comportan un despertar de la conciencia del Espacio-Tiempo. Entonces el pueblo, o la raza, se dinamizan, se alertan, *se rejuvenecen*, por una nueva visión consciente de su contorno y de sus posibilidades dentro de él. Son, "los saltos cualitativos" de la dialéctica hegeliana. Raymond Aron[22] al afirmar que en el concepto de la Historia "lo que es decisivo es la conciencia del pasado y la voluntad de definirse en función de él", reconoce que: "En este sen-

---

22 R. Aron, *Introducción a la Filosofía de la Historia.* Trad. Losada. Buenos Aires. Pp. 60-61.

tido se comprende la fórmula de Hegel: verdaderamente históricas sólo son las comunidades que elaboran una ciencia de su devenir". Sí; mas ella es inseparable de una *con-ciencia* del Espacio y del Tiempo que se define, que se activiza, que se apresura; pero, que, también, se puede atenuar y perder. El Islam y su movilización vertiginosa —en contraste con la coetánea lentitud inicial del medioevo europeo— desarrolló una súbita conciencia de su Espacio-Tiempo y del imperativo de su rauda expansión; empero, los primeros siglos de su avance y predominio, del Indo al Atlántico, son tan asombrosos como su mora y detención posteriores, a pesar de subsistir el área geográfica originaria y la raza realizadora de su influyente hazaña cultural. Sobre el viejo y enorme territorio ruso, la tarda raza eslava ha podido convertirse en la amenazante "joven Rusia", por una renaciente conciencia de su Espacio-Tiempo-histórico exaltada y pugnaz. Los inminentes "casos" de China e India, son también, manifiestos de la recuperación acelerada de ritmos otrora perdidos.

CERRAMOS así este intento, necesariamente sinóptico, de nuestra participación en el debatido tema de los *reto-respuestas* con la reiteración de nuestro argumento: Cuando el hombre responde al *reto* del Espacio su respuesta comporta un *condominio.* Este, puede ser pasivo, o relativamente estático en la primitiva duración que la sociología clásica denomina "períodos de adaptación al medio"; pero es, de todos modos, lucha y acto prologal de invención "de las cosas más básicas para la vida". Ese primario *condominio* —acción y reacción entre Espacio y hombre— supone un movimiento más o menos retardado, una dinámica menor, aun en la rutinaria vida primordial o vegetativa. Mas en cuanto hay progreso, lento o acelerado, y la sociedad no se *detiene* —y no ocurre lo que Toynbee llama una "fosilización", ni se presentan las condiciones irrevocables que según Ortega y Gasset determinan el desvío migratorio— aparecen los elementos intuitivos de la incipiente conciencia social del Espacio y del Tiempo. Estos, acumulan *cuantitativamente* los determinadores que devienen *cualitativos* de una civilización. Y ellos afloran, en un momento dado, en la "mutación brusca", en el súbito cambio —o en lo que Hegel llama "el salto cualitativo", hacia la etapa dinámica de la sociedad civilizada.

Ortega y Gasset señala como causas probables de ese cambio "la aparición de una raza superior", o "el contorno físico favorable"; o, "el desfavorable" que —con Toynbee—, considera más influyente. Pero si es cierto que estos factores son determinantes en la Historia, se dan también los casos en que ellos no entran en juego: cuando no aparece la raza superior invasora, ni el contorno se modifica por alteraciones climáticas —o por la búsqueda peregrina de otro— sino que, dentro del mismo escenario se producen nacimientos o "renacimientos" de la conciencia colectiva que, de pronto, despierta por sí misma acelerando su acción civilizadora.[23] Estos despertares, primerizos en las civilizaciones que Toynbee llama "originales" —o, como en el citado ejemplo de Islam— pueden ser debidos; también, a retornos a un ritmo anterior, cejado o detenido, que de pronto renace y se rejuvenece: Rusia, China, India. Y si es verdad que los agentes estimulantes externos o foráneos —influencias ideológicas o incentivos psicológicos de validez y eficacia universales— son coadyuvantes, es evidente que sólo tienen decisiva vigencia en unas sociedades —como en las últimas citadas— y no en otras: Porque no en todos los Espacio-Tiempos se alcanza simultáneamente el mismo grado de conciencia histórica que dinamiza a una colectividad. Hay sociedades *sordas* a los llamados del mundo, o inmaturas para seguirlos cabalmente; y las hay aptas y listas para aceptar una motivación valedera que repercuta en su conciencia social y la movilice.

No existe, pues, una "gravitación universal" en la Historia que atraiga a todas las sociedades con idéntica fuerza a una meta común; ni es factualmente comprobable como principio absoluto que "los países más desarrollados enseñan a los menos desarrollados la imagen de su futuro"[24] —transposición obsoleta de los postulados newtonianos a la Filosofía de la Historia. Hay más bien "campos gravitacionales" en los que la conciencia del Espacio-Tiempo ejerce su propia atracción y crea su energía y movimiento intransferibles con aceleración e intensidad variables. Estos "campos gravitacionales" de la Historia son, para el observador, "los campos históricos inteligibles" que denomina Toynbee, cuyo *Tempo* es más o menos acelerado; tesis que también acepta Ortega y Gasset.

---

[23] J. ADDINGTON SYMONDS, *Renaissance in Italy,* "El Renacimiento fué la liberación de la razón aprisionada en una cueva: el doble descubrimiento del mundo externo e interno". Vol. I, Cap. I. Italia.

[24] K. MARX, Prefacio de la 1ª Edic. de *Das Kapital.*

Tanto en las civilizaciones cuya aparición y florecimiento requieren de un prolongado período previo —o "adaptativo"— de *respuesta al reto* geo-climático desfavorable —característico en el ejemplo mencionado de las altas civilizaciones andinas—, como en las que por traslado emigratorio de grupos ya civilizados, hacia un contorno más favorable, responden a otros *retos,* e inician rápidamente un nuevo proceso civilizador —peculiar de los Estados Unidos—, es el Espacio y su *condominio* humano el que determina la escala de velocidades del Tiempo-histórico. El descubrimiento de las posibilidades potenciales o cuantitativas del Espacio —extensión, riqueza explotable y posibilidades de expansión— definen, al actualizarse dinámicamente, la calidad, la elevación de su *Tempo* o ritmo de celeridad, y la conciencia de él. Así, movimiento, energía, Espacio y Tiempo integran un continuo indesligable que en el acontecer social; impreciso y lento en las sociedades primitivas, perfilado y activo —con celeridad diversa—, en las civilizaciones. Este es el drama de cada escenario: el *Espacio-Tiempo-histórico* de cada "campo gravitacional" o "inteligible" de la Historia.

CAMINOS DEL BOSQUE

Por *José GAOS*

El desarrollo creciente de la filosofía y literatura llamadas existencialismo y del interés por ellas de un público mucho más amplio que el que se ha interesado por otras filosofías, es ya un hecho histórico. Nada más natural, pues, que el que se esperase con expectación la publicación de la segunda mitad de *El ser y el tiempo,* de Heidegger, ya que en general se ha venido considerando esta obra como una de las más fundamentales, si no *la* fundamental, del existencialismo —aunque haya sido con error según el propio Heidegger, que ha protestado contra la inclusión de su filosofía en el llamado existencialismo, aunque es lo más probable que sin dejar de considerar su obra como fundamental, dos cosas en las que no sería imposible que tuviese razón. Mas como quiera que sea de esto, la generalidad de los que esperaban expectantes dicha publicación experimentó con toda seguridad una gran decepción al leer en la carta *Sobre el humanismo,* dirigida por Heidegger a Jean Beaufret y publicada en 1947 revisada y corregida, esta declaración: "...en la publicación de "El ser y el tiempo" se detuvo la tercera sección, "El tiempo y el ser", de la primera parte... Aquí se invierte todo". Quiere decir Heidegger que habiendo partido en busca de la comprensión del *ser* y habiendo encontrado que la clave de la comprensión del ser era el *tiempo,* debía proceder a comprender por el *tiempo* el ser. Mas, la sección en cuestión se detuvo, porque el pensar fracasó en el intento de decir en forma suficiente esta inversión y no salió avante con ayuda del lenguaje de la metafísica. La conferencia "De la esencia de la verdad"... da una cierta visión del pensar la inversión de "el ser y el tiempo" en "el tiempo y el ser". La decepción experimentada por obra de esta declaración no habrá disminuído mucho en la generalidad de los lectores de la conferencia, aunque sólo sea por la *Dürftigkeit* de ésta relativamente a aquello de que daría una cierta

visión. A lo que habría que añadir aún esta otra declaración de la "Observación" final de *La esencia de la verdad:* "La conferencia 'De la esencia de la verdad' debía, ya en el proyecto original, ser completada con una segunda, 'De la verdad de la esencia'. Esta fracasó por razones indicadas ahora en la carta 'Sobre el humanismo' ". Pero la expectativa de la publicación de la segunda mitad de *El ser y el tiempo* era tal, que a pesar de las declaraciones anteriores, al anunciarse la publicación de un nuevo libro, y no de un nuevo folleto, de Heidegger, hubo más de uno que creyó, y hasta alguno que anunció, que se trataba de la esperada segunda mitad. El nuevo libro[1] ha llegado "ante los ojos" de los ávidos o curiosos de leerlo o contemplarlo, y no es demasiado malicioso suponer que la simple contemplación haya deparado una nueva decepción a los que esperaron, no un folleto, sino un libro, porque un libro sí lo es, pero sólo por el volumen, mas no por el contenido. Si la lectura completa deparará o no una decepción más a la generalidad de los que la hagan, es demasiado difícil de conjeturar.

El libro es un volumen integrado con seis producciones: *El origen de la obra de arte,* formada con tres conferencias de 1936 y un epílogo posterior en parte: *La edad de la imagen del mundo,* conferencia de 1938, con adiciones escritas al mismo tiempo, pero que no fueron incluídas en la conferencia; *El concepto de experiencia en Hegel,* comentario a la "Introducción" de la *Fenomenología del espíritu,* procedente de un seminario de 1942-43 sobre Hegel y Aristóteles; *La frase de Nietzsche, "Dios está muerto",* trabajo del que se comunicaron las principales partes a "pequeños círculos" en conferencias de 1943, pero que se remonta a cursos universitarios sobre Nietzsche dados entre 1936 y 1940; *¿A qué, poetas?* conferencia dada en 1946 "dentro de un círculo estrechísimo", en conmemoración del vigésimo aniversario de la muerte de Rilke; *La sentencia de Anaximandro,* fragmento de una *Abhandlung* escrita en 1946 (como el fragmento tiene 48 nutridas páginas, la *Abhandlung* sí pudiera ser un verdadero libro). Las producciones, "en el intervalo se revisaron con frecuencia y diversos pasajes se aclararon. Se ha mantenido el nivel alcanzado en cada caso por el pensamiento y por la composición, y por ende también la cambiante terminología".

---

[1] M. HEIDEGGER. *Holzwege.* Frankfurt am Main, 1950.

De los anteriores datos resulta que el orden de las producciones dentro del volumen es el cronológico de la redacción, o de la redacción definitiva, independientemente de los retoques mencionados. De este orden cronológico resulta, a su vez, que estas producciones se insertan cronológicamente entre las *publicaciones* hechas por Heidegger desde *Hölderlin y la esencia de la poesía,* 1936, y que son: *Teoría de la verdad en Platón,* 1942; *De la esencia de la verdad,* 1943; nueva edición de *¿Qué es la metafísica?,* con un epílogo, 1943; *Sobre el humanismo,* 1947; nueva edición de *¿Qué es metafísica?,* con el epílogo de 1943 y una introducción, 1949; y comentarios y notas a la poesía de Hölderlin, de 1941, 1943 y 1944. Esta inserción importa para juzgar de la significación de las seis producciones dentro de la marcha de la obra de Heidegger, marcha que importa a su vez para juzgar de la significación de toda esta obra.

Mas el orden cronológico de las seis producciones dentro del volumen resulta didáctico y pedagógico —llamémoslo así a falta de término más propicio— para el lector. Que tal resulte no debe ser desdeñado por nadie, tratándose de Heidegger. La dificultad de sus obras es famosa (¿o infame?). Todo lo que la disminuya debe ser, pues, bienvenido. En estas producciones empieza ser más fácil el estilo, comparado con el de *El ser y el tiempo,* también con el de las partes decisivas de la *Esencia del fundamento* y la *Esencia de la verdad.* No me parece que se trate simplemente de una habituación al estilo de Heidegger; me parece que se trata realmente del estilo mismo de éste. No es que en el estilo de estas seis producciones todo sea terso y trasparente; pero ante todo en las menos técnicas, como cabe decir, entre ellas las dos primeras, son frecuentes los largos trayectos sin los obstáculos que se había acostumbrado o resignado a vencer o rodear el lector aplicado de aquellas otras. En algunos de estos trayectos la brillantez en la claridad del estilo es la expresión perfectamente ajustada a la luminosidad "verdaderamente" iluminadora del pensamiento. Hasta el punto de antojarse una reacción de Heidegger a aquella —infamia: "Ah, ¿conque escribo tan terriblemente? Pues ahora veréis". Sin embargo, algunos de los "recursos" característicos del estilo de Heidegger, por su reiteración y su exceso, acaban por hacer la impresión de un hombre que queriendo tener estilo, no tiene el talento, el gusto, el

cabal dominio de sus recursos, que implica la continencia a tiempo, del auténtico gran escritor. Los juegos, por ejemplo, de palabras de la misma raíz con diversos prefijos responderán en último término a la dificultad de "decir" del *ser,* cuya esencia parece ser la ocultación, según se verá; pero en algún momento llegan a hacer un efecto —cómico o ridículo, dicho sea con todo respeto— incluso para el ser, no sólo para Heidegger. Qué diferencia entre semejantes recursos, elementalmente mecánicos en su multiplicación, con todo y su "lingüística" de maestrico pedante o de escolástico gerundiano, y los infalibles e impecables de un Nietzsche, cuya variedad se crea una y otra vez de la compleja movilidad del pensamiento y de la taumatúrgica flexibilización del idioma, sin necesidad de recurrir continuamente a sólo lo más material y superficial del lenguaje. Sintaxis de ritmos vivientes y no juguete de construcciones mecánicas.[2]

Más importante es que en estas producciones sea más fácil la ideación misma. La primera parte entera del *Origen de la obra de arte,* "La Cosa y la obra", arrastra al lector, lo que se debe no sólo a la luminosidad antes señalada, sino también a la ausencia de obstáculos en la carrera. Apenas menos espléndidos son el resto del mismo *Origen,* la *Edad de la imagen del mundo* y el *Nietzsche.* El *Hegel* y el *Anaximandro* son las de un interés más especial, las más técnicas y las más difíciles, aunque las tres cosas por diferentes causas para cada una

[2] Por ejemplo, p. 170, esta explicación de lo que es la experiencia: "El *Erfahren* (experimentar) es el modo como la conciencia, en tanto es, *ausfährt* (sale en busca) de su concepto, siendo el cual es en verdad. El *ausfahrende Auslangen* (salir al alcance saliendo en busca) *erlangt* (alcanza) en lo *ercheinenden* (que aparece) verdadero el *Ercheinen* (aparecer) de la verdad. *Erlangend* (alcanzando) ésta, *gelangt* (llega) al *Sicherscheinen* (aparecerse) del *Erscheinen* mismo. El *Fahren* (marchar) del *Erfahren* tiene la significación primitiva del llevar. En la construcción de la casa *fährt* (marcha) el carpintero con la viga en una determinada dirección. El *Fahren* es un *Langen nach. . .* (tender hacia. . .): el uno *fährt* (llega) a la vista del otro. El *Fahren* es el conducente *Gelangen zu. . .* (llegar a. . .): el pastor *fährt aus* (sale) y *fährt* (lleva) el rebaño al monte. El *Erfahren* es el *auslangend erlangende Gelangen* (llegar que alcanza saliendo al alcance)". Más de una de estas combinaciones muestran cómo el alemán produce la ilusión óptica de dos distintos fenómenos, por denominar el mismo con palabras de distinta raíz, y la multiplicación de los entes sin necesidad. He llegado a tener la impresión de que en la filosofía de Heidegger hay más terminos que fenómenos.

de las dos producciones. Como estas causas radican en el contenido, el mentarlas empuja a pasar ya al de las seis producciones.

Por él se agrupan en un nuevo orden, el que les corresponde dentro del desarrollo de los temas de la filosofía de Heidegger en su interrelación sistemática. El *Origen de la obra de arte* es la exposición sistemática de la estética de Heidegger, que completan *¿A qué, poetas?* y las publicaciones sobre Hölderlin. La *Edad de la imagen del mundo*, el *Hegel*, el *Nietzsche* y el *Anaximandro* vienen a integrarse con la *Teoría de la verdad en Platón* en una filosofía de la historia —de la historia de la filosofía *fundamentalmente*, pero fundada en ella de la historia de Occidente en general desde el momento de los orígenes de la filosofía en Grecia —que parece lo esencial de una etapa nueva en el desarrollo del pensamiento de Heidegger, iniciada con la *Esencia de la verdad*, cuyo contenido remonta a 1930, es decir, al año siguiente a aquel en que la publicación del *Kant y el problema de la metafísica* de *¿Qué es metafísica?* y de la *Esencia del fundamento* parece una liquidación de la etapa de *El Ser y el tiempo* —publicado en 1927— con el saldo de algunas cuentas muy pendientes del contenido publicado o inédito de esta obra.

El sistema de estética *in nuce* del *Origen de la obra de arte* no podría resumirse en el mismo espacio en que se puede hacer y con los mismos resultados que puede dar la traducción de un trozo de su exposición, el trozo que asciende lentamente, a lo largo de una indagación de la esencia del útil, partiendo de una determinada obra de arte, hacia la esencia del arte mismo, para alcanzar ésta en una rápida ascensión final. En primer lugar, quizá esta muestra induzca mejor que ninguna otra cosa a la lectura de esta producción, y aun a la del volumen entero;[3] e inducir a la lectura debe ser un propósito de toda reseña de libros, si en el caso de deber más bien disuadir de leer alguno fuera posible silenciarlo, aunque esto expondría al peligro de que se tomase normalmente el silencio por lo que no es en aquellos casos en que se debe a otras causas. En segundo término, la muestra señala, al menos, la dirección en que se mueve la estética de Heidegger.

---

[3] Es de esperar que se traduzca pronto, aunque sea yendo por un lado las producciones más interesantes para un público más amplio y más a su alcance y por otro lado las que sólo parecen adecuadas para lectores especialmente interesados y versados en la filosofía.

"¿Qué camino conducirá a lo que el útil tiene precisamente de útil? ¿Cómo hacer la experiencia de lo que en verdad es el útil? El proceder ahora necesario tiene patentemente que mantenerse alejado de aquellos intentos que desde un principio vuelven a traer consigo los prejuicios de las interpretaciones habituales. Como mejor nos aseguraremos contra ello, será describiendo simplemente un útil, sin teoría filosófica alguna.

Tomamos por ejemplo un útil bien corriente: un par de zapatos de labriego. Para describirlo ni siquiera es menester tener realmente delante unas muestras de esta clase de útil. Todo el mundo lo conoce. Pero como se trata de hacer una descripción directa, puede ser bueno facilitar la representación intuitiva. A este fin basta una reproducción pictórica. Elegimos un conocido cuadro de van Gogh, que pintó más de una vez semejante útil. Pero ¿es que hay mucho que ver en éste? Todo el mundo sabe lo que constituye un zapato. Si no se trata precisamente de unos zuecos de madera o de suela de corcho, ahí están la suela y la pala de cuero, unidas entre sí por costuras y clavos. Semejante útil sirve para revestir el pie. Según para lo que sirva para trabajar en el campo o para bailar, son distintos el material y la forma. Estas indicaciones perfectamente justas no hacen más que explicar lo que ya sabemos. El ser de útil en cuanto tal consiste en su servir para algo. Pero ¿qué pasa con este servir? ¿Nos adueñamos ya con él de lo que el útil tiene precisamente de útil? ¿No necesitaremos, para lograr esto, explorar el útil, que sirve para algo, por este lado del servicio? La labriega lleva los zapatos en la tierra labrantía. Aquí es donde realmente son lo que son. Lo son tanto más auténticamente, cuanto menos al trabajar piense la labriega en ellos, no se diga los contemple, ni siquiera los sienta. Los lleva y anda con ellos. Así es como realmente sirven los zapatos. En este proceso del uso del útil no puede dejar de enfrentársenos realmente lo que tiene de útil. Mientras, en cambio, no hagamos más que representarnos en general un par de zapatos, o incluso que contemplar en el cuadro los zapatos que se limitan a estar en él vacíos y sin que nadie los esté usando, no haremos jamás la experiencia de lo que en verdad es el ser del útil. En el cuadro de van Gogh ni siquiera podemos decir dónde están estos zapatos. En torno a este par de zapatos de labriego no hay nada a lo que pudieran pertenecer o corresponder; sólo un espacio determinado. Ni siquiera hay adheridos a ellos terrones del terruño o del camino, lo que al menos

podría indicar su empleo. Un par de zapatos de labriego y nada más. Y sin embargo. . .

En la oscura boca del gastado interior del zapato bosteza la pesadumbre de los pasos laboriosos. En lo rudamente pesado del zapato está represada la tenacidad de la lenta marcha a través de los largos y monótonos surcos de la tierra labrada, sobre la que sopla un ronco viento. En el cuero está todo lo que tiene de húmedo y graso el suelo. Bajo las suelas se desliza la soledad del camino que va a través de la tarde que cae. En el zapato entero vibra la tácita llamada de la tierra, su reposado ofrendar el trigo que madura y su enigmático rehusarse en el yermo campo en baldío del invierno. Por este útil cruza el mudo temer por la seguridad del pan, la callada alegría del volver a salir de las apreturas, el palpitar ante la llegada del hijo y el temblar ante la inminencia de la muerte en torno. Propiedad de la tierra es este útil y lo guarda el mundo de la labriega. De esta guardada propiedad emerge el útil mismo a su reposar en sí.

Pero todo esto quizá lo atribuímos sólo al útil al verlo en el cuadro. La labriega, en cambio, lleva simplemente los zapatos —si este simple llevarlos fuese realmente tan simple. Cuantas veces la labriega se quita los zapatos en medio de un duro, pero sano cansancio a la caída de la tarde, y ya al llegar el crepúsculo aún oscuro de la mañana vuelve a echar mano de ellos, o al pasar de largo junto a ellos en los días de fiesta, sabe todo lo dicho, sin necesidad de hacer observación ni consideración alguna. El ser del útil consiste sin duda en su servir para algo. Pero este mismo servir para algo descansa en la plenitud de un más esencial ser del útil. Vamos a llamarlo el "ser de confianza". En virtud de él, hace la labriega caso por intermedio de este útil a la silenciosa llamada de la tierra; en virtud del ser de confianza el útil está la labriega segura de su mundo. Mundo y tierra sólo existen para ella, y para los que existen con ella de su mismo modo, sólo así: en el útil. Decimos "sólo" y erramos; pues el ser de confianza el útil es justo lo que da a ese simple mundo lo que tiene de oculto y lo que asegura a la tierra la libertad con que constantemente se adelanta.[4]

---

[4] Según Heidegger, el mundo es primariamente patente y patentizador, pero también oculto y ocultante; la tierra, a la inversa, primariamente se retrae y sustrae a la aprehensión, pero sin dejar de hacer un opuesto movimiento de adelantarse hasta el primer término.

El ser del útil, el ser de confianza, concentra en sí todas las cosas a su modo y según su alcance. El servir para algo el útil sólo es, en rigor, la consecuencia esencial del ser de confianza. Aquél tremola sobre éste y sin éste no sería nada. Un útil determinado se gasta y consume; mas a una con ello el mismo usarlo sucumbe al desgaste, pierde sus aristas y se vuelve habitual. Así es como el ser mismo del útil entra en obliteración, sumergiéndose en el mero útil. Tal obliteración del ser del útil es el desaparecer el ser de confianza. Pero esta desaparición, a la que deben las cosas de uso ese su carácter de habituales impertinente hasta el estío, sólo es un testimonio más de la esencia original del ser del útil. La desgastada habitualidad del útil avanza entonces como la única forma de ser que al parecer le es exclusivamente propia. Tan sólo el claro servir para algo sigue siendo ahora visible. Y suscita la apariencia de que el origen del útil está en el mero confeccionarlo, imprimiendo a un material una forma. Pero el útil viene, en su auténtico ser, de más lejos. Material y forma y la distinción de ambos son ellos mismos de un origen más hondo.

El reposo del útil que reposa en sí estriba en el ser de confianza. En este ser vemos por primera vez lo que en verdad es el útil. Pero aún no sabemos nada de lo que ante todo buscábamos, de lo que tiene de cosa la cosa, y mucho menos sabemos aún lo que propia y exclusivamente buscamos, lo que tiene de obra la obra en el sentido de la obra de arte.

¿O habríamos hecho ya, sin darnos cuenta, de paso, por decirlo así, alguna experiencia acerca del ser de la obra?

Hallamos el ser del útil. Pero ¿cómo? No por medio de la descripción y explicación de un zapato realmente presente; no gracias a una información sobre el proceso de confección de zapatos; no en virtud de haber observado la manera real y efectiva de emplear el zapato acá y allá; sino tan sólo poniéndonos ante el cuadro de van Gogh. El cuadro habló. En la cercanía de la obra pasamos de súbito a estar donde habitualmente no solemos.

La obra de arte nos hizo saber lo que es en verdad el útil. Sería el peor engaño de nosotros mismos el pensar que fué nuestra descripción, una operación subjetiva, la que lo pintó todo como lo hizo, para atribuirlo después al útil. Si hay aquí algo cuestionable, es tan sólo esto lo que en la cercanía de la obra hayamos experimentado tan poco y hayamos dicho tan

toscamente y con términos tan de buenas a primeras lo experimentado. Pero, ante todo, no sirvió, en absoluto, la obra, como pudiera parecer a primera vista, simplemente para representarnos intuitivamente mejor lo que es un útil; antes bien, sólo en y por la obra se hizo propiamente visible el ser del útil.

¿Qué pasa aquí? ¿Qué obra en la obra? El cuadro de van Gogh es el hacer patente lo que el útil, el par de zapatos de labriego, en verdad *es*. Este ente sale al estado de no ocultación de su ser. El estado de no ocultación de los entes es lo que llamaban los griegos ἀλήθεια. Nosotros decimos "verdad" y no pensamos mucho al decir esta palabra. En la obra, si lo que pasa en ella es un hacer patentes los entes, lo que son y cómo son, lo que pasa y obra es un gestarse la verdad.

En la obra de arte se ha puesto en obra la verdad de los entes. "Poner" quiere decir aquí: asentar establemente. Un ente, un par de zapatos de labriego, se asienta en la obra establemente a la luz de su ser. El ser del ente se asienta en su estable manifestarse.

La esencia del arte sería, pues, ésta: el ponerse en obra la verdad de los entes".

Las páginas dedicadas, partiendo de un templo griego —Heidegger tiene presente en su imaginación el de Paestum—, a mostrar cómo la obra de arte es la lucha que une a los dos contrarios que son el mundo y la tierra, son semejantes a las traducidas por el procedimiento, pero superiores por lo grandioso de la visión. En ellas, en las traducidas y en otras del volumen se encuentran algunos de los mejores ejemplos concretos de un ingrediente de la filosofía de Heidegger al que no parece haberse concedido tanta atención como a los filosofemas, aunque no la merece menor: la manera de filosofar. Hay aquí un modo de proceder verdaderamente nuevo y fecundo, consistente en no detenerse en los "objetos" "ante los ojos" de la mente estáticamente contemplativa, teorética, sino en ir coejecutando el pensar las relaciones dinámicas entre los objetos, en que éstos no se disuelven, como se ha solido reprochar al pensamiento antisustancialista, actualista, sino en las cuales, concentrándolas en sí y concentrándose en medio de ellas, toman un cuerpo que no *es* precisamente menos consistente ni perfilado por *ser* todo él de una viva realidad vibrante e irradiante. Este modo de proceder marca un efectivo progreso sobre los métodos mismos de la fenomenología y de la

comprensión y hermenéutica diltheyana, y quizá no sólo en el sentido de un mayor virtuosismo en la aplicación de estos métodos, sino incluso en el sentido de una metódica meta-hermenéutica y meta-fenomenológica, lo mismo que lo es la filosofía "existenciaria" o "existenciarista", que no "existencial" o "existencialista", de Heidegger, a pesar de su filiación directa. Que semejante modo de proceder y los filosofemas heideggerianos sean como anverso y reverso, es cosa que de suyo se comprende. En todo caso, quien no logre hacerse dueño de semejante modo de proceder, no filosofará a la altura del nivel en que la filosofía de Heidegger ha puesto en este punto a la filosofía en general.

Para quien sepa lo que en la filosofía de Heidegger, tal como se la encuentra en sus publicaciones anteriores a este volumen, significan la verdad y el ser, bastará la línea final de la precedente traducción a hacerle avizorar la apretada vinculación de la estética de Heidegger con su susodicha filosofía. El arte es una forma esencial de la verdad, esto es, de la *alétheia* de los entes en cuanto tales y con ellos del ser, del venir los entes y el ser a estado de no ocultación. Mas en este punto, fundamental, central, capital, todo a una, es donde la filosofía de la historia de Heidegger parece traducir, no una inflexión más o menos pronunciada, sino una verdadera inversión de la filosofía de *El ser y el tiempo* y publicaciones inmediatas.

La edad de la imagen del mundo es el título actual de la conferencia dada en 1938 bajo el título *La fundamentación de la imagen moderna del mundo por la metafísica* y que fué "la última de una serie organizada por las Sociedades de Historia del Arte, de Ciencias Naturales y de Medicina de Friburgo de Brisgovia y que tuvo por tema la fundamentación de la imagen del mundo de la edad moderna". El cambio de título representa el movimiento en que está el meollo de la conferencia. El tema de la serie era: la imagen del mundo de la edad moderna. La tesis de la conferencia es: la edad moderna es la edad de la imagen del mundo, porque no hubo ni podía haber ninguna "imagen del mundo" antes de que tuviese lugar la conversión *fundamental* de la edad moderna: la de las cosas, de los entes, en "objetos" cogitados del "sujeto" cogitante, en "ideas", en "imágenes" de la conciencia, y el *ser* mismo en el ser conscientes, cogitados en la cogitación, en la *conciencia* misma. Esto puede que en el fondo no sea muy nuevo, puesto

que en el fondo se reduce a afirmar que lo fundamental, distintivo y nuevo de la modernidad es el idealismo; pero la forma en que se desarrolla la tesis es impresionante por la coherencia del conjunto y el interés de los detalles.

El comentario a la "Introducción" de la *Fenomenología del espíritu* está todo él enderezado a invertir, en sustancia, la interprestación ya tradicional de la obra de Hegel, hasta concluir en una interpretación inversa de la inmediata y corriente del título mismo y del que Hegel le había puesto primero, *Ciencia de la experiencia de la conciencia.* Esta interpretación inversa de ambos títulos puede estar aquí para dar idea de toda la interpretación inversa que hace Heidegger. No se trataría de una fenomenología *del* espíritu en el sentido objetivo del "de" que se acaba de subrayar, sino en el sentido subjetivo de este "de", es decir, no se trataría de una fenomenología que tendría por sujeto al espíritu, esto es, que no sería sino la serie misma de las manifestaciones de éste, su proceso mismo de manifestarse y de *ser* en la manifestación, manifestándose o en cuanto manifiesto evolutivamente. Ni se trataría de un ciencia que tendría por objeto la experiencia que sucesiva y dialécticamente iría haciendo la conciencia hasta llegar a esta ciencia misma, sino que la ciencia sería propiedad de la experiencia y esta propiedad de la conciencia desde el primer momento o grado de esta conciencia y de su experiencia, la conciencia sensible y la experiencia de ésta que dialécticamente la conduce al momento o grado inmediato.

El *Nietzsche* pudiera titularse simplemente así, porque la exégesis de la frase "Dios está muerto" desarrolla una metódica y completa interpretación y crítica de los conceptos capitales del pensamiento nietzscheano, el nihilismo, la vida, los valores, el superhombre. . . Lo más importante es la finalidad a cuyo servicio está puesta la exégesis entera: comprender el pensamiento de Nietzsche como el término pleno y final de la metafísica occidental, todo ello desde el punto de vista de la historia del ser. No parace infundado afirmar que Heidegger ha traído a un término difícil de rebasar la reivindicación del Nietzsche filósofo auténtico y riguroso, y no simplemente pensador y escritor genial, emprendida ciertamente ya hace algún tiempo por la historia y la crítica filosóficas.

¿A qué, poetas?, aunque este título promete un estudio estético, es en realidad una aportación a la nueva filosofía heideggeriana de la historia, y aún a aquella que aporta más

que las otras en algunos respectos, como en el de lo superiormente aclaratorios que resultan determinados pasajes y fórmulas, frente a ciertas peculiaridades de dicha filosofía de la historia de las que se tratará más adelante.

El largo fragmento sobre el brevísimo de Anaximandro es una verdadera exhibición de virtuosismo en algo muy peculiar de Heidegger: sus interpretaciones de los términos y textos de la filosofía griega. Empieza por reproducir las traducciones del fragmento de Anaximandro hechas por Nietzsche y por Diels. Pueden traducirse a su vez al español así: "Allí donde las cosas tienen su origen, allí no pueden menos de sucumbir, por obra de la necesidad; pues no pueden menos de pagar una penalidad y de ser juzgados por su injusticia, con arreglo al orden del tiempo". "Allí donde las cosas se originan, allí van a parar al parecer por obra de la necesidad; pues mutuamente se castigan y pagan una penalidad por su alevosía al cabo del tiempo fijado". Heidegger limita —con otros helenistas— las palabras de Anaximandro a las correspondientes a las que en las traducciones de Nietzsche y Diels van inclusivamente desde "por obra de la necesidad" hasta "su injusticia" o "su alevosía", y su traducción puede a su vez traducirse así: "...siguiente el uso; se conceden, en efecto, fuero y con ello cura uno a otro (en compensación) del desafuero". Esto puede parecer un prurito de originalidad a la vez excesivo y frustráneo, pues que la traducción no parece decir, con sus términos, más rebuscados, algo muy diferente de lo que dicen las otras dos. Pero el juicio no puede ser tan sumario, porque si Heidegger ha rebuscado efectivamente los términos que emplea, es porque además les da un sentido que no es pura y simplemente el que les dará de inmediato el lector, sino otro, rebuscado él mismo, pero que sería el que tendrían los términos del fragmento original "pensados a la griega". ¿Será posible, en tal situación, sustituir los términos de la traducción de Heidegger por otros que den idea del sentido que da Heidegger a los de la suya? Intentémoslo. "Siguiendo el movimiento mismo entrañable, esencial, del ser, los entes *se* ensamblan *mutuamente* en un orden (el del mundo) en que *a una* se descubren y se encubren en cuanto *entes*". Lo que implica que el movimiento mismo esencial, entrañable, del *ser* es *a una* de salida del estado de oculto y de vuelta a él —un "a una" tal, que ya en el primer momento histórico en que inició el ser la salida de ese estado, en el mismo momento volvió a él. El mo-

mento fué precisamente el del fragmento de Anaximandro, el cual, en el momento mismo en que mentó el *ser,* con el término que Heidegger traduce por el de "uso", pasó a mentar solamente los *entes* en el resto de su fragmento... Ahora bien —pero antes de seguir, es conveniente interponer otras consideraciones.

No es éste el lugar adecuado para una disquisición crítica sobre un factor tan importante de la filosofía de Heidegger como su "filología"; pero sí es de aprovechar la ocasión para hacer, simplemente, una indicación. En *El ser y el tiempo* se encuentra esta afirmación: "Al cabo es el negocio de la filosofía preservar a la *fuerza de las palabras más elementales* en que se expresa la existencia, de que la comprensión vulgar las rebaje al nivel de lo incomprensible". Es una afirmación de principio justificativa de un procedimiento que Heidegger ha venido empleando con insistencia ya característica de su obra. El procedimiento consiste en emplear el propio Heidegger los términos en su sentido etimológicamente primitivo y en interpretar en este sentido los de otros autores, como si estos mismos los hubiesen empleado en él. El procedimiento no es invención de Heidegger (recordemos nosotros a Unamuno), ni practicado exclusivamente por él, sino también por otros, inducidos o no por él, y quizá cada vez más numerosos. Ahora bien, aplicado a la interpretación de otros autores, se antoja muy arbitrario su supuesto, que los autores a quienes se aplica procediesen ya como aquellos que se lo aplican, y muy problemático su resultado, que no parece poder ser, ni ser realmente, otro que leer anacrónica e inauténticamente en los autores lo que al escribir no pensaron. Así, por ejemplo, Heidegger no dice que Anaximandro pensara ya lo que él, pero lo que viene a decir es que en Anaximandro pasó lo que constituye el núcleo del "pensamiento" a que él, Heidegger, ha llegado *últimamente.* No es imposible, pero... La aplicación del procedimiento a la interpretación de otros autores sirve excelentemente para lo mismo para que sirve también excelentemente empleado en forma directa: para hacer el autor que lo emplea en esta forma verdaderos hallazgos, no históricos, sino filológicos y fenomenológicos, que en Heidegger representan un gran volumen dentro del total de su filosofía y algunas de sus aportaciones más importantes o interesantes.

"Ahora bien", de la filosofía de Heidegger, a partir de *El ser y el tiempo,* pronto se hizo la interpretación que se pue-

de llamar "el Heidegger nihilista", y se generalizó tanto cuanto prueba, como testimonio capital, la protesta contra ella que es la carta *Sobre el humanismo.* La filosofía de la primera mitad de *El ser y el tiempo* pareció a la generalidad de los comentaristas y críticos una filosofía de la nada entrañable del hombre, arrojado a la existencia sin previo asentimiento suyo —en el caso de que se trata era realmente difícil recabarlo—; caído de la posibilidad de ser un auténtico "sí mismo" en el mero ser un inauténtico "uno de tantos"; limitado, para poder ser algo, a no ser nada de lo demás; y, sobre todo, dueño tan sólo de un futuro finito; y de esta filosofía de la nada del hombre no parece poder concluirse sino un nihilismo universal, absoluto. A reforzar tal interpretación vino ante todo *¿Qué es metafísico?* con su tema de la nada y su afirmación expresa de que *"das Sein selbst in Wesen endlich ist",* "el ser mismo es en esencia finito". Sin embargo, un estudio ya de *El ser y el tiempo* atento incluso a los menores detalles hubiera reparado, entre otros, en ciertas palabras de una nota de una de las últimas páginas y relacionada con la exposición de cómo el tiempo infinito del concepto vulgar del tiempo es una mera derivación del tiempo radical y finito, o sea, relacionada con la tesis finista fundamental de la primera mitad de la obra y de la interpretación nihilista de la filosofía de Heidegger: "De ser posible 'construir' filosóficamente la eternidad de Dios, sólo sería ésta comprensible como tiempo más radical e 'infinito' ". Aquí se insinúa la posibilidad de un tiempo más radical e infinito como eternidad de Dios. Y otros detalles insinúan posibilidades tendientes en direcciones que podrían converger en la doctrina de una Infinitud trascendente al mismo *ser* finito, una Infinitud que no sería ni ente alguno, ni el ser. Que semejante Infinitud resultase "indecible" y hasta "impensable" no representaría una literal imposibilidad para una filosofía "irracionalista". Hasta podría resultar, si "indecible", no "inefable", para una filosofía que distingue entre el lenguaje y el "habla"; y si "impensable" en el sentido corriente, no "incomprensible", para una filosofía que comprende el "comprender" como algo muchísimo más radical que todo "pensar" en el sentido corriente; y ni siquiera "impensable" en todos sentidos para una filosofía que está haciendo del "pensar" lo que Heidegger últimamente (v. ante todo el "Epílogo" a las nuevas ediciones de *¿Qué es metafísica?* y *Caminos del*

bosque, passim). ¿Y si Heidegger, en vez de ser un nihilista, no hubiera dejado nunca de ser lo que debió de ser en un principio, como católico novicio jesuíta, un "escolástico" más o menos "neo"? ¿Si su filosofía fuera fundamentalmente una "temática" fenomenología de la finitud, empeñada en describir hasta la exasperación del detalle el fenómeno de la finitud, para forzar a vivirlo con plena conciencia y reconocerlo con asentimiento irrehusable, en vez de contentarse con afirmarlo más o menos brevemente y como punto de partida o de pasada, según ha hecho en general la tradición, a pesar de ser para éste el trampolín de todos sus saltos al más allá de lo infinito?... Más auténtico que "el Heidegger nihilista" pudiera ser "el Heidegger escolástico".

Pero nihilista o escolástico, Heidegger es temática y fundamentalmente el ontólogo, en el sentido de que el tema de su filosofía es el ser, según sus propias expresas y numerosas aseveraciones y de acuerdo con la intención bien reconocible de hacer de la elucidación del ser algo tan universal como verdaderamente básico. Mas he aquí que este ontólogo se presenta crecientemente como la víctima del destino mismo del objeto de los esfuerzos de su *logos,* del destino mismo del ser.

De un ontólogo tan expreso —y tan condenatorio del no haberlo sido igualmente los filósofos anteriores a él, por lo menos desde Aristóteles, y sin excluir a los mayores, por ejemplo, a Hegel (V. ya el No. 1 de *El ser y el tiempo)* —han esperado seguramente todos sus lectores la respuesta a la pregunta "¿qué es ser?" caracterizada como bien conocida ya del autor en estas palabras del comienzo de *El ser y el tiempo* (párr. 19): "La respuesta a la pregunta acerca del ser no puede estribar en una frase aislada y ciega... Si la respuesta es "nueva", no tiene importancia y no pasa de ser una superficialidad. Lo que tenga de positivo ha de estribar en que sea bastante *antigua* para hacer concebir las posibilidades deparadas por los "antiguos". De acuerdo con su sentido más peculiar, la respuesta da al trabajo ontológico concreto la indicación de comenzar con sus preguntas investigadoras dentro del horizonte puesto de manifiesto —y sólo da esto". (El horizonte aludido es el tiempo: recuérdese lo dicho sobre la comprensión del ser por el tiempo). Pero la segunda mitad de *El ser y el tiempo,* donde debía venir la respuesta, no llegó. Ni llegó la conferencia complementaria, y es de suponer que la decisiva, de *La esencia de la verdad,* señalada como sustitutivo de aquella se-

gunda mitad. A cambio de todo ello han llegado otras cosas, más o menos sorprendentes, si es que no desconcertantes. Además de las dos declaraciones reproducidas al principio, otras aún, como la siguiente, del "Prólogo a la tercera edición" de *La esencia del fundamento* (1949): "El ensayo 'De la esencia del fundamento' se compuso en el año 1928, simultáneamente con la lección '¿Qué es metafísica?' Esta reflexiona sobre la nada, aquél habla de la diferencia ontológica. La nada es el no de los entes y, así, el ser experimentado desde los entes. La diferencia ontológica es el no entre los entes y el ser... Aquel nonante[5] no de la nada y este nonante no de la diferencia son... lo mismo en el sentido de aquello que juntamente entra en lo entitativo del ser de los entes. Este lo mismo es aquello... que ambos escritos... tratan de acercar a una meditación, sin estar a la altura de ésta. ¿Qué sería, si los meditadores estuviesen empezando a entrar por fin con el pensamiento en esta cosa, la misma, que espera hace dos decenios?" O una complicación como ésta: la diferencia entre el ser, que en alemán se escribe *Sein,* y los entes, sería un... *Seyn,* como escribe Heidegger en la ya citada "Observación" final de la última edición de la *Esencia de la verdad,* o lo que es lo mismo, ¡un nuevo ser para la diferencia entre el ser y los entes! O la historia del ser a la que vuelven y revuelven estos *Caminos del bosque.*

Entre tanto no habrán sido pocos, a buen seguro, los que se hayan preguntado "pero, bueno, ¿qué es, en definitiva, el ser para Heidegger?", y hayan intentado responderse leyendo y releyendo al acecho de toda manifestación o simplemente indicio revelador; pero es lo más probable que no sepan en definitiva a qué carta quedarse: unas veces les habrá parecido que es lo mismo que el del hombre, otras que es el tiempo, otras que es el no ser, otras que la presencia de los entes..., otras que todo esto junto, otras que nada de todo ello... Y acaso a alguno, quizá no el menos erudito, le haya parecido que Heidegger hace como hacía, según Heráclito, "el Señor cuyo oráculo está en Delfos": "ni dice, ni oculta, sino hace señales". Y a algún otro, sin duda el más irrespetuoso,

---

[5] Hay que decir algo como esto para traducir el verbo con que Heidegger expresa el producirse el no mismo y su acción sobre lo demás.

le haya parecido que no sabe a qué carta quedarse —el propio Heidegger.

Pero he aquí que, completando decisivamente indicaciones que no dejan de encontrarse en las últimas publicaciones anteriores, estos *Caminos del bosque* vuelven y revuelven a un destino el ser que es una historia del ser que habría determinado radicalmente la historia, no sólo de la filosofía occidental desde Anaximandro, por lo menos, sino la historia de la cultura entera de Occidente —y en el extremo actual de ésta la actual situación del propio Heidegger. El principio de esta historia ya se indicó, al tratar del *Anaximandro:* en el momento mismo en que el ser entró en escena hizo mutis. Historia de la ocultación del ser es en la raíz la historia entera de Occidente, pero especialmente la de la edad de la imagen del mundo, no sólo con esta imagen y cuanto ella entraña, sino con su técnica. Heidegger viene mostrando una preocupación creciente por la técnica. "Incluso ya esto de que el hombre se convierta en sujeto y el mundo en objeto, es una consecuencia de la... esencia de la técnica, no a la inversa". *(Caminos,* p. 268). Por eso la voluntad en general y en especial la de poder ocupan a Heidegger también crecientemente en sus últimas producciones y no sólo en el *Nietzsche;* este trabajo muestra en el filósofo de la voluntad de poder la plenitud y el fin de la metafísica: el trabajo "esclarece un estadio de la metafísica occidental que probablemente es su estadio final, pues otras posibilidades de la metafísica ya no pueden resultar visibles dado que la metafísica, por obra de Nietzsche, se roba a sí misma en cierto modo su propia posibilidad esencial". *(Caminos,* p. 193).

En semejantes circunstancias no es, ciertamente, para extrañar que el ser se le haya escapado al propio Heidegger. *El ser y el tiempo* está animado por la idea de la comprensión del ser. El pensamiento actual de Heidegger parece desanimado por el hecho de la ocultación del ser. Sin duda el filósofo aun no se ha rendido incondicionalmente. Ultimamente viene hablando de un *Denken* o "pensar" que *gedenkt,* se acuerda, del olvidado ser y se acerca al *Dichten,* al "poetizar", hasta la intimidad, si no la identidad. Por eso tanto interés por Hölderlin, por eso el interés por Rilke. "¿A qué, poetas en tiempos de tanta miseria?" preguntaba Hölderlin. Pues, responde Heidegger, a que "señalan a los mortales las huellas dejadas en las tinieblas de la noche del mundo por los dioses huídos". *(Caminos,* p. 294). Ni faltan, en fin, en este último Heideg-

ger reticentes insinuaciones, que no son más, de una nueva edad del mundo.

¿Piensa Heidegger, sin decirlo en pasaje alguno, que la miseria de los tiempos todos de la cultura occidental se debe al consistir radicalmente ésta en haberse desde su comienzo mismo empeñado en no querer ser la mortalidad del hombre, la finitud de los entes, la finitud del ser, condición de posibilidad de una Infinitud trascendente al ser mismo, haciéndose la errónea ilusión de poder superar aquellas mortalidad y finitud y poder prescindir de esta Infinitud con arrojarse a la dominación de la tierra, como definitivamente en este mismo momento? ¿O se trata de que ya el ser, y no sólo la Infinitud trascendente a él, es "indecible", aunque pudiera no ser "inefable", o simplemente de que tenía razón la antigua tradición de que el concepto del ser, el más universal de todos, es el más comprensible de todos, hasta el punto de ser tan indefinible como no menesteroso de definición, de ser un secreto a voces, no un secreto a pesar de las voces y de que "preferimos desbarrar con ingenio a acertar con ramplonería" (Unamuno, *Del sentimiento trágico,* capítulo III)? ¿O se trata de una "racionalización de la impotencia metafísica del filósofo contemporáneo, consecuencia, por un lado, de ser sólo las potencias colectivas de una comunidad o comunión las únicas poderosas para trascender este mundo en mitos y fes susceptibles de ser traducidos y desarrollados lógicamente por los pensadores individuales, y, por otro lado, de venir atrofiándose crecientemente tales potencias? ¿No sería más justo reconocer el fin de la filosofía incluyéndose a sí mismo?

Caminos del bosque es la traducción literal del título del volumen, pero traducción infiel. Pues el autor mismo ha puesto a la entrada del volumen estos pequeños párrafos como versículos:

"*Holz*[6] es un viejo nombre del bosque. En el *Holz* hay caminos silvestres que los más cesan bruscamente en lo intransitado.

Se llaman caminos del *Holz.*

Cada uno corre por su lado, pero en el mismo bosque. A menudo parece como si uno fuese igual a otro. Pero sólo lo parece.

---

[6] Holz significa hoy ante todo madera, leña. *Cf. bois, wood.*

Leñadores y guardabosques conocen estos caminos. Saben lo que quiere decir *auf einem Holzweg zu sein,* literalmente: ser en un camino del bosque.

La expresión alemana acabada de traducir literalmente significa estar extraviado. La traducción fiel del título del volumen es, pues, *caminos extraviados, caminos que no llevan a ninguna parte.* Pero aunque los caminos de esta vida no llevan ni siquiera al filósofo dueño de los métodos heideggerianos a su meta metafísica, porque quizá implique un imposible contrasentido el querer anticipar con el pensamiento aquello cuya esencia es ser más allá —a la vera de los caminos cuántas cosas tremendas, cuántas fascinantes, y, siempre, *más allá. . .*

RETINTIN Y ENTRELINEA

El título lo han sugerido, por contraste, las líneas que en la nota de presentación del libro de Frankl, *Psicoanálisis* y *existencialismo*,[1] tratan de explicar exhaustivamente las razones que aconsejaron la traducción en esa forma del título alemán *Ärztliche Seelsorge* o Psicoterapia. Y ha sido reforzada la sugestión por la claridad inverosímil de unas páginas en las que transita sin tropiezos un pensamiento todavía en agraz: el existencialista.

Pero el existencialismo de este libro nada tiene de esotérico. Acaso el denominador común de tantas direcciones existencialistas, con un ángulo de divergencia que va desde la inmanencia a la trascendencia y del teísmo personalista al ateísmo franco, radica en el aspecto antropológico, en la caracterización de la vida humana como finita y abocada a la muerte, irrevocable y decisiva a cada minuto, hazaña de la libertad frente a cualquier determinismo y determinación circunstancial. Nada, como se ve, de esotérico, sino todo lo contrario: lo más exotérico y trivial del mundo, por lo menos del nuestro, un mundo cristiano más o menos en desarraigo pero que sigue viendo al hombre como criatura. Por eso resulta tan claro el libro de Frankl y tan llamativo su decidido intento de restaurar al hombre entero aun dentro del campo psicopatológico que, como es natural, y más después de los sensacionales descubrimientos —que hacen época— de Freud, sus discípulos y sus heresiarcas, lo había reducido a mera fatalidad psíquica.

Frente a la psicoterapia desde abajo —desde la psique— Frankl propugna suasoriamente una psicoterapia desde arriba: desde el espíritu. Y aquí es donde comienza a operar enérgicamente la mentalidad existencialista y su resuelta actitud responsabilizadora. El médico mental más que médico es psicólogo, más que tal, habrá de ser filósofo, con una idea clara de la vida y de las consecuencias que una determinada actitud ante ella, una determinada modalidad existencial, ha de tener por fuerza en la formación o deformación de la persona. En su "cura de almas" el logoterapeuta no traba ya con la teología sino con la filosofía. Quien dice filosofía dice conciencia, pero tan expansiva que no se limita a trasmutar lo inconsciente en conciente —Freud—, y

1 VICTOR FRANKL: *Psicoanálisis y existencialismo*, Breviario No. 27 del Fondo de Cultura Económica. México, 1950.

tan plena que tampoco se puede dar por contenta con la abstracta voluntad de poderío —Adler.

Abandonamos a los entendidos la discusión de hasta qué punto la experiencia profesional permite cifrar esperanzas en esta logoterapia nada ingenua, ya que la propugna el jefe de la Policlínica mental de la ciudad de Viena, quien, a la doble familiaridad con el psicoanálisis y con los enfermos, añade la especialísima con los campos de concentración. Porque lo que nos interesa es recordar una vez más cómo ante el espectáculo desalmado del eclipse mental del prójimo el hombre de ciencia hecha mano en su perplejidad de los recursos más antitéticos: la sacudida o *shock,* por un lado, y la filosofía, por otro. Binswanger comenzó ayudándose con la fenomenología y siguió con el existencialismo, pero apegado a la trayectoria del siglo: comprender el estado del paciente antes de iniciar el tratamiento. Frankl pasa del diagnóstico a la terapia, más enérgica todavía, aunque menos entontecedora, que el *shock* eléctrico o insulínico: el tratamiento por la *Weltanschauung.*

Pero el destacado testimonio de Frankl nos pone, además, sobre otra pista importante en la historia de las ideas de nuestros días. Otro denominador común a todas las corrientes existencialistas sería su carácter de protesta abrupta ante una de las manías de nuestro tiempo: la psicologización del hombre, la facilidad con que excusamos a los demás, y nos excusamos a nosotros mismos, en nombre de un complejo de inferioridad o de un simplejo de superioridad cualquiera. Y no sólo a los hombres y mujeres en particular, sino a los grupos y naciones en general. Mirando a Francia se preguntó Nietzsche si había psicólogos en algún otro país y, sin embargo, en esa dulce tierra a la que debemos el comentario indulgente *Tout comprendre c'est toute pardonner* es donde ha cuajado, con Sartre, la reacción más formidable, sin duda precedida por las sugestiones de especialistas como Binswanger y Frankl.

HEMOS pasado de Frankl a Sartre y, cerrando el círculo, podríamos volver sin violencia alguna a Heidegger. Sin violencia, ya que, al decir de los enterados, los dos filósofos se parecen tanto como un huevo a otro huevo y hasta, según Bochenski,[2] nadie habría entendido mejor a Heidegger que Sartre. Es posible que los dos filósofos se parezcan tanto —o tan poco— como un huevo a otro, pero la afirmación de Bochenski parece excesiva.

La escritura o grafía es, a diferencia del lenguaje, una creación convencional, y lo escrito siempre una abstracción de lo hablado: pre-

---

2 *La filosofía actual,* p. 181, Breviario No. 16, Fondo de Cultura Económica.

tende representarlo sugiriéndolo. Cuando el libro es de matemáticas o de ciencia, la representación sugeridora apenas deja resquicio para el equívoco, porque también los vocabularios respectivos son técnicos o convencionales. No ocurre lo mismo en un libro de filosofía. La filosofía, mejor dicho, el filósofo trabaja con el lenguaje corriente, arranca de él y en él opera vivamente las trasmutaciones metafóricas que le inspira su necesidad dialéctica de expresarse. Un pensador como Husserl, que se pasea tan a sus anchas por los repliegues inverosímiles de la conciencia pura, nos dice: "En la filosofía no se puede definir como en matemáticas"; y, todavía: "Los conceptos filosóficos fundamentales no se pueden fijar definitoriamente por medio de conceptos rígidos, identificables en cualquier momento. . ."[3] Y Collingwood, maestro de claridades en su precioso ensayo sobre "la filosofía como una rama de la literatura",[4] explica que "el deber del filósofo como escritor es, por consiguiente, escoger sus palabras de acuerdo con las reglas literarias. Su terminología debe poseer aquella expresividad, flexibilidad y dependencia del contexto que distinguen al empleo literario de las palabras del empleo técnico de los símbolos". Y, todavía: "el lector de obras filosóficas tiene un deber paralelo, pues no debe olvidar que está leyendo un lenguaje y no un simbolismo". Esta diferencia entre el lenguaje filosófico y el científico se pliega exactamente a la diferencia radical entre las dos actitudes: la filosófica y la científica.

En ninguna obra de filosofía que merezca este nombre podrá el lector prescindir jamás del retintín. Así se trate del *Discurso del Método.* Cualquier terminología que emplee un verdadero filósofo poseerá, por fuerza, aquella "expresividad, flexibilidad y dependencia del contexto" que distingue al lenguaje vivo, hecho de retintines, del simbólico, hecho de signos. Toda lectura supone una interpretación y toda escritura un estilo, es decir, los recursos con que el escritor facilita al lector el paso inmediato de la abstracción gráfica a la concreción verbal, al habla.

Pero además del retintín tenemos la entrelínea, que es un retintín de segundo grado. En filosofía, y gracias también a su peculiaridad, la entrelínea desempeña un papel extraordinario. Un filósofo discurre siempre dentro de una determinada tradición filosófica, por más que intente acabar con todas, y entre línea y línea de las que escribe saltan con frecuencia chispas que perforan las páginas del libro y nos remiten, para comprenderlo, muy lejos de él. Por algo decíamos que la entrelínea es un retintín de segundo grado.

---

3 *Ideas relativas a una fenomenología pura...* p. 13 de la traducción de Gaos, Fondo de Cultura Económica.

4 *An Essay on Methaphysics,* Oxford, 1940

Vamos a comprobarlo con un ejemplo relativamente reciente: la conferencia leída por Heidegger el 29 de diciembre de 1946, vigésimo aniversario de la muerte de Rilke. Su título: "¿Para qué poetas?" está tomado de un verso de la elegía de Hölderlin "Pan y vino". ... *und wozu Dichter in dürftiger Zeit?* (¿Y para qué poetas en tiempos de indigencia?), dice el verso completo de Hölderlin que cubre la primera línea del ensayo. Ya en la cuarta, Heidegger aclara escuetamente: "Aquí la palabra 'tiempo' (*Zeit*) quiere decir la edad del mundo (*Weltalter*) en la cual estamos todavía", y pasa de largo. Pero *Weltalter* es el título de una obra póstuma de Schelling, publicada no ha mucho. Acaso no hubiéramos caído en la cuenta de este enlace si, unas líneas más abajo (en la 25), no nos dijera de la misma manera escueta que aunque va a emplear la palabra "abismo" (*Abgrund*) en el sentido corriente de falta de fondo, en realidad esa palabra significa el fondo de que dependen, en última instancia, las cosas (*Ab-grund*). Probablemente hubiéramos pasado adelante, pensando que, una vez más, Heidegger reincide en el juego unamunesco de las etimologías, pero entre la línea 4 y la 25, en toda esa amplia entrelínea, centellea la chispa perforadora. También Schelling habla, en su última época, de *Abgrund, Ur-grund* y *Un-grund* (abismo, protofundamento y no-fundamento) como sinónimos.

La entrelínea chispeante nos ilumina de inmediato un costado macizo de la tradición filosófica alemana. Una tradición que no es la nuestra, que, además, nació envuelta en una placenta religiosa distinta de la nuestra: la luterana. Lo que nos hace presumir que la comprensión de cualquier filósofo alemán de altura ha de encontrar en nosotros, además de las triviales dificultades de la sintaxis idiomática, las del retintín alemán, bastante más esquivo a nuestros oídos que el francés, o el italiano, o el inglés mismo, y sobre todo las de la entrelínea, filosófica primero y teológica después.

Y ahora, con riesgo inminente de caer en el vacío, vamos a ensayar, mientras saltamos de línea en línea como de risco en risco, un alboroto de chispas. Esta terminología de Schelling pertenece a su segunda época: la que él denominó de filosofía *positiva* por contraste con la anterior, de filosofía *negativa.* Una época que desmereció bajo el calificativo de *teosófica* y que está siendo reivindicada ahora.

Para Schelling es filosofía negativa la racional, la que llega a explicarlo todo deductivamente, menos, claro está, el hecho de la existencia del mundo tal y como es. Ejemplo culminante y monstruoso: la filosofía de Hegel. A ella opone Schelling, como complemento necesario, una metafísica experimental. Al reconocer un límite infranquea-

ble a la razón, trata de intuir, de experimentar lo metafísico, lo último, lo no deducible. Luego de haber ampliado el alcance de la *intuición* intelectual mucho más allá de la fichtiana *deducción trascendental*, su experiencia metafísica fué la siguiente: Dios se contempla a sí mismo en el reflejo múltiple de las Ideas. Las Ideas en que Dios se mira reflejan también su sustantividad y, no sabemos cómo, llegan a hacerse autosuficientes y se desprenden de El. Así nace el mundo, por una especie de rebelión de las Ideas.

Pero esta visión primera no le satisfizo por su flagrante dualismo. Pronto lo resolvió en una segunda visión según la cual un Dios implícito, impulso ciego, se va depurando poco a poco en la explicitación de las Ideas por obra de la conciencia del hombre. El Dios implícito y turbio se hace explícito y claro, el Dios *absconditus* luminoso.

El *Grund* —fundamento— último del mundo es *irracional.* Por eso, mejor que llamarle *Grund,* palabra que también significa razón —*Satz des Grundes*—: principio de razón suficiente—, sería denominarlo *Un-grund* —no-fundamento— o *Ur-grund,* protofundamento, o *Ab-grund,* abismo insondable. Böhme, el zapatero remendón y místico filósofo, fué el primero en hablar de *Un-grund* y en una ocasión pareja, a saber, en su exégesis místico-filosófica de Génesis: *Misterium Magnum.* El misterio máximo es el del origen del mal.

Pero sigamos brincando. Dilthey dice alguna vez que Schopenhauer copió mucho de Schelling. Aunque no hay que tomar esta afirmación al pie de la letra tampoco es una simple *boutade.* Si cambiamos el signo positivo de las Ideas, considerándolas como meras objetivaciones del ciego impulso insensato, de la voluntad irracional, tendremos la filosofía radicalmente pesimista de Schopenhauer. Cambiemos de nuevo el signo a los conceptos fundamentables de Schopenhauer y tendremos la filosofía dionisíaca de Nietzsche.

En este ensayo Heidegger nos habla del ser como voluntad, refiriéndose expresamente a la voluntad de poder de Nietzsche. En una glosa a la sentencia nietzschiana "Dios ha muerto", insiste en lo mismo. Ya sabíamos, entre otras cosas por su ensayo acerca de la idea de la verdad en Platón y por su carta sobre el humanismo, que Nietzsche le preocupaba tanto que a veces parecía Heidegger su albacea testamentario. Lo que se frustró en manos de Nietzsche, la restauración de la filosofía trágica, lo intenta de nuevo este otro energúmeno.

La filosofía en la época trágica de los griegos se titula el genial ensayo de Nietzsche en el que condena toda la historia de la filosofía occidental, desde Sócrates hasta él. Heidegger, con su intento de rescatar —*widerholen*— el momento en el que "el pensamiento estaba en su elemento", repite la hazaña con la esperanza secreta de sortear el escollo

en que naufragó Nietzsche: sus ataduras inconscientes a la metafísica milenaria que pretendía aniquilar: la idea de valor. Pero esas otras vinculaciones de Heidegger a la idea nietzschiana del ser como voluntad y de esta como voluntad de poder o "voluntad de voluntad", nos aclaran cómo la unción con que Heidegger habla del Ser y su definición del hombre como "pastor del Ser" que, no obstante sus antecedentes demoledores, parecían devolverlo a las filas de la ontología tradicional, en modo alguno son garantía de racionalismo.

El ser es finito, él ser es voluntad, el ser es irracional. No hemos deducido la finitud del ser sino que la hemos experimentado en la angustiosa presencia de la nada. En lugar de la intuición intelectual schellinguiana tenemos un instrumento más eficaz: el método fenomenológico que Scheler y él, aprovechando la idea diltheyana de la copresencia de yo y mundo, han hecho más corrosivo y mordiente. Una transformación pareja a la qué Schelling sometió a la intuición intelectual de Fichte y su deducción trascendental.

Heidegger arranca de Nietzsche, de él recibe el empujón revolucionario, pero donde encuentra su pasto metafísico es en Hölderlin. De las experiencias poéticas de éste trata de extraer sus enunciados metafísicos. Kierkegaard le ha servido, más que nada, para su ontología fundamental, para su análisis fenomenológico de la existencia humana. Sería, paralelamente, su filosofía negativa, pero con visos de nihilista, pues esta vez también la filosofía negativa deja de ser un sistema deductivo para convertirse en una fenomenología de hallazgos. El hombre y el mundo —inseparables los dos— son así. Patentes la existencia y el mundo en su nuda realidad, podemos intentar ahora ir más allá. Pero era menester, antes, la destrucción fenomenológica de la ontología tradicional.

¿Y el más allá? ¿Nos quedamos con el ser finito? ¿Hacia dónde apunta ese "sagrado caos" hölderliniano que glosa Heidegger? ¿Es el ser finito el *Un-grund* —no-fundamento— o hay todavía un *Ur-grund* —un archifundamento—? Confieso que me encuentro todavía en el *Ab-grund,* en un mar o fondo abisal de confusiones. Lo cual no es culpa de Heidegger, pues no ha dicho todavía su última palabra.

Este alimento metafísico que el filósofo encuentra en el poeta, también hace saltar otra chispa. Lc poético es un resorte esencial en la gran tradición filosófica alemana. Se diría que el problema de lo irracional, del mal y del pecado, que sacudió violentamente al sanguíneo Lutero hasta que se rindió aplacado ante la gracia —"Aleluya: soy un hijo de Dios"—, en los filósofos de la gran época alemana busca reiteradamente la solución en la poesía o gracia secular. La distinción que hace Schiller entre arte ingenuo y sentimental, señala ya dos

edades del mundo y apunta hacia la tercera, en la que tendrá lugar la conciliación del arte clásico y del romántico: conciliación de lo natural y lo espiritual, de la necesidad y la libertad, anticipada nostálgicamente en la obra del artista. Con Fichte marchamos de una edad dorada, la de la razón instintiva, a través de la decadencia y la recuperación, a una edad eliseana o reino del espíritu. En Schelling, con las edades del mundo crece el Dios explícito. En Schopenhauer es la contemplación desinteresada, artística de las Ideas la que prepara la liberación. En Nietzsche es la tragedia moderna —tan lamentablemente traicionada por Wagner— la que restaurará en forma consciente la conciliación de Dionisos y Apolo. Impetu y forma, sinrazón y razón, música y letra. En el comienzo de esta filosofización de la teología están Kant y Goethe. Aquél con su intolerable antagonismo de las dos primeras *Críticas* y la reticente solución estética de la *Crítica del juicio;* éste como encarnación del "alma bella", en cuya cima se besan a la luz las dos vertientes de la naturaleza humana.

Nosotros pertenecemos a una edad del mundo: la de la noche. Empezó a caer la tarde después de la muerte de Cristo, según dice Hölderlin. Para Heidegger cuando el pensamiento "dejó de estar en su elemento". Prescinde de Cristo y va en busca de Heracles y Dionisos, los otros dos dioses nostálgicos de Hölderlin. Los poetas son los "sacerdotes sagrados" de Dionisos. En el seno obscuro de la noche, sumidos en el abismo de la ausencia, presiente y anuncian el próximo retorno del dios.

TODO este alboroto de chispas, acaso de fuegos fatuos, es para llamar la atención sobre la dificultad de entender a un filósofo como Heidegger, autor de obras plagadas de entrelíneas. Hemos arrancado del libro de Frankl porque, precisamente, en él se nos ofrece un existencialismo exotérico de un solo plano, que no nos ayuda mayormente a llegar al fondo de un pensador "existencialista" del rango de Heidegger. Vale, más bien, como una clara exposición de cierta mentalidad existencialista, hoy corriente: la que, en vista de cómo van las cosas, hace de tripas corazón. También hay otra mentalidad existencialista no menos corriente o esotérica: la que, en vista de cómo van las cosas, prefiere hacer del corazón tripas. Entre las dos oscilan las preferencias del público.

Por otra parte, un existencialismo como el de Sartre, en el cual no se ha trasmutado filosóficamente ningún motivo teológico, protestante-luterano, sino que se ha prolongado un debate filosófico surgido en tierra católico-jansenista, recogiendo en la definición del

hombre las consecuencias inexorables de la no existencia de Dios, no puede tener un parecido profundo con el de Heidegger, por mucho que lo sugieran el vocabulario y los temas. También hay en Sartre retintín y entrelínea, pero mucho más fáciles de captar por nuestro arraigo o desarraigo católico, jansenista y cartesiano.

Eugenio IMAZ.

Presencia del Pasado

ENSAYO SOBRE EL SACRIFICIO HUMANO

Por *Laurette SÉJOURNÉ*

ANTES de nuestra época, ningún pueblo había logrado una organización rigurosa y científica del sacrificio humano, como la lograda por los aztecas. Por ello, al hablar de sacrificios humanos, uno evoca a los aztecas; y cuando se quiere dar una idea de los aztecas, uno menciona los sacrificios humanos.

Elie Faure, en las breves páginas que dedica a México, en su Historia del Arte, no habla sino de los sentimientos que le inspira "ese vaho rojo, que se eleva por doquier, le asfixiaba a uno, precipitaba por las venas un veneno nauseoso, nublaba el recuerdo. . .", y que le impidió ver y entender nada de este arte.

Preciso es reconocer que la admiración que uno siente por tan asombroso pueblo, de continuo se estrella contra unos hechos brutales, que es difícil pasar por alto y de los que es difícil olvidarse. Entre los muy escasos datos que nos han legado los cronistas, encuéntrase la cifra azteca de las víctimas sacrificadas con ocasión de la inauguración del Gran Templo de Tenochtitlán: todas las fuentes coinciden en revelarnos que dicho número se eleva a 80,000!

Consternación por no poder comprender. ¿Cómo explicarse tan bárbaros procedimientos en una civilización enormemente desarrollada? ¿Será posible que ese hombre no sea ya totalmente extraño? ¿Acaso el infeliz al cual, ya va para quinientos años, le arrancaban el corazón, sufría menos que el que hoy en día padece tormento? No lo creo, y, por las leyes que los aztecas se vieron obligados a promulgar, percíbese claramente que aquella máquina para triturar seres humanos no funcionaba tan sencillamente cual pudiera suponerse.

Los sacrificios de niños a Tláloc, verbigracia, ya no nos parecen tan "misteriosos", ni nos resultan tan indiferentes, después de haber leído que todo aquel, sacerdote o espectador, que se regresaba a su casa antes de la total consumación del

sacrificio, "teníase por infame e indigno de desempeñar función pública. Considerábasele como "al margen". En una sociedad en que no había vida posible fuera del mecanismo estatal, la muerte social era un castigo peor que la muerte corporal. La ofensa inferida a la ideología de la clase rectora juzgábase, pues, con mayor severidad que cualquier otro delito.

Sahagún, en una de sus deliciosas "Exclamaciones del Autor", que suele colocar al final de los capítulos, ilumina en forma penosa este cuadro, al contarnos que "los padres de las víctimas sometíanse a tales prácticas derramando abundantes lágrimas, y con gran dolor en sus corazones". Y el cronista Tezózomoc nos dice que "los jefes y señores eran invitados a asistir a los sacrificios humanos ¡bajo pena de ser ellos mismos sacrificados si quedaban ausentes de estas ceremonias...!

En otro lugar, se ve cómo había medidas previstas, para los casos en que aquellos que eran conducidos al sacrificio, en vez de escalar alegremente las gradas del templo, cual lo exigía la ética en uso, tuvieran el mal gusto de desmayarse, de gritar o de llorar.

Tales textos, auténticos clamores humanos, nos revelan de pronto las angustias, las luchas y resistencias que fué sin duda menester vencer, para implantar un sistema de terror, cuya perfección infernal nos hace olvidarnos del individuo.

Así es como, al procurar penetrar los móviles profundos de unas costumbres que al pronto nos desconciertan, a fuer de extrañas, acabamos por dar, bajo lo fantástico del disfraz, con un rostro por demás conocido.

Nos sorprende, en efecto, el hallar, entre los aztecas, una ansiedad sobradamente sabida; y los dramáticos intentos que llevaron a cabo para librarse de ella, hacen que ese pueblo se nos aparezca pasmosamente cercano. Igual que en los Estados totalitarios de hoy, el hombre —encarnado en una raza elegida— rechaza fuera de sí mismo cualquier fuerza, se coloca en el centro del Universo, y se cree destinado a llevar a cabo una misión de la cual depende el porvenir del mundo. Para llevar a bien tamaña tarea, crea un sistema en que todo, incluso los dioses, le está subordinado, y en el cual el individuo ha de ser sacrificado en aras de la Humanidad.

LA base del temperamento azteca, parece haber sido la angustia: una angustia mortal, nacida de un sentimiento de res-

ponsabilidad desconocido en la Historia hasta nuestros estados modernos.

No sólo el azteca piensa que "el destino del hombre radica en el hombre mismo", sino que, además, se siente responsable del destino del Universo todo. Ello implica una ruptura total con el pensamiento de los que le han precedido: el hombre acaba de describir su yo; se ha desligado de la naturaleza, y ya no se contenta, para que todo marche como debe ser, con confiar en unos cuantos mensajeros, quienes, a cambio de ofrendas de perfumes y manjares sabrosos, habrán de interceder por él acerca de las fuerzas cósmicas. Al tomar conciencia de su condición humana, pasa del estado pasivo a un estado de creador, y su entrega tiene un carácter absoluto y terrible.

Vamos a analizar tres puntos de la historia azteca, que creemos ser los más cabales para definir nuestro postulado, en lo que a este sentimiento de conciencia atañe: el Mito de la Creación; el Episodio de la supresión de una hechicera, jefe de tribu; la Leyenda del nacimiento del dios Huitzilopochtli.

El Mito de la Creación, relato de infancia del hombre azteca, nos cuenta sus trabajos y sus vicisitudes, en un mundo hostil, en el cual todo se realiza y se mantiene a costa de luchas pavorosas, de sacrificios, y de un angustioso vuelta a empezar.

El mundo no fué creado de una vez para siempre por un ser perfecto, sino que fueron menester reiterados e infructuosos intentos, y numerosos combates entre creadores asaz torpes, que no lograban ponerse de acuerdo.

Antes del mundo actual, cuatro Eras, o Soles, fueron aniquilados: el Sol Tigre, al cabo del cual los hombres fueron devorados por los tigres; el Sol Viento, durante el cual los hombres fueron convertidos en monos, y barridos por el viento; el Sol Lluvia, en el curso del cual los hombres, el sol y el universo, fueron arrasados por el fuego; el Sol Agua, que acabó en una inundación en que perecieron los hombres y el sol. . .

Una mujer y un hombre lograron, sin embargo, salvarse de esta última catástrofe. Al ver que se aproximaba el diluvio, tuvieron el acierto de ocultarse, pertrechados con dos espigas de maíz, en el tronco de un árbol, y de aguardar allí a que aquello terminara. . .

Ahora bien, cuando salieron de su refugio, se dieron cuenta de que aún faltaba lo peor. Merced al humo que despidió el pececillo que la imprudente pareja se había apresurado a cocer, Tezcatlipoca comprendió que el género humano no estaba total-

mente exterminado. Entonces, el dios fué presa de terrible cólera, y asestó tremenda patada a los valientes Tata y Nene y, de esta suerte, los convirtió en perros. . .

Mas, la chispa que había dado origen al fuego le hizo pensar, a Quetzalcóatl, el más imaginativo de los dioses, que, puesto que el hombre había sido capaz de crear un elemento análogo al sol, tenía, de seguro, cierto parentesco con éste. Por lo tanto, le sería posible, con su sangre, alimentar al astro, a fin de que éste recobrara las fuerzas que habrían de permitirle proseguir su lucha por la vida. . .

Quetzalcóatl se valdría probablemente de tal clase de argumentos, para conseguir que los dioses le concedieran al hombre su última oportunidad. Los dioses se avinieron a lo increíble, y a fuerza admitieron el milagro del hombre: esa criatura hecha por ellos con materia vil, y hasta entonces por ellos menospreciada, de pronto alcanzaba una categoría similar a la suya.

Una vez que hubo ganado la causa de la existencia del hombre, Quetzalcóatl trasladóse a los Infiernos y, con huesos convertidos en polvo y amalgamados con sangre sacada por el dios de su propio sexo, de nuevo, creó al hombre. . .

Pero, ahora ya el hombre viene al mundo para llevar a cabo una empresa perfectamente concreta, empresa en la cual los mismos dioses habían fracasado: esto es, la de cuidar de que el sol no se extinga. A los dioses, les impresiona la abrumadora responsabilidad que le incumbe a un ser tan débil, y van a procurar, por todos los medios, pertrecharle, para que lleve a buen fin tan ardua misión; por medio de Quetzalcóatl, van a obsequiarle el maíz, los metales, las artes y los oficios. . .

Conviene fijarse en que el azteca hace coincidir el inicio del mundo con el descubrimiento del fuego, cual si al hombre no le hubiese sido posible alcanzar su propio ser sino cuando, a raíz de un invento sensacional, pudo decir: "Pienso, por lo tanto, existo".

ESA amenaza de aniquilamiento pesó igualmente sobre Huitzilopochtli, jefe tribal de los aztecas, que más tarde llegó a ser el todopoderoso dios de la Guerra.

Su nacimiento no le cede en angustia al del hombre, y, al igual que éste, únicamente después de salvar enormes peligros le fué dado, por fin, imponerse a un mundo en el que nadie quería nada con él.

Coatlicue, madre de Huitzilopochtli, quedó embarazada, después de haberse puesto en el seno unas plumas blancas, que se había encontrado al barrer el templo. Percatóse, de seguida, de que había sido elegida por el dios para desempeñar una misión trascendental, y dió parte del acontecimiento a su numerosa prole.

Pero los hijos se negaron a creer en tan milagrosa concepción; acusaron a su madre de haber cometido un hecho vergonzoso, y la amenazaron de muerte. Desesperada por la incomprensión de sus hijos, Coatlicue se refugió en una colina lejana. . .

Afortunadamente, uno de sus hijos —tenía quinientos— le permaneció fiel, y se le reunió en su escondite, para avisarla de que sus hermanos, capitaneados por la única hija de la familia —la cual mostrábase especialmente hostil al alumbramiento de su madre— se habían puesto en camino para darle muerte.

En el momento en que Coatlicue se sentía más desamparada, elevóse de su vientre una voz que la tranquilizó, y un diálogo inesperado establecióse entre Huitzilopochtli, todavía nonato, y su tío: "Tío, querido tío, fíjate en lo que hacen y escucha cuanto dicen. . ." De esta guisa, Huitzilopochtli, debidamente informado, salió del vientre de su madre en el momento preciso, y armado de pies a cabeza, mató a su hermana degollándola, e hizo huir a sus hermanos.

El episodio de la supresión de la hechicera guarda tan estrecha relación con la leyenda que acabamos de relatar, que cabe preguntarse si no conviene ver en él el origen del mito del nacimiento de Huitzilopochtli.

Malinalxóchitl, hermana de Huitzilopochtli, reinaba sobre la tribu, merced a unos poderes mágicos, cuyo secreto detentaba. Entre otras cosas inquietantes, conocía el modo de domar las fieras, las cuales utilizaba después para hacerles a los hombres muy malas pasadas. Pese a la adoración y temor que inspiraba, acabaron por sublevarse contra su tiranía, y Huitzilopochtli, que se le apareció en sueños al sacerdote que le había consultado sobre el particular, aconsejó, sin pararse en más, que se libraran de la bruja. También declaró que "no será valiéndonos de medios atrasados, tales como los sortilegios y la magia, como lograremos alcanzar gloria y grandeza, sino merced a la fuerza y valor de nuestros corazones y nuestros brazos".

Claramente aparece la ligazón psicológica que une a los tres relatos. En el último, se advierte el punto final de una prolongada lucha contra conceptos ya sobrepasados. El caudillo substituye a la sacerdotisa, cuyo dominio estriba en la magia, y he aquí, en nuestra opinión, una revolución de gran envergadura: la voluntad humana es ya el único poder mágico reconocido. La adoración del sol substituye a la de la luna; empieza el patriarcado.

Después del descubrimiento de su personalidad, expresado en el mito de la creación, el hombre se siente omnipotente, y no vacila en recurrir a actos peligrosamente temerarios, para proclamar que se diferencia profundamente, y por siempre, del mundo vegetal y animal que le rodea, y con el cual, hasta entonces, sentíase íntimamente ligado.

Los movimientos sociales que empezaron a producirse en Rusia a principios de este siglo, indican, para el europeo, un fenómeno psicológico análogo al que analizamos entre los aztecas: trátase de la adquisición del sentimiento de la propia conciencia, y de las responsabilidades que esta conciencia implica. La diferencia estriba tan sólo en que el despertar de hoy es un despertar del hombre en la sociedad, en lugar de un despertar en la naturaleza.

La revolución rusa de 1917 fué una ruptura soberbiamente arriesgada, señal de la adquisición de dicho sentimiento; se pasó, de la pasividad y la irresponsabilidad sociales, a la libertad y a la creación.

Ahora bien, no es fácil sobrellevar la responsabilidad de triunfar del caos y de crear un universo organizado, y muy pronto cundió el pánico ante la inmensidad y complejidad de la empresa. (Pensamos que la "visibilidad" del mundo que nos rodea hubo de dilatarse, en proporciones pavorosas, precisamente por entonces; hecho que hubo de influir, sin duda, en el pánico que se apoderó del hombre cuando se enfrentó con su misión).

Ya desaparecido el arrebato, el hombre se sintió de pronto anonadado por su insignificancia, y henchido de sentimientos de culpabilidad, por haber obrado en una forma que ahora le resulta incomprensible. De omnipotente, cual era antes, conviértese en humilde; pierde la serenidad, y procura angustiosamente enajenar su libertad. El dictador será únicamente una

encarnación del miedo y de la angustia experimentados por todo un pueblo.

Igual que en tiempo de los aztecas, los sacrificios humanos de hoy tienen por objeto el permitir la prosecución de la existencia de la colectividad, de la que uno se siente responsable.

Los millones de seres humanos que han muerto en los campos de exterminio nazis, y los que siguen muriendo en los campos de trabajo de Siberia, para extraer materias primas, o para edificar las presas que el régimen necesita, son víctimas de la misma lógica, rígida y absolutamente incomprensible desde el punto de vista humano, que aquellos a quienes les sacaban el corazón para que el sol pudiera proseguir su marcha: de lo que se trata, es de hacer lo que sea para impedir la desaparición de un sistema, cosa que, para algunos, equivaldría a algo así como el fin del mundo.

Repugna colocarse junto al vencedor, aun cuando la víctima aparece peligrosamente inhumana. Empero, preciso es reconocer que la conquista del Imperio Azteca por los españoles, no obstante su ferocidad, nos parece justificada por la verdad que entrañó: la del conocimiento de las leyes naturales. Sabía ya el hombre que el ser no precisa de su ayuda para subsistir.

Lo mismo que el azteca, el hombre moderno es el prisionero de una concepción, que quizá algún día aparezca tan errónea cual la que aquellos remotos antepasados fraguaron. Le será menester tornar a descubrir verdades extrañas a su propio ser, para librarse de esa reclusión. Tal vez se trate únicamente de dar con unas leyes sociales que, con el tiempo, habrán de resultar tan evidentes cual la de la gravitación. Unas leyes que puedan demostrarnos claramente que el mundo social no es el monstruo que uno se cree, y que no necesita, para proseguir su existencia, de sacrificios humanos.

LA PINTURA COLONIAL CUSQUEÑA

Por *Felipe* COSSIO DEL POMAR

En la ciudad del Cusco, antigua capital del Imperio del Tawantinsuyo, se da un magnífico ejemplo de lo realizado por varias generaciones de artesanos y artistas que durante los siglos XVI, XVII y XVIII inician la cultura indoamericana con los valores espirituales y formales desprendidos de la convivencia de lo español y lo inka. La sociedad colonial, desde el siglo XVI, encauza el desarrollo histórico de estos valores, ligando en la mente del indio los viejos mitos a los santos del cristianismo. Unos y otros se convertirán para el indígena en verdades teológicas.

España imperial reclama un dominio absoluto, corpóreo y espiritual sobre los pueblos conquistados. No basta bautizar, infundir temor, reorganizar regímenes indígenas; hay que enfrentar la fe católica a la idolatría americana con el decidido propósito de hacerla desaparecer. Es una labor de propaganda que necesita de todos los medios: leyes escritas, literatura, prédicas evangélicas y la imprescindible ayuda del arte.

El cristianismo aporta a nuestra América una gran riqueza iconográfica acompañada por variados medios de expresión plástica, medios que ayudan a comprender a los americanos, pueblos esencialmente materialistas, aquello que es espiritual en su más alto grado: el sentido simbólico de la doctrina cristiana.

A las mitologías americanas y a la religión católica las separan profundas diferencias morales, económicas, filosóficas y sociales. Estas diferencias tienen sus propios medios de expresión. Mientras el arte precolombino de México y el Perú, por el mismo materialismo de sus ideas es esencialmente escultórico, el arte cristiano, con los dogmas y misterios de un mundo sobrenatural, es esencialmente pictórico.



Virgen cusqueña.

¿Cómo comprenderá el artista indígena, con su concretismo materialista, los misterios y dogmas del cristianismo? ¿Cómo interpretará la Trinidad, el misterio de la Encarnación de la Virgen? ¿Cómo hará tangible aquello que en los comandos y enseñanzas de la Iglesia representa la esencia de Dios sin relación con los sentidos? ¿Cuáles serán los símbolos y cuál la representación figurativa para hacer comprensible la instrucción religiosa? Al artista le tocará la misión de mostrar lo que hay de más específico y esencial en estos preceptos y hacerlos accesibles a la claridad plástica.

Entre las artes plásticas, la pintura posee elementos relativamente constantes que permiten "objetivar" lo sublime como un fenómeno sensible, no por medio de los objetos o de la relación entre los objetos, sino por un juego de valores que son inmateriales en la naturaleza, como la luz y la sombra, que engendran a su vez el color, la línea y la forma. Por medio de la conjunción de estos elementos se pueden representar postulados religiosos y sociales respaldados por postulados estéticos. Una síntesis de hechos objetivos capaces de convencimiento y capaces también, de influir en la suplantación de una estructura por otra.

Por medio del arte de la pintura, la mente indígena transformará su panteón mitológico en un cielo poblado por santos, ángeles y vírgenes semejantes al hombre y de acuerdo con su visión cotidiana. La vida de los santos, el dolor del Redentor, el culto a las vírgenes, le serán comprensibles por analogías.

Por eso el práctico problema de teólogos, canonistas y universitarios para evangelizar, convertir y reculturizar al indígena, tendrá que respaldarse en la obra de franciscanos descalzos y de artistas. En algunos lugares predominará la pasión de los sacerdotes, en otros la labor imaginativa de los poetas.

En el Cusco colonial y eucarístico se dan cita los hombres que Picón Salas llama "de frontera", ni muy renacimentistas ni muy medievales.[1] El ambiente de riqueza inusitada no tardará en transformar a este hombre de frontera, inclinándolo a un nuevo concepto de la vida, parecido al renacentista en su dimensión sensual, en su amor a lo fastuoso, su gusto por la alegría y los rangos sociales; pero sobre bases indias, modificado, unido a lo inka en un plazo pagano de superstición e idolatría. Al

---

[1] MARIANO PICÓN SALAS, *De la Conquista a la Independencia.* Fondo de Cultura Económica. México, 2ª edición, p. 48.

habitante cusqueño le preocupa la elegancia y el lujo de sus palacios; al fraile cusqueño, la amplitud y el lujo de sus iglesias y conventos; y al Cusco entero, como a las ciudades renacentistas, su aspecto cultural y artístico.

La Iglesia Católica, estrechamente ligada desde el siglo XVI al poder político para asegurar y extender el dominio de su doctrina, hace del Cusco el centro espiritual del virreinato, "Cabeza de los Reinos del Perú" (1540). Por la Maestranza de Sevilla pasan, camino al Cusco, cientos de imagineros, orfebres, talladores, alarifes y maestros pintores de distinto mérito. Nos traerán el arte tal como se encuentra en España, plagado de realismo flamenco, de naturalismo italiano y de patetismo medieval, además de cuadros originales y copias, sobre todo de temas religiosos, con valiosos conocimientos químicos y técnicos que serán aprovechados por la mano de obra preexistente.

En la ciudad inkaica se fundan talleres y escuelas donde frailes y seglares ejercen el profesorado de una pintura dogmática y teológica con la misión de transformar el sentido moral e histórico del indígena heterodoxo. Y a pesar de este esfuerzo, es superficial la adaptación del indio a un estilo de vida español. Es conquista de forma, de trajes, de liturgia, de actitudes sociales. El indio sigue siendo el mismo bajo la piel. Abdica de sus mitos, pero convierte su fe católica en superstición, mientras la Iglesia se da por satisfecha con la pasiva obediencia del rebaño. Los encargados de vigilar la inviolabilidad del dogma duermen indiferentes a la sombra perfumada de los naranjales. Se deja por su cuenta y en libertad a los artistas para interpretar la historia sagrada. Así, determinado por las circunstancias, brota en el Cusco y Alto Perú un arte naturalista, de origen popular-indígena, de concepción espontánea, de original interpretación y repleto de elementos sociológicos.

La colonia con sus personajes, sus disonancias de formas y módulos, sus aberraciones y contradicciones, recorre en América varios períodos y espacios estéticos, lejanos y ajenos, en mezcla de estilos: románico, gótico, barroco y neo-clásico. Y su híbrido avanzar y retroceder por lo europeo va acompañado de lo indio que se refleja en las obras de arte, principalmente en la pintura. El sello indio es inconfundible en cuadros representando milagros, anécdotas, procesiones, retratos, paisajes bíblicos y vidas de santos. Pintura unas veces sabia y convencional, otras ingenua y pueril, con multitud de temas y estilos: cristos de grandes ojos ribeteados de rojo, pálidas caras de "soledades"

y "dolorosas", flores de oro denso, severos santos neo-clásicos y retratos de fríos personajes vasallos de Fernando VI y Carlos III. Esencia y presencia americana en mordaces escenas donde el indio hace evidente su protesta, sus inclinaciones y devociones, su ingenio para armonizar la fórmula cristiana con su pasión tradicional.

PARA juzgar la pintura cusqueña no hace falta una ordenación cronológica. También sería difícil dividirla en períodos correspondientes al grado evolutivo de su semántica histórica o figurativa. Los períodos se confunden entreverados en una producción sin marcadas características en el tiempo. Pasemos, pues, por alto la historia externa de la pintura colonial cusqueña, fechas y datos biográficos de nombres sin conexión con lo colectivo. Apliquémonos en considerar con pupila estética los elementos poéticos y sustanciales que encierra, el mensaje psicológico y social que nos revela.

HACIA fines del siglo XVII, en la pintura colonial cusqueña se han producido ya varios estilos, desde los más sabios y obedientes al tradicionalismo español, copia fiel del patrón europeo, hasta los más ingenuos y ajenos a las leyes de la perspectiva, la composición, el dibujo y el gusto estético occidental.

Podemos distinguir en ella tres "aspectos", de acuerdo con la inspiración del indígena y el grado y calidad de la influencia que recibe del extranjero. Tres clases de pintura que aparecen en el espacio-tiempo estético cusqueño indistintamente, desde el siglo XVI (1540) hasta fines del siglo XVIII (1780).

El "primer aspecto" está ligado al neoprimitivismo importado de España, pintura de tradición hierática y afectación bizantina; feísmo con oropeles y predilección por lo patético; cristos éticos, cuerpos desgarrados y retorcidos, formas débiles, desprendidas de la tétrica mística de la España medieval atormentada por el pecado de la carne. Todo ese misticismo renegrido, esa angustia de ultratumba que mal prende en las tierras de América, tan llenas de sal pagana. Toda esa tristeza incomprensible para el indio y que el indio imita y conduce hábilmente hacia su paganía. Ejemplo pictórico de este estilo es "El Señor de los Temblores" en la capilla del Triunfo y los

múltiples cuadros del "Señor de la Columna". Formas huesudas y sangrientas con exageración de lo desagradable, cubiertas de seda, brocatel o raso.

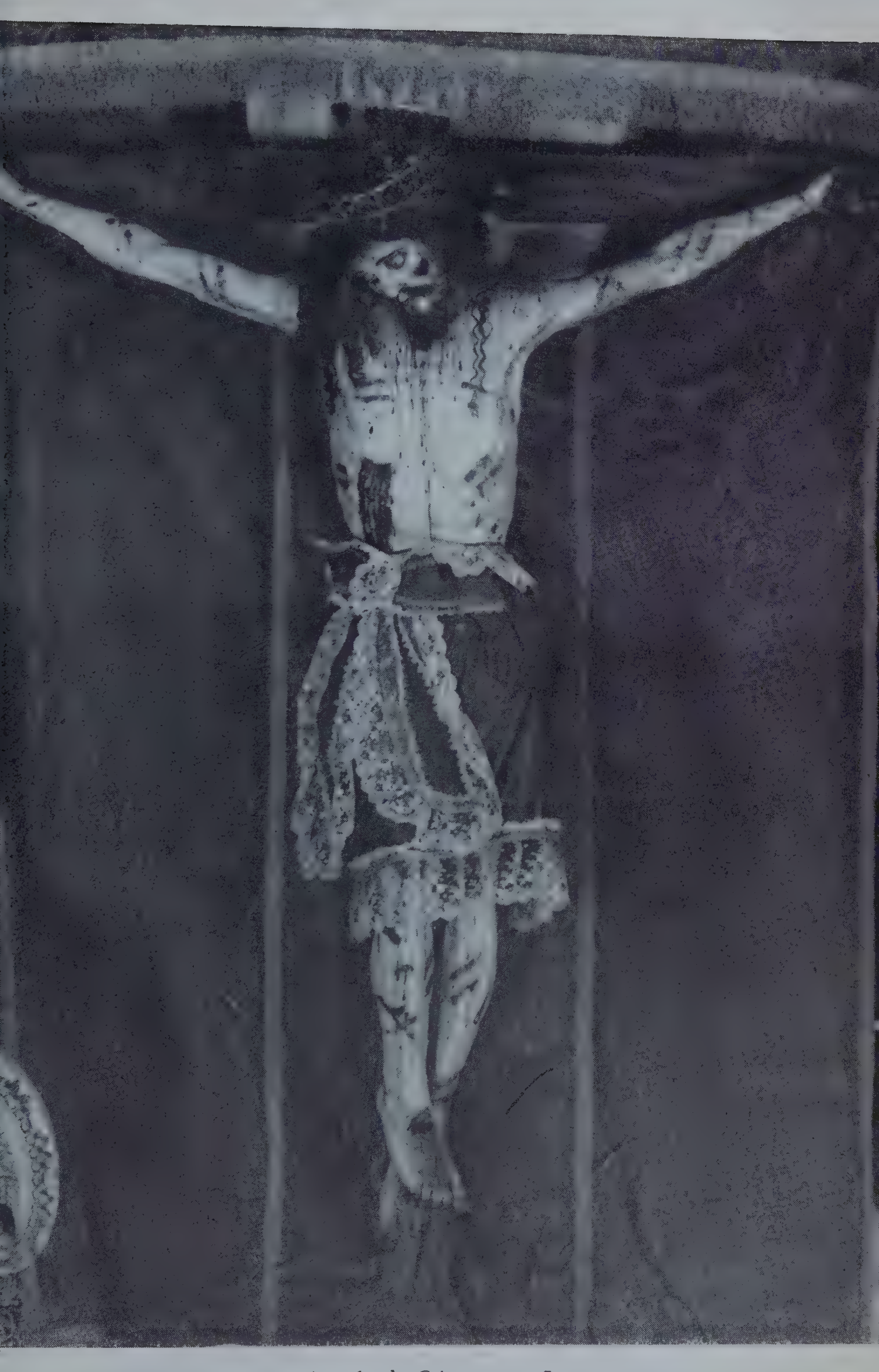
El que podemos llamar "segundo aspecto" es el menos interesante: coincide con la aparición del Renacimiento en América. El clasicismo, la vida italiana y la pompa rococó que llegan a la ciudad del Cusco con el naturalismo de italianos, españoles y flamencos: cristos robustos imitando el arte humanizado de Girlandaggio, con la preocupación realista de españoles y flamencos; santas exuberantes, de manos afiladas sobre pechos rotundos; cuerpos redondos perdidos en la amplitud de adornadas estofas, rubios ángeles y arcángeles armados con lanzas, cascos y botas; "calvarios" y teatrales escenas bíblicas; pasajes de la vida, pasión y muerte de nuestro Redentor, retratos y composiciones clásicas inspiradas por eruditos. Pintura híbrida y naturalista de estrecho acuerdo con los cánones de Vinci, las concordancias anatómicas y los lugares comunes de luz y sombra, donde Andrea del Sarto tiene la palabra. Todo calcado en los moldes de las múltiples escuelas inspiradas por la Iglesia y dirigidas por monjes, que sin gloria vemos desarrollarse en Europa durante los siglos de nuestra colonia. Apenas si el sentido del arte indígena florece en el estofado de los trajes, en las guirnaldas de flores autóctonas alrededor de las escenas seráficas y en los rostros de personajes bronceados por sangre india.

En la iglesia de la Merced existe un cuadro que nos ilustra sobre las características de este aspecto de la pintura cusqueña: "San Pedro Nolasco transportado por los ángeles". Revela esta obra la preocupación fáustica occidental tomada más en su aspecto pintoresco que filosófico. Pintura iniciada por los flamencos de voraces sentidos y, según Moreno Villa, iniciada en España por el valenciado José de Rivera, pintor de anacoretas.

Avanza San Pedro Nolasco, blanco el hábito mercedario y blancas las luengas barbas, en los rollizos brazos de dos ángeles corpulentos. Alegoría del hombre sostenido por el espíritu. Los portadores no denotan esfuerzo al levantar la gloriosa carga. Armonía en los contrastes violentos de luz y sombra, en la lozanía de la juventud y la decrepitud de la vejez. "Lo caduco emparejado con lo juvenil, que es algo esencialmente barroco e hispano".[2] Y por ser hispano en sus términos, resulta en el

---

[2] José Moreno Villa, *Los Mexicanos en las Artes Plásticas.* Colegio de México, pág. 90.



Típico ejemplo de Cristo cusqueño.



San Pedro Nolasco y el Niño Jesús amamantados por la Virgen. Ingenuidad pagana del a-
tista cusqueño que hubiera prohibido el Concilio de México.

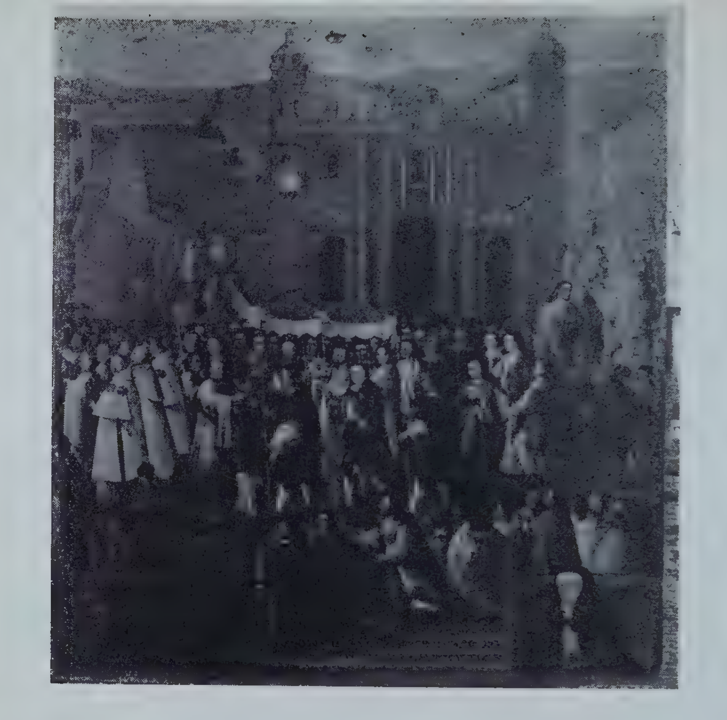


"El Niño Pegando". Típico cuadro de la escuela cusqueña.
Colección de José Orihuela.





San Miguel Arcángel.



Procesión de Corpus.

Cusco, como aspecto de la pintura cusqueña, una alusión más lírica que filosófica.

El "tercer aspecto" corresponde a una pintura híbrida, sobre todo indígena, que pasa inadvertida y floja en Lima, Quito y en las capitales de Chile y Buenos Aires y cobra importancia eminente en el Cusco y Alto Perú. El artista nativo, con su latente panteísmo, corrige la semítica rigidez del misticismo español. Torna celestes "las pompas escarlatas de la hoguera y el auto de fe", provee a la representación religiosa de aquellos valores formales, específicos e históricos que sirven para biografiar un pueblo o una época. Es una pintura ingenua y pretenciosa, que corresponde al medio social donde se desenvuelve, con la calidad de revelación que debe comportar toda obra de arte. Falto de sabiduría técnica, posee originalidad, espontaneidad, interés artístico. El pintor no supedita su obra a las enseñanzas académicas o al dictado estricto de preceptos morales o religiosos; no obedece a concilios u ordenanzas.[3] Crece al margen de los moldes que se desprenden de las sagradas escrituras y los comandos teológicos. Es un arte que deja de lado las fórmulas y los cánones inquebrantables. El pintor sigue un proceso de creación personal. La forma que elabora es una deducción de sus propios ideales estéticos o de su visión personal. En una palabra, es obra que se funda en conceptos independientes de aquellos impuestos por la iglesia o el gremio[4] y que demuestran el acatamiento o el rechazo del artista a las formas y creencias que prevalecen en la sociedad en que vive.

En México, la estricta disciplina de la pintura religiosa de la época colonial mexicana, hace que ésta se conserve siempre la misma, le cierra las puertas a la originalidad, las actitudes convencionales de las figuras, el idéntico modelo para todos los santos, hace a esta pintura invariable, empalagosa, sin trazo nacional, con el solo propósito homílico de integrar lo religioso en lo ético. Así vive desde el flamenco Pereyns (1566) hasta

---

[3] El primer concilio de las autoridades eclesiásticas en México (1555) determina que ningún pintor español o indígena "pudieran pintar imágenes o retablos sin ser examinados por los provisores de la Iglesia".

[4] Las famosas ordenanzas de México (1557) señalan los requisitos administrativos, religiosos y técnicos de carácter gremial que se impone a los pintores. Ver "Arte Colonial en México" por Manuel Toussaint. Edic. Imprenta Universitaria, México, 1948, p. 128.

Miguel Cabrera, a fines del siglo XVIII. Y este encauzamiento sin inquietudes, esta falta de iniciativa, o mejor dicho, esta obediencia a las famosas ordenanzas y a las disposiciones del Concilio, hace que surjan, al lado de la pintura religiosa estética, una pintura popular, dinámica, con existencia propia, sin grandes recursos técnicos pero llena de fantasía, de ternura poética, de sorprendentes detalles ingenuos, que realiza con máxima superstición cuadros de milagros, profecías bíblicas y martirios; exvotos que van a colocarse modestamente al lado de la opulenta viruta dorada de los altares barrocos donde el indio se reconcilia con su mística estelar.

Este coetáneo dualismo de expresión, esta separación del arte religioso y de la pintura popular en México, no lo encontramos en el período colonial cusqueño. Los sumisos habitantes del Imperio del Tawantinsuyo se dejan conquistar por las doctrinas cristianas con más facilidad que los belicosos súbditos de Cuauhtémoc. Por razones que sería largo analizar, existe en el habitante andino del Perú, por la tradición de una política teocrática, una predisposición al sometimiento, una actitud de cansancio o de indiferencia. Sin reacción se dejan conducir a una civilización dispar y ajena, pero conservan para mezclar en el almirez cusqueño el sentido gozoso de su paganía y su reserva ante el inquieto misticismo de Occidente. La aparente resignación tendrá sus ventajas; los encargados de vigilar la tradición figurativa, seguros del respeto que inspiran al indígena los santos y jerarcas de la Iglesia Católica, sus mandamientos y enseñanzas, dejan a los artistas en libertad para interpretar a su manera la pintura religiosa. Por eso, si no aparece un arte netamente popular en el Perú, que corresponda en importancia a la probada imaginación indígena, vemos desarrollarse, durante la colonia, un arte religioso-popular que se abre paso empujado por esa necesidad de expresión que tienen los pueblos de cultura propia. Los artistas indígenas aprovechan las puertas mal cerradas de los conventos, relajados por la riqueza y el sensualismo renacentista,[5] para introducir sus símbolos, sus flores, su cósmica inquietud sensual y su manera

[5] "La Iglesia se tornó más lujosa y sedentaria en el tránsito del siglo XVI al XVII. Más que el interés espiritual de evangelizar a los indios, prevalece ahora el de dominar en la sociedad criolla". Mariano Picón Salas. *De la Conquista a la Independencia.* Fondo de Cultura Económica, México, p. 88.

de entender la vida. La sensibilidad india enriquecerá así a la pintura cusqueña con ademanes y léxico; marcará con auténtico sello indio a los santos vestidos como muñecos, retorcerá a los cristos como ídolos de cobre; a las buenas santas, como Santa Clara la predilecta de San Francisco, les dará facciones de *ñustas;* idolizarán a los ángeles y en monstruos extravagantes harán palpable su goce de lo tetralógico.

DURANTE tres siglos la pintura religiosa del Cusco no logra desprenderse del aderezo popular y del sentido decorativo genuinamente indígena. Aunque sigue atada al contenido espiritual católico, en lo específico y esencial es híbrida, forma un nexo entre la mitología inkaica y la ideología católica.

Los pintores cusqueños aceptan, sin juicio previo, los preceptos cristianos como productos de verdades inmutables que no les incumbe analizar, que vienen de una lejana revelación de dogmas intocables, no explicados por el razonamiento, y cuyo contenido tienen la santa obligación de reproducir tal como les son transmitidos. Al transcribir este mundo de imágenes, para ellos incomprensibles, lo hacen con el sentido realista que les impone la vida que tienen delante, realismo terrenal encumbrado a lo espiritual por la noción misteriosa e intocable de la gracia. Si nada se puede esperar de la fantasía indígena, en cambio su viva imaginación atada, al mito, produce la brillante novedad de un arte hecho, a la vez, con preceptos religiosos y con lógica de fiesta popular.

La ingenuidad de algunas obras, los atisbos de costumbrismo, el esquema decorativo, ponen a esta pintura en un plano que une la pintura popular a la pintura religiosa. El pintor de la escuela cusqueña escoge con entera libertad el tema para sus cuadros de historia, de fiestas o pasajes bíblicos. Este tema puede estar sujeto al contenido religioso, pero la psicología del artista interviene de tal manera en la composición y ornamentación, que logra realizar una obra original con sentido religioso-social y sabor popular.

Los cuadros de la iglesia de Santa Ana, en el Cusco, constituyen elocuente ejemplo de aquello que se llama el amestizamiento del arte americano. Es genuina representación de la fiesta religiosa "que es ya desde el siglo XVI el más coloreado y concreto símbolo de la fusión o choque del alma española con

la indígena", según feliz observación de Picón Salas. Estos lienzos representan la procesión del Corpus Christi en el Cusco; ceremonia barroca, liturgia sin pasión religiosa. Cuadros de perspectiva india, de planos horizontales superpuestos, donde desfilan las tres categorías de la sociedad criolla del Cusco. En el plano superior, ensimismada en el despliegue de la "parada" y la fiesta, se apretuja bajo los balcones cubiertos de sedas y mantos bordados, la superestructura parasitaria de señoronas y espectadores de abolengo. En el plano central avanzan los santos en lujosas andas recamadas de oro y plata, flanqueadas por las comunidades religiosas vestidas de gala. Alféreces reales, uniformes santiagos y calatravos, banderolas y lanzas, fastos de capas y chambergos. En el plano inferior, el pueblo burlón y alegre. La simiente del futuro indoamericanismo: el "inga" y el "mandinga", el cholo y el zambo, el chino-cholo y el saltaatrás con su jolgorio y su pobreza. Cuadro de la vida popular del Cusco dieciochesco, ajeno a la imagen del arte hispánico y, sin embargo, ligado a la voluntad estética de la época. A una sociedad que apenas tiene dos siglos de fundada y está ya en tremenda colisión con el módulo vital europeo.

Un lienzo en la Catedral del Cusco, de patrón estilístico bizantino, constituye otro ejemplo de la originalidad de los artistas cusqueños al interpretar la Historia Sagrada. En suntuoso lecho, profusamente tallado, reposan bajo la misma cobertura ricamente estofada de oro, San José y la Virgen. Debajo del lecho, un vaso de noche contradice el carácter divino de los padres del Redentor. En el suelo rica alfombra adornada de rojas flores de "ñucto" y delicadas "kantutas" cuatripétalas. En la parte superior el Espíritu Santo en la forma consabida de la paloma, corona la escena. Es el retrato de una pareja matrimonial cualquiera del Cusco que el pintor ha elevado a la categoría de santidad. En la "Sagrada Familia", cuadro de la iglesia parroquial de Calca, encontramos otra información que permite rastrear la psiquis religiosa indígena. En una habitación familiar San José, que ha trocado el banco de carpintero por el telar, trabaja en un manto decorado con grecas inkaicas. A su lado el niño, sin preocupación divina, indiferente, muerde una mazorca de maíz; en el ángulo izquierdo, la Virgen, humilde y retraída, hace girar el fino hilo de lana en un huso indio. En

lo alto del cuadro, el ojo de Dios Padre asoma vigilante por el clásico triángulo de los Viejos Testamentos.

Y esta humilde Madre del Redentor en un rincón del cuarto, nos hace ver la posición secundaria que el culto mariano, prominente en otras poblaciones con densidad española, como Lima, ocupa en el corazón del indio, devoto tradicional del patriarcado. La Virgen, para el genuino cusqueño, es de menor categoría en su veneración respetuosa, a la *Pacha Mama* —madre tierra— con su tremenda fecundidad y su poder de dar frutos. La Virgen para el indio es la madre: el dolor de la preñez, la servidumbre y la abnegación. Los santos son dispensadores de virtudes y absoluciones, agentes con poderes milagrosos. Por el guerrero Santiago y por el mártir San Sebastián, se baten, se hieren y se matan hasta hoy cientos de indios en las fiestas del Corpus. El milagroso y omnipotente Huira Kocha —es Cristo— y más que Cristo, Dios Padre. El Cristo es la hermandad humana, la prueba implícita del destino dramático del hombre sufriente sobre la tierra.

Los ángeles tienen mayor importancia. Están ligados más estrechamente al destino del hombre.

El indígena al confrontar las figuras aladas del cristianismo se encuentra con antiguos conocidos. Las culturas precolombinas de Chavín y Nasca legan al inkario diversas manifestaciones artísticas representativas de un totemismo alado que pone en relación morfológica la expresión inkaica con la expresión mitológica de todas las culturas de la tierra. El artista cusqueño, liberado del hieratismo que subsiste en el Imperio Inkaico, por antagonismo, se deleita en la novedad barroca que propician las alas, antiguos atributos de sus totems preferidos: el cóndor y el halcón.

En las alas de los pobladores del celeste cielo cristiano vuelcan el arco iris de los colores. Dentro de los perfiles clásicos, al lado de las diáfanas alas botichelescas o de las pastosidades zurbaranescas, pintan ángeles, arcángeles, serafines y querubines con anacrónico ropaje greco-romano, gótico o indio. Angeles rosados y fuertes revoloteando en aire y nubes, pero desesperadamente sujetos a la tierra. También luzbeles, satanaces, brujas y fantasmas de la roja hoguera del infierno dan tema en el Cusco para lo terrorífico que también es tradición americana. Grüebel se une al cortejo de la demonología de Ancon y Parakas encarnada en judíos y pecadores jorobados y deformes, manipulados por los artistas con terrible saña.

La ingenuidad pagana en la representación de los pasajes de la Historia Sagrada se demuestra en un curioso cuadro de la iglesia de Copacabana, a orillas del lago Titicaca: "El Sacrificio de Isaac". El pintor concibe el pasaje bíblico con admirable originalidad. Los personajes están colocados en frondoso paisaje, entre árboles, flores y rojos pájaros cantores. Abraham ricamente ataviado a la usanza española del siglo XVII, capa de terciopelo terciada sobre los hombros y chambergo emplumado, afina la puntería con un grueso trabuco recamado de oro. Resuelto se dispone a sacrificar a su hijo para obedecer el mandato del Señor. Isaac, sobre el haz de leña tradicional, compuesto y resignado, espera la muerte. Una sonrisa beatífica entreabre sus labios de adolescente. El arma apuntada, la decisión del tirador, todo predice el drama que va a estallar, cuando interviene la voluntad divina en la forma más inesperada. Un rosado serafín, desde lo alto del cielo, deja caer sobre la mecha del trabuco un chorro de su orina providencial. La mecha húmeda no da fuego y el milagro se consuma. Lástima que el pintor no hubiera planeado su cuadro en tríptico para hacernos ver el asombro de Abraham al darse cuenta de la jugarreta divina.

Como este cuadro existen otros muchos en la escuela cusqueña. Los pocos que hemos citado nos permiten señalar las particularidades de originalidad, ingenuidad y sensualidad que poseen.

En sus últimos años de vida la pintura colonial modifica su aspecto. Acompaña al neoclásico en su embestida al churriguerismo; se pliega a los moldes clásicos de un helenismo trasnochado junto al estampismo supersticioso y milagrero. Los dioses olímpicos reemplazan a los santos. Eros detrás de un macetón florido dispara su liviana flecha. Venus con genuino pudor americano, no se atreve a mostrar su desnudez, por entre la túnica griega apenas si asoman blancos y planchados senos. Leda y sus amores es tema favorito. Alegorías ramplonas de una pintura académica y fría, Sibilas y tradiciones, grandes leyendas en pequeños cuadros. Retratos. Multitud de retratos de personajes enyesados bajo sus chaquetones bordados. Arte por metros, que vive malbaratado y sin alma para desaparecer sin historia.

Al estallar la revolución independentista, a principios del siglo XIX, el arte colonial en el Perú, como en toda América, muere de muerte violenta. Termina y ni siquiera deja los restos de una estructura que pudiera servir de molde a las manifestaciones estéticas que acompañan la evolución sentimental de la flamante república. Queda como "muestra sin valor", despreciado por españoles y criollos, impacientes por cambiar formas, por borrar huellas añejas y sustituirlas por la novedosa "latinidad" que llega a nuestras playas por rutas antes vedadas por la "Madre Patria". Lo científico se pone de moda. El siglo XIX inicia su mal gusto dirigido por ingenieros. La holganza conventual da asueto a la preocupación religiosa y el arte de la pintura queda soterrado, apolillándose, en su empolvado marco barroco, huérfano de respaldo nacional.

Con el tiempo han cobrado categoría de "antigüedades coloniales", en espera de una selección justiciera para convertirse en interesante testimonio de los primeros pasos de la alianza espiritual entre españoles e indígenas en el proceso evolutivo del indoamericanismo.

LA EMANCIPACION LITERARIA DE HISPANOAMERICA

Por *José Luis MARTINEZ*

LA EMANCIPACION MENTAL

Anacronismo

HACE pocos meses me sorprendió escuchar, en una divertida conferencia, un grito de combate o proclama literaria, que debe haber provocado en algunos de sus oyentes, como la provocó en mí, la curiosa impresión de que vivíamos, cuando menos en el orden de las ideas literarias, algo más de un siglo atrás. Para aquel conferenciante, era imperioso "propugnar por la conquista de nuestra independencia literaria", y le parecía necesario que "el lenguaje popular, con toda su riqueza de expresión y matices, sea el fundamento de la riqueza lingüística nacional".[1]

Temo, con ciertos fundamentos, que la proclamación de semejantes ideas, a mediados del siglo XX, carezca de originalidad y aun se complique de anacronismo, porque, o bien algo ha hecho por afirmar su originalidad la literatura mexicana, a partir de nuestra independencia política, o bien ha sido en vano el esfuerzo de continuadas generaciones y nuestra situación intelectual continúa en el mismo estado que guardaba en los albores del México independiente. Pero no es mi propósito inmediato, sin embargo, el de examinar hasta qué punto los escritores mexicanos han conseguido expresar una originalidad literaria, sino más bien exponer a grandes rasgos uno de los capítulos que me parecen más sugestivos en la historia de nuestras ideas literarias: los orígenes y el desarrollo de la lucha que sostuvie-

---

[1] CÉSAR GARIZURIETA, *Altitud y longitud de la literatura mexicana,* conferencia reproducida en *América,* México, 1949, núm. 60, p. 197.

ron, con heroísmo intelectual, los escritores de Hispanoamérica, y especialmente de México, para conquistar su emancipación literaria.

Historia de las ideas literarias

En en su reciente obra, intitulada *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica (Del romanticismo al positivismo)*,[2] Leopoldo Zea ha estudiado con notable precisión las etapas de esta empresa intelectual, particularmente en sus aspectos sociológicos y filosóficos. Pero aun cuando en este ensayo, al cual deberé recurrir muy a menudo en la primera parte de mi exposición, se fijan los rasgos y las etapas principales de la emancipación cultural —que puede hacerse extensiva a la literaria— de la América hispánica, me parece que existen aún otros aspectos y doctrinas que merecen examinarse especialmente.

Entre las muchas investigaciones que están por hacerse en el campo de nuestra historia literaria, una de las más importantes y sugestivas es la que se refiere a la acción que ciertas ideas y tendencias doctrinarias han tenido sobre nuestras letras. Y si por lo regular en todo tiempo la creación literaria se ve impulsada y dirigida hacia algún propósito general y se rige en lo interno por un repertorio doctrinal de juicios y valoraciones estéticos, en las épocas de grandes transformaciones sociales estos propósitos y doctrinas adquieren una forma más definida e imperiosa y ocurren, entonces, las que pudiera llamarse revoluciones literarias.

Durante la época colonial esta fuerza activa de nuestra literatura se contentó en términos generales con la imitación de las letras españolas, si bien se iba realizando, al mismo tiempo, un lento proceso de maduración y de independencia. Pero a partir de los primeros años del siglo XIX, en que se conquistó la autonomía política en la mayor parte de Hispanoamérica, la literatura, al igual que las demás disciplinas del pensamiento, adquirió una intensa electricidad ideológica con la que participaba, a su manera, en el complejo proceso de la elaboración e integración de nuestra cultura. Ninguna otra empresa posterior llegaría a tener la fuerza que tuvo, en la América hispánica, la que se propuso conquistar nuestra emancipa-

---

[2] El Colegio de México, México, 1949.

ción literaria; porque mientras los movimientos que a éste siguieron luchaban por formas y doctrinas circunstanciales, la batalla que se libró a principios del siglo XIX luchaba por establecer la existencia misma de la expresión literaria propia de América.

Conciencia americana

CUANDO me propuse estudiar el proceso que tuvo, en México, la emancipación literaria, pronto debí reconocer la imposibilidad de circunscribir la investigación a nuestro propio ámbito, ya que éste había sido un movimiento no aislado en un país, sino general y paralelo en la mayor parte de Hispanoamérica. Las tendencias en las obras de creación y las postulaciones teóricas que aparecían en México, eran casi siempre simultáneas o tenían un antecedente en otros países de lengua española del Continente, y exigían por ello mismo, un estudio inicial de conjunto, para que luego pudieran destacarse las doctrinas mexicanas. En pocas ocasiones, como en el primer tercio del siglo XIX, los hispanoamericanos tuvieron una conciencia más plena de que constituían una unidad y realizaban empresas comunes. Los poetas cantan a América; las odas e himnos escritos durante las campañas de independencia hablan de la América española como de una unidad;[3] los grandes capitanes de la independencia no se contentan con luchar por la libertad de su propio país, sino que desean libertar a toda América; el primer periódico insurgente que aparece en México se llama *El Despertador Americano,* y los emigrados políticos que viven en Londres, y singularmente don Andrés Bello, llaman a sus revistas *La Biblioteca Americana* o *El Repertorio Americano.* Pero esta conciencia americana, que venía a ser uno de los principales apoyos de la lucha por la emancipación cultural y de la que participaron casi sin excepción las recién constituídas naciones, tuvo sus manifestaciones más destacadas en la Argentina y Chile, en torno a la Asociación de Mayo y al grupo de emigrados políticos de distintas nacionalidades que se refugiaron en Chile. Allí se formularon por la primera vez muchos de los principios

---

[3] PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Las corrientes literarias en la América hispánica* (trad. de Joaquín Díez-Canedo), Fondo de Cultura Económica, México, 1949, p. 236.

que habían de guiar, en todo el Continente, la lucha por la emancipación literaria que, en sus principios, debió extenderse en un campo más vasto, pues para conseguirla, era indispensable conquistar primero la emancipación de las mentes.

Ya desde la segunda mitad del siglo XVIII, estableciendo los cimientos intelectuales de la independencia hispanoamericana, numerosos literatos, eruditos, historiadores y hombres de ciencia se habían preocupado por el estudio y valoración de nuestra propia cultura, pero sin llegar aún a considerarla ni a desearla diferente y separada de la matriz española. Esta aspiración debería aparecer como consecuencia de la independencia política, y por ello, habiéndose anticipado los Estados Unidos en su conquista, allí surgieron las primeras declaraciones del propósito de lograr una independencia intelectual y literaria, paralela a la política. En el mismo año en que se consumaba la independencia norteamericana, 1783, Noah Webster afirmaba que "América debe ser tan independiente en *literatura* como en *política*".[4] Posteriormente, Channing y Emerson reforzarían aquella tesis nacionalista. William Ellery Channing pensaba que "Mejor sería no tener literatura que abandonarnos sin resistencia a la extranjera",[5] y Ralph Waldo Emerson, en el ensayo que escribió en 1837 sobre la educación del hombre de letras americano —ensayo que Oliver Wendell Holmes llamó "nuestra declaración de independencia intelectual"—, advertía que "hemos prestado demasiada atención a las cortesanas musas de Europa"[6] y que era ya tiempo de que los americanos nos ocupásemos de los asuntos propios de América.

Supervivencias coloniales

Cuando la mayor parte de los países hispanoamericanos conquistaron, a principios del siglo XIX, su independencia política, sus intelectuales y escritores pronto advirtieron que, aunque rotas las ataduras materiales, subsistían otras en la mente de los hombres que hacían que la independencia conseguida fuera insuficiente, puesto que sólo había significado un cambio de formas y de hombres en el poder. Los hispanoamericanos se

---

4 Citado por Pedro Henríquez Ureña, *Opus cit.*, p. 234.
5 *On National Literature*, 1823. Citado, *Ibídem*, p. 234.
6 *The American Scholar*, 1837. Citado, *Ibídem*, p. 104.

gobernaban ya a sí mismos, pero en gobernantes y gobernados perduraba aún un espíritu colonial.

En uno de sus textos más dramáticos y honrados, el *Testamento y despedida* del "Pensador Mexicano", firmado el 27 de abril de 1827, pocos meses antes de su muerte, José Joaquín Fernández de Lizardi, anunciaba melancólicamente: "Dejo esta misma patria libre de la dominación española; aunque no de muchas de sus leyes y de las despóticas rutinas de su gobierno. Hoy que los mexicanos son ciudadanos, se les decretan sus memoriales con la misma aspereza y arbitrariedad que cuando eran vasallos de España".[7] Semejante perduración de los hábitos coloniales se advertía también en otros países. En la Argentina, Esteban Echeverría hacía notar que en la generación que siguió a la independencia, "su cuerpo se ha emancipado, pero su inteligencia no", y la América independiente sostiene aún "en signo de vasallaje, los cabos del ropaje imperial de la que fué su señora y se adorna con sus apolilladas libreas". "Ya los brazos de España no nos oprimen —añadía—, pero sus tradiciones nos abruman".[8] En Chile, José Victoriano Lastarria fijaba también los términos de esta lucha contra el despotismo del pasado. "Cayó el despotismo de los reyes —escribía en 1844—, y quedó en pie y con todo su vigor el despotismo del pasado... Estaba terminada la revolución de independencia política y principiaba la guerra contra el poderoso espíritu que el sistema colonial inspiró en nuestra sociedad".[9] Y aun pensador tan ponderado y ajeno a la fobia antiespañola, como el venezolano Andrés Bello, reconocía que con las guerras de independencia "Arrancóse el cetro al monarca, pero no al espíritu español",[10] ya que en las leyes que promulgaban los nuevos congresos podían reconocerse inspiraciones góticas, y en las

---

[7] *Testamento y despedida,* México, 1827.

[8] ESTEBAN ECHEVERRÍA, *Dogma socialista de la Asociación de Mayo,* Buenos Aires, 1838. Citado por L. Zea, *Opus. cit.,* I, 11, pp. 59-60.

[9] JOSÉ VICTORINO LASTARRIA, *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile,* Santiago de Chile, 1844. Citado por L. Zea, *Opus cit.,* I, 11, p. 59.

[10] ANDRÉS BELLO, *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile,* Santiago de Chile, 1844. Es comentario del artículo del mismo nombre de J. V. Lastarria. Recogido en la *Antología del pensamiento de la lengua española en la edad contemporánea,* por José Gaos, Editorial Séneca, México, 1945, p. 200.

costumbres mismas de los guerreros insurgentes, persistían fueros que estaban en pugna con los principios de igualdad por los que peleaban.

La reacción de los intereses coloniales

PERO además de estos lastres coloniales, existían otros factores activos que trataban de impedir que fueran una realidad la autonomía y la democracia en Hispanoamérica. Las instituciones y las formas sociales del régimen virreinal implicaban una serie muy grande de privilegios e intereses para las clases acomodadas y poderosas, que no se resignaron fácilmente a perderlos. De aquí que, por diferentes caminos, unas veces solapados y otras francos, iniciaron una reacción tendiente a minar la efectividad liberal y democrática que se había propuesto el movimiento insurgente. En México, esta reacción fué denunciada por el periodista José María del Castillo Velasco, quien en la *Oración cívica* que pronunció en la Alameda de México, el 16 de septiembre de 1850, la expuso como sigue: "La situación actual de la República no es más que la lucha de dos generaciones: la una que representa las preocupaciones, los intereses y el sistema de la administración colonial; la otra que nacida entre los combates, educada con la libertad, representa este pensamiento grande del héroe de Dolores, la independencia".[11] Posteriormente, al formular una revisión de la historia de México, desde el criterio liberal que sustentaba, Ignacio Manuel Altamirano acusó a Agustín de Iturbide de haber encabezado esta conspiración. "Por medio de una maniobra hábil —escribe—, que engañó a todos, que sedujo hasta a los caudillos de la primera época, que sorprendió a la metrópoli, que alcanzó un éxito pronto, pero que fué precisamente causa de nuestro retardo en la vía del progreso social, esas clases sociales, nobleza colonial, alto clero, propietarios territoriales, comerciantes ricos, todos los interesados en conservar la supremacía social y en prolongar el estado de cosas que precisamente había hecho insoportable el gobierno colonial, concibieron el plan de dirigir un

11 José María del Castillo Velasco, "Oración cívica pronunciada en la Alameda de México el 16 de septiembre de 1850 por el Lic. . . .", en *Colección de composiciones en prosa y verso pronunciadas en los gloriosos aniversarios de nuestra independencia en el mes de septiembre de 1850.* Se publica por orden del Supremo Gobierno. Imprenta de Ignacio Cumplido, México, 1850, p. 13.

nuevo movimiento, acaudillándolo, organizándolo en su provecho y cerrando así más fuertemente que nunca las puertas que la revolución de 1810 quiso abrir para dar entrada al pueblo en el gobierno de la nación".[12]

Con singular paralelismo, el mismo fenómeno había aparecido en las repúblicas del sur del Continente, y en Chile, por ejemplo, Lastarria lo describió con lucidez. "Apenas terminada la revolución de independencia —decía—, cuando naturalmente, por un efecto de las leyes de la sociedad, comenzó a abrirse paso la reacción del espíritu colonial y de los intereses que esa revolución había humillado. Los capitanes que la habían servido llevaban ese espíritu en su educación y en sus instintos".[13] Ahora bien, según comenta Leopoldo Zea, "Esta reacción buscaría inmediatamente sus aliados en todos los campos posibles. Estos empezaron a surgir: allí estaba la reacción eclesiástico-militar, exponente de las fuerzas conservadoras en México; allí también las fuerzas de los caudillos de provincia con sus montoneras en la Argentina; allí la reacción de los 'pelucones' en Chile. La iglesia y los militares unidos se encargarían pronto de establecer el único orden que convenía a sus intereses. Este orden no era otro que el español, sólo que sin España".[14]

Necesidad de una emancipación mental

Mas frente a esta reacción que pretendía la perduración del espíritu y de las formas sociales y políticas coloniales, apareció una generación de liberales cuyo ideal era transformar esta mentalidad para alcanzar lo que ellos llamaban una "emancipación mental". Era pues necesario aprovechar la lección sociológica que nos habían legado los siglos del virreinato y se imponía el defender y completar adecuadamente nuestra independencia, realizando en las mentes una revolución que las educase para la libertad y las liberase del despotismo del pasado. En toda auténtica revolución, pensaba Echeverría, debe realizarse una "emancipación política y una emancipación so-

---

[12] Ignacio Manuel Altamirano, *Revista histórica y política,* México, 1883. Reimpreso bajo el título de *Historia y política de México* dentro de la colección "El liberalismo mexicano en pensamiento y en acción", 4. México, 1947, pp. 23-24.

[13] J. V. Lastarria, *Recuerdos literarios,* Santiago de Chile, 1912.

[14] L. Zea, *Opus cit.,* I, 11, p. 56.

cial". Esta última, debe alterar todas las formas sociales y mentales impuestas por España; ésta es la revolución que falta. ¿Cómo lograrla? "La emancipación social americana —concluye Echeverría— sólo podrá conseguirse repudiando la herencia que nos dejó España".[15] Don Andrés Bello consideraba con términos semejantes el conflicto que se planteaba a los hispanoamericanos a principios del siglo XIX. "Estábamos —dice— ante la alternativa de aprovechar la primera oportunidad o de prolongar nuestra servidumbre por siglos". Y se ve precisado a reconocer que de España no podíamos esperar ya "la educación que predispone para el goce de la libertad. . . deberíamos educarnos a nosotros mismos, por costoso que fuese el ensayo".[16] Una fundamental tarea cultural estaba destinada pues a aquella generación de grandes liberales, y el mexicano José María Luis Mora, con la severidad y penetración que distingue sus juicios históricos, la expone en términos categóricos: "Es preciso —indicaba el doctor Mora—, para la estabilidad de una reforma, que sea gradual y caracterizada por revoluciones mentales, que se extiendan a la sociedad y modifiquen no sólo las opiniones de determinadas personas, sino las de toda la masa del pueblo".[17]

El futuro contra el pasado

Los pensadores de principios del siglo XIX consideraban pues que las causas de aquella insuficiente autonomía radicaban, por una parte, en la carencia de una adecuada preparación mental para el ejercicio de la libertad, y por otra, en la influencia negativa de la cultura española. El dilema que se planteaban oponía las doctrinas liberales y progresistas con las conservadoras y retrógradas: el futuro con el pasado. Como lo ha señalado Leopoldo Zea, "La lucha por la emancipación mental de Hispanoamérica será vista por la generación que por ella se preocupa como la continuación de la lucha que se ha planteado en Europa entre las fuerzas del Medioevo y las fuerzas de la

---

[15] ESTEBAN ECHEVERRÍA, *Opus. cit.*

[16] ANDRÉS BELLO, *Opus cit.*

[17] JOSÉ MARÍA LUIS MORA. Pasaje citado en *Ensayos, ideas y retratos,* por . . . Prólogo y selección de Arturo Arnáiz y Freg, Imprenta Universitaria, México, 1941, p. 134. Biblioteca del Estudiante Universitario, 25.

modernidad, entre el absolutismo teocrático y la democracia liberal, entre las fuerzas del retroceso y las fuerzas del progreso. En esta lucha a España le había tocado representar a las primeras. Hispanoamérica se había convertido así, por obra y gracia de sus dominadores, en uno de los últimos baluartes del imperialismo teocrático y feudal".[18] Por una reacción muy explicable en aquella circunstancia histórica, España vino a ser no solamente la opresora y la causa de nuestros males, sino, además, el símbolo de todo atraso cultural y de toda tiranía. Algunos países, como México singularmente, se empeñaron en la realización de reformas sociales y políticas que, aun violentando su natural evolución, llevaran a nuestro país a un orden social más avanzado y moderno en su espíritu; pero en la mayor parte de Hispanoamérica se creyó que una marejada de recriminaciones contra España bastaba para destruir la herencia que había dejado en las conciencias.

Antiespañolismo

MUCHOS antecedentes doctrinarios tenía la corriente de antiespañolismo que se desató en Hispanoamérica y aun en la misma España, como justificación de las guerras de Independencia. Desde el siglo XVI en que fray Bartolomé de las Casas dedicó a Felipe II la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552), que diera apoyo a la que se llamaría "leyenda negra", aquella corriente censoria —paralela a otra apologética—[19] no había cesado. A principios del siglo XIX, los testimonios de esta reacción son innumerables y revisten las más variadas formas, desde el análisis mesurado hasta la violenta diatriba. Los fundamentos jurídicos que hasta entonces habían sido considerados válidos para justificar el derecho de dominio de España en América, fueron rebatidos con sólidas argumentaciones, como en el notable *Discurso sobre la independencia del imperio mexicano,* de José María Luis Mora,[20] o con menos seriedad, como en este gracioso pasaje de Fray Servando Teresa de Mier: "¡Descubridores! —decía a los que alegaban que este título les daba dominio sobre América— esto es, vosotros igno-

[18] L. ZEA, *Opus Cit.,* II, 13, p. 64.

[19] Véase GUILLERMO DE TORRE, *Menéndez Pelayo y las dos Españas,* Phac, Buenos Aires, 1943.

[20] JOSÉ MARÍA LUIS MORA, *Obras sueltas,* Librería de Rosa, París, 1837, pp. 7-22.

rabais que existía la mayor parte del mundo: luego en sabiéndolo sois sus dueños. ¿Conque si los indios hubiesen sabido antes que existía Europa, eran *ipso facto* sus dueños?[21] La obra de España en sus colonias de América se redujo, para el criterio de aquella generación, a una sucesión de crímenes, codicia, confusión e ignorancia intelectual. En el primero de nuestros periódicos insurgentes, Francisco Severo Maldonado excitaba "a los americanos que militan bajo las banderas de los europeos Flon y Calleja" a que volviesen las armas contra aquellos instrumentos de la tiranía, y para mejor persuadirlos, se preguntaba, exagerando notoriamente las tintas oscuras: "¿Qué otra cosa es la historia de la dominación española entre nosotros, sino la historia de las más inauditas crueldades? ¿qué otra cosa nos manifiesta esta historia, que una lucha tenaz y constante entre Dios, que se ha esmerado en enriquecer nuestro suelo, derramando en él con profusión las fuentes todas de la prosperidad; y entre los Gachupines siempre encarnizados contra nosotros, siempre obstinados en no dejarnos gozar los dones de nuestro Criador?"[22] Las Leyes de Indias, que habían regido el gobierno de las colonias, sólo sirvieron para hacer posible la opresión. "Todos los que han conocido —escribía Luis López Méndez—, por sí mismos, o por informes exactos de personas imparciales y bien informadas, el modo con que fué gobernada la América desde su monstruosa usurpación por España; y todos los que han sido bien enterados de las quejas amargas, siempre continuas, y cada vez más justas, de los habitantes de aquellos oprimidos países, acerca de los males enormísimos que sufrimos de los jefes españoles, han percibido muy bien la inconsistencia, desorden y confusión de las leyes llamadas de Indias, tanto en la administración de la justicia, como en todos los ramos del gobierno".[23] En cuanto al orden intelectual, se afirmaba que de España no habíamos recibido más que aisla-

---

[21] Fray Servando Teresa de Mier, *Historia de la revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac. . .*, Impresa por la Cámara de Diputados, México, 1922. 2 tomos. Lib. xiv, p. 277. La primera edición es de la Imprenta de Guillermo Glindon, Londres, 1813, firmada con el seudónimo "José Guerra".

[22] Sin firma, "A los americanos que militan bajo las banderas de los europeos Flon y Calleja", en *El Despertador Americano,* Guadalajara, México, 3 de enero de 1811, núm. 4.

[23] Luis López Méndez, "Observaciones sobre las Leyes de Indias, y sobre la independencia de América", en *La Biblioteca Americana,* Londres, 1823, I, p. 350.

miento e ignorancia. Ya lo decía en su estilo cortante Fray Servando; "parece el destino de esta Nación [España] imperar por la ignorancia",[24] y el colombiano Juan García del Río, en 1823, se lamentaba también de los males que sufríamos por el aislamiento intelectual: "La política española —escribía en el Prospecto de *La Biblioteca Americana* que publicaba don Andrés Bello— tuvo cerradas las puertas de la América por espacio de tres siglos a los demás pueblos del globo; y no satisfecha con privarla de toda comunicación benéfica para ellos, le impidió también conocerse a sí misma".[25] Y tras estos balances condenatorios, el grito de combate del poeta José Joaquín de Olmedo parece una consecuencia inevitable. En uno de los más encendidos pasajes del poema en que canta *La victoria de Junín,* lograda por Bolívar, increpaba:

¡Guerra al usurpador! —¿Qué le debemos?
¿luces, costumbres, religión o leyes... ?
¿Si ellos fueron estúpidos, viciosos,
feroces y por fin supersticiosos?
¿Qué religión? ¿la de Jesús?... ¡Blasfemos!
Sangre, plomo veloz, cadenas fueron
los sacramentos santos que trajeron.[26]

Por otra parte, se comenzaron a comparar los resultados que habían tenido la conquista española y la colonización inglesa, empleando una argumentación que si hoy puede parecernos insidiosa, en aquella época no carecía de efectividad. El chileno Francisco Bilbao, en su libro *El Evangelio americano,* que ha sido considerado como el punto culminante de esta corriente antiespañola,[27] escribía a mediados del siglo XIX:

---

[24] FRAY SERVANDO TERESA DE MIER, *Segunda carta de un americano al español sobre su número XIX. Contestación a su respuesta dada en el Núm. XXIV,* Imprenta de Guillermo Glindon, Londres, 1812, nota 5a.

[25] JUAN GARCÍA DEL RÍO, "Prospecto", en *La Biblioteca Americana,* Londres, 1823, I, p. v.

[26] JOSÉ JOAQUÍN DE OLMEDO, *La victoria de Junín. Canto a Bolívar* (1825), Imprenta española de M. Calero, Londres, 1826, p. 28. Véase en la edición establecida por Aurelio Espinosa Pólit, de las *Poesías completas* de J. J. de O., Fondo de Cultura Económica, México, 1947, p. 135. Biblioteca Americana, 5.

[27] Rodolfo Barón Castro, *Españolismo y antiespañolismo en la América hispana,* Ediciones Atlas, Madrid, 1945, p. 31.

"La España conquistó la América.

"Los ingleses colonizaron el norte.

"Con la España vino el catolicismo, la monarquía, la feudalidad, la inquisición, el aislamiento, el silencio, la depravación y el genio de la intolerancia exterminadora, la sociabilidad de la obediencia ciega.

"Con los ingleses vino la corriente liberal de la reforma. La ley del individualismo soberano, pensador y trabajador, con completa libertad.

"¿Cuál ha sido el resultado?

"Al norte, los *Estados Unidos,* la primera de las naciones antiguas y modernas.

"Al sur, los *Estados Des-unidos,* cuyo progreso consiste en desespañolizarse".[28]

Desespañolización

TAL como lo deseaba Bilbao, los hispanoamericanos trataron a toda costa de desespañolizarse, como uno de los principales recursos que se les ofrecían para lograr su progreso cultural. Y durante la primera mitad del siglo XIX, y aun posteriormente, se desataron las persecuciones contra los españoles residentes en América, y aquel que había sido grito de combate de los insurgentes mexicanos, continuó resonando aun en labios de los hombres más cultos. Cuando Ignacio Ramírez, "El Nigromante", polemizó en 1865 con Emilio Castelar, precisamente sobre esta cuestión, escribió sin escrúpulos palabras como éstas: "¡Mueran los gachupines! fué el primer grito de mi patria; y en esta fórmula terrible se encuentra la desespañolización de México. ¿Hay algún mexicano que no haya proferido en su vida esas palabras sacramentales?",[29] para extenderse luego en la enumeración de los males que ha significado para México su relación con España: despotismo, inquisición, robos, y con-

[28] FRANCISCO BILBAO, *El Evangelio americano,* Buenos Aires, 1864, p. 38.

[29] IGNACIO RAMÍREZ, "La desespañolización", Ures, mayo de 1865. Recogido en *Obras* de... Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, México, 1889, Tomo I, p. 317. Este artículo fué parte de la polémica sostenida entre Ramírez y Castelar, al final de la cual éste reconoció, en un retrato suyo que envió a "El Nigromante", "que la elocuencia y el talento estuvieron siempre de su parte".

cluir afirmando que "los españoles no han hecho en nuestros puertos sino una cosa buena: salir por ellos".[30]

Todo pues parecía aconsejar la conveniencia de separarse de España, política e intelectualmente. Para muchos pensadores de la época, "España es un país atrasado, un país dominado por la ignorancia, un país que carece de fábricas y de industrias. España es un pesadísimo lastre para América; un país que sólo ha podido vivir a costa de sus colonias; sin ellas, España habría desaparecido como nación".[31] Era necesario acabar con aquella pesadilla de tres largos siglos que había sido la Colonia, y todos deseaban, como lo ha explicado muy bien Edmundo O'Gorman, "ponerse al día... y sumarse de un salto audaz a la trayectoria ascendente de los pueblos anglosajones, industriosos y liberales, usufructuarios de las 'luces del siglo'."[32]

Censuras españolas contra España

?PERO qué puede sorprendernos en estos desafueros antiespañoles, al fin justificables y contrapesados con la serenidad de juicio de tantos pensadores hispanoamericanos, si aun hubo muy relevantes españoles que los acompañaron en la condenación de la política indiana de su patria? Poeta tan celebrado en su tiempo como Manuel José Quintana, en su oda *A la expedición española para propagar la vacuna en América,* de 1806, compadecía a la "Virgen del Nuevo Mundo, América inocente" con estos conmovidos versos:

Con sangre están escritos
en el eterno libro de la vida
esos dolientes gritos
que tu labio afligido al cielo envía.
Claman allí contra la patria mía,
y vedan estampar gloria y ventura
en el campo fatal donde hay delitos.
¿No cesarán jamás? ¿No son bastantes
tres siglos infelices
de amarga expiación?

---

30 I. RAMÍREZ, *Ibidem,* p. 319.

31 EDMUNDO O'GORMAN, "Prólogo" a *Antología del pensamiento político americano. Fray Servando Teresa de Mier.* Selección, notas y prólogo de... Imprenta Universitaria, México, 1945, p. xxi.

32 EDMUNDO O'GORMAN, *Ibidem,* p. xxxv.

para exhortar luego a los americanos a olvidar aquellos agravios y acuñar la frase que serviría para disculpar las falsas o verdaderas culpas de España:

> ... Yo olvidaría
> el rigor de mis duros vencedores;
> su atroz codicia, su inclemente saña,
> crimen fueron del tiempo y no de España.[33]

En otros textos suyos, como en sus *Vidas de españoles célebres*,[34] Quintana volvió a la defensa de los americanos y a la condenación del mal gobierno español en las Indias. Pero en la proclama que probablemente redactó, como secretario de la Junta Central en 1808, llegó a justificar y a alentar abiertamente nuestra independencia: "Americanos —decía aquel documento—: Por mucho tiempo habéis estado oprimidos bajo un yugo tanto más pesado cuanto que erais alejados del centro del Poder; pero nosotros colocamos ahora vuestro futuro destino en vuestras propias manos. Hasta aquí habéis sido el juguete de los virreyes, siempre sometidos a su ambición y a sus caprichos, mientras que, al mismo tiempo erais víctimas de su codicia; desde este momento vuestra suerte no depende más de ellos.[35] Una actitud semejante fué adoptada por el escritor y aventurero José Joaquín de Mora, que había viajado mucho por América y que, al igual que Quintana, justificaba la independencia de las colonias americanas. "Los hispanoamericanos —escribió Mora— habían vegetado por siglos en el pupilaje más opresivo y bajo la férula del Gobierno más ciego de Europa, y empezaban a gozar una especie de edad viril, retardada hasta entonces por la opresión de sus tutores".[36]

---

33 MANUEL JOSÉ QUINTANA, "A la expedición española para propagar la vacuna en América", en *Obras completas* del Excmo. Sr. D. ... M. Rivadeneyra, Impresor Editor, Madrid, 1867, p. 5. Biblioteca de Autores Españoles.

34 Especialmente en la de fray Bartolomé de las Casas, que apareció en la edición en tres volúmenes, publicada en 1833, de esta obra. Reproducida en *Obras completas*, pp. 433-475.

35 Texto citado por MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO, *La emancipación de América y su reflejo en la conciencia española*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1944, pp. 30-31.

36 JOSÉ JOAQUÍN DE MORA, "De la situación de las Repúblicas Suramericanas", en *Revista Española de Ambos Mundos*, Madrid-París, 1853, Núm. 1. Citado por Fernández Almagro, *Ibidem*, pp. 34-35.

Mas no eran éstas, por supuesto, las únicas voces españolas que se escuchaban a propósito de aquel conflicto. En el bando opuesto, ninguna reconvención más levantada oyeron los ingratos hispanoamericanos que aquella famosa del Duque de Frías, en su oda *A las nobles artes,* la que, según cuenta don Juan Valera, hizo llorar a Fernando VII en el acto público en que fué leída:[37]

¡Gentes que alzáis incógnita bandera
contra la Madre Patria! En vano el mundo
de Colón, de Cortés y de Pizarro,
a España intenta arrebatar la gloria
de haber sido español; jamás las leyes,
los ritos y costumbres que guardaron,
entre oro y plata y entre aroma y pluma,
los pueblos de Atahualpa y Moctezuma
y vuestros mismos padres derribaron,
restablecer podréis: odio, venganza,
nos juraréis, cual pérfidos hermanos,
y ya del indio, esclavos o señores,
españoles seréis, no americanos.
Mas, ahora y siempre, el argonauta osado
que del mar arrostrara los furores,
al arrojar el áncora pesada
en las playas antípodas distantes,
verá la cruz del Gólgota plantada
y escuchará la lengua de Cervantes.[38]

No quedó por cierto sin respuesta esta airada predicción del Duque de Frías, pues el chileno Lastarria formuló contra ella una réplica no menos encendida.[39] Pero no son las reacciones de este tipo, al fin naturales en quienes se sentían herederos del glorioso pasado español, las que requieren una aclaración, sino más bien aquellas otras de quienes, como Quintana y Mora, se volvían contra su patria para defender el derecho de los ame-

[37] Fernández Almagro, *Opus cit.*, p. 149.

[38] Bernardino Fernández de Velasco, "A las nobles artes. Oda", (leída en 27 de marzo de 1832), en *Obras poéticas* del Excmo. señor D. . . . publicadas a expensas de sus herederos por la Real Academia Española de que fué su Individuo. Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, Madrid, 1857, p. 192.

[39] José Victorino Lastarria, *La América,* Buenos Aires, 1865. Gante, 1867, tomo II, p. 32.

ricanos. La actitud de estos últimos puede explicarse en parte comparando sus casos con los de Francisco Javier Mina, que decide venir a luchar y a morir por la libertad, y "hacer la guerra al tirano de España y no a los españoles",[40] y de Antonio González, que se nacionalizó peruano e hizo suya la causa de la independencia.[41] En unos y otros chocaban en sus conciencias las ideas liberales de la Ilustración con el dominio tiránico y opresor que ejercía España en las Indias, y unos y otros sentían la incongruencia de tener que luchar, por una parte, para conservar su libertad frente a los invasores franceses, y de impedir, por otra, que los americanos la obtuviesen. Así lo percibían algunos españoles que, como Rico y Amat, consideraban que "América hacía con nosotros lo que habíamos hecho antes con Napoleón: luchaba por romper la cadena de la esclavitud",[42] y aquella contradicción no se ocultaba tampoco para los hispanoamericanos. Son inconsecuentes los españoles, escribía el mexicano José María Luis Mora, "porque proclamando la libertad en su patria con la mayor firmeza, sostienen con la misma tenacidad la esclavitud de México".[43] "¿Por qué —se preguntaba al mismo respecto Lorenzo de Zavala— en su patria reclaman. . . principios que hollan entre nosotros?"[44]

En busca de soluciones

Pero todas estas especies de censuras y negaciones de la cultura y del dominio españoles se proponían ciertamente destruir un orden material y espiritual, mas para sustituirlo por otro que se consideraba más adecuado para el progreso intelectual y político de Hispanoamérica. Y en busca de modelos que seguir, nuestros pensadores vuelven los ojos al ejemplo de aque-

[40] La expresión textual de Mina dice: "hacia la guerra al tirano de España y no a los españoles". Citada en Martín Luis Guzmán, *Mina el mozo, héroe de Navarra,* Espasa Calpe, S. A., Madrid, 1932, p. 260. Vidas Españolas e Hispanoamericanas del Siglo XIX, 23.

[41] Fernández Almagro, *Opus. cit.,* pp. 35-36.

[42] Juan Rico y Amat, *Historia política y parlamentaria,* tomo I, pp. 500-501. Citado en Fernández Almagro, *Opus. cit.*, p. 93.

[43] José María Luis Mora, "Discurso sobre la independencia del imperio mexicano", en *Obras sueltas,* Librería de Rosa, París, 1837, pp. 8-9.

[44] Lorenzo de Zavala, *Ensayo histórico político sobre las revoluciones de Nueva España,* París, 1831. Nueva York, 1832, Cap. III.

llas naciones que para ellos significan el progreso y el liberalismo, como Francia, Inglaterra y, singularmente, los Estados Unidos. En este último país, numerosos escritores de la época, como los argentinos Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento, los chilenos Francisco Bilbao y José Victorino Lastarria, los venezolanos Simón Rodríguez y Simón Bolívar y los mexicanos Fray Servando Teresa de Mier y Lorenzo de Zavala, ven encarnado el espíritu de la modernidad y de la democracia y resueltos venturosamente los problemas que afligían al resto de América.[45] Pronto debieron reconocer, sin embargo, que la imitación no podía llevarlos a una auténtica resolución de sus problemas y que éstos deberían afrontarse con soluciones originales, adecuadas a la realidad de Hispanoamérica. En el orden espiritual, los mejores programas que se formularon fueron la educación popular, o "civilización contra barbarie", según el lema de Sarmiento, y la realización de una cultura original. Dentro de este último aspecto, la literatura fué considerada desde luego como uno de los objetivos capitales. Pero las letras de Hispanoamérica, como bien lo percibían Bello, Gutiérrez y Lastarria, seguían siendo coloniales, como las formas sociales y las mentes de los hombres que las escribían. Mas, ¿cómo liberarse de este yugo? En aquella crisis histórica, la respuesta no podía ser más que una: volviendo los ojos hacia lo propio de América y hacia lo nacional. Cuando ese objetivo se conquistara, la literatura de nuestros pueblos merecería llamarse independiente y original.

---

[45] L. Zea, *Opus. cit.*, VII, 29, pp. 105 y ss.

JUSTO SIERRA Y EL PORFIRIATO

Por *Agustín* YÁÑEZ

El general Porfirio Díaz figuró entre las personas a quienes los estudiantes del Colegio de San Ildefonso hicieron objeto de homenajes entusiastas cuando al triunfo de la República volvió el Presidente Juárez a la ciudad de México, en julio de 1867.

Joven de diecinueve años, Justo Sierra se había distinguido por sus ideas liberales combatidas, por su estro poético y por un magnetismo personal que insensiblemente lo convertía en líder de sus condiscípulos. Fué uno de los oradores en el banquete al Presidente Juárez ofrecido por los alonsiacos en el recinto del propio Colegio, el día 19 de ese mes de julio, con asistencia del general Díaz, entre otros de los jefes del movimiento victorioso.

Seis meses más tarde, don Porfirio se halló presente en la velada literaria celebrada la noche del 20 de enero de 1868 en la casa de Joaquín Alcalde, donde bajo los auspicios de Ignacio Manuel Altamirano, Justo Sierra se dió a conocer como poeta ante un auditorio en que se encontraban Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, José María Lafragua, Manuel Payno, Vicente Riva Palacio, José T. de Cuéllar, etc.

La adhesión personal de Sierra a Díaz "data de antes del triunfo y del poder", como el primero escribe al segundo en la carta en que hace reparos a la reelección de 1900 (XIV-96).[1] "A pesar de mis inconformidades —reitera en otra carta familiar dirigida desde París el 2 de abril de 1901— le he tenido (al general Díaz) hondo apego personal desde que era yo estudiante. Y esto del afecto no se razona; así era y así es" (Id. 218).

---

1 Esta y las siguientes son referencias sucintas a tomos y páginas de las *Obras Completas del Maestro Justo Sierra*, editadas recientemente por la Universidad Nacional de México.

Sin embargo, cuando estalló la revolución de Tuxtepec encabezada por don Porfirio contra el régimen presidido por don Sebastián Lerdo de Tejada, en enero de 1876, Sierra, que entonces era redactor de *El Federalista,* estuvo en contra de esa revolución, "poderosa ya, si se quiere, pero profundamente incoherente y obligada a tender el regazo a todos los representantes del desorden y de la anarquía" (IV-81), como escribe en un artículo en el que campean ya las convicciones que informarán el ideario político desarrollado poco después de *El Bien Público* y *La Libertad*, periódicos en los que tuvo participación directa.

En esos días de 1876, Justo Sierra, colocado frente al amago de la anarquía tuxtepecana, lo mismo que frente al nefasto reeleccionismo de Lerdo, se adhiere a la causa del legalismo, encarnada por don José María Iglesias, que con su carácter de Presidente de la Suprema Corte era Vicepresidente de la República, y a quien correspondería suceder a Lerdo si éste consumaba el atropello constitucional y, con su reelección, daba un golpe de Estado. Sosteniendo este punto de vista, Sierra y el grupo de sus amigos chocaron con la línea que pretendía mantener *El Federalista,* de cuya redacción se separaron, para fundar *El Bien Público*, que apareció el 1º de agosto, enderezado resueltamente contra los planes de Lerdo, pero también contra el movimiento armado del general Díaz, por ser ambos ilegales.

Analizados minuciosamente por Sierra, los cómputos oficiales de las elecciones lo llevan a la conclusión de que "el pueblo mexicano no ha votado": "desapareciendo la legitimidad de los altos poderes", "la resistencia, más que un derecho, será un deber" (Id. 101). Y en efecto, Sierra sale de la capital de la República y se une al grupo legalista, que halla refugio en Guanajuato y Querétaro, al amparo del general Antillón. Durante la aventura, don Justo escribe una serie de cartas recogidas en su *Epistolario:* "La defección, el cansancio del país y el miedo a la fuerza brutal nos han hecho perder la partida" —dice la última de esas cartas (XIV-48).

La revolución de Tuxtepec había vencido. Comenzaba el indisputado poderío de su caudillo, quien pronto comienza a sobreponerse a los elementos que lo rodearon y de los que se temía una era de motines y caos.

Justo Sierra permaneció unos meses en inactividad. Un carácter como el suyo no podía prolongar la inhibición ante los estímulos de la dinámica nacional.

El triunfo tuxtepecano "es algo categórico que se nos ha impuesto, en buena parte contra nuestra voluntad. . . hoy como ayer tenemos el más completo convencimiento de que la solución que presentábamos al país era no sólo la más legal, sino la más conveniente. . . el que es hoy Presidente de la República hubiera llegado al poder sin necesidad de haber pasado por encima del pacto fundamental. . . La derrota no ha podido producirnos ningún despecho, porque no teníamos por punto de mira el medro personal, y podíamos, como podemos desde luego, tomar fríamente la actitud, no más conforme con nuestros deseos, sino con los grandes intereses nacionales que están por encima de todo estrecho propósito" (IV-123 y 124). Estas palabras pertenecen al artículo inicial, intitulado "Programa", de *La Libertad*, en que vuelve a agruparse el círculo de amigos que habían redactado *El Bien Público.*

Reconociendo el carácter de gobierno *de facto* al nuevo régimen, procurando "que sus consecuencias favorezcan nuestro progreso", señalando "con ánimo recto la conducta que deben seguir los hombres que lo encabezan" y a los que la voluntad nacional ha dado aquiescencia, el flamante periódico, del que pronto Justo Sierra es director, adopta por lema: "Orden y Progreso"; por carácter, el de "diario liberal-conservador", paradoja que cifra toda una nueva doctrina política, cuyos antecedentes animan ya la labor periodística anterior, muy anterior al advenimiento del porfiriato.

Vale señalar el punto desde su origen para después explicar las relaciones de Sierra con el régimen, esgrimidas en tono de acusación, frecuentemente, hasta presentar a don Justo como atado al carro del caudillo y luego al de la dictadura, cuando el caudillo fué quien siguió las ideas trazadas por Sierra y su grupo.

Estas ideas, que abarcaban la política, la economía, la cultura, en compacto programa opuesto lo mismo al viejo y anquilosado partido liberal que al reaccionario, consolidaron y encauzaron al porfiriato. Los excesos y vicios a que llegó éste, no pueden válidamente imputarse a la sana teoría sustentada por Sierra, y menos cuando se mantuvo siempre en actitud crítica. "Los gobiernos fuertes son los que no temen la verdad, y los amigos de esos gobiernos son los que saben

decirla... Nuestra divisa es: sin ídolos" (Id. 134); tal era el sentido del compromiso con el Presidente Díaz al fundar *La Libertad;* ayudarlo contra la anarquía, cerrar las puertas del desorden y abrir los caminos del progreso.

Cuando el 7 de junio de 1879 recibieron la muerte nueve ciudadanos en el puerto de Veracruz, lo que agitó profundamente al país, por atribuir el hecho a una orden de don Porfirio al gobernador Luis Mier y Terán ("mátalos en caliente"), Sierra declaró con valentía que se trataba de un asesinato y que aquello no debería quedar en averiguaciones: castigo al culpable, sea quien fuere (Id. 225).

Sierra no quedaba satisfecho con estas críticas ni con el hecho de que su programa fuese realizándose parcialmente y convirtiéndose en opinión pública. Le era preciso tratar de conformar sus ideas constitucionalmente.

La ocasión pareció llegada en 1892, a propósito del nuevo período presidencial. ¿Reelección inmediata del general Díaz? No podía ser de otro modo; pero al menos fuera mediante un partido institucional y un programa fijo de gobierno.

Con este fin Justo Sierra participa en la organización de la Primera Convención Nacional Liberal y redacta el manifiesto constitutivo, en el cual reaparecen los puntos encaminados a la sistematización científica de la política mexicana, que Sierra defendió en *La Libertad.*

Las circunstancias determinan el mayor énfasis con que ahora se presentan algunas cuestiones: consolidada la paz, "es preciso ponerla en la piedra de toque de la libertad"; la actividad política será efímera si se circunscribe a un propósito electoral: debe "dar la voz a las aspiraciones del país", que, derivadas de principios, "penetran más en las necesidades del presente y preparan el camino de lo porvenir"; ramos como el de Guerra, "que absorbe buena parte de nuestros recursos fiscales", deben ser reorganizados; la fundación del catastro y la estadística es la base científica para sacar al régimen tributario de su etapa empírica; es indispensable la libertad del comercio nacional, por la supresión de aduanas interiores; el pueblo anhela que al florecimiento de las comunicaciones siga el intelectual y moral, "por la difusión, ya valientemente iniciada, de la educación popular, por la apropiación continua de nuestros sistemas educativos a nuestras necesidades"... "si así no fuese, se deprimiría el alma de la democracia mexicana

hasta un bajo utilitarismo carente de ideales, capaz de atrofiar las virtudes cívicas, sin las que las repúblicas se disuelven en grupos de presa, refractarios a la justicia y al derecho"; la paz civil tiene por condición la paz social, y ésta se funda en la justicia; la inamovilidad judicial comprobará la aptitud política de nuestra democracia; es preciso también estudiar una nueva forma de substitución del Ejecutivo, ya que la vigente puede "colocar una personalidad sin mandato nacional, y sin significación alguna en el primer puesto del Estado"; "la paz efectiva se ha conquistado por medio de la vigorización de la autoridad; la paz definitiva se conquistará por medio de su asimilación con la libertad"; "la libertad política, salvaguardia de las otras, cuya garantía está en el respeto a la opinión", ha de mantener el respeto a la prensa, sin volver nunca sobre la reforma del artículo 7º constitucional; los delitos de prensa deberán someterse al jurado popular.

"Realizar estos votos —dice más adelante el manifiesto— no es obra de un hombre ni de un gobierno; lo es del partido liberal entero". Y todavía se atreve a declarar: "no tenemos embarazo en afirmar la magnitud del sacrificio que se impone a nuestra democracia, naciente aun, pero consciente ya, con una reelección reiterada"... "la reelección presidencial sólo es excepcionalmente recomendable".

La última parte del manifiesto se consagra a exponer las razones para considerar como excepcional el caso de la propuesta reelección de don Porfirio para el cuatrenio 1892-96: "No por ser nuestro candidato el hombre indispensable; cuenta la patria con excelentes servidores, dignos de la primera magistratura; pero se trata de conducir al fin de su período más delicado una obra por extremo compleja"; para luego reiterar: "una reelección reiterada sería imposible"; la de ahora debe ser para don Porfirio una causa de orgullo legítimo, "pero de gravísima preocupación".

Campean en el manifiesto nuevas formulaciones de conceptos antiguos en Sierra: "el gobierno no posee el filtro mágico que puede precipitar y anular en el tiempo de los períodos normales la evolución de un pueblo que, nacido ayer, no es demócrata en su mayoría, hija de la mezcla de dos razas, sino por instinto igualitario, y que hoy apenas despierta a la conciencia racional de su derecho. Pero sí puede despejar y abrir el camino a la expresión de la voluntad nacional... extremado el respeto a las libertades coadyuvantes de la libertad electoral:

a la libertad de la prensa y la reunión, que por tal modo condicionan la realidad del sufragio que, donde faltan, éste podrá ser siempre tachado de una impía y audaz suplantación del verbo y del pensamiento del pueblo y, por consiguiente, de la verdad superior de donde toda verdad legal emana" (xv).

En la Convención, celebrada en abril de 1892, Sierra sostuvo personalmente las ideas del manifiesto. Fué cuando dijo que el pueblo de México tiene hambre y sed de justicia, frase que más tarde reiteraría desde la más alta tribuna de la República. El creciente predominio autocrático del general Díaz frustró, con otros nobles designios, la formación de un auténtico partido nacional sobre principios incondicionados a una persona. El agrupamiento de 1892 restó en el personalismo bautizado por el pueblo como "partido de los científicos", denominación cuyo sentido peyorativo irá en aumento hasta la caída de don Porfirio. Las discrepancias de Sierra frente al grupo y frente al dictador irán siendo vistas progresivamente.

Desde luego Sierra se empeña en llevar a la práctica los puntos aprobados por la Convención y consigue que un grupo de diputados firme la iniciativa de reforma de los artículos 72, 92, 93, 96 y 120 constitucionales, en el sentido de consagrar la inamovilidad del Poder Judicial, proyecto acariciado por don Justo muchos años antes. "La justicia es el ideal superior de la humanidad en marcha" —reitera el texto preliminar de la iniciativa (xv), que fué discutida por la Cámara en diciembre de 1893. El día 12 produce Sierra su célebre discurso en favor de la inamovilidad judicial, "mirada siempre de reojo por todas las tiranías, lo mismo la popular que la monárquica, lo mismo la de los jacobinos que la de Napoleón, el jacobino imperial". (Id.)

Después de calurosa defensa contra los ataques dirigidos a Guillermo Prieto por haber suscrito la iniciativa, don Justo amplifica con acentos contundentes la expresión del hambre y sed de justicia padecidas por México.

Si en la iniciativa se halla escrito que "no existe el sufragio efectivo, sino que, por la desesperante abstención de los electores, los elementos burocráticos sustituyen comúnmente al pueblo; entonces magistrados y jueces están a merced del poder y de sus agentes más ínfimos, es decir, tampoco hay justicia", luego en la tribuna prorrumpe: "Sin la independencia de la justicia, señores diputados, no hay justicia, y sin la justicia no existe la base, no digo de las instituciones libres, ni aun de la sociedad misma"... "entonces no hay propiamente instituciones, la Re-

pública se llama despotismo"... "no podemos consentir en dejar depositadas las garantías en las personas: es preciso ponerlas más alto, es preciso fijarlas para siempre en la ley" que es "la única dictadura normal que la Constitución quiere" (V. 169 a 181).

La historia encuadra la parte medular del discurso, "puesto que en la historia es en donde está condensada la experiencia" (Id. 174). En cortante recorrido desde Felipe II hasta la Revolución francesa, desde la Constitución mexicana de 24 hasta la implantación de la paz porfiriana, "la historia de la inamovilidad judicial tiene páginas grandiosas" (Id. 175); la inamovilidad "será un dique que desvíe la corriente de falsedad que mina, que disuelve los cimientos de nuestras instituciones, y que las hace aparecer como esos magníficos edificios construídos por los arquitectos del siglo pasado, que estamos viendo hundirse a nuestra vista" (Id. 180).

"El público de las galerías —informa *El Tiempo* en su edición del 14 de diciembre— esperó al señor Sierra a su salida en el pórtico de la Cámara y le hizo una ovación calurosísima, acompañándole un grupo inmenso, en su mayoría compuesto de estudiantes, por la calle, hasta su domicilio". Era la respuesta popular al ataque de que la prensa hizo víctima en los días anteriores a don Justo.

Pero también aquella fué su despedida parlamentaria. La inamovilidad no prosperó. Sierra fué llevado de la Cámara a la Suprema Corte de Justicia, donde protestó como magistrado el 2 de octubre de 1894. ¿Hubo congruencia en aceptar la designación? El asunto podrá ser calificado cuando adelante se examine la colaboración de Sierra en el más alto puesto de Secretario de Instrucción.

El 2 de enero de 1895, cuando con exceso había transcurrido un año de la conmoción pública suscitada por el discurso en favor de la inamovilidad judicial, y a los tres meses de ocupar la magistratura en la Suprema Corte, reaparece en la tribuna. Ahora se trata de honrar la memoria del Presidente don Manuel de la Peña y Peña, en presencia del general Díaz. Bien pronto llega la ocasión de volver sobre "la inapreciable ventaja del sistema de inamovilidad sabiamente consignado en la Carta de 24, y que, el día en que apliquemos el método a nuestros procedimientos políticos, resucitará en nuestra ley fundamental como el único medio de armonizar la libertad y la igualdad, el individualismo y la democracia"; para en seguida decir, a sabiendas

de la oposición presidencial: "Gracias al respeto general hacia este principio de la autonomía del Poder Judicial, el señor Peña pudo atravesar nuestras crisis políticas sin abandonar, sino por períodos contados, su silla de magistrado" (v-186).

El discurso salta de pensamiento en pensamiento con ágil temeridad: "Fué un error, sin duda, en su origen, nuestro sistema federativo; ninguna razón suprema ni derivada de nuestra situación interior ni de nuestra posición exterior podía contrapesar la inmensa necesidad de vigorizar sin descanso nuestra unificación, de ganar en cohesión política lo que en cohesión demográfica nos hacía perder nuestro vasto territorio, y de crear un núcleo poderoso capaz de transmitir a los extremos su acción vital; eran éstas las condiciones primeras de nuestra integración orgánica" (Id. 187); la impetuosa impaciencia reformista se atribuye a que "los pueblos mestizos de la procedencia del nuestro presentan en su adolescencia autonómica fenómenos claros de neurosis social"; "de aquí provienen nuestros conflictos perpetuos con las leyes inmutables de las cosas, nuestros impulsos de delirantes, nuestros descreimientos de enfermos, nuestras resignaciones de impotentes"; y luego declara: "corregiremos estos defectos, puesto que ya tenemos el valor de analizarlos" (Id. 188). Y otros ejemplos: "Nuestra historia, entonces pulverizada e incoherente, obedece como al imán el polvo metálico al alma impulsiva de Santa-Anna, sujeta a formidables sobresaltos de patriotismo y de pasión" (Id. 189); "Bustamante (don Anastasio), hombre de clara inteligencia, de mucho valer político, de corazón muy duro y de integridad muy grande" (Id. 190); Peña y Peña "jamás cometió el error de preferir sus libros al gran libro de la vida pública" (Id. 185). Sierra encuentra manera de recordar frente a don Porfirio el nombre de don José María Iglesias, "otro presidente de la Corte, tan digno, por su patriotismo y por la firme pureza de sus convicciones, de ocupar el hoy suprimido sitial del señor Peña y Peña" (Id. 193). El discurso termina con esta intencionada evocación lírica: "en ti, todo, acciones como juez y actos como gobernante, se condensaban en una sola palabra, que es la razón de ser de toda religión, la clave de toda moral y el precio mismo de la vida: justicia, la palabra más santa del lenguaje humano" (Id. 195), final que prolonga el eco de aquella palabras: "el pueblo mexicano tiene hambre y sed de justicia".

Examinados los escritos y discursos inmediatos, aparece la insistencia en éste y en los otros temas de una política inspirada

en los valores del humanismo; es decir, la proclamación reiterada de un programa cada vez más olvidado por el régimen, cuyo lema de "poca política y mucha administración", adulteraba el pensamiento original de una política científica como técnica, sólo como técnica para la realización de altos valores; nunca el solo progreso material a expensas de lo humano.

Hacia 1899 hubo motivos que hicieron abrigar esperanzas de que el dictador resignaría el mando. Cuando al fin ya no cupo duda de que habría otra reelección y para ello se hicieron los trabajos de estilo, Justo Sierra dirigió al Presidente la carta que ha sido aludida al principio del presente ensayo, y en la cual figuran estos párrafos: "hoy —crea usted, señor, a mi honrada franqueza—, hoy el gran grupo del país que piensa sobre estos asuntos, grupo profundamente inactivo, pero no sin perspicacia, desearía que la reelección no fuese forzosa", porque "significa hoy la presidencia vitalicia, es decir, la monarquía electiva con un disfraz republicano"; "significa además que es un sueño irrealizable probablemente la preparación del porvenir político... que todos desean, hasta los más íntimos amigos de usted, aunque digan lo contrario"; "en la República mexicana no hay instituciones, hay un hombre; de su vida dependen paz, trabajo productivo y crédito"; "una solución de continuidad de cuatro años en el gobierno de usted sería la gran muestra de la salud nacional" (XIV-96 a 98).

Don Porfirio, acogiéndose a los términos finales de Sierra, le contestó el 6 de noviembre de 1899: "si usted conociera detalladamente y sintiera sobre sí como yo siento la responsabilidad de los hechos... sus resoluciones no habrían diferido mucho de las mías"; "cuando usted tenga ese pleno conocimiento... hará justicia a su servidor y amigo afectísimo" (Id. 543 y 544).

A pesar, o quizá precisamente por esta noble franqueza, don Justo fué confirmado en su cargo de magistrado de la Suprema Corte de Justicia cuando ésta fué reformada en 1900, y al mismo tiempo se le confirió la representación de México en el Congreso Social y Económico Hispanoamericano que se reunió en Madrid en noviembre de dicho año.

Viajaba por Europa cuando en abril de 1901 fué llamado para que se hiciera cargo de la Subsecretaría de Instrucción que iba a ser creada en el ministerio que era de Justicia e Instrucción. "¡¡Cuánto te habrá repugnado el asunto y cuánto a mí! —escribe a su esposa el día 27, desde París—. Pero tú debes de haber

comprendido que no podía rehusar sin exponerme a la gran censura: 'se le ponen a usted en las manos los medios de realizar algunas cosas que usted ha cacareado mucho, y rehusa por amor propio, porque no se le hizo a usted Ministro'. Acepté, ¡adiós tranquilidad, adiós libros en proyecto! Horror. Pero te aseguro que si lograse realizar dos o tres proyectos, soltaba luego luego el pandero, y a casa" (Id. 223).

Pocos días antes, el 2 del mismo abril, fiesta del porfiriato, comunica también a su esposa que ha puesto un mensaje al caudillo; "nos tiene azorados —añade—; no sabemos si por fin abrió las Cámaras, ni cómo sigue de salud; ese hombre, al llevar al extremo su derecho de hacerse reelegir, había contraído el deber de poderse hacer reelegir diez veces más, y como eso no era humano, allí estaba lo absurdo de las dos últimas reelecciones. Habrá en fin que esperar, que todo haya pasado, que se haya restablecido y que repare el mal hecho, dejando a otro el puesto" (Id. 218).

Y ya no en carta privada, sino en una de sus leídas crónicas del viaje a Europa, publicada en un periódico de la significación y circulación de *El Mundo Ilustrado,* el 4 de mayo de 1902, un año después de que don Justo era Subsecretario, hablando de los comentarios extraordinariamente elogiosos que había oído en toda España para don Porfirio, "nos veíamos obligados —escribe— a poner una sordina en estas alabanzas, por mucho que nos halagasen, de miedo de que resultase la nación menos digna de encomio que su jefe" (VI-251).

Pero ¿qué más? En una obra resonante, publicada oficialmente por esos días: *México: su evolución social,* leemos en la parte firmada por Justo Sierra estas afirmaciones: "Y esa nación que en masa aclama al hombre, ha compuesto el poder de este hombre con una serie de delegaciones, de abdicaciones si se quiere, extralegales, pues pertenecen al orden social", y eso es "terriblemente peligroso para lo porvenir, porque imprime hábitos contrarios al gobierno de sí mismos, sin los cuales puede haber grandes hombres, pero no grandes pueblos". "En suma, la evolución política de México ha sido sacrificada a las otras fases de su evolución social; basta para demostrarlo este hecho palmario, irrecusable: no existe un solo partido político, agrupación viviente organizada, no en derredor de un hombre, sino en torno de un programa. Cuantos pasos se han dado por estos derroteros, se han detenido al entrar en contacto con el recelo del gobierno y la apatía general: eran, pues, tentativas ficticias.

El día que un partido llegara a mantenerse organizado, la evolución política reemprendería su marcha, y el hombre, necesario en las democracias más que en las aristocracias, vendría luego; la función crearía un órgano" (XII-395 y 396).

Mejor que preguntar cómo un hombre de tal talla pudo colaborar con el porfiriato, debería preguntarse cómo este régimen pudo aceptar en seno un criterio tan independiente.

Ya muy en los principios, don José María Vigil, entre otros, lanzó como cargo la colaboración de Sierra, tildándolo de que favorecía la dictadura, lo que don Justo rechazó con vehemencia: "La dictadura es lo arbitrario y nosotros queremos el orden... ensanchando la esfera de la autoridad, no con las armas prohibidas del despotismo, de intriga y de chicana... sino de las que ponga en sus manos una ley avenida con nuestras necesidades y que sean suficientes para impulsar el progreso de todos y cuidar del derecho de cada uno, hoy a merced de la fuerza y del vicio" (Id. 166), porque "en un país, por fuerte y por grande que sea, no pueden prolongarse indefinidamente las divisiones civiles"; "o la energía de los hombres de bien impone silencio a los demás, o la conminación extranjera impone silencio a todos". "Cincuenta años hace que, por realizar sus ideales la escuela democrática radical y la escuela reaccionaria, han abierto de par en par las puertas de México a las contiendas civiles. ¿Mereceremos los terribles anatemas los que creemos que ha llegado el momento de cerrarlas? (Id. 160 y 164).

Quedan ya señalados textualmente los móviles que lo determinaron a aceptar la jefatura de la instrucción pública, cuando le fué ofrecida la oportunidad de realizar, con aceptación presidencial plena, todas las ideas que había venido sosteniendo al margen de los puestos públicos. Aceptaba, pues, una situación que por lo menos permitiría laborar para superarla. Esta es una de las perspectivas de su gestión, evidenciada en el estribillo de que la educación funda la verdadera democracia, que no puede darse en un pueblo de analfabetos.

Por otra parte, se le ofrecía sitio para encauzar en la medida de lo posible, dentro del Gabinete, la marcha de un gobierno cuyas fallas, a juicio de Sierra, podían componerse, y en cierto modo estaban compensadas, desde luego por la carta abierta para labrar el futuro en la fragua de la educación; o por lo menos podría mitigar esas fallas, siquiera sea declamando, con la autoridad que le daba el puesto, por los valores positivos

en riesgo o en quiebra: la verdad, la justicia, la dignidad humana, la igualdad ciudadana —del desheredado, del proletario, del indígena— en el concepto democrático. Es decir: el rico temario humanista de sus discursos ministeriales, que son una directa, constante requisitoria contra los desvíos del régimen.

Considérense, no más, estos dos tópicos persistentes, adversos al estilo y preferencias de la época porfirista y a la imagen común de los "científicos": la reivindicación de lo indígena (V-437, VIII-256, XII-398) y la jactancia con que don Justo declaraba su origen popular, plebeyo, y el júbilo de besar donde besa el pueblo (VI-236, 247, V-369, XIV-220).

En honor de la verdad el Presidente Díaz lo dejó hacer, lo apoyó, a pesar de las censuras que se levantaban en el seno mismo del gobierno y del grupo de los científicos.

"Todo es innovación, todo es reforma —claman nuestros censores; no diré nuestros adversarios. ¡Y bien, sí! Yo soy de ese temperamento; nací innovador. . . todas las novedades me tientan, toda innovación tiene para mí recóndito e irresistible prestigio, todo progreso canta en mí el canto de la sirena" (V-341).

¿Qué más podía hacer en aquellas circunstancias? Estériles por igual hubieran sido la abstención o la oposición. Basta pensar en el conjunto de circunstancias que daban solidez al régimen y que hacían ver si no imposible, riesgosa, desde el punto de vista de los intereses genuinos de México, la remoción del caudillo. Muchos temían, de buena fe, la vuelta de la anarquía, la interrupción del progreso.

—Progreso material a costa de intereses más altos —repetirán los censores del porfirismo. Don Justo así lo reconocía y por eso trató de aunar el progreso espiritual, que conjurara el peligro del solo desarrollo material; sobre ser éste indispensable, inaplazable, después de medio siglo de abandono y atraso.

La obra del maestro Sierra es una de las atenuantes que harán valer los reivindicadores del porfirismo.

Ni una palabra de las forzosas y en general —¿por qué no decirlo?— merecidas y muy medidas referencias al Jefe de Estado, en discursos y documentos oficiales, por parte don Justo, tiene resabios de servilismo, ni siquiera de adulación fuera de sitio. Nunca el maestro Sierra puede ser acusado de participar o aceptar que "con don Porfirio había que ir hasta la ignominia". Patentes quedan sus reiteradas reservas y su honrada independencia, que le hicieran tener lista la renuncia para el caso

de que su labor, que sentía realizar en servicio de la patria, no del Presidente, fuese obstaculizada (XIV-223, VIII-493 y 494). Los abundantes aspectos peyorativos del término "porfirismo", dejan incólumes la figura y la obra de Sierra. Como también la viciosa etiqueta de "científico". Quiso serlo en el alto sentido expuesto en *La Libertad* y en el manifiesto de la Convención Liberal de 1892, que frustraron el propio general Díaz y los apetitos de sus amigos, a quienes acompañó en tanto conservaba la idea de una política científica, que por lo menos él se empeñó en realizar dentro de la educación; pero se les apartó en cuanto el grupo llamado "científico" significaba logro, inhumanidad, desatención a los flagrantes intereses de la colectividad, antimexicanismo, vergüenza de lo vernáculo. Allí están su obra, sus escritos; allí su noble pobreza que lo hacía pasar apuros para presentarse acompañado de su mujer con el decoro que reclaman ciertas atenciones sociales, y que lo hizo contraer préstamos y abandonar la residencia que ocupaba, cuando dejó de ser Secretario de Estado; allí, finalmente, la justicia que hizo con él, a su triunfo, el régimen revolucionario, que no lo tenía ni como "científico", ni como "porfirista" ignominioso, ni como político en el vil sentido del término, sino como maestro leal de la República.

Y es la verdad, en la ratificación del juicio, vigente después de medio siglo, creciente a medida de los años que pasan.

PALMA EN LA TRADICION

Dos veces, en el milagro del tiempo, ha resplandecido más el oro del Perú, por obra y gracia de la imaginación. La primera en las entrañas legendarias de América cuando Atahualpa deslumbró a Pizarro con sus tesoros; la segunda en las manos maravillosas del peruano Ricardo Palma (1833-1919), el mágico, el encantador, el que llevaba en su apellido el nombre del árbol dorado y melodioso.

Parecía la síntesis de una larga experiencia de la expresión literaria en nuestro idioma. Su raíz está soterrada en la picaresca española; pero sus flores se siguen abriendo en el aire de la poesía de América. Eso fué Palma, uno de nuestros grandes poetas; es decir, el descubridor del mundo de una sensibilidad que estalló ante el prodigio de emociones escondidas. Eso fué, y algo más; el inventor de un género literario, que trabajó con las palabras que usa el pueblo y con las de los altos ingenios españoles. Y las hizo vivir en alianza perdurable, recreando risa y sonrisa, construyendo con los materiales más sencillos los palacios en donde siguen pasando los rostros de hombres efímeros, que hizo inmortales, y las mujeres hermosas que ha dejado eternas en los espejos.

Esas mujeres eran limeñas. Palma era un peruano de la más entrañable peruanidad, que incorporó a nuestro vocabulario muchos peruanismos. Pero era algo más; era un limeño que vivirá mientras Lima esté bajo su cielo, a pesar de los terremotos. La Lima de las limeñas que pasan por el corazón amoroso de Palma como sobre alfombras tejidas con las rosas que Santa Rosa embelleció. Las limeñas, las picarillas —como él las llama— las de pie breve y el alma inmensa, de quienes él se sentía su "cronista galante", y que, prodigioso duende, creía que el diablo toma su forma. El diablo, que aparece continuamente en sus relatos; porque no cabe duda que lo era también, por la travesura, el donaire, la gracia para contar y hechizar. Pero también un ángel, el de la corona de oro, el de la tradición que recorre todos los caminos, con los pies descalzos y la risa errante.

Sí, a Palma hay que leerle en Lima —dijo Miguel Cané—; hay que saborearle entre su mar y su cielo de rocío y luna y alma, como si en sus palabras fuera servido, en vaso cristalino, el refrigerio morado del maíz. Leerle en Lima, porque en Lima nunca llueve, sino que

cae el polvo fino de la lluvia, la garúa, y acaso por eso las mujeres y las rosas tienen la hermosura que da la salud espléndida. Porque él fué uno de los creadores de Lima, según Raúl Porras, y el otro fué Pizarro. Y como cada ciudad tiene su figura propia, su clima, su estilo, Lima sigue teniendo en Palma a su poeta.

Gran poeta en prosa, eso fué Palma; porque arrancó a las palabras que dice el pueblo todos los días eso que muchos escritores no pueden expresar. Y como había encontrado en el idioma del pueblo y de los clásicos una veta profunda, de ella sacaba a la medianoche de niebla o en el mediodía de plata, el verso terso, el color y el esplendor. Por eso fué el imaginero sublime de su ciudad, y ella está en sus libros, en sus cartas, en sus miradas de abuelo azul. Un abuelo que trabajó con los más diáfanos materiales del decir; que tuvo una técnica que parece muy fácil, pero de la cual sólo él poesía la receta.

¿Cómo era esa técnica? ¿Dónde la aprendió? Era el mejor interlocutor de Lima. No tenía sangre de hidalgo, ni le importaba, y ese era uno de sus blasones. Su diálogo era con la gente que pasa, con el libro viejo, con la campana, el crepúsculo y el balcón. Así trabajaron Cervantes y Lope, escuchando el chisme gracioso de la vecindad, la canción del viento perfumado de siglos, los cuentos errabundos. Pero Palma lavó el chisme, le quitó la impureza, lo suavizó, lo aromó y lo vistió con ternura, lo inmortalizó; lo convirtió en obra de arte, muy al contrario de los chismosos vulgares que no tienen gracia para escribir. En los manuscritos, en los poemas de caminantes, en las estampas y los daguerrotipos, en los traspatios en que las rosas de ultramar se hacen madrigales, en los cancioneros y las medias voces del pueblo, allí encontró la esencia viva de sus "Tradiciones peruanas". Y al darles forma y respiración las purificaba, las maceraba, las hacía sentir la sangre cálida de nuestro idioma, y aquella muchedumbre de criaturas dejaba de ser de muñecos para convertirse en humanidad distribuidora de alegría. Porque Palma era propietario de un vasto jardín, el de la risa; y sin ella no le habría sido posible transfundir vida a las criaturas de su imaginación. Y como sabía escribir versos, los engarzaba magistralmente entre sus poemas en prosa. Pero el secreto de su alquimia se nos ha perdido. Esta clave dejó:

Forme usted líneas de medidas iguales,
y luego en fila las coloca juntas
poniendo consonantes en las puntas.
¿Y en el medio? — ¿En el medio? Ese es el cuento!
Hay que poner talento.

Muchos escritores han pretendido imitarle —yo, pecador—; pero nadie ha descolgado esa pluma del sitio en que la puso. Palma no tiene herederos. Y acaso, quizá, tal vez, sus antecesores son Walter Scott, Washington Irving o Ramón de Mesonero Romanos; el Mesonero Romanos que nos dejó en óleos y litografías la biografía mínima de Madrid; quizá el Irving que trazó delicioso cuadro mural al describir la recepción que los Reyes Católicos hicieron a Cristóbal Colón en Barcelona, para oírle contar cómo había encontrado el más maravilloso país que los ojos humanos habían visto.

Se auto-llamaba "humilde historietista"; y en el exceso de su humildad creía que estaba "contando lo mismo que las viejas cuentan y nada más". Refranero, imaginero, charlista impar, a pesar de que está ubicado en el romanticismo, su estilo tiene del barroco la elegancia y no tolera el oropel y el chirimbolo. Prefiere la frase corta y desdeña la cláusula pomposa; excepto en "Un litigio original" en que intencionalmente agudiza, con derroche de erudición, nombres y señales de heráldica. Por eso leerle nos remece, como si fuera una brisa de su ciudad, que construyó con palabras y rosas, con burla y picardía... En el fondo era un hereje, que ironizó a costilla de los personajes ridículos, haciendo jugar a su diablo interior.

Sus tradiciones siguen viajando. Algunos de los temas, cambiándoles nombres de personas, andan por allí, aplicados a otro fraile, a otro Virrey, a un truhán. Hay una cuarteta anónima que rodó a la llegada del Virrey Iturrigaray a México:

Yo te conocí pepita,
pero ahora eres melón;
agarra bien el bastón
y cuida la francesita

Palma transfigura esa copla en "Los Endiablados":

¡Qué hinchado y qué fanfarrón
entre las ramas habita!
Pues sepan que fué pepita,
aunque ya lo ven melón.

Fué uno de los creadores del español de América. Nos enseñó a querer lo nuestro, sin desdeñar lo español. Por su sangre corren ríos de dolor ancestral, que aflora a sus palabras zumbonas, a veces crueles, entre espumas de carcajada y de melancolía.

José Gálvez, uno de los más suyos, nos ha hablado de "La Lima que se va". Sí; pero la Lima de Ricardo Palma, la que Palma nos ha

enseñado a querer y a mirar, esa ya no se va. Esa está con nosotros, definitivamente. Esa ha quedado perfecta, en un relicario que está cincelado en el oro del tiempo, con la gracia de Lima, con el oro eterno de Palma y del Perú.

Epistolario palmino

NUNCA había visto brillar en todo su esplendor el oro del Perú como en mis dos últimas temporadas en Lima: oro del mar y del recuerdo, de la luz y de la felicidad, del aire y de la leyenda. Al lado de la mujer que adoro, estudiando de día en la biblioteca en que Palma tuvo pan modesto y paz fértil, y vagando de noche por el barrio en que vió acrecentarse su nombre y floreció su ingenio, le vi sonreír con su fina sonrisa limeña, abrir un libro, tomar notas, y luego deslizarse truncando el diálogo que nunca hemos podido concluir.

Desde mi balcón de Miraflores, muchas veces atisbé el viejecito encantador, y como si quisiese preguntarme sobre alguno de sus amigos mexicanos —ya fantasmas como él— detenía el paso menudo, y, de repente, le veía desaparecer por la misma calle por donde le llegaban libros, cartas, guiños, preguntas de sus amigos innumerables, desde todos los puntos de América, en una conversación sin fin, en aquellos tiempos en que los barcos eran los únicos transmutadores del aroma de la Rosa de los Vientos.

Eramos vecinos de Augusta y Renée, sus hijas; y su amistad nos permitió entrar en una de las más ricas minas de oro peruano, el archivo epistolar de don Ricardo. De sorpresa en sorpresa íbamos por el maravilloso laberinto, olvidados del candente sol veraniego, pues hallábamos gratísimo solaz revisando los volúmenes en que él, seguro de su tesoro, tuvo la paciencia de catalogar las cartas que le escribían muchos de los hombres de letras más ilustres que nuestra América ha tenido desde la primera catástrofe que sufrió la Biblioteca de Lima cuando en 1881 entraron en la ciudad "los de Chile".

Palma había sido invitado por el director de "La Prensa" de Buenos Aires para que fuera miembro de su redacción; y estaba próximo a dejar el terruño cuando el Ministro Lavalle le instó para que se pusiera al frente de la Biblioteca Nacional y la reconstruyese. Su prestigio literario sería la áurea llave con que abriría todas las puertas americanas, y fué así como empezó a urdir la vasta red epistolar en que fueron cayendo, sin romperla, porque sólo la muerte lo podría,

las preguntas más graciosas, las peticiones más elegantes, deliciosos chismes, postdatas azules, y todo eso que es oro en las cartas, porque ellas también —como decía Voltaire— son parte de nuestra vida.

Palma pedía, a veces imploraba, en nombre de la Biblioteca de Lima: llevaba cuenta y data de los bienhechores de ésta, y una sola de sus sonrisas bastaba para que, a vuelta de correos, le enviaran el volumen solicitado, y un solo ejemplar de sus "Tradiciones" o de sus libros de versos era un mensajero silencioso en busca de libros; y, de repente, el bibliotecario mendigo se sintió banquero del intercambio intelectual, el más brillante que ha tenido la América del siglo pasado; un banquero con su tesoro de papel, que ojalá el Perú no permita que se le fugue a uno de esos bancos en que otros países nuestros han dejado, a trueque de bicocas, muchas de las piedras preciosas que durante cuatro siglos fueron depositando en sus arcones a la intemperie.

Palma escribía cartas a sus amigos hispanoamericanos como si dilapidara una fortuna que hoy, gracias a la devoción de sus hijas, empieza a rehacerse por virtud de quienes han querido rendir de ese modo el nuevo homenaje al peregrino ingenio. Escribía con puntualidad, sin dejar copia de muchas de esas cartas que figuran en su haber de insigne escritor, porque si pudo dar a nuestro idioma un nuevo género de expresión, un estilo que le ha dado vida perenne, como epistológrafo supo demostrar que en el principio de la palabra fué la sonrisa y que en sus mejores cartas sabía prolongar la hechicería de su burla.

¿Con qué escritor hispanoamericano de su época no se carteó don Ricardo? Todos los historiadores, los poetas, los editores, los que deseaban su autógrafo, los preguntones ociosos, los que tenían algo que decirle, alguna consulta que hacerle, tuvieron a orgullo sostener con él un largo diálogo. Entre los escritores conspicuos que fueron sus visitantes epistolares más asiduos sobresalieron, Vicente Riva Palacio, Joaquín García Icazbalceta, Guillermo Prieto, Victoriano Agüeros, Pedro Santacilia, Francisco Sosa y Luis González Obregón, de México; Manuel de la Cruz, Rafael María Merchán y José Joaquín Palma, de Cuba; Francisco Gavidia, Rubén Darío, Carlos A. Imendia, Ricardo Fernández Guadia y Rómulo E. Durón, de Centroamérica; Rafael Pombo y José Asunción Silva, de Colombia; Bartolomé Mitre, Miguel Cané, Juana Manuela Gorriti, Luis Berisso, Rafael Obligado, H. García Merou, de Argentina; ¿a qué seguir, si es más fácil señalar las excepciones?

"El Perú Ilustrado", una de las mejores revistas literarias de América, que se fundó en 1887, y en la que Palma era el centro de un

sistema solar resplandeciente, le sirvió a maravilla para ponerse al habla con la flor y la espuma de quienes eran entonces los más ilustres gobernantes en la república de las letras. Para todos ellos Palma era consejo y estímulo, lejanía seductora y proximidad afectuosa. Una carta suya era tácita convocatoria para participar en aquella anfictionía en que estaban los mejores estudiosos de la realidad americana. Palma era para ellos un peruano mitológico, un maestro invisible al que soñaban conocer algún día en su reino encantado de la metrópoli limeña, y cuando veían surgir sus letras a la sombra de la heráldica palma en que su ingenio hacía resplandecer las esmeraldas de la primavera sentían el grato alivio de la brisa o entraban en posesión del autógrafo codiciado, o percibían el cordial apretón de manos del animador o su espaldarazo benévolo. Lo imaginamos sentado frente a su mesa de estudio, leyendo con fruición su correspondencia y contestándola como si las cartas fueran airosos esquifes de papel que le daban la ilusión de viajar hacia todas las costas y las tierras firmes en donde ya era un signo de buen gusto leer sus "Tradiciones".

Las mujeres le pedían versos; los buscadores de madréporas en el mar sin fondo del pasado, le solicitaban escafandras; y como don Nicolás de Piérola, uno de los peruanos de mayor nombradía en aquel siglo, era uno de sus amigos, Palma veía llegar en enjambre las voces de los pedigüeños, pero no pidiéndole libros, sino solicitando "su influencia" para que el prócer les obtuviera un nombramiento diplomático, o siquiera de agente confidencial —como decía el ingenuo don Francisco de la Fuente Ruiz, que había fundado en México una revista para endiosar a los diplomáticos de inutilidad dorada—; y no faltaba quien le pidiese timbres postales del Perú, o que le consiguiera a su hijo una prebenda en París, como don Agustín Gómez Carrillo en una serie de cartas que equivalen a gemas. Y a todos contestaba don Ricardo y siempre les pedía noticias sobre libros, sobre política, sobre todo eso que sirve para construir la fisonomía de un país en que hay amigos que se dan en cariño y que acaso nunca se verán. De todo el hemisferio hispano-parlante recibía elogios, distinciones, admiración frenética, noticias que hilvanaría con el primor de quien sabe preparar filigranas y que coleccionaría con la paciencia de quien colecciona monedas raras para que la pátina las hermosee y la erudición las engalane. Don Ricardo a todos les contestaba; lo mismo a los que por correspondencia saben seguir el curso de una conversación, que los que vuelcan sobre el papel todo lo que les pasa por la mente; y si para él era un exquisito pasatiempo leer cartas y contestarlas, para quienes recibían las suyas era tanto como recibir un diploma.

Pocos tan bien informados en la América española como él por sus corresponsales devotos, desde don Pedro Santacilia en México, hasta doña Juana Manuela Gorriti en Buenos Aires. A través del torrente epistolar percibía el pulso de la guerra en Cuba, o de las investigaciones bibliográficas de García Icazbalceta o de la revolución "libertadora" en Nicaragua. Le eran familiares las preocupaciones de cada uno de nuestros países; y acaso nadie como él sentía la electricidad que se concentra en la carta que llega desde otros climas: era un fisiólogo de la americanidad sin discursos y sin condecoraciones; a veces el más gentil confesor espiritual, siempre el interlocutor imponderable. Y su curiosidad ilímite teñía sus palabras con esos matices misteriosos que sólo pueden darle quienes, como él, abrían las venas al tintero para vitalizar esa corriente de diálogo que ahora ya no es posible, como no lo sería dado a Balzac, si renaciera, irse a uno de los alrededores de París para tener el gusto de escribir cartas a sus amigos.

Don Ricardo ha reanudado su charla con los espíritus más distinguidos de su época y de su América. Le vemos reincorporarse. Su travesura, sus ojos de abuelo jubiloso, releen las hojas de papel en que iba construyendo, con las cosas de todos los días, como si cumpliese uno de los más agradables deberes, las noticias que el guardafaro recibe del viento y de la aurora; y su Lima excelentísima, a la sombra de los grandes recuerdos, ve pasar otra vez —como por un espejo de magia— el rostro innumerable de la América que cada vez que gozaba a Palma leyéndole se sentía orgullosa de él, y continúa orgullosa, porque con aquellas páginas le demostraba que el oro del Perú no era invención sino realidad deslumbradora.

Una carta inédita

Don Pedro Santacilia, el cubano que fué secretario de Benito Juárez y más tarde su yerno, sostuvo con Palma desde México la correspondencia más asidua. Un diálogo que duró mucho tiempo. Conversaban sobre letras y política de México, Perú y Cuba; pero también sobre los últimos libros, las últimas novedades literarias. Ambos eran anticlericales. Santacilia le tenía minuciosamente informado sobre las peripecias de la lucha armada por la independencia de Cuba y le proporcionaba noticias sobre los hombres de letras con quienes podía obtener libros cubanos (Varona, Alfredo Zayas, Vidal Morales y Morales). Las cartas de Santacilia no han sido publicadas aún y con ellas podrían formarse varios volúmenes, porque hay extensos reportajes sobre aquella guerra sin cuartel. De pronto afloran los recuerdos: "Ya leí el tomo

de poesías que U. me mandó —le dice el 8 de junio de 1892—. ¡Qué tristeza me dió encontrar en el prólogo cuando habla U. de la "bohemia literaria" el nombre de mi inolvidable Manuel Nicolás Corpancho! Juntos vivimos en el hotel Iturbide y fuimos amigos inseparables. Después nos separamos: yo me casé con la hija mayor de Juárez y seguí el destino de aquél y Corpancho se embarcó para la Habana para perecer en el mar. ¡Qué horror! Con Corpancho venía de secretario un joven Sánchez que también murió. ¡Qué triste destino! Ha llegado a esta ciudad, según he visto en los periódicos un poeta peruano que se llama Amézaga. ¿Le conoce U.?".

De las cartas de Santacilia fluye su odio antiespañolista. "Ya se publicó —escribe el 8 de febrero de 1894— pero todavía no viene, el segundo tomo de la "Antología de poetas hispano-americanos" que por encargo de la Academia da a luz el señor Menéndez Pelayo. Trata éste en ese volumen de los poetas cubanos, y como éstos son todos enemigos de España, ya imaginará U. cómo los pondrá el apasionado crítico, que ya en el tomo primero dijo tantas tonterías al hablar de los escritores mexicanos. Veremos lo que dice de los peruanos".

En otra carta —22 de septiembre 1896— le decía: "A Don Fulano de la Fuente Ruiz no lo conozco ni de vista y esto indicará a U. su poca o ninguna significación social. Es hace tiempo Ministro de Santo Domingo —y sólo lo conocen los del gobierno—. Estos, por lástima, le subvencionan un periódico que jamás he visto. Ahora representó a Nicaragua en el ridículo Congreso Panamericano que debía tratar de la Doctrina de Monroe y que se disolvió sin hacer nada como U. sabe. Ese Ruiz es el decano del cuerpo diplomático y los ministros europeos lo aceptan a revientacincha y con muchísima repugnancia. Por lo demás nada sé que afecte su moralidad personal".

He aquí la que me parece la carta más interesante de Santacilia para Palma. Lleva fecha 16 de febrero de 1892. Es uno de esos documentos epistolares que resisten la comprobación de sus informaciones. Santacilia, a pesar de su antiespañolismo candente y de su pasión política, nunca recurrió al insulto grosero o al vulgar epíteto. Su carta dice así: "Muy querido amigo: Escribí a U. hace cinco días dándole las gracias, que ahora le repito, por haber tenido U. la bondad de acordarse de mí, favoreciéndome con el envío de sus preciosas "Filigranas", que he leído con particular placer, como leo siempre cuanto U. escribe y llega milagrosamente a esta capital. Digo, "milagrosamente" —y éste será el *tema* de mi discurso, o lo que es lo mismo, el asunto de esta epístola, que acaso tendrá grandes dimensiones por ser mucho lo que tengo que decir".

"No faltan en estos tiempos astrónomos atrevidos que pretenden comunicarnos con la luna, y no hay nadie, que yo sepa, que haya procurado hasta ahora comunicar unas con otras a las repúblicas latinas del mundo de Colón, lo cual da por resultado que llamándonos hermanos, y estando unidos por los vínculos de la sangre, por la igualdad de la lengua, por la semejanza de las costumbres, por la identidad de las tradiciones, etc. vivimos en realidad tan aislados unos de otros que no nos conocemos, ni tenemos ocasión de estudiarnos y aun de ayudarnos unos a otros, con grave perjuicio de las personas que en todos esos pueblos se dedican al cultivo de las letras.

"No puede U. formarse una idea, amigo D. Ricardo, de la ignorancia en que aquí estamos respecto de los escritores de la "otra América", como dicen algunas gentes, y esto es tanto más doloroso, cuanto no nos sucede lo mismo con los escritores europeos, cuyas obras encontramos en todas las librerías.

"Aquí recibimos, por ejemplo, las novelas de Zola a los siete días de llegar a Nueva York, y sería poco menos que imposible, obtener un libro que se publicase en el Perú".

"Sólo de oídas sabemos que hay un insigne ecuatoriano que se llama Montalvo, y si tenemos noticia de que ha publicado una obra notable titulada "Los siete tratados", es porque nos lo ha dicho Rafael M. Merchán en alguno de sus buenos escritos impresos en Bogotá".

"De Rubén Darío apenas conocemos algunas poesías que nos han traído los periódicos de Centroamérica, y si sabemos que allí nació Irisarri y que éste publicó unos "Estudios filológicos" es por la circunstancia de que la edición de ese libro se hizo en Nueva York. Dios sabe cuándo lo hubiéramos leído si se hubiera impreso en Costa Rica".

"Yo leí de carrera en una noche "El Tabaré" de Zorrilla de San Martín que me trajo Guillermo Prieto porque no había aquí más que ese ejemplar y eran muchos los que deseaban conocerlo".

"No hay una sola casa en México donde no se encuentre la "María" de Jorge Isaacs por haberse hecho aquí dos ediciones copiando la que vino de París".

"Admírese U.: yo que busco con particular empeño los libros de escritores americanos, no conocía hasta hace dos meses, las "Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano" de Rufino José Cuervo. El ejemplar que poseo es de la *cuarta edición* y acaso ha venido a México por haberse impreso en Chartres, cosa que tal vez jamás hubiera sucedido si el libro se hubiera publicado en Colombia".

"Por la misma razón, es decir, por haberse impreso en París hace seis años tenemos ya aquí el tomo primero del "Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana" del mismo Cuervo".

"Para que U. pudiera formarse una idea de lo poco que sabemos, cuando sabemos algo, respecto de estos países, hubiera sido preciso que hubiese U. estado aquí, cuando la guerra inicua de Chile contra el Perú. Jamás supimos lo que pasaba en realidad, y si bien es cierto que aquí circuló con profusión una obra en francés, de dos tomos, hablando de aquella guerra, como *no había sido león el pintor* porque se trataba el asunto en términos apasionados, favoreciendo exclusivamente los intereses chilenos, no podíamos consultar aquel texto para saber la verdad".

"¡Qué más, amigo mío: todavía hoy no sabemos lo que ha pasado en Chile y cuáles eran en realidad los principios políticos que representaban en la lucha Balmaceda y los Congresistas —y no faltan gentes que aseguren seriamente y de buena fe, que es una farsa lo que se ha dicho del suicidio de aquel presidente".

"Ahora bien, amigo D. Ricardo: U. —que ha de estar en comunicación con todos los escritores de esa parte del mundo colombiano— no cree U. que podría hacerse algo, intentarlo siquiera, en el sentido de que se movieran en esta dirección los libros que se publican por esos rumbos?".

"Le diré a U. para su satisfacción personal que los únicos escritores de esa "otra América" que por acá se conocen, son Andrés Bello y U. por supuesto, que ni por un ojo de la cara, como decía Sancho, encontraríamos aquí en ninguna librería esas ocho series o tomos de tradiciones publicadas por U. —pero con frecuencia las dan aquí los periódicos, tomándolas de periódicos de otras partes— y ayer mismo ha aparecido una de ellas (que hoy remito a U.) en alguna de esas publicaciones".

"De Bello pocos conocen su tratado de derecho internacional y su Antología —pero en cambio, todos los que sabemos leer, guardamos en la memoria su "Silva a la agricultura" y consultamos su gramática, prefiriéndola naturalmente, a la de la Academia que nos vino de Madrid".

"Lo dicho, amigo D. Ricardo: es preciso hacer algo: escriba U. a todos los literatos hispano-americanos; dígales U. que aquí se colocarían cuantos ejemplares se enviasen de sus obras —porque aquí se lee mucho y se pagan los libros más caros que en ninguna otra parte del mundo. Yo creo que si esos escritores tuviesen buenos corresponsales o agentes en Nueva York, por ejemplo, sería muy fácil hacer venir de allá los libros y aun llevarlos de allí a Cuba, donde hay también mucha afición a la lectura".

"Más de 20 años hacía ya que D. Vicente G. Quesada había publicado sus "Crónicas potosinas" y yo no conocía la obra, hasta que aquel caballero vino el año pasado de Ministro Plenipotenciario de la República Argentina, y me regaló un ejemplar de su libro".

"Es indudable que hay barcos que sacan cacao de Maracaibo, tasajo de Montevideo, guano del Perú, café del Brasil, azúcar de Cuba, plata de México, etc., y si eso es así ¿qué inconveniente puede hacer en que también saquen libros, cuando también es *mercancía* que se vende perfectamente?"

"Adiós amigo mío: me duelen los dedos de tanto escribir, y lo siento porque todavía hallo paño largo en qué cortar".

"De U. como siempre admirador y amigo que mucho le quiere. *P. Santacilia*".

"¿Recibe U. el "Judge" y el "Puck" de Nueva York? ¡Qué tremendas y qué humillantes para Chile son las caricaturas de esos dos periódicos! Remito a U. el periódico que publicó la tradición de U. "La victoria de las camaroneras".

El tradicionista

RICARDO PALMA creó un género literario al dar vida a sus "Tradiciones". A pesar de que muchos escritores de su época intentaron imitarle, no les fué posible adentrarse en la técnica de Palma, que le permitía hacer uso de ingredientes que le eran familiares: erudición y gracia, dón de decir, escogencia de personajes que sabía mover con la destreza del dramaturgo frente a sus esperpentos. No pocos le han llamado historiador; pero no lo era, en verdad, tan sólo un viajero a través de ese mundo fantástico que tuvo por centro a Lima y en que se había instalado como un señor a quien acudían, en tropel, llevándole presentes, muchos que sin haber ocupado solios envidiables tuvieron momentánea personalidad y el privilegio de cartearse con él. Palma sabía recrear las escenas mínimas en que el solemne y el humilde, el truhán y el caballero, dejaron constancia de sí mismo; y él, pintor imaginero, miniaturista, director de comparsas, se sentía feliz cambiándolos de sitio, haciéndolos hablar y reír.

Entre aquellos que han hecho literatura "colonialista", sobresalen: Luis González Obregón ("México viejo y anecdótico", "Vetusteces", "Croniquillas de la Nueva España"); Jorge de Godoy ("El libro de las rosas virreinales"); Julio Jiménez Rueda ("Mosén" y "Novelas coloniales"); Genaro Estrada ("Visionario de la Nueva España"); Manuel Horta ("Vitrales de capilla") y Francisco Monterde ("Los virreyes de Nueva España" y "Perfiles de Taxco").

En Chile Benjamín Vicuña Mckenna ("Historia de Santiago"). En el Perú Clorinda Matto de Turner ("Tradiciones cuzqueñas") y José Antonio de Lavalle ("Estudios históricos"). En Puerto Rico Cayetano

Coll y Toste ("Crónicas de Arecibo" y "Leyendas puertorriqueñas") y en Cuba Alvaro Iglesia y Santos ("Cosas de antaño", "Cuadros viejos" y "Tradiciones cubanas").

Pero nadie ha tenido más empeño en dorar la píldora del sucedido, recargando los abalorios, como Artemio de Valle Arizpe, el embaucador que sabe entretener a sus lectores con relatos truculentos en los que cree, y en palabras del español obsoleto, presentándose con su museo de antigüedades en el que no faltan el reloj de cuco y la imagen del beato Martín de Porres que —según asevera— es el único bibliotecario que defiende al libro contra las asechanzas del ratón. En la bibliografía de Valle Arizpe figuran: "Amores y picardías", "Cuadros de México", "Tres nichos de un retablo", "Historias de vivos y muertos", "Del tiempo pasado", "Leyendas mexicanas", "Calle vieja y calle nueva", "Cuentos del México antiguo", "Libro de estampas", y a última hora "La güera Rodríguez".

El oficio de Palma

Por la devoción diaria a su oficio —las letras— Palma es uno de los próceres de la cultura hispanoamericana. Además de sus trabajos en pro de la cooperación intelectual, fué un bibliotecario que leyó muchos de los libros que habían confiado a su custodia, y, como un señor de las letras, un enamorado del español popular de América. Sus "Neologismos y americanismos" le dan derecho a perdurar en primera línea, en ese grupo de investigadores que se han preocupado fervorosamente por hacer exploraciones en la historia americana de nuestro idioma: el chileno Zorobadel Rodríguez, el peruano Juan de Arona (Pedro Paz Soldán), el argentino Daniel Granada, el puertorriqueño Arturo Malaret, los mexicanos Joaquín García Icazbalceta y Francisco J. Santamaría, el costarricense Carlos Gagini, el salvadoreño Santiago I. Barberena, el colombiano Cuervo, el hondureño Alberto Membreño y otros más que hacen larga la nómina.

A pesar de su dominio del español de los clásicos, le fascinaba oír el del pueblo, creador del idioma; el pueblo, de donde venía orgullosamente y que, al tratarlo, le permitió que se refinara su ironía ancestral, y devolvérsela sin usura, con júbilo, como quien se enriquece al dar.

Rafael HELIODORO VALLE.

Dimensión Imaginaria

POEMA DEL HOMBRE

Por *Raúl LEIVA*

...lo poético lo considero como profundamente relijioso, esa relijión inmanente sin credo absoluto que yo siempre he profesado.

Juan Ramón Jiménez.

ERA la lenta noche derramada,
era su labio abierto, inútil, desflorado
sobre la Nada de absoluta forma.
Y era lucha primera, original,
entre el creador espíritu maduro,
enfrentado al No Ser, a la honda ausencia
de los cuerpos y seres todavía en el sueño.

Primera lucha cósmica, desnuda,
entre la Nada de vacía esencia,
y el Ser de plenitud que batallaba
desde su sueño, milenario, eterno.

Fué del combate elemental y puro
que surgieron las formas y su esencia:
la tierra henchida de redondos frutos,
el aire limpio de constantes pájaros,
el mar de oleaje azul y transparente,
el universo todo, deslumbrado.

Ante la noche de invasora sombra,
de plumaje violento y angustiado,

Elohím creó la llama combatiente
que originó la luz y sus racimos
de iluminados frutos, áureos, tibios.

Y no nacía el Hombre todavía.

Entonces sí *la acción fué la hermana del sueño:*
con la palabra ya nació el Deseo,
transformador de realidad intacta,
hacedor de los mundos, todopoderoso.

La lección fué celeste:
antes que el Hombre naciera de la tierra,
de su quemante polvo, perecedero, estéril,
ya los cielos tronaban olímpico torneo.

Amasado en relámpagos, incandescente y vivo,
Luzbel de espada altiva, diamantina,
lirio desnudo, puro sueño lírico,
rebelaba sus ángeles despiertos,
contrario al estatismo de los cielos.

¿Quién fué el vencido, quién triunfador
en el combate alado, planetario?
Dividióse el Imperio:
el Bien y el Mal sojuzgaron los mundos
ya para siempre hostiles, demarcados,
tatuados de fronteras.

Y no nacía el Hombre todavía.

CIELO deshabitado, sin ángeles, ausente.
¿Quién adoraba a Elohím?
¿Quién de él cautivo en cantos le soñaba
de transparentes éxtasis ardido?
¿Cómo concebirle sin el fervor
—madera deificadora y magnífica?

El Hombre fué entonces necesario:
nació del fértil barro,
inocente y desnudo, sin sombra de Pecado:
nutrió la tierra toda de presencias,
de plástica materia,
de voces ignoradas, de llanto
—semilla de la Angustia.

Elohím formó al Hombre
para en su espejo oscuro contemplarse.

Y fué la soledad floreciente,
el pájaro primero, apasionante,
milagro esbelto y puro de lo increado.

Adán finito y sollozante,
dueño de tierra y desterrado,
medida del exilio,
gran solitario, rey y esclavo
de no concebible paraíso.

Luzbélicos arcángeles rondaron a su sueño,
aumentaron el muro de su angustia,
fijaron su destino.

Elohím, su faena,
en el polvo se hundieron:
nació el destino trágico del Hombre,
creció el Deseo y se pobló ya el mundo
de altivas voces de emoción: relámpagos.

Luzbel cruzó —serpiente iluminada—
sobre el naciente cielo
inconmovible, alado.

Había ya surgido la escultura,
la magia de los cuerpos encendidos,
el ritmo alucinante de las formas.

¿Qué es Eva sino la armonía esplendente,
el acento diabólico de una emoción recién nacida?
Con ella advino la lucha,
el oleaje tan vasto de los días,
el fervor y la angustia.

Madre de la nostalgia, de su seno nutricio
bebimos el deseo, lo ardiente de las ansias:
el sueño de ser hombres de pie sobre la tierra
en minerales aires encendida.

Y el Hombre creció dentro del sueño:
se hizo poeta, guerrero, sacerdote,
amante rendido del misterio,
de la luz, de la fuerza.

Eva, raíz y símbolo,
sostuvo el deseo de conquista,
su anhelo de infinito:
puente de su constancia,
cima inefable, eterna búsqueda.

Cuerpo de mitológicas esencias,
medida oscura, aniquilante,
tras su radiante sombra, ensimismado,
camina el Hombre siempre,
buscador de sus aguas, de su magia rebelde.

En el torneo del Amor vencido,
el Hombre sueña de nostalgia lleno,
en una edad remota, sorprendente,

cuando dueño fuera de la tierra,
libre y sediento, como corzo herido.

Terrenal paraíso era su mundo
con Eva tierna y salvaje a su costado.
Mas el deseo en forma de serpiente
con luzbélico hechizo le sorprende
y a edificar su muerte le encamina.

Muerte de ojos oscuros, de frutales labios
entreabriendo la zona del olvido.
Allí el sueño en ramajes le sostiene
y un fruto entrégale, radiante y puro:
la sangre resurrecta, el hijo tierno,
el río de la especie que borbota
en un oleaje para siempre abierto.

Nace la vida y el destino nace
con derrotados ecos del destierro:
un ángel fiero con quemante espada
al Hombre expulsa del edén perdido.

Fruto del tiempo del herido exilio,
él construye su mundo, inventa el odio,
ya para siempre llama de su sangre.

Antigua lucha milenaria
entre el Deseo y Dios. Triunfó el primero.
Desde entonces batallan en la tierra
antagónicas ansias y quimeras.
Unos combaten por la paz, la dicha,
la justicia de imagen escondida;
otros por la belleza de la forma,
por la música alada, por el vino,
por el poder o por la Poesía.

El Hombre inmerso en la veloz corriente
ciego construye espadas y deseos
(olas, mareas, frutos hondos, labios)
en contra de los muros de la Muerte.

DEL vasto muro de las aguas nace
esta forma de río indetenible,
imagen pura del Deseo.

La historia se ilumina con el fuego
a los dioses robado altivamente:
el Hombre es Prometeo combatiente,
raíz de mitos, árbol
que al cielo lanza su deseo invicto,
nido de pájaros, aliento de tormenta,
altibajo de un mar desesperado.

Conquistador del fuego,
de su inconstancia de mielosa lumbre,
el Hombre rompe el muro:
en su calor enciende el entusiasmo
con que a la Muerte enfréntase, cautivo.

En la razón del fuego fúndase la vida:
del madero llameante Amor renace
nutrido de cenizas y de olvido.

El odio de su aceite se acoraza
y en su codicia y resplandor se embriaga.
Mete las manos en la llama el Hombre
y extrae áureas pepitas o palabras
con las que un mundo de pasión construye.

El Fuego es el hermano del Deseo.

Esta corriente que a mi voz enciende
de sus jugosos frutos se alimenta
aunque luego no quede sino polvo
y ceniza mortal en el sendero.

Una música de alas, victoriosa,
enciende un sol gozoso sobre el muro:
señala en aire de certeras flechas
un tiempo nuevo que del fuego aflora.

Unos, futuro llámanle; los otros, Esperanza.

EN en el mundo los cuerpos lentos nadan,
se alargan, caminan, giran, vuelan;
con grave arquitectura, con alado ritmo
su pasión gobiernan.

El movimiento lento, la ardiente correntada
de la profunda sed,
sueño del tiempo encierra,
de dicha sorprendida.

Amo los cuerpos tibios en el soñar anclados,
amo su continente de carne apaciguada,
su vegetal corriente, su telúrica lumbre.

Amo, sí, de los cuerpos el vigoroso impulso,
el hambre de equilibrio que su ritmo sostiene,
el suave ondulamiento de los tendidos miembros
en la región luciente de los aires.

Embriaguez de los cuerpos por el sol encendidos,
nutridos de absoluto, de floreciente llama
que en miel y en flor perfecta les erigen.

Unos al aire ascienden, mas pronto inmersos caen,
erectos en la gracia transparente del aire,

en el agua que tibio hueco brinda
al ave humana erguida en el espacio
como una flor de carne, resurrecta.

Extasis de la forma,
corriente de esplendor que el cielo baña
de Primavera refulgente.

Los cuerpos dentro el agua, mundo claro,
como pájaros vuelan, lentos nadan,
gobernando con ritmo cristalino
su pulso de ángel, su función de estrella.

Un mundo de alas, de entreabiertos labios,
de manos que son pájaros se eleva
hasta el naciente, alucinado cielo.
Un mundo de ojos, de desnudas frentes,
de cabelleras por el sol bruñidas
en el viento se agitan, banderolas.

Un tiempo de manzana
y de encendidos labios
impulsa en vasto oleaje a nuestro sueño:
Ya el Hombre no combate por tierras o mercados,
o por brindar la gloria a féminas esquivas:
hoy batalla entrañable por la tierra de todos;
por el hermoso mundo deseado por el pueblo.

La lucha de fértiles esencias
es entre el Bien y el Mal, aunque las apariencias
engañen con ilusas vestiduras
al que consciencia terrenal no tiene.

Cuando el ojo del Hombre no miraba
sino su aherrojante conveniencia,

se lanzó a combatir en las Cruzadas
de vanos horizontes enjaulados.

Hoy la batalla terrenal y ardiente
no busca conquistar cielos vacíos
sino la tierra toda para el Hombre,
para aquél que en sudores palpitantes
cultiva la Justicia en noble orgullo:
moderno Anteo esbelto, fértil roble.

Desde lo oscuro de los sueños,
desde el remoto tiempo, ensimismado,
se desborda el destino por cumplirse.
Con gotas de agua, con pujantes ríos,
con mares de verdosa muchedumbre
hemos de alzar el mundo que anhelamos.

Y no es un sueño lírico:
será verdad concreta, alegría del mundo,
rama de verde trigo, Primavera radiante
de todos nuestros hijos, de los hombres que vienen.

Un día ya asomante,
de puros labios jóvenes abiertos
habrá de conmover el horizonte.

No importa que el demonio de la Muerte
nuestra sangre derrame sobre el suelo.
Cada gota violenta de la vida
habrá de florecer en nuestro pecho.

GARCIA LORCA Y EL PRIMITIVISMO LIRICO: REFLEXIONES SOBRE EL "ROMANCERO GITANO"

Por *Juan* LÓPEZ-MORILLAS

I

POCAS tareas hay tan difíciles para el crítico como la de ofrecer en breve espacio el perfil de un poeta contemporáneo y, en particular, de un poeta que, como Federico García Lorca, incita en el lector atento un caudal tan rico en sugerencias y cogitaciones. La índole de estas dificultades se nos aparece en una doble vertiente. Por un lado se tropieza con un problema de perspectiva. La vida de García Lorca es coetánea a la nuestra, es parte de una básica realidad humana que, en cierto modo, nos sustenta también a nosotros. Entre él y nosotros existe una intimidad histórica. Con él compartimos un espacio de tiempo o, más precisamente, una masa de prejuicios, de impulsos y de objetivos artísticos e ideológicos; en suma, somos copartícipes de una común psicología cultural. Pero esta intimidad, por halagadora que parezca, es el mayor obstáculo en una auténtica comprensión. Comprender es, ante todo, despegarse de las cosas, establecer una distancia ideal entre la persona que desea comprender y la cosa que ha de ser comprendida. Comprender a García Lorca, y no limitarse sólo a cubrirle de adjetivos pegadizos, supone un alejamiento. Nos desembarazamos de los lazos que a él nos unen, nos apartamos de él y, una vez recobrada nuestra libertad de acción crítica, nos ponemos a observarle desde varios puntos de mira. Dicho de otro modo, tratamos de hacer, en cuanto al tiempo, lo que el pintor hace en cuanto al espacio. Poco importa que logremos o no nuestro propósito. Baste recordar que tal procedimiento es el único que puede abocar a una genuina comprensión.

En la vertiente opuesta la dificultad se acentúa, ya que el crítico tiene que habérselas con una transposición ilusoria de

medios de expresión. El lenguaje del poeta moderno está caracterizado por una condensación extremada. Sus figuras e imágenes suscitan, mediante una feliz selección, la dual cualidad de ser a la vez lacónicas y expansivas. Consideradas aisladamente, tales imágenes pueden acusar a primera vista una sencillez candorosa e infantil, como si el poeta se propusiera congraciarse con nosotros empleando deliberadamente palabras de cuño ordinario. Pero si ahondamos un poco echaremos de ver que la imagen concreta, al igual que los famosos canales de un planeta vecino, se borra a medida que se va enfocando nuestra curiosidad y, parejamente, ensancha su significado original, trocándolo en una nebulosa de imprecisas sugerencias y vagas alusiones. Esta sustitución de *significado* por *sugerencia* es, claro está, el rasgo genial de casi toda la poesía radicalmente moderna, gran parte de la cual manifiesta una notable pobreza verbal unida a una incomparable riqueza sugestiva. Y así ha de ser, porque no podemos exigir al poeta que nos explique o defina nada. Si lo hiciera, cesaría por ello mismo de ser poeta. Sin parar mientes ahora en lo que pueda ser el lenguaje poético, podemos desde luego afirmar que no es ni definidor ni explicativo.

Por otra parte, el lenguaje del crítico es eminentemente lógico o, si no lo es, debiera serlo. A nosotros, que nada tenemos de poetas, no nos cabe hablar de poesía en lenguaje poético, pues tal cosa sería una ingerencia paródica en la función del poeta. Nuestra función, al hablar de cosa poética, consiste en ver si es posible trasmutar la *precisión poética* en *precisión lógica,* sin destruir la poesía al hacerlo. Hay serios motivos para dudar que esa trasmutación sea posible. Y cuando nos encaramos con el estudio de un gran poeta, como Bécquer, por otro gran poeta, como Jorge Guillén, nos sentimos inclinados a concluir sin más que sólo un poeta puede comprender y explicar a otro.

II

ENTRE los numerosos estudios, comentarios, notas y apostillas, que han llovido sobre García Lorca durante estos últimos años, escogemos al azar un número especial que la revista *Méduse,* de Tolosa (Francia), le consagró en 1947. En él se lee que el "fantôme [de lorca] n'a cessé de parcourir l'Europe

en appelant *camarades* tous les hommes qui devaient mourir comme lui pour la seule cause que défendront toujours les poètes". No esclarece el articulista cuál pueda ser la "causa única" por la que deben morir peleando los poetas, pero el contexto de este *Souvenir de Lorca* deja entrever que se trata de la lucha contra el fascismo. Es, claro está, una causa dignísima, pero no hay razón bastante para inferir que, en defensa de ella, se apresten los poetas a ocupar necesariamente la línea de vanguardia. El hecho es que la defensa de una causa, por meritoria que ésta sea, no realza automáticamente la valía de un poeta como tal poeta, aunque sí puede realzar su valía como hombre. Es más, no sería aventurado postular la doctrina opuesta, a saber, que el valor de un poeta mengua en medida igual a la en que su poesía se subordina a la defensa de una causa, en el sentido que de ordinario se da a esta expresión. Víctor Hugo no da lo mejor de sí en *Les Châtiments,* que es, por lo demás, una eficaz embestida contra Napoleón III; la fase proletaria de Alberti es, en nuestra opinión, inferior al resto de su obra; y los poemas políticos de Carducci ganan en utilidad beligerante precisamente lo que pierden en valor poético. No queremos nosotros, sin embargo, dar la impresión de que la "defensa de una causa" no tiene cabida en la poesía. Queremos sólo subrayar que si un poeta resuelve valerse de su poesía como instrumento para defender una causa, habrá de resignarse a que su poesía sea juzgada como poesía, buena o mala, y no entender que el mérito de la causa contribuye *per se* al mayor mérito de su poesía.

Ese pasaje de *Méduse* es característico de la equivocada valoración que algunos críticos franceses y norteamericanos han dado a la vida y obra de García Lorca. Se ha puesto de relieve el holocausto del poeta a la barbarie fascista y, como consecuencia irremediable, se le ha rodeado de una atmósfera emotiva que amenaza oscurecer su vigorosa personalidad lírica. El asesinato fué bárbaro, monstruosamente estúpido, y justifica plenamente el horror que aún hoy causa recordarlo. Ahora bien, conviene que en la sombra de ese horror no se diluya el verdadero mérito del poeta. Porque, ante todo, debe tenerse presente que García Lorca no es un poeta ideológico, que se mantuvo alejado de la turbulencia política de su tiempo, y que en ninguna de sus obras (ni siquiera en *Mariana Pineda)* puede decirse que haya emprendido inequívocamente la de-

fensa de causa alguna que no sea la del auténtico poeta: la causa de la poesía.

III

García Lorca, repitámoslo, no es un poeta de *ideas;* es un poeta de *mitos;* y el mito empieza en la linde misma en que acaban las ideas. El desarrollo del entendimiento humano es, en lo sustancial, la historia del reemplazo del mito por el conocimiento objetivo. Zonas enteras del espíritu, estructuras de creencias que en el hombre primitivo eran incumbencia del mito han caído bajo el dominio de la razón. Para sustraerse al embate del intelecto, el mito ha tratado de retener, si no su identidad, al menos el simulacro de ella, invadiendo el ámbito del arte en calidad de función auxiliar, como instrumento ornamental y formalista de belleza. De esta manera el mito ha contribuído a la creación de obras como la *Eneida,* el *Paraíso perdido,* el *Quijote.* No es éste, sin embargo, el género de mito en que nosotros pensamos aquí al referirnos a García Lorca como "poeta del mito". Por bajo de la razón, en el subsuelo de lo irracional, circulan aún creencias vagas e informes, impulsos insospechados, terrores indescifrables, que acechan el momento en que, cogiendo desprevenida a la razón, probarán a suplantarla. Así concebido, el mito puede ser considerado como una fuerza atavística que retrotrae al hombre a ese pasado inmemorial en que, siendo aún embrionaria la razón, la vida se le revelaba como un pujante, amorfo y siniestro derrame de energía, una suntuosa exhibición imaginativa, coartada sólo por la presencia de fuerzas incógnitas y divinidades ariscas y caprichosas. Ha de verse, por ende, en el mito la sustancia original que mantiene unidos a los hombres todos, pues al empujarlos hacia el remoto pasado de la raza, el *pasado mítico,* trata de sacar a luz lo que en ellos hay de común y primario.

Pero, en realidad, ¿hay algo originario y común a todos los hombres? ¿Será posible descubrir en la vida humana un núcleo irreductible que sirva de centro de gravitación a las dispares actividades del hombre? En la lírica de García Lorca parécenos ver implícita una respuesta afirmativa, y esa respuesta coincidiría con lo manifestado en investigaciones recientes sobre la índole del mito. En palabras de Susanne K. Langer, "el mito. . . es un reconocimiento de conflictos naturales, del deseo

humano frustrado por potencias no humanas, por la opresión hostil, o por deseos contrarios; es la historia del nacimiento, pasión y derrota por la muerte en que consiste el común destino del hombre".[1] Para García Lorca, también, el mito sería la expresión del conflicto radical que llamamos vida, una visión del mundo como exigencia del hombre por afirmar su individualidad ante fuerzas tan brutales como indomables. Fácilmente se percibe la noble y heroica naturalidad con que el sér humano admite el desigual combate, y su negativa a aceptar la derrota final. Contra el enjambre de enemigos que le hace frente sólo puede contar consigo mismo. Y su intrepidez, lejos de ser un gesto impulsivo de bravata, brota directamente de la conciencia de su deber como miembro de la raza. Prometeo, encadenado a su roca, es el arquetipo del hombre. Por boca de Esquilo nos dice: "Yo anticipé mi suerte, y si erré, erré de propósito, comprando el bienestar del hombre con mi propio dolor".

No faltará quien crea que mito es sinónimo de irracionalidad, o, más aún, que es un vocablo usado para encubrir decentemente la animalidad básica del hombre, la *bête humaine.* Tamaña suposición andaría muy lejos de la verdad. Si bien surge de la irracionalidad, el mito trata de superarla creándose un contorno preciso. Un mito aislado es una entidad dotada de sustancia y forma. Posee una validez objetiva tácitamente aceptada por quien, al recibirlo, llega a mirarlo como algo independiente, y se inclina ante él como ante una encarnación. Pudiéramos llamarlo, con expresión favorita de don Quijote, "la razón de la sinrazón". Cualquiera que pueda ser el íntimo contenido de un mito, cabe asegurar que siempre será la delimitación y purificación de un impulso irracional. De ahí resulta la precisión ritual, el formalismo minucioso de que el mito se reviste. Y esa mezcla de mito y rito que llamamos religión nos facilita un excelente ejemplo.

García Lorca diría, y con razón, que es menester buscar el mito no sólo en los albores de la humanidad, sino también en el presente vivo. Hombre imaginativo e ingenuo, sus ojos se abren ante el mundo como ante una brillante cascada de formas espontáneas. Está libre de la insistencia intelectual en trastrocar la realidad, en reducir la naturaleza a las líneas de una estructura preconcebida. Le trae sin cuidado lo que el metafísico y

[1] *Philosophy in a New Key,* "The Roots of Myth", (1942).

el hombre de ciencia llamarían "el orden natural". Tiene la sencillez e impulsividad del niño, y casi nos atreveríamos a llamarle *pueril* a no ser por el sentido peyorativo que a menudo se asocia a este vocablo. El niño dispara en rededor de sí miradas tan vacías de prejuicio como llenas de avidez. El universo se dilata ante él a manera de una masa indiferenciada, en la que el color ahoga a la línea, como si la retina indócil no hubiera todavía aprendido a posarse con caricia en el contorno de las cosas. El asombro reemplaza a la comprensión, y la impresión sustituye al análisis. La vida es un espectáculo, el supremo espectáculo, y el mundo de las formas brinca y se retuerce en febriles corvetas. Pero es también un mundo medroso. Cada forma, cada sombra puede, súbita e inexplicablemente, revestirse de un aspecto grotesco y amenazador. Ignorante de la ley de causalidad, el niño se sobresalta ante el murmullo de la enramada, el crujido de un mueble o el estruendo de una tormenta estival. Entre su alegría ilimitada y su terror infinito el fiel de la balanza señala un precario equilibrio.

Este es el mundo primario, elemental. Este es el mundo que García Lorca se propone descubrir de nuevo zambulléndose bajo la superficie de la vida contemporánea y acercándose a aquellas masas de humanidad apenas rozadas aun por el mecanismo e impersonalidad de una civilización alimentada por el intelecto. Igual que Gauguin, el poeta está obsesionado por el "enfant de la nature", por ese ejemplar humano dichosamente olvidado en las hondonadas e intersticios del planeta. Contrariamente a Gauguin, García Lorca no se contenta con perpetuar a sus criaturas líricas en una acabada articulación de formas artísticas. El gitano de nuestro poeta es también el "enfant contrarié", esto es, empujado, oprimido y con frecuencia aniquilado por sus mayores, por quienes obran en nombre de la razón, la ley, la moral y la conveniencia. Hablando con propiedad, la poesía de García Lorca dramatiza el conflicto entre el mito primitivo y la idea moderna.

IV

Es en el gitano donde debemos buscar la clave para descifrar el primitivismo del poeta. García Lorca se crió en un ambiente en que el gitano había llegado a hacerse indispensable, no ya el miembro de la raza trashumante que había atraído a Prosper

Mérimée, George Borrow y Washington Irving, sino un individuo sedentario cuya presencia confiere al granadino Sacro Monte y al sevillano barrio de Triana una notable singularidad. Conviene no desentenderse de este cariz urbano de los gitanos de García Lorca, pues en ese urbanismo está implícito el conflicto de que se nutre gran parte del *Romancero.* El gitano que vive en la ciudad se ha sometido *ipso facto* a una mengua de su libertad, a una limitación de su facultad de obrar. Decimos que se *somete* a esa mengua, no que la *acepta,* como un niño se somete a que lo encierren en su cuarto sin que por ello acepte esta forma de castigo, o se resigne a ella. Nada se sabe de cierto acerca de las circunstancias que llevaron al gitano español a cambiar en sedentaria su previa existencia errabunda, pero no es improbable que en ello anduvieran recelos públicos y bandos municipales. En las andanzas de la tribu, en sus imprevistas idas y venidas sobre el lomo del horizonte, el tímido ciudadano vería una amenaza, a menudo justificada, a su persona y hacienda. Y, poco a poco, quizá obligara al trotamundos a echar raíces, a establecerse en la periferia de los pueblos donde, estrechamente vigilado desde entonces, el gitano ha llevado una vida marginal, siguiendo con la mirada la línea imaginaria de la caravana a lo largo del camino polvoriento.

El conflicto entre el afán del gitano por vivir sin trabas y su forzoso sedentarismo simboliza, en reducido ámbito, el conflicto de mayor cuantía entre el primitivismo y la civilización. Como símbolo, ronda con insistencia los poemas del *Romancero gitano.* Lo columbramos en la monja gitana que, junto a la celosía de su austera y enjalbegada celda, sigue con los ojos el raudo galope de dos caballistas por el llano trémulo de sol. Lo percibimos en Antoñito el Camborio quien, haciendo vía despreocupada a la plaza de toros de Sevilla, se rinde sin lucha a la guardia civil y, con ello, se deshonra ante sus compadres. Lo sentimos en los gitanos aterrorizados que, sorprendidos en alegre festejo, son atacados a tiros y sablazos por un piquete de guardias. Sencillo e insuspicaz, el hombre primitivo se ve estrujado por una máquina compleja y deshumanizada que él ni ha fabricado ni comprende. De ella no conoce más que la fría y metálica eficacia para destruir lo que él más estima: su libertad. La ley, el orden, se le aparecen como "una vaga astronomía de pistolas inconcretas", y las instituciones sociales, igual que la guardia civil que las encarna, "tienen. . . de plomo las calaveras".

V

No es éste, sin embargo, más que un aspecto del gitano de García Lorca, el lado negativo, el reverso, como si dijéramos, y en él se reflejan únicamente aquellos factores que tienden a restringir lo que es atributo esencial del hombre primitivo, a saber, su libertad de obrar. En el anverso, García Lorca pone de relieve las fuerzas rudimentarias que perfilan la psicología del "enfant de la nature". Tales fuerzas, subrayémoslo, son espontáneas y concretas, y dibujan la irrevocable trayectoria que una voluntad sin freno imparte al acto más simple. Pudiera decirse que, en su ahinco por obtener lo que quiere, el gitano exhibe la grácil y elemental destreza con que el tigre salta sobre su presa. Pero quizá esta comparación sea forzada. Aunque espontáneos y directos, los actos del hombre primitivo deben, por necesidad, plegarse a las exigencias del rito. El que obra tiene que ajustarse a un mínimo de normas de que dependen la estabilidad y el bienestar de la tribu. Pero, con esa salvedad, el mundo es suyo.

La violencia es la consecuencia inevitable del acto voluntarioso, pues la voluntad misma es, en cierto modo, una forma de violencia. La función de la voluntad consiste en adueñarse de algo fuera de sí misma y, a ese fin, dirige y regula la acción. Querer algo es violentar algo, arrancarlo del lugar que ocupa en el contexto de las cosas, y apropiárselo como indispensable al sujeto volitivo. Es más, la voluntad parece tener esta característica de violencia aun en aquellos casos en que no conduce a la captación real de su objeto. El legislador bíblico que, entre los Diez Mandamientos, incluyó la prohibición de desear a la mujer del prójimo, da prueba de un fino discernimiento psicológico al par que de un miramiento loable por la estabilidad social. Se percata de la violencia implícita en el mero desear a la mujer del vecino, aunque tal deseo no se plasme en acción.

Pues bien, el mundo poético de García Lorca emerge de un fondo de violencia, y algunas de sus imágenes más felices incorporan la violencia voluntariosa y transitiva de las cosas inanimadas: "el viento, furioso, muerde"; "el monte, gato garduño, eriza sus pitas agrias"; "con el aire se batían las espadas de los lirios"; "la higuera frota su viento con la lija de sus ramas"; "el cielo daba portazos al brusco rumor del bosque";

"las estrellas clavan rejones al agua gris". En resumen, el mundo se afirma en el choque espasmódico de sus formas. La naturaleza es una fuerza genésica cimarrona y despiadada que trasmite a sus criaturas el frenesí de la propia crueldad. Su progenie favorita, el hombre, imita el alocado ejemplo de la madre y, en consecuencia, desenrolla su vida en una sucesión de acciones violentas. Pero, lejos de acongojarse por su existencia tormentosa, la acepta bizarro y busca en ella la plena afirmación de su masculinidad. La vehemencia de los gitanos de nuestro poeta no es, como sucede con hombres más racionales, momentánea y explosiva. Mana continuamente. Sus efectos, por extremosos que sean, son considerados como naturales y francamente admitidos, sin extrañeza ni remordimiento. Ningún hombre que sea hombre puede, en caso parecido, obrar de otra manera. La única obsesión del gitano está en ser hombre, o, si se quiere, macho, en comportarse, según dice el poeta, como un "gitano legítimo", de acuerdo con la básica espontaneidad de su ser, cuya afirmación da sustancia y sentido a su vida. Esa es la razón de que, en el episodio de Antoñito el Camborio arriba mentado, el hecho de no hacer frente, navaja en mano, a la guardia civil sea interpretado como una traición a la masculinidad radical, traición que implica, no ya sólo a quien la hace, sino a la raza entera. Los compadres de Antoñito pueden decir con justicia que no es "hijo de nadie", que no es un "legítimo Camborio". Y su rehabilitación no llegará hasta que, más tarde, peleando solo contra los cuatro Heredias, cae segado por las navajas de éstos. Nosotros quizá viéramos algo heroico en la desigual contienda. El gitano, en cambio, estima que Antoñito no ha hecho nada fuero de lo común. Se ha comportado solamente como un "gitano legítimo".

VI

Si se concluye que la voluntad es la sustancia, y la violencia la forma, de la vida del gitano lorqueño, se comprenderá que sus pasiones y creencias tengan como cimiento la violencia voluntaria. El amor, por ejemplo, desecha su envoltura sentimental y queda reducido a la aspereza de un iracundo deseo. El equilibrio entre amante y amado, tan fundamental en nuestro repulido concepto de esta pasión, es algo que desconocen los gitanos del *Romancero*. El ser amado no es sino el objeto en

que se agota la violencia sexual del amante. Podría añadirse, quizá con alguna paradoja, que incluso el deleite físico desempeña un papel secundario, como resultado, y no como motivación, del impulso sexual. Hay algo sobremanera sádico e impersonal en esta embestida primaria que el hombre, en etapas más avanzadas de su desarrollo psíquico, ha tratado de desbravar o, por lo menos, de metamorfosear en vínculo duradero y ventajoso. Dotado de volición rectilínea y absorbente, el hombre primitivo que es el gitano lorqueño siente como necesidad elemental la de imponer su inequívoca masculinidad sobre la mujer de su elección. Diríase que, aun en la plenitud del deleite carnal, permanece consciente de un exclusivo deber a su capacidad sexual, deber en que la mujer queda reducida a instrumento pasivo y subordinado para aseverar la aptitud sexual del varón. Y, en efecto, el amor físico del gitano de García Lorca tiene mucho de la cualidad hierática y sombría de una función ritual. Al volver de la ribera con la mujer de otro, el gitano anuncia con verbo frío y lacónico: "Me porté como quien soy: como un gitano legítimo". Y la infiel que lleva al flanco queda casi olvidada en la satisfacción egoísta de un deber plenamente cumplido.

La violencia y el erotismo brotan en fusión tan entrañada de la lírica de García Lorca que escindir una del otro es pura conveniencia crítica, y, de extremarse tal separación, se corre el riesgo de dar un sesgo equivocado a este aspecto importante de la poesía que nos ocupa. Los poemas del *Romancero gitano* en los que la violencia es el tema dominante despiden a menudo un notable hálito sexual, en tanto que los que tienen como núcleo al erotismo rezuman una saña feroz y sanguinaria. En el *Martirio de Santa Olalla,* el atroz suplicio de la doncella se cristaliza en una serie de imágenes francamente sexuales. En el temblor de su carne se adivina un erotismo bestial y depravado, mezcla de dolor crudo y enajenación mística, en tanto que el Cónsul romano que preside la cruenta escena revela la indiferencia feroz del sádico. En el romance de *Thamar y Amnón,* el tema mismo —la violación incestuosa— asocia a sexualidad y violencia en un escenario en que una Palestina nominal sugiere claramente un reseco y lascivo paisaje gitano-andaluz. Aun aquellas veces en que el tono de la composición parece juguetón, como en el romance de *Preciosa y el aire,* la combinación de violencia y erotismo no está, ni mucho menos, ausente. Pan,

dios helénico de pastores y ganados, que se divertía asustando a los viajeros, se transforma en un viento abrasador, el soplo del deseo, que persigue, "con una espada caliente", a una gitanilla a lo largo de lo que parece ser la costa malagueña. El terror pánico se identifica así con el terror de la violencia sexual.

VII

OTRO tema relevante en la poesía de García Lorca, el tema de la muerte, es, como el erótico, la cristalización de una volición y un acto de violencia, y no estaría de más asegurar desde luego que la muerte, en la proyección lírica que le confiere el poeta, reviste la denotación primordial de "muerte violenta". No ya sólo en su obra puramente lírica, sino también en la prolongación dramática que ésta recibe (*Yerma, Bodas de sangre*), acentúa García Lorca la índole voluntariosa del acto que conduce a la muerte. Para el hombre primitivo, la muerte que nosotros llamamos "natural" es un fenómeno desconcertante y sin sentido. El progresivo deterioro del organismo vivo, cuando se muestra desligado de un agente material y conocido, le causa pasmo al par que terror, y el cuerpo frío y yerto que no ostenta señales de violencia es un enigma con el que no puede lidiar su razón rudimentaria. No es, pues, de extrañar que intente imaginarse agentes de muerte, objetivos si bien imperceptibles, dotados de los mismos atributos de arbitrariedad y malevolencia que el enemigo real que sobre él se comba cuchillo en mano. La enfermedad viene a ser mirada como un espíritu maligno que, anidándose en el cuerpo humano, agota el manantial de la vida. Pero, a diferencia del enemigo palpable, este otro es insidioso, cobarde y repulsivo. Rehuye materializarse, exponerse a la justa venganza de su víctima. Quien cae en la emboscada de este inmundo adversario se hace, por ello mismo, detestable y repugnante a los ojos de sus congéneres, incapaces de distinguir entre el agente invisible y su víctima. El aborrecimiento que siente el gitano lorqueño hacia la "muerte natural" nace de la irracional convicción de que esa manera de morir es impura y cobarde. Un hombre macho puede, sí, como el Amargo del *Romance del emplazado,* morir de terror supersticioso, víctima de un sino arcano, de una potencia extraña que él acepta y ante cuya exigente voluntad se doblega. Aquí tenemos lo que bien podría llamarse una forma estilizada

de muerte por violencia. Pero esto es lo insólito. Los "ángeles negros" no se ciernen más que sobre el caído en lucha sangrienta. Y como el caballista del *Romance sonámbulo,* el gitano consentirá a "morir decentemente en [su] cama" sólo cuando la sangre, escapándosele a borbotones de la carne martirizada, le convence de que morirá como debe morir un hombre.

La sangre es, pues, la esencia de la vida, y su derramamiento es la esencia de la muerte. Las actividades cardinales del hombre están, todas ellas, dibujadas en sangre, pues ésta es la materia adhesiva que mantiene unidas a la voluntad y la acción. La expresión "sangre caliente" es aplicable tanto al deseo sexual como a la violencia física. El derramamiento de sangre es consustancial a la violación y la muerte. García Lorca erige una poderosa estructura lírica alrededor del símbolo de la sangre, en la que este licor recibe atributos, no ya sólo biológicos, sino también estéticos y metafísicos. A veces, el uso del símbolo responde a un fin cromático, al deseo de dar un toque impresionista a una imagen determinada, pero, aun en tales casos, es la sangre la que se apropia la sustancia de la imagen, mientras que el objeto sobre que aparece como color queda relegado a mero accidente. Por ejemplo, en la expresión "las navajas de Albacete, bellas de sangre contraria", la sangre, no la navaja, simboliza a la belleza. Otras veces, el cromatismo lleva anejas vagarosas ansias sexuales, como cuando Amnón dice a Thamar: "mis hilos de sangre tejen volantes sobre tu falda". O bien, puede esbozar una delicada perífrasis en torno a la desfloración: "corales tibios dibujan arroyos en rubio mapa". Pero lo común es que la imagen instrumente a la sangre como símbolo de muerte: "sangre resbalada gime muda canción de serpiente", esto es, el canto fúnebre, el plañido ("llanto", como diría el poeta) por los caídos en lucha cuerpo a cuerpo. No nos proponemos, sin embargo, comentar aquí el complicado simbolismo de García Lorca. Es tema que merece atención singular y que, como aspecto sobresaliente de la poética lorqueña, está todavía por analizar.

VIII

HA sido nuestro propósito sacar a colación algunos aspectos individuantes de la lírica de García Lorca. Haciendo caso omiso de lo que en ella hay de formal y técnico, nuestro enfoque se

ha restringido a la *psicología poética* del *Romancero gitano,* convencidos, como estamos, de que en ella arraiga la casi total producción del poeta. A los aspectos que nosotros hemos señalado podrían, claro está, añadirse otros muchos y ser tratados, unos y otros, con diversas miras críticas. Latentes en todo gran poeta yacen numerosas posibilidades de interpretación, cada una de las cuales merece exploración pertinaz. Al bosquejar sólo unas cuantas, confesamos lo limitado de nuestra labor.

RENGLONES LIRICOS *

Por *Ramón LOPEZ VELARDE*

HOJA DE OTOÑO

LEVE como una virgen de las que ilustran los márgenes de los viejos misales, pasas con la gravedad de tus treinta años, dejando caer de los labios exangües ora una buena sonrisa, ora una buena palabra. Tu palidez y tu melancolía son las mismas de la Renata que suspira, llora y muere en las páginas de la novela francesa.

Amas y eres amada... Pero ¿acaso vives feliz? Seguramente no. Tu sueño es alto y fúlgido como una constelación, y para mirarlo y abismarte en él vas arrastrándote sobre rocas inclementes, pisando sobre senderos prosaicos y dejando la cauda nívea de tu traje en las espinas con que la vida diaria te maltrata. Tu sueño es alto y fúlgido como una constelación pero vas estrechando contra tu pecho la hostia de una quimera en tanto que la realidad impía te agobia como agobió a los niños y a las doncellas mártires.

¡Pobre hoja de otoño! Todos te miran atravesar la obscuridad de la selva y la desolación de los campos, sin que ninguno

---

* Bajo este título publicó el gran poeta zacatecano, semanariamente, del 31 de agosto al 22 de diciembre de 1913, con el pseudónimo de TRISTAN los artículos aquí reunidos, que serán novedad para la inmensa mayoría de los lectores de habla española. Vieron la luz pública en el diario de la tarde "El Eco de San Luis", del cual se conservan únicamente dos colecciones, según nuestras noticias.

Debe aclararse que el trabajo que aparece en último término: "Aquel Día...", lo firmó el autor con su nombre claro y completo. López Velarde tenía a la sazón veinticinco años y acababa de obtener su título de abogado en el Instituto Científico y Literario de la ciudad de San Luis Potosí.

CUADERNOS AMERICANOS, al publicar de nuevo estas prosas del autor de "La Sangre Devota", aspira a salvarlas del olvido y servir a quienes estudian la obra de uno de los poetas modernos más originales de Hispanoamérica.

experimente una efusión sentimental, sin que ninguno vaya a aligerarte el peso de los días grises y torvos de la primera cana que ha plateado tus rizos de leyenda, un poco más arriba de la frente; sólo yo busco tus huellas como una ruta de bendición y de salud.

Mi soledad persigue la tuya inútilmente. En la fría austeridad de tu casa suspiras sin que yo recoja tu suspiro; cantas sin que los ágiles trinos, que se desmayan con un hechizo de languidez, hagan dentro de mí un milagro de armonía; y rezas, con las manos cruzadas sobre el raso sombrío del reclinatorio, como dos lirios en un rincón de lobreguez, sin que yo mire como alzan el vuelo las plegarias.

No llores el fracaso de tu desconsolada existencia; la vida es efímera, más que tú misma, pobre hoja de otoño, y Renata se extravió lamentablemente al decorar con el prestigio fundamental de su tristeza los episodios contingentes de la miseria humana. Vale más una lágrima de Penélope que todas las desgracias de Ulises y un suspiro de Julieta es excesivo para las penas de Romeo.

Seguirás rodando hoja de otoño y contigo rodará mi infortunio, sobre las alas del mismo viento de inquietud. Vayamos sobre el río sordo de la muerte sobre la misma ola negra, sin dolor y sin miedo, que la luz elísea de ultratumba compensa de las tinieblas del planeta, y todas las angustias que se debaten sobre el polvo ascienden, al fin, a la gloria de un zodíaco eterno.

Hoja de otoño, abracémonos en la sombra para conseguir un poco de paz y navegar por la atmósfera sutil, hacia los astros seculares...

ROSA DE CLAUSTRO

Por las páginas escépticas, pero delicadamente espirituales de Anatole France, que tuvo la gallardía de defender los conventos de mujeres contra la intemperancia de los filósofos dragones, según él mismo los llama, pasa sonriendo la figura de una monja que vivió en paz y murió en paz.

—¿Acaso una vida y una muerte extraordinarias?

—No, dulce amiga, una vida y una muerte puras y suaves. Solamente eso, sí; pero eso es todo. Vivió la sabia monja en la austeridad ingenua e infantil que levanta escrúpulos en las no-

vicias cándidas si creen haberse distraído en el rezo, mirando el vuelo de un ave por los ventanales de la iglesia, haberse enternecido con exceso al recordar la familia lejana, o haber comido golosamente su colación de raíces crudas. Un día sintió que iba a morir y se fué a la capilla. Orando sobre un reclinatorio, advirtió que un cirio en el altar, por haberse inclinado, goteaba mucho. Se levantó, arregló el cirio, y vuelta a su oración, exhaló poco después el ánima.

Ya ves, amiga, que la monja era ingenua, pero sabía vivir y morir sabiamente. Tú, sin haber abandonado tu casa luminosa que huele con la fragancia de las macetas rústicas, obedeces una regla de austeridad, practicas también la ingenua sabiduría. Esta no es una paradoja: la ingenuidad y la sabiduría te adornan a un tiempo. Eres ingenua porque tu espíritu se va impresionando en los espectáculos físicos y morales con la sorpresa de un espíritu recién nacido, fresco como botón mañanero y espontáneo como el temblor de un pájaro implume, que antes de dejar su nido es azotado por el cierzo. Las manifestaciones de tu sabiduría se suceden con el encanto mismo con que se suceden tus palabras, tus sonrisas y tus mansos pensamientos. Sabia no con la ciencia estéril, vanidosa e incierta de los libros, sino con la atrayente y útil que te permite gustar las mieles de la existencia... Así eres sabia. Sin leer a Marquina, logras ser la encantada de todos los momentos, buscas los rincones que producen flores, para olerlas y engalanarte con ellas; gustas de esconderte en los copiosos ramajes y mirar el azul del firmamento, a través de las frondas, hasta que un rayo de sol te obliga a bajar los párpados; y en el banquete de la vida apuras tu copa, con sencillez y con firme confianza.

Tu instinto es seguro para explorar los fenómenos interiores. Cuando hablo contigo, aciertas a medir la sinceridad de cada suspiro mío y a graduar el entusiasmo con que cada palabra vuela a acariciarte, como los pétalos que en los jardines paganos mece el viento en sus alas van a rozar los bustos de las diosas de mármol. En este mismo instante, adivinas el afán cariñoso con que voy castigando mi estilo para pulir estos renglones en honor tuyo. Infalible en tu sensibilidad, comprendes cuándo una mirada corresponde a la vibración interna y cuándo es falsa. No alcanzaste la erudición; mas ¿qué importa, si eres zahorí para penetrar en el corazón de los que te aman?

Hay en ti de singular que el gusto con que te regalas en la naturaleza, y el placer un tanto pagano, con que te recreas en la contemplación de sus colores y en saborear sus jugos no quebranta la rigidez de tu disciplina moral. Eres en verdad una rosa de claustro, pero de claustro con huertos colmados de frutos, con fuentes sonoras, con abejeas musicales. Rosa de un claustro halagüeño en que la virtud y el mundo ríen a la vez. No te arrepentirás, ciertamente, de haber comido con gula las raíces sin cocer de la religiosa de France; pero nunca desciendes del éxtasis que te embarga y desde cuya altura te deleitas con los ríos, con la plata de las noches de luna, con los valles pintorescos, con la alborada que tiñe de leve luz las plantas, las iglesias y las golondrinas. Podrías ser discípula de Santa Clara de Asís por la concepción espléndida y fragante de la bondad ascética, sin preceptos crueles ni faz hosca.

Rosa de claustro, cobíjame con la eficacia de tu santidad y reza por mí.

EL SECRETO

Contagiados con el mal de las lecturas excesivas y corroídos por el hábito del análisis, vamos perdiendo lo poco que nos queda de dicha sólida, de savia sentimental. . . El pensamiento, desmenuzador y agudo, viene a asaltarnos en el momento mismo en que el fleco de un astro nos cautiva con la visión de su temblor de oro, o con los párpados cerrados nos dejamos acariciar por la agonía musical de un sonido de esquila que tiembla en el aire, o miramos el matiz de una rosa. Y así, el ensueño del astro es matado por una noción ingrata de cosmografía o de química, y el ensueño del són de esquila es barrido por un recuerdo de acústica, y el ensueño de la rosa perece si nos acordamos de un texto, desolador y prosaico, de ciencias naturales.

La física nos mata lo mejor que llevamos dentro. Y toda la ciencia se convierte en enemiga sañuda de nosotros. Ya no podemos reír ni llorar con la espontánea sencillez de un concurrente de las saturnales o de un fraile hosco y sombrío, que pasa las horas cavando su propia tumba. Ni nuestros dolores ni nuestras alegrías pueden ya substraerse al dominio inapelable del cerebro. Lágrimas y risas nacen hoy día, como Minerva, en

la árida cabeza. Y si naciesen cuando menos en la cabeza de un dios. . .

Lo más amargo en este afán de analizar secamente las cosas que encierran el poder de inquietarnos, con una emoción de pena o de ventura, es que ni la misma mujer, maravilla de estética y abismo de dulzura, puede ejercer sobre nosotros la fascinación de sus irresistibles encantos, sin que un criterio naturalista y bajo nos desvirtúe la impresión que nos viene del ser querido. Unos podremos todavía seguir pensando en los lirios de pureza ante determinadas mujeres, pero hasta los menos influenciados por el siglo, al evocar el corazón de la amada, se representarán al pobre órgano de las eternas fatigas, con sus cavidades, sus válvulas, y los gusanos que nacen de él en la sombra densa y húmeda del ataúd. . .

Alguna vez, al aprisionar en vuestra mano la de la dama que vuestra fantasía decora con los más finos y etéreos hechizos, ¿no os ha irritado la representación de los esqueletos colgados de un tornillo, por el cráneo, en las vitrinas de los colegios y museos?

Nos hace falta una incólume virginidad de espíritu y un baño constante en las aguas vivas de la naturaleza para que podamos alimentar el deseo platónico de recoger en los labios de la amada el suspiro que hincha su seno, según la frase de Mauricio Barrés.

Y este es el secreto de la felicidad positiva, sin aprendizajes estériles de teorías que corrompen la levadura de nuestras emociones: sumergirnos en el fondo de nuestra propia naturaleza, libertándonos de la voluntad de los libros. Que cada cual, pagano o místico, apure su copa de vino rojo o se entregue a su éxtasis, sin dudar de la bondad de la tierra o de la efectividad del Paraíso. Que todos creamos en la eficacia de la emoción. Que la emoción nos mantenga. Que la emoción nos salve. La sinceridad absoluta y simple de emociones y de placeres. . . he aquí el secreto.

Amada: quiero llorar sobre tus rodillas y besarte la frente con la efusión de un niño que cree que el firmamento es la base azul del cielo, porque ni siquiera conoce las letras y es dueño de la integridad de sus sentimientos.

DICHOSA MISERIA

FRECUENTEMENTE oímos repetirse el antiguo lamento por lo efímero de la felicidad, por lo perecedero de todo lo que amamos: frágiles juguetes de la niñez, fama engañosa que nos seduce cuando ponemos el pie en la barca de la juventud, lindas mujeres que nos enloquecen a los veinticinco años, oro reluciente que nos fascina... Todo se va, es cierto, en una fuga melancólica: juguetes y fama, oro y belleza; pero quién sabe señores míos, si nuestras quejas sean necias, ya que no podemos poseer un dón de inmortalidad mientras vayamos soportando el peso de la carne bruta. Porque tal vez nuestro tormento consista en querer proyectar sobre el infinito, la luz de nuestras pobres dichas...

NOS engañamos a nosotros mismos. La sabiduría de Raimundo Lulio se sorprendió como se hubiera sorprendido el más rústico de los mallorquines, al descubrir el cáncer que afeaba el pecho de la amada, que para librarse de la persecución tuvo que mostrar, bajo la bóveda del templo, su carne podrida. Y el desencanto y el tedio de Lulio fueron quizá más tardíos de lo que conviniese a un hombre de sus prendas intelectuales.

Si sabemos que ha de volcar la esencia contenida en los vasos de gentileza que se adornan con flores en los quince abriles; que han de ajarse los rostros fragantes, como se aja un vestido después de una fiesta; que la madurez de nuestras amigas ha de fracasar en las postrimerías del otoño; que la Muerte siega sin excepción los más graciosos tallos; que la mujer predilecta se ha de corromper y ha de apestar el ataúd, ¿para qué sentirnos fulminados ante un espectáculo de miseria, cuando la miseria es presente, pasado y porvenir?

¡DICHOSA miseria que nos permite, por la ley de los contrastes, saborear hasta la embriaguez un licor de ventura!

La miseria de los bienes terrenales nos salva del hastío. Imaginad la deplorable condición de un privilegiado a quien la fortuna concediese la totalidad de sus dádivas para siempre. No tardaría en asemejarse a los niños hartos de una golosina con la que soñaron muchas noches y por la que derramaron

lágrimas cuantas veces la madre se las daba en cantidad prudente. Llorar por un dulce y llorar por una mujer o por la fortuna. . . ¡el mismo afán loco!

PERO aún hay más: lo efímero de las cosas placenteras refina nuestras sensaciones. Ya sea que los instintos crueles no lleguen a separarse de las profundidades del ser humano; ya sea que, como lo aseguran solemnes y minuciosos eruditos, el amor tienda a la destrucción del objeto amado; ya sea que hay desapariciones que encierran el poder de excitar las fibras sentimentales con una sugestión poética, lo que está bien observado por los psicólogos sutiles es que se goza con aniquilar lo que se adora.

Muchos románticos han gemido con sincera efusión al ver morir entre sus brazos a las idolatradas heroínas, pero junto con ese dolor habrán experimentado un gratísimo halago al sentir exhalarse el alma de las Julietas y las Virginias, como si éstas, al morir, les ofreciesen un presente de la más terrible emotividad. Así se goza al aspirar la última onda de perfume de una rosa agonizante. Así con estrujar las alas de una mariposa hasta que el polvillo se pierde entre los dedos.

¡Dichosa miseria humana que prende en los amantes el deseo de confundirse en la misma felicidad y. . . de morir a un tiempo! La Muerte y la Vida se dan la mano sobre el negro abismo.

NUESTRA CASA

ESTA mañana, al despertar me he acordado de la dulce mujer que me hechizó con la inefable paradoja de su persona. Atrayente paradoja, a fe mía: ojos graves y contemplativos, como de doncella que sufre, y risa espontánea y un poquillo alocada, como de niña que se asoma a un jardín de ilusión. Me acordé de aquella risa infantil y de aquellas pupilas graves, pero en esto nada hay de extraordinario, porque es de enamorados fieles consagrar diariamente a su dueña el primer relámpago de la fantasía y la primera sacudida del corazón. (¡Ah, maestro Góngora, que no se hubiese roto mi lira de los veinte años, para arrancarle versos con calor de nido y trabajados sutilmente como un encaje!). Lo que hubo de raro en mi recuerdo fué que con éste se asoció un íntimo anhelo vago al principio como una

niebla, firme y preciso después como el afán provecto de un hombre que quiere echar raíces, al doblar el cabo de los treinta. ¿Qué anhelaba? Algo que no se compadece con la sinceridad de mi pesimismo: la edificación de una casa, DE MI CASA. ¡Fenómeno singular! Yo, que no he sacado mi triste criterio de los renglones sistemáticos con que las plumas embusteras recargan el tono oscuro de la vida; yo, que he deducido mi pesimismo de la contemplación de los espectáculos del mundo, anhelaba fundar mi casa... Sirve de poco el áncora de nuestras lamentables filosofías cuando un soplo sentimental hincha las velas y empuja la barca mar adentro.

ARRANCAR los afectos con mano implacable, como se arrancan los tallos de las plantas débiles con guantelete de hierro; permanecer impasible ante la cordialidad de los amigos; despreciar el rencor de los enemigos; pisar con la misma altivez las cumbres de la aventura que las profundidades del dolor, ser un viajero estoico, que halla una fisonomía igual en todos los lugares y que en ninguno se encariña; adquirir riquezas y verlas incendiarse, con la misma indiferencia del pensador de la antigüedad que, viendo que las llamas convertían sus bienes en cenizas, exclamaba: Todo llevo conmigo... Esta es la regla a que sujetamos nuestra conducta, pero la regla es dura y un día sentimos que el cálculo flaquea para dar cabida a la emoción, y nuestra vanidad de rígidos cerebrales se ve castigada cuando nos posee un impulso de llorar o de amar.

En una de estas flaquezas fué cuando me sentí desamparado, con sobra de hiel, abrumado con la carga materialista de las preocupaciones ruines, como un autómata que se trasladase por tierras y tierras mezquinamente. Y ambicioné, como en los días de la primera mocedad, el manantial romántico en que, al beber, se juntan las bocas del pastor y la pastora; y eché de menos la lumbre del hogar y el techo propicio y la voz femenina, solícita y suave.

Nuestra casa hubiera sido un edén, amiga que te consumes entre las palomas familiares, las macetas rústicas y el són de las esquilas que te llaman a misa y a los rosarios vespertinos. Nuestra casa habría sido como un retiro fragante y silencioso contra cuyos muros vendría a agonizar la agitación bárbara de las multitudes, como las olas que mueren en la

arena. Nuestra casa habría tenido una ventana por cuyas rejas habrías contemplado el tablero vasto de la llanura; las torres blancas, en donde las golondrinas vuelan formando espirales; la verdinegra de las arboledas a distancia; el cerco azul de montañas; y los caminantes fatigados que regresan, así como los Artagnanes que se van a caza de aventuras. En el patio habríamos visto copiarse nuestras cabezas en el espejo que formaron en el pozo las aguas saludables. Sobre el lino de los claros manteles habríamos comido el pan de la ilusión, mirando por la vidriera temblar las figuras seculares del zodíaco, en tanto que de la discreta lámpara descenderían haces dorados a mezclarse con el oro obscurecido de tu cabellera.

Ya ves, dulce amiga, cómo es posible soñar en el destierro, lejos de tus hechizos. Y soñar absurdamente con la fundación de NUESTRA CASA, paraíso de otros mundos. Soñar ¡oh flaqueza! como si los sueños pudiesen salvarnos de la brutalidad y de la corrupción de la carne, y como si en las aguas turbias del olvido no se estuviesen sumergiendo nuestras cabezas próximas a desaparecer. . .

LA VIAJERA

TUVE ayer un agradable encuentro: vi en la calle a una lejana amiga de la infancia, con la que no hablaba desde los días en que aprendimos juntos el alfabeto, la suma y la resta, el Catecismo y los nombres de algunas estrellas que, al atardecer, buscábamos en el alto cielo, desde el jardín que olía a naranjos. . .

Me saludó con mano efusiva y en el mismo tono cordial con que me narraba antaño cuentos de fantástica bondad: niños perdidos en el bosque, hadas protectoras, encantamiento de princesas reales. . . Pero hubo un pormenor que me dolió, adentro, muy adentro. Lo confieso con humildad. Cierto que la amable viajera me hizo, como en la alborada de la niñez, la gracia de su sonrisa ideal, como sonrisa de otros mundos; cierto que no me negó la caricia de sus ojos húmedos, que esplenden con el fulgor casto de siempre; cierto que su mano se me tendió amistosa, sin retraimientos; pero, con sorpresa de mi corazón y de mis oídos, me ha hablado de USTED. Ya no quiere tutearme. No lo cree decoroso. Ella ha crecido, lleva la falda larga y su cabeza se ha vuelto grave, como de mujer. . . Tiene

razón, al fin, pero me duele su actitud ceremoniosa, de la que me quejo sinceramente, ante Ella misma. . .

TÚ, que eres un vaso de bondad, has sido mala conmigo. Al cambiar la fórmula de nuestro antiguo trato me aproximas a los extraños que ni estudiaron contigo, en la misma banca de la misma escuela, ni corrieron contigo bajo la fronda de los árboles solariegos, ni oyeron sonar tu risa cándida. Tentado me he visto a acudir a los olvidados madrigales para lamentar las exigencias de la edad. Tu padre, el médico achacoso y enjuto de nuestro pueblo, no te habría reñido si me hubieses saludado con el monosílabo familiar del tiempo ido, en que jugábamos fraternalmente. Ahora, quizá contra tu voluntad, me alejas un poco de ti al sonar en tus labios el árido USTED. Un alejamiento más. . . Así van las horas, en su fuga que arrastra los meses y los años, haciendo el vacío en torno nuestro, secando las nobles emociones, volviendo adustas las palabras cordiales.

Mas, poniendo fin a esta querella, voy a decirte que era mejor que no viajases, que te quedaras sin ver las lamentables ciudades en que se enlazan el mal y la tristeza, que no salieras, rosa fragante y casta, del rincón provinciano en que germinan tus siete virtudes con un prestigio de santidad y con un decoro poético.

BIEN estás en la soledad, alma silenciosa que escuchas atentamente las voces de tu paraíso interior. Bien estás en la paz, alma quieta que desconoces el impulso de las bajas pasiones. Me da pena mirarte, virgen diáfana, llevando tu veste (que es pura como el más puro de tus trajes de niña) sobre el barro de las metrópolis. Si no se ofendiesen tus oídos, te diría que el lodo que miras en el arroyo no es el más sucio que mancha la ciudad. Los jovenzuelos relamidos y de pulcro exterior que van y vienen, son indignos de mirarte, lirio de salud. Aquí, en medio de las exhibiciones lujosas con que se entretiene tu ingenuidad, hay feas llagas. Se quedó muy lejos tu provincia inundada de sol, con sus vejeces austeras, con sus juventudes vigorosas, con sus pájaros joviales y con la armonía de sus locas esquilas.

Una vez escribí para una paisana tuya esta décima.

Por las tapias, la verdura
del jazmín cuelga a la calle
y respira todo el valle
melancólica ternura.
Aromarán la frescura
de tus carrillos sedeños
los jardines lugareños,
y en los azules mañanas
llegarán a tus ventanas,
en enjambre, los ensueños.

Esta región arcádica te reclama. Eres su hija predilecta y no se resigna a tu ausencia. Vuélvete al terruño. Las violetas hermanas tuyas, se asomarían entre las hojas menudas y rastreras para verte llegar. . .

En ti permanece la niña a pesar de tu ópima juventud.

Veinte veces ha volcado la Primavera su cesto florido a tus plantas y sigues siendo la chiquilla que no piensa en los dones de mayo sino para cubrir el altar parroquial; veinte veces se ha deshojado el Otoño sobre tu cabeza y ni un soplo de desilusión ha agitado los rizos castaños de tu frente, y así el milagro de tu existencia, dulce viajera, consiste en conservar el espíritu recién nacido, ajeno a las acechanzas del mal y a las inclemencias del dolor.

LAS HORAS

El tiempo no puede ser contigo cruel. Pensando en ti, se comprende la benignidad y la gracia con que concibió el tiempo quien lo personificó en un coro de doncellas blancas y leves, que danzan con ritmo ideal. Así es como las Horas, girando en torno tuyo, deshojaron sobre tu cuna, con sus dedos rosados, las mágicas flores con que las hadas madrinas regalan a las princesas recién nacidas. Así es como las Horas, siempre benévolas, recogieron tu pelo de oro obscuro sobre la nuca de nieve, en el amanecer de tu adolescencia. Así es como las Horas, en el apogeo de la juventud, te dieron esperanzas e inundaron de luz tus pupilas. Así es como las Horas, hoy que tus treinta años

marchan melancólicamente pisando las hojas secas, te otorgan el prestigio de una declinación milagrosa. Porque tú declinas sugestivamente, como un lirio que se doblega al sonar el "Angelus". Como la luna que se baña en el río. Como un lamento de niña que se muere...

No podemos quejarnos del tiempo, amiga otoñal. El nos ha concedido cuanto ha podido concedernos. Muchas veces las campanadas del reloj familiar (que trabajosamente desenreda su cuerda en la sala de tu casa) han solemnizado momentos de dicha. ¿A qué evocar las glorias difuntas, si aún la sangre nos golpea las sienes y si todavía nuestros corazones no se cansan de soñar? Dejamos en la pacífica lobreguez de las cosas pretéritas el minuto en que la fantasía ardorosa murmuraba a mi oído: ¡tú la quieres!, y en que pensabas: ¿yo puedo amarlo? y en que el reloj se burlaba: tic, tac; tic, tac... No saquemos de su fosa el instante en que mi confesión de amor cayó a tus plantas con mansedumbre, como una flecha que se rompe antes de herir, y en que tu sonreías, y en que el reloj, burlándose, alternaba en nuestro diálogo: tic, tac; tic, tac... No exhumemos la fecha en que con palabras entusiastas y ánimo pueril edificamos la torre de nuestra quimera, mientras el reloj, oyéndonos hablar de un futuro de miel y perfume, insistía en burlarse, tic, tac; tic, tac... No vivamos del pasado si todavía podemos juntar nuestras bocas al borde de la copa de la felicidad. Aún somos capaces de vivir de néctar, como las mariposas que France pone por modelos a la humanidad mercantilista y enferma.

Sí, soñemos y embriaguémonos, con un licor inmortal. Propicia es la noche; riega la luna su plata difusa, sobre jardines encantados y casas que duermen; las estrellas se envuelven en una nubecilla trasparente, como perlas en un velo fantástico; hay senderos en que el aroma que dejan caer los cálices invertidos de los floripondios merece ser aspirado por Julieta; los naranjos nupciales, constelados de azahar, son discretos y pueden oír, sin que su fronda se ría, las más desmayadas quejas de amor, los panegíricos fervientes, los juramentos hiperbólicos; las brisas nocturnas soplan como en un poema: un ruiseñor preludia a lo lejos, una canción... Señorita: ¿quiere usted ir de mi brazo, para decirla unas cuantas locuras en voz baja?

La noche de noviazgo ha tenido la culpa de mi digresión. Vuelvo a discurrir sobre el tiempo para hacerte, dulce amiga, una confidencia: Oyeme que la confidencia se refiere a ti. Quiero decirte que aunque las Horas, hasta hoy, han sido contigo buenas con bondad de hermanas, temo que pronto, cuando tras tu primera cana vengan otras y otras, el tiempo se te torne enemigo y pretenda el fracaso de tu belleza. Si la grave madurez de tu otoño pierde el hechizo de su melancolía de lirio, de luna y de lamento de niña, y quedas convertida en una flor mustia, quizá dudes de mi devoción perenne. Pero no te aflijas, Alma. Si las excelencias del cuerpo se van, llorémoslas, sí, pero con resignación veamos su fuga al foso negro que engulle la carne marchita. Nos queda lo mejor. Lo incorruptible. Lo eterno. No me abandonará la fragancia de tu espíritu diáfano, que bulle gentilmente, contenido en la arcilla deleznable. Lleguemos a viejos con la misma riqueza de emociones del día en que nacimos al amor.

Anticipémonos a contemplar cómo se desarrolla el último capítulo de nuestras vidas paralelas. No te dé miedo.

La tarde es húmeda. Por la ventana abierta, miramos cómo la ventisca de diciembre dificulta el vuelo de los pájaros montaraces, a lo largo de la llanura, y agobia los arbustos, y hace sonar las esquilas del campanario, que tiene un capuchón de nieve. Un mugido nos llega de la montaña, fúnebremente, con la aguda expresión del dolor de las bestias. Un pastor que tiembla, mal vestido, guía unos corderos que balan de frío. Invaden el firmamento nubes de plomo, en las que el relámpago serpea. El reloj ha interrumpido su tic, tac. Nuestras voces son huecas. Alguien nos llama. Las Horas, antes alegres y con velos blancos se nos aparecen cubiertas de negro. Nos arrastran con sus manos huesosas y nos embarcamos en el río sordo y lúgubre.

EN ALAS DE LA MUSICA

El plomo de las nubes que cobijan la ciudad en este domingo silencioso y desierto, no abruma interiormente. Es en vano que el bochorno flote en el ambiente húmedo y que la capa gris que oscurece el cielo se abata sobre árboles y torres, como si

quisiera enredar sus vellones turbios en el hierro de las cruces y en las ramas que se comienzan a deshojar. Sí, es en vano. Porque contra el bochorno, las nubes y la oscuridad hay una sabia orquesta que nos baña de placidez y de luz mágica. Hay magia en la sutileza de los violines y magia en las graves flautas. Tiene alma de música la tarde gris y nos vamos elevando a regiones de ensueño, sobre las alas de una melodía que nos mece en una cuna lírica. . . Elevémonos y soñemos. . .

LA orquesta es tu cómplice, Amor. Los cazadores se valen del ritmo para adormecer a algunas fieras y cogerlas. No es mentira que Orfeo arrullase a los tigres. Así, tú, Amor, nos amansas primero con las cuerdas de la lira y luego nos hieres con las flechas de tu aljaba. Haces bien. El dón de la armonía que nos trae, de muy lejos, las caricias de la voz de una mujer, vale un poco de sangre para que se mojen los antiguos dardos. Oír música y pensar en la Amada. . . ¡Qué importa que sangremos!

FLAUTAS y violines van esparciendo las notas de un vals, que ondula como para marearnos y embriagarnos. El vals se exalta, a las veces, en arranques súbitos, y a las veces decae con languidez, como si rebosara de felicidad y la felicidad lo agotase. . . Este vals pudiera servir como de hamaca ideal tendida en un paraíso en que vivieses conmigo, dulce Amada. Ven al baile. . . Tus brazos sobre los míos, mi corazón vecino al tuyo. . . Se arrastran implorantes los compases del vals. . . Ahora la cadencia se entusiasma y tú y yo nos confundimos en vértigo de armonía. Somos ya una pareja aislada; las otras se quedaron a distancia. La música nos envuelve y ya no pisamos la tierra. El ritmo de las flautas, encierra un poder fantástico, pues nos lanza por la tangente del globo a planos etéreos. . . El vals es interminable. Los violines se acordan con nuestras almas en fiesta. Tus pies van ahora sobre celajes, muy cerca del Zodíaco. . . Mas ¿qué sucede? Tu cabeza, de rizos castaños, se suelta hacia atrás. ¡Ay! amiga, te has desmayado entre mis brazos en el firmamento, como una niña que se asoma a un abismo!

Todo es mentira, Amada; estamos en tierra firme. Que siga el vals. . .

No para ti el estruendo áspero del homenaje con que las músicas guerreras saludaban a las heroínas que regresaban vestidas de acero al burgo natal. No para ti la liviana música con que se festejaba la aparición de las beldades paganas en el desenfreno de las saturnales. No para ti los acordes ceremoniosos con que las bandas acogen la presencia de los Soberanos de hoy, con Parlamento y con Príncipe consorte. Para ti la nota amable y tímida, que vacila sobre tu lecho sin atreverse a despertarte; para ti la melodía discreta que te roza el fino lóbulo de la oreja como declaración de adolescente; para ti la tonada familiar, en voz baja, en voz de hermano mayor que arrulla a la pequeña; para ti la canción del terruño, que te distrae cuando haces labor en el patio solariego, a la sombra de los naranjos, y dejas de tejer, y abandonas las manos sobre el regazo, y cierras los ojos. . .

Hay música que sugiere desenfadados banquetes, rojos labios, rojo vino. Hay música para desgranarse del órgano sobre las frentes pálidas de las novicias. Que la música exhale para ti, que eres toda casta, su más casto suspiro.

EN SOLEDAD

Iba enlutada y sola, por la banqueta de las casas consistoriales, y el grito del centinela resonaba en la noche con eco lúgubre, y los faroles antiguos iluminaban la cabeza de la amable provinciana. . .

Es un grato recuerdo. Regresaba yo al terruño, a la ciudad pintoresca cuyos muros abrigan a la mujer alta y pálida que el corazón prefiere. Ya anochecido, salí de la casa de los abuelos a vagar por el jardín que perfuman los naranjos y en el que los rosales se cuajan en un florecer desbordante, como si se cubriesen con amplios linos extendidos sobre la tiniebla del follaje. Frente al jardín está la cárcel, con su centinela y sus faroles. Y aspirando yo los azahares nupciales y deleitándome con un piano que sonaba no sé dónde, la vi venir con su luto poema y su frente blanca y su estatura eminente, bajo la luz mortecina de los faroles. Las campanas del reloj eclesiástico caían sobre las piedras de la calle desierta, por la que iba la amada provinciana sin un chiquillo de la mano, sin una amiga del brazo, sola como un fantasma. ¡Alerta, gritó el centinela, con voz

rutinaria y prolongada, y alerta estaba el viejo amor, extendiéndose sobre la banqueta de las casas consistoriales, como una alfombra romántica, para que Ella pasase enlutada y sola... ¡Oh! recuerdo, embriágame!

La soledad en que vives tiene un prestigio singular. Estás sola en tu casa como en mi mismo corazón. Eres única siempre: única fuera de mí, única dentro de mí. Bien sé que cuando la visito, tu sola alma es la que trasciendo como una esencia sutil en el corredor en que los canarios alborotan, en la sala, en la alcoba, en el patio con árboles...

En los momentos en que piensas en mí, la soledad será propicia a la emoción, y mi imagen avasallará todo tu ser, como se avasalla la conciencia cándida de una niña; y tus suspiros serán plenamente míos y tu vibración sentimental, íntegra, será para mí.

Sin el auxilio de la soledad, yo no podría absorberte. Porque si contigo crecieran hermanas, el coro de sus risas te distraería de la meditación. Tal vez entonces no te arrancase lágrimas contemplar al pilluelo que en una tarde de lluvia toca la vidriera pidiéndole limosna. Quizá entonces no te invadirían sombras de tristeza ante los pequeños infortunios; una planta que se seca, un canario que amanece muerto, una paloma que vuelve con una ala herida...

La soledad es gemela del silencio, y también el silencio te educa, porque al encerrarte dentro de él como en una esfera de oro, se afina tu espíritu.

Envuelta en el silencio comprendes el sentido oculto del temblor de las frondas y de las cintilaciones de las estrellas, y abismada en la soledad descubres el afán hondo con que se desborda la sangre en la entraña noble que palpita por mí.

Meritoria vida es la tuya, flor de Provincia.

Despiertas con el alma, y vas por la calle cuando la algarabía de los nidos alterna con los acentos ladinos de las esquilas (y los pájaros mozos te saludan, y las rosas te dan su incienso fragante de la mañana); pules las macetas, cuidas a los pájaros y haces labor en la rueca sin que Fausto te importune. Rezas como una novicia experta en la contemplación, y trabajas como una doncella diligente. Extática y laboriosa, me con-

sagras el tesoro de tus sueños. Eres gallarda, activa y amable como una torcaz.

VUELVO a mi recuerdo... Por la banqueta de las casas consistoriales, bajo la luz mortecina de los faroles, mientras perfumaba el azahar, ibas enlutada y sola...

HACIA LA LUZ...

TE hablo de amor y sonríes... Pero sonríes con la melancolía de la que sabe que no puede entrar con pie ágil y espíritu gozoso en la barca que se mece sobre el espejo del mar... ¡Pobre Alma! Sonríes ante el fervor de mis palabras como diciéndome: no puedo, estoy enferma.

Piensas que es lamentable que yo vibre de pasión por tus pálidas manos y tu pálida frente, si tus manos están más cerca de la sombra de la tumba que del anillo nupcial, y si tu frente ha de recibir el contacto de los gusanos en vez del de la corona de azahar. Juzgas que te invito a una loca fiesta de amor para que tu corazón palpite como un péndulo precipitado, cuando una sacudida brusca de la noble entraña te mataría. Consideras que es triste que yo quiera llevarte por senderos de idilio, con flores aromáticas y pájaros cantores, cuando comienzas a avanzar con rumbo a la Muerte, como si caminases por la ruta desolada a cuyo fin está el patíbulo...

¡Mas cuánto yerras, Amor!

Sí, es cierto, ya lo sé... Estás enferma y en riesgo de morir. El corazón que se ha estremecido por mí, pletórico de ternura, no funciona bien. El médico anciano que juntó su cabeza a tu pecho para oír el ritmo con que se agita la entraña enamorada, descubrió que es insuficiente para dar salida al caudal de sangre generosa. ¡Gracioso simbolismo el de tu enfermedad! Eres un vaso frágil en que ni la sangre ni el amor pueden contenerse. ¡Pobrecilla urna que te rompes al dilatarse el tesoro que encierras!

Sí, estás enferma... Probablemente, se agravará tu mal y morirás. Pero ¿acaso ha creído, al soñar con tu garganta de nieve, que será eterna? Yo admiro tu cuerpo por ser la envoltura gentil de tu alma. Si mañana tu alma se liberta, mi amor

perdurará sobre el pecho y las manos y los ojos adorados que se pudren en la tiniebla húmeda del ataúd y aguardaré la hora de mi liberación, para ir contigo. Y nuestras almas, mecidas por un soplo de otros mundos, se columpiarán libando la esencia de la misma flor inmortal como dos mariposas diáfanas. . .

PRESIENTO la catástrofe.

Despertarás una mañana gris, creyendo oler en tu lecho un vaho de tumba, un hálito rancio. Afuera, la llovizna caerá en el patio. Te sentirás triste y sofocada. En tus ojeras habrá la sombra de la agonía y pensarás en mí y te sentirás cada vez más sofocada. La Muerte entrará a la alcoba, haciendo sonar sus articulaciones descarnadas, con un ruido de goznes viejos. Llegándose a tu lecho apoyará sus puños glaciales y sarmentosos sobre tu corazón, hasta asfixiarte. Darás un grito, la noble entraña se agitará por última vez como bestezuela oprimida y sobre el lecho habrá un cadáver.

Mas. . . ¿qué importa? Una fosa es lo mismo que una cuna. Morirnos es ir hacia la luz. Cuando el oro oscuro de tu cabellera y tus manos vírgenes y tu boca poemática y tu blanco pecho no sean más que un despojo helado, más que la desolación de una rosa difunta, bogarás por el éter luminoso, como una alma de selección.

AMADA: la barca va y viene sobre el lomo inquieto del mar. . . Tripulemos en ella. Si la fatiga te agobia, te llevaré del brazo a la barca. ¿Ves? Ya estamos sobre el enorme espejo, que se divierte bordando espuma. Remamos y remamos, con el abismo debajo de nosotros. Nuestro amor sabe remar, como los paganos que ofrecían sacrificios a Neptuno. De súbito, el cielo se encapota, el relámpago amarillea en el horizonte, el monstruo ruge por sacudirnos de su lomo encrespado. Una ola negra se mira venir. No tiembles, Amada. La ola negra, gigantesca, se tragará la barca; nos dormiremos en el océano pavoroso, para despertar en los Campos Elíseos. En la luz. . .

DOLOROSA

HOY he vuelto a mirar, en la penumbra vespertina, la Virgen Dolorosa que me sugirió en la niñez el encanto de las lóbregas penas. A todo niño se le aparece el dolor como espectáculo

horrible. Yo comprendí la belleza del dolor mirando, en el altar de un crucero, la escultura de una mujer cuyas pupilas, se nublan con una sombra simpática, cuyos dedos se enlazan como los dedos de una madre en desolación, y cuyas lágrimas corren sin esperanza sobre la castidad de las mejillas. Y sin embargo, el sufrir de esta Virgen, que se antojara ilimitado, se suaviza para quien la contempla por hábil secreto del artista que la animara en el tosco barco. Sí, el dolor de esta escultura esconde un tesoro de benignidad, prodiga un perfume de paz. ¿En qué estará ello? ¿Consistirá en que sobre la angustia de la frente brillan los luceros de una aureola de plata? ¿Consistirá en que el desconsuelo de la túnica tenebrosa se mitiga con el manto azul, que hace pensar en las azules florecillas y en el azul firmamento? ¿Consistirá en que los clavos oscuros del martirio se sostienen en las manos de la gentil Señora en un pañolillo gracioso y cándido? ¡Quién sabe! Lo cierto es que la Dolorosa no asusta, porque evoca un infortunio familiar que pide ser consolado y que suscita un generoso temblor de corazón, como si la escultura fuese amada por nosotros en atención a la poesía del dolor que retrata.

ADEMÁS, bien puede ser que abismándonos en la contemplación de esta mujer que llora, pensemos confusamente en las otras que la han tomado por maestra de virtudes. ¿Acaso hay una sola madre? ¿Por ventura no hemos visto en el rostro de las hermanas lágrimas parecidas a las de la escultura? ¿Y ante el viejo altar, estando el templo desierto, mientras las lamparillas de aceite parpadean vigilantes, no hemos escuchado los sollozos de un dulce fantasma, que ha vivido veintidós primaveras y que quizás nos ama, según llora desde que la ilusión se ha eclipsado?

Reconozcamos en estas Dolorosas, que lo mismo presiden el fausto de las catedrales que la miseria de las parroquias aldeanas, la escultura de la Mujer, cuya principal excelencia radica tal vez en ser un vaso de lágrimas.

LA Dolorosa realiza día por día el milagro de confundir lo aristocrático con lo plebeyo. Las clases se borran ante el crucero en que la aureola de plata y los clavos del martirio y la túnica negra y el manto azul decoran la austeridad del tem-

plo. La señora prócer y la anciana hambrienta, la señorita y la muchacha haraposa, el niño del arroyo y el hijo del magnate, todos se arrodillan en una fraternidad efusiva ante el dolor de la Virgen.

Y mirando esta fraternidad, se piensa que los grandes ideales que agitan a los pobladores del globo, no siempre son quimeras. . .

LOS MARTIRES

MAÑANA, cuando las generaciones que nos sucedan, lean la historia de sangre y de lágrimas que el mundo ha vivido, hallarán absurdos a los hombres que han autorizado con la rúbrica de su martirio una obra de apostolado, un programa de mejoramiento, una arenga en favor de cualquiera fe.

Los nietos de nuestros nietos, si ha de llegar un día en que las quimeras se realicen, dudarán de que los heraldos de las nobles ideas hayan sucumbido en el desamparo de una encrucijada, sobre la madera tosca de una cruz, en los peroles hirvientes, bajo la cuchilla de las guillotinas o al golpe vulgar de los fusiles contemporáneos. . .

Las casas del futuro, edificadas sobre la piedra del individualismo, con moradores que sólo por referencias conocen el homicidio, ostentarán en sus muros las efigies legendarias de los que por regar entre sus hermanos la semilla del bien, por pronunciar para sus hermanos palabras de profecía luminosa y plácida, fueron muertos por sus hermanos, como se mata una bestia.

Si el hombre y la mujer del porvenir han de esconder una alma finamente sensible y finamente sabia, se les antojará fabuloso el martirio, fabulosa la vil ingratitud de despeñar en un lóbrego precipicio al semejante que batalló por encender una luz en el corazón de los mismos que le descargaron el golpe fratricida. Se les aparecerá Caín como visión demoníaca. Y aturdidos con el pavor de la historia y con la ignominia de la tradición, los hombres leerán el interrumpido capítulo de un libro amable, de benignas teorías, y las mujeres proseguirán sus labores desgranando tonadillas de familiaridad efusiva y mansa. Así vivirán nuestros pósteros en "las ciudades, limpias de horror y sangre, del cordial mañana" que dice Leopoldo de la Rosa.

Mas, ¡ay! que los bestiarios esgrimirán por largo tiempo aún el látigo implacable sobre los rostros de los humildes, y todavía han de surgir otros paladines que, después de luchar generosamente por la multitud con hambre y con tristeza, serán llevados al patíbulo en una tarde gris o apuñaleados en el misterio inclemente de la noche, sin que uno solo de la masa de esclavos, por la que dan la vida, escuche el grito de agonía...

Para los hombres de los siglos con que sueñan los utopistas, serán tan inexplicables el verdugo, como el mártir: aquél por su exceso de maldad, éste por su desprendimiento excesivo. Los niños escucharán con azoro las iniquidades del ayer y las doncellas atónicas no sabrán derramar una lágrima en la página en que se relate el sacrificio de un benefactor.

Nosotros sí comprendemos a los mártires porque su sangre nos ha salpicado. Aunque le duela a nuestra vanidad de civilizados, somos aún bárbaros. Los espectáculos de la época del pedernal y de la más remota de las cavernas, suelen pasar a las veces, ante nuestros ojos. La aurora del nuevo día apenas despunta para el orbe entero. Jesucristo sonríe...

PRELUDIO DE INVIERNO

VIENTO glacial, que sacudes las ramazones de los álamos y las vidrieras de las casas provincianas: no soples, si hay en ti algo de clemencia, sobre su frente pálida. Frío cruel, frío de tumba: deja en paz la sangre tibia de sus manos de cera, finas y esbeltas. Nieve de diciembre, que constelas el manto de la Virgen y entorpeces a los mastines que guardan los rebaños: no llegues hasta su pecho. Estrella de Belén: alumbra con fulgor de ensueño su camino y cintila gozosamente sobre la melancolía de sus treinta años...

ASÍ implora, con lírica sinceridad, el amante de la doncella armoniosa que en un pueblo remoto mira el espejo para descubrir si una nueva cana rompe la monotonía de sus rizos castaños, un poquillo oscuros. Y lo implora, desgraciadamente con oportunidad, porque ya hieren el rostro rachas sutiles, heraldos de la estación enemiga, y porque ya asoman, por tierras asiáticas, las cabezas de los tres reyes gentiles que van

en pos de una cuna. Por eso, el romántico adorador pide al viento, al frío y a la nieve que no maltraten a la doncella de quien es devoto y cree que cuantos amen con locura infantil hallarán la súplica justificada.

No digáis que nada importa que una mujer más envejezca y que el invierno que asuela los rosales y mata la gracia movible de las aguas trocándolas en témpanos, aje unas mejillas femeninas. No lo digáis. Todavía quedamos sobre el planeta uno que otro retrasado platónico, que rendimos culto a un solo ídolo, que fincamos la felicidad en la mujer única. Por mi parte, os confieso que si diciembre y enero, como dos desalmados barriesen de un modo definitivo la hermosura de mi ídolo, lo lamentaría yo como un desastre, como lamenta un creyente que la escultura a cuyas plantas ha depositado alegrías, ofrendas y dolores, caiga de la peana. La amargura de la fe perdida es incomparable, porque brota de la raíz más íntima de nuestro ser.

NINGUNA estación, fuera del invierno, podría hacer daño a la Amada. Porque Flora es siempre benévola, el verano reconforta con su ambiente de fecundidad y en el otoño vive Ella en el más adecuado escenario. ¿Qué mujer de treinta años no experimenta por el otoño una simpatía fraternal? Mas el invierno es, decididamente, enemigo de las almas que van por una cuesta ingrata tocando el fin de la ilusión, y enemigo de los cuerpos cuya madurez va desapareciendo, como la de las jugosas uvas, cantadas por las liras de antaño y de ogaño.

Si estas dulces mujeres que pasan la vida amando (porque aman los pájaros y las flores, a los chiquillos y a las ancianas) tuviesen en la desolación universal un brazo viril en qué apoyarse, unos labios viriles que las mimasen, un corazón viril que se emocionase por ellas, miraría frutos ópimos en los árboles esqueléticos y rosas abrileñas entre los hielos; y en el cielo borroso como una placa de acero descubrirían campos azules y diáfanos; y en las ráfagas polares de la noche de Navidad sentirían un calor benigno de hogar... Pero no es así. Vedlas tiritando en la tarde húmeda tras los cristales con vaho y con lágrimas. Contemplan cómo el huracán avienta las hojas por la llanura y una tristeza lúgubre las invade al ver a los pequeñuelos que pasan descalzos por la acera. Las esquilas que tocan el "Angelus" resuenan en el corazón de las doncellas con un

eco sordo. Y en el fracaso de la tarde adivinan el fracaso de sus vidas solitarias, que se hunden como se hunde el sol en los crepúsculos nublados. ¿Jamás habéis sentido impulsos de llorar mirando a Renata, desencantada y tísica, en la tarde de invierno de la novela de los Goncourt?

Concurramos con una vibración sentimental a los funerales de las doncellas sin esperanza...

VIENTO glacial, que sacudes las ramazones de los álamos y las vidrieras de las casas provincianas: no soples, si hay en ti algo de clemencia, sobre su frente pálida. Frío cruel, frío de tumba: deja en paz la sangre tibia de sus manos de cera finas y esbeltas. Nieve de diciembre que constelas el manto de la Virgen y entorpeces a los mastines que guardan los rebaños: no llegues hasta su pecho. Estrella de Belén: alumbra con fulgor de ensueño su camino y cintila gozosamente sobre la melancolía de sus treinta años.

OTHON

SIEMPRE al llegar a San Luis y recrearme en su valle pintoresco, vienen a mi memoria los alejandrinos en que Othón describe cómo se tiñen de violeta los horizontes y "esplenden más azules el cielo y las montañas". Y al recordar el poema (grato como todo lo que es armónico, y sentimental como todos los regresos), pienso en que San Luis no ha hecho justicia completa al grande hombre. Urge decirlo con ruda franqueza en su propio terruño. Apenas si un mármol exiguo cubre sus cenizas, perdiéndose su tumba en el cementerio, como la de cualquier hijo de vecino, incapaz de comprender las excelencias de quien duerme en el mismo barbecho el sueño eterno...

OTHÓN es para mí el más grande de los neoclásicos americanos y lo miro fulgir en la misma constelación en que Gabriel y Galán esparce los brillos del siglo de oro. Realizó, además, el prodigio de vaciar las inquietudes del alma moderna en la serenidad imperturbable de los antiguos modelos. Si Góngora le hubiese conocido, le habría consagrado su devoción. En los sonetos lapidarios en que cantó las emociones salvajes del de-

sierto, se descubre al parnasiano que gusta del verso bravo y rotundo y al artista que padece los males del día, complicados como un capricho de Verlaine.

No me cuento en el número de los que elogian con insigne necedad sólo por elogiar. Pero Manuel José Othón es una cumbre, por más que haya vivido entre nosotros familiarmente, y por más que gentecillas de poco pelo le hayan hablado de tú. Literariamente considerado, se apoya con un pie en la isla clásica de los centauros y de las ninfas y con el otro en la isla en que la flora modernista exhibe sus frutos de lozano exterior y rica miel, a despecho de los dómines arcaicos que castigan con palmeta a las nueve Hermanas y ponen orejas de asno a los sabios portaliras de la última generación.

Supo Othón huir de los extremos de una retórica milenaria y postiza y de un arte descoyuntado y estrafalario. Comprendió el pasado y el presente y tomó de ellos, con singular prudencia, lo verdaderamente estético. Juzgó que la tradición artística no puede romperse y que tampoco puede inmovilizarse. Y en su obra realizó su criterio.

Sus versos son intensos por el desbordamiento de vida e irreprochables por la sobriedad de la forma, lo mismo cuando se envuelve "en la llama del sol, como en un manto" y pronuncia salmos de fuego al nacer el día, que cuando traduce el murmullo hímnico de los bosques, o quema "su último incienso" en las aras de una diosa cruel, o compone églogas, o "reconoce los sitios por su amor consagrados"...

San Luis, tierra gentil y amable, debe glorificar cumplidamente a su hijo ilustre. Mientras no lo haga, padecerá su fama de ciudad aventajada y estarán truncas sus ejecutorias de cultura. Si los potosinos llevan a Othón en el alma, preciso es que lo reproduzcan en la gallarda severidad de una estatua, para que propios y extraños nos inclinemos ante ella como ante un timbre de decoro y de excelsitud.

MAGDALENA

He mirado otra vez el cuadro de Ticiano en que se irgue la frente amplia de la Magdalena y su busto redondo, cobijado por la abundancia de la cabellera tenebrosa. Y ante la figura,

a un tiempo terrenal y celeste, de la mujer que bebió los licores del mundo y extendió su alma, como una alfombra, para suavizar el camino del melancólico Sembrador de parábolas, una emoción sutil enciende la fantasía con evocaciones bíblicas, venidas como palomas, desde Betania...

MAGDALENA es simbólica. Imán de apetitos y vaso de sueños, representa de manera cumplida a la humanidad loca, solicitada por la tierra bestial y atraída por las perspectivas que se dibujan más allá de lo azul, diáfanas como la esencia de la luz y gratas como una brisa de paz.

Al amanecer el cristianismo, ella decora con la delicadeza de su afecto los episodios de la propaganda, y al ungir los pies del Maestro perfuma los siglos. Si llora junto a la cruz se redime para siempre. Preguntando la mañana del domingo por el cuerpo de su Bien, se constituye modelo de amantes. Para Renán, que atribuye la creencia en la resurrección al testimonio de la Magdalena, es la reina y patrona de los idealistas y la fundadora de la fe. Creyentes y heterodoxos la reverencian, unos en la pompa de los altares, otros en la fragua de sus corazones. No se cuenta en el número de las santas cuya virtud, como lirio de mansedumbre, estuvo ignorante de los bajos impulsos. Ella supo del mal y del mal se elevó con la misma graciosa seguridad con que las aves heridas en la maleza vuelan un día, libres del dolor y de los breñales inclementes. Por eso es humana y fraternal y comprende nuestras flaquezas.

LAS santidades heroicas sin mancilla, conquistan más la admiración que la simpatía. Nos confesamos débiles y nos infunden respeto quienes jamás vacilaron, pero en ello vemos un prodigio de otros mundos. Cuando queremos que el homenaje, en una onda cálida, llegue a las plantas de un varón o de una mujer insignes, buscamos la imagen de alguien que haya pisado el mismo cieno que nosotros, para que nos acoja familiarmente y cura las llagas que de antaño le son conocidas.

MARTÍNEZ SIERRA, evocando a María Magdalena en el paisaje cándido del domingo de la Resurrección, ha escrito un poema pintoresco y sentimental, que se hilvana así: El día está de amor

de Dios y la amiga del poeta quiere oír una historia que a la vez edifique y emocione. El poeta advierte que su amiga sabe vidas de santos y que las dice como cosa de sueño, pero, por complacerla, la anuncia que relatará un episodio fragante de una mañana de abril, pidiendo que se escuche con una devoción atenta. Y el episodio fragante acaeció en un huerto, en tierras de Asia, al despertarse el alba, mientras los pájaros lanzaban sus píos y la brisa de primavera besaba los sepulcros. Magdalena recorre los senderos del huerto animada de fogoso celo para llenar con Cristo los cuidados póstumos. Halla el sepulcro vacío, busca a quien interrogar y aparece de súbito el jardinero. ¿Has visto el cuerpo de mi Bien? ¿Dónde lo han puesto? El buen jardinero, con vestiduras de nieve, contestó: ¡María! El alma conoció la voz. . . ¡Maestro! Que los sentidos, turbados por el deseo, nos impiden descubrir que el Amor está cerca.

Concluye el episodio, llora la amiga del poeta y éste para consolarla le dice: Llévame al Jordán, a Betania, a donde quieras, sobre las alas de los ojos negros.

LOS PIANOS

No voy a hablar de los pianos aristocráticos que esparcen su clasicismo sobre la concurrencia de los rumbosos recitales: caballeros relamidos que se visten de negro y damas escotadas que fingen entender la música de los maestros. No, no os hablaré de los pianos próceres.

Quiero hablaros de los otros de los que coadyuvan el ensueño de las humildes doncellas que llevan sus hogueras de amor en el pecho y que, en la ventana del barrio desierto, esperan la llegada de un doncel de palabras galantes. . . El doncel no viene, y las mozas van todavía con esperanza a arrancar al piano armonías en que parezca anunciarse el alma del ausente. ¿Oís? En la calleja solitaria tiemblan notas de ingenuidad, llorosas, que hablan de poéticos males: del espanto de los niños perdidos en el bosque, de la princesa núbil que mordió una fruta con veneno y quedó encantada, de los cumplimientos de los siete enanos a Blanca de Nieve. . . Sí, estas notas agónitas que se desmayan a prima noche en el barrio, evocan leyendas de infancia; más ¿de dónde nace la música pueril y tristona que nos hemos parado a escuchar, yendo por la acera? Seguramente sale de la caja oscura de ese piano que se entrevé por los visillos

de la ventana. Se mira también sobre una mesa en que dibujan varios niños, un quinqué con caperuza verde. Está tocando quizá la hermana mayor. No ejecuta con maestría, es cierto, pero comunica a los sonidos que arranca el piano un temblor de emoción. Sí, la hermana mayor nos emociona, porque en sus melodías inseguras adivinamos un perfume de ilusión de quince años, un loco entusiasmo de cazadora de estrellas y (¡aquí la pena fatal!) una humedad de llanto. A todos nos ha perfumado la ilusión, todos hemos perseguido, con redes insensatas a las estrellas de Banville, y todos hemos derramado lágrimas al quedar presos en las propias redes, en tanto que la estrella rútila sigue allá arriba, ajena al dolor que nos quebranta. Por eso nos conmueve la música que la hermana mayor arranca al piano gangoso, con dedos de discípula enamorada, mientras los chiquillos unen sus cabezas inocentes dibujando a la luz del quinqué.

Por el alto cielo va una nube, fina y transparente como el velo de la Diosa de Cartago, en pos de la luna. En la calle impera una soledad de romance. El piano suena. . .

SEÑORITA humilde del piano que se queja en la noche: Usted ignora cuantos sueños suben a lo azul en esta hora. Sube el sueño de usted misma, que en el teclado finca el pedestal sonoro de un monumento de felicidad; sube el sueño de los niños que, al dibujar frente al quinqué, trazan los rasgos de una quimera que los divierte; sube mi sueño, en alas de la música de usted. Y, probablemente, sube también el sueño de ese rondador anónimo que se emboza y se queda inmóvil al otro extremo de la acera. Créame usted, señorita: todo el barrio sueña. El piano es como un manantial de lirismo que fluye sin cansarse, con lentitud, como fluye una palabra de amor de los labios de un galán experto, que se goza en ver el efecto que cada sílaba produce en la mujer adorada. Todo el barrio, señorita, le es deudor a usted de la hora de sueño y armonía que le da noche por noche. Pero. . . los niños comienzan a bostezar queriéndose dormir, la nube transparente y fina va alcanzando ya la luna, en el cenit; en la calle se agrava la soledad romancesca. . . Señorita del piano, muy buenas noches.

EN EL CINE

El salón encierra una abigarrada concurrencia. Abajo la elegancia de los personajes, de los lechuguinos y de las damas próceres; los rostros pulidos de las señoritas que buscan con ojos de disimulo a sus novios; y la inquietud de los niños, ávidos de contemplar la magia de las proyecciones. En los palcos primeros, familias de la clase media que, en el descanso dominical se reponen de las fatigas de toda la semana. Las localidades altas ocupadas por la multitud popular que, en su instinto de curiosidad primitiva, de las cavernas, quiere divertirse a precio ínfimo.

La orquesta rompe un vals de sencillos compases, el salón se sume en penumbras y en la pantalla se suceden cuadros diversos: escenas marinas, desfiles medievales, episodios de la galantería moderna, lances chuscos de la cobardía de Salustiano, idilios en el campo, magias infernales, revista Pathé. Y sobre las cabezas atentas fulge como una cinta diáfana, el rayo de la proyección, mientras se escucha el ruido monótono del aparato, como una voz que diese órdenes constantes a las figuras del lienzo.

Se va desarrollando una conspiración tenebrosa de la policía contra unos hábiles ladrones que gastan frac y se pasean en automóvil. Son ladrones inteligentes como un académico y resueltos como un capitán esforzado. Intrigan siempre y matan cuando es preciso. Pero la policía comete la crueldad de perseguir a caballeros de tan excelentes cualidades. Les ponen trampas. . . y nunca son cogidos en ellas. Huyen por ferrocarril, se embarcan en puerto lejano y al llegar a la playa de su destino caen, por fin, en poder de la celosa autoridad. El público de las localidades altas aplaude. Solamente en el cine los misérrimos plebeyos se ponen de parte de la policía.

Ahora les ha tocado a los niños su película favorita. Se representa la guerra de los animales. Todas las buenas y malas bestias que habitan el globo se hallan poseídas de furor bélico. En una plazuela, un exaltado orador, perro de indefinible raza, predica la guerra. Se rompen las hostilidades y los ejércitos

enemigos invaden el campo marcialmente. Por un lado, las aves de corral en caprichosa alianza con los gatos, toman posiciones. Por otro, los perros y los asnos comienzan a hacer funcionar la artillería.

El primer cañonazo causa estragos en un escuadrón de gallinas. Un par de gatos se cuelga del hocico de un pollino encargado de una ametralladora. La alegría de los niños se traduce en el estrépito de sus risas, y las voces infantiles flotan en el salón como timbres sonoros, como pregones de salud moral.

No sería justo que la señorita que anda vistiendo la primera falda larga, que soporta el asedio del primer rondador y que sabe ya esgrimir la mirada como lanza, se quedase sin su parte de espectáculo propicio. Para ella es esta película que se inicia en el bosque espeso, donde la rústica mozuela tropieza una tarde con un doncel apuesto y millonario, que la dice cosas amables y la lleva a países de ilusión, a teatros suntuosos, a catedrales en que el mármol anida en esculturas que semejan fábulas, a bailes regios en que la luz baña las sedas... Mas luego se fastidia el galán y la pobre tórtola llorosa, desengañada y contrita, vuelve al bosque paterno una noche inclemente, y le dan la noticia de que su madre ha muerto por su ausencia.

Y la señorita de la primera falda, al concluir la tanda y encenderse los foquillos tiene en los ojos dos lágrimas y una expresión de susto...

AQUEL DIA...

AQUELLA mañana salimos al campo, en los corceles domésticos, bajo la gloria del sol. En la excursión hípica semejaban el retrato viviente de esas nobles figuras femeninas que con agilidades de Diana cabalgadora se miran representadas en los cuadros cinegéticos. Una epicena bandada de gorriones atravesó frente a nosotros con rumbo al sur, y tú sonreíste a la faz del sol que llevábamos delante y que proyectaba sobre la llanura nuestras dos sombras y la de las ocho patas de los caballos, con proyección interminable, como la interminable languidez de tu sonrisa. ¿Por qué tan desconsolada tu sonrisa? Y mi pregunta se heló en tu silencio, más inclemente que el frío del

amanecer; se heló con la sonrisa con que me respondiste, más desconsolada sonrisa que todas las otras tuyas; se heló en el galope que imprimiste a las cabalgaduras, como si fuéramos persiguiendo una fuga de ilusiones o de esperanzas pérfidas que nos huyeran con dirección al abismo infranqueable o de nuestros corazones quizá no hubieran escapado.

¡Oh, el contagio de tu sonrisa! Aquel mohín de tus labios encerrador de todos los hastíos, me hizo pensar en la casa vista en sueños en la fundación de una casa a que daríamos el nombre huraño de una Orden de religiosos, pesimistas: acaso la Venerable Orden Tercera de Nuestra Madre de la Melancolía. Ahí desgranaría sus arenas invariables la clepsidra de nuestra vida monótona, y la mansión podría llenarse con tu sonrisa desconsolada, y el hueco de mi corazón prófugo con algo de tu fe salvaría del naufragio y con un poco de piedad amorosa que esconderías en las entrañas.

Aquella mañana salimos a caballo al campo, bajo la naciente gloria del sol...

POR la tarde salimos a coger en el valle rosas de la Pasión y lirios pálidos. Y tu sonrisa proseguía inexorable. Era como si te burlaras de lo sensual, por indigno, y de lo platónico, por soso. Y tuve miedo de ti y me asomé temblando, al abismo de mi sentimiento. Y estabas ahí ensueño de mi luz y de mi sombra, acurrucada en el más hondo seno de mi emoción, con tu cetro místico y con la blanca túnica de doncella pronta al martirio y que tiene como sola arma una perenne sonrisa. Y me embriagué de tu tristeza sonriente y regresamos, bajo los ojos de las primeras estrellas, con nuestra cosecha florida.

Lirios pálidos y rosas de la pasión: Nosotros os recogimos aquella tarde que fuimos al valle...

EN la noche enlutada vagamos a campo traviesa por mieses y arboledas. Tu sonrisa, a la luz lunar era como la mueca doliente de una novia de ultratumba. Presa de susto, me llevé al sitio del corazón ambas manos, temeroso de un ataque de hipertrofia. Pero no pulsé latido alguno... Me había olvidado de que en la mañana fuimos al campo a cabalgar tras de los corazones prófugos. Las constelaciones tuvieron para mi olvido

una sonrisa fúlgida. Pero la tuya me venía de más lejos que la de los astros. Y juzgué irremediable mi destino de ir soportando la sonrisa de tu amor muerto, sin lograr, como el Duque de Gandía, la suerte de mirar en descomposición a la amada. Tú eres una preciosa carga para siempre fragante.

Aquella noche enlunada volví del campo al amparo de tu sonrisa y de las fúlgidas constelaciones.

LA EXPOSICION BIENAL DE VENECIA Y EL ARTE DE MEXICO

La resonancia que lleva consigo el hecho de que por primera vez haya sido invitado y haya concurrido México a la exposición internacional de artes plásticas de Venecia, es trascendental. Pues esta institución que se ha venido celebrando cada dos años desde principios del siglo —con la única interrupción de las dos guerras mundiales que hemos padecido— tiene una bien ganada fama de seriedad y de espíritu de justicia; y en realidad representa, en ese rincón encantador de Italia, la concentración contrastadora y benéfica de todas las obras de arte que se producen, no sólo en el continente europeo, sino en otras comarcas del resto del mundo. De tal modo, que el exponer en sus salones, significa ya de por sí un honor; y más aún, como en este caso, que el valer del arte producido en México, sea reconocido por medio de uno de los principales premios, al otorgarlo el jurado calificador de las obras presentadas, al gran pintor que es David Alfaro Siqueiros.

Alrededor de este acontecimiento se ha escrito no poco en la prensa local de México. Unas veces reflejando la verdad escueta de los hechos; otras, bordando sobre ellos implicaciones, urdiendo sucedidos que nunca acaecieron, y hasta derivando de todo ello conclusiones que cada comentador ha adaptado a su medida, de acuerdo con una impresión completamente individual.

Por ello, pero además por ser necesario que se conozca bien todo lo que se relaciona con nuestra participación y triunfo en la famosa exposición internacional, desde un ángulo imparcial de observación, me esforzaré en presentar aquí un breve panorama de conjunto de toda aquélla, recalcando qué puntos o focos interesantes hay en su seno. De este modo creo que se podrá tener por todos en general una idea bastante clara del lugar, el clima y la calidad óptima de un certamen internacional en que los pintores mexicanos obtienen, en un sufragio entusiasta, preciadísimo galardón.

Y digo pintores mexicanos, y no cito únicamente al afortunado recipiendario del premio, porque en realidad el jurado que lo discernió quiso con ese gesto dar fe, sin duda alguna, de la magnífica impresión causada en todos los testigos, por el acontecimiento que ha sido

la presencia de nuestro arte allí, en Venecia. Es decir, el arte de México, representado por cuatro de sus mejores pintores, figura en la exposición, lado a lado con las mejores muestras del arte universal contemporáneo; compite con ellas en buena lid, y vence, junto con otras figuras del más alto relieve. Este hecho, estos hechos, traen consigo como ya apunté, muchas implicaciones: unas, en función del arte en general, específicamente, de las corrientes actuales del arte en Europa; otras, en función del valor de la aportación mexicana al arte del mundo; sus aciertos, sus limitaciones o fallas, así como el grado de responsabilidad que, ahora más que nunca tenemos todos, en México, frente a un mundo que empieza a conocernos mejor.

La "Biennale di Venezia", como se la llama abreviadamente en toda Europa, es una institución autónoma que disfruta de subvenciones del gobierno central italiano, del provincial del Véneto, y del municipal en que radica. Figura al frente de esta agrupación Giovanni Ponti, en calidad de Comisario extraordinario y Presidente. Ponti es diputado a la Cámara de Roma. Es un excelente escritor y orador. Como muchos otros de sus colegas en el cuerpo administrativo de la "Biennale", es hombre de vanguardia, y tomó parte activa en el movimiento clandestino de la Resistencia, en la última guerra. Hay una "Comisión de Artes Plásticas" que él preside, y en la cual están famosos historiadores de arte y críticos, como Roberto Longhi, Nino Barbantini, Rodolfo Palluchini, Giuseppe Fiocco, Leoncillo Leonardi y Lionello Venturi; así como los célebres pintores Carlo Carrá y Giorgio Morandi. El gobierno y las autoridades provinciales y municipales, están representados por tres síndicos observadores. Y en las secciones en que se dividen las oficinas, instaladas en el Palacio Giustinian, se halla como encargado del Archivo Histórico de Arte Contemporáneo, el distinguido historiador y crítico de arte, Umbro Apollonio.

En la exposición celebrada el año 1948 estuvieron presentes, en los hermosos pabellones y salas diseminados en el único parque que posee Venecia —los "Giardini Publici" (Jardines públicos)— cosa de catorce naciones, además de Italia. En esta ocasión su número es de veintidós. Algunas acuden por la primera vez, como es el caso de México.

La Comisión Organizadora de 1948 ha sido esta vez confirmada en sus funciones. En ella están dos representantes patronales: los escultores Leoncillo y Manzú. Los demás miembros son los artistas Carrá, Casorati, Marini y Morandi; y los críticos, Fiocco, Longhi, Palluchini, Raghianti y Venturi. El jurado para la admisión de las obras de los

italianos, ha sido elegido por 1608 artistas, democráticamente. En él están muchos de los miembros de la Comisión Organizadora. El otro jurado, el de las obras extranjeras, está constituído por algunos funcionarios de la institución y los comisarios extranjeros. Insisto en estos pormenores, pues considero que deben conocerse; son hechos fehacientes de la seriedad e imparcialidad que preside a este concurso de tanta nombradía en el mundo.

La exposición actual es en realidad un panorama de todo lo que se ha realizado en artes plásticas, especialmente en pintura, escultura y grabado, en la primera mitad de este siglo. Sus organizadores habrían deseado que no faltara ninguna nación productora de arte; y es de deplorar la ausencia de un grupo de países que, sin duda alguna, han de acudir en futuras ocasiones, una vez desaparecidas las dificultades contingentes que impidieron su presencia ahora.

Los premios son instituídos por la Presidencia del Consejo de Ministros, para un pintor extranjero y uno italiano, a razón de un millón de liras cada uno; por la Municipalidad de Venecia, para un pintor y un escultor italianos, a razón de un millón de liras cada uno; y por la Presidencia de la Bienal, para un grabador extranjero y un italiano, a razón de doscientas mil liras cada uno. Además de estas recompensas existen otras instituídas por diversas entidades, entre las cuales se cuenta el fondo de quinientas mil liras, donado por el Museo de Arte Moderno de Sao Paolo, Brasil, o sea el segundo premio para pintores extranjeros, naturalmente, que fué el otorgado a David Alfaro Siqueiros.

Muchas sociedades privadas, industriales, comerciales y culturales, así como personas acomodadas amantes del arte, tanto en Venecia como en el resto de Italia, contribuyen al fondo destinado a los premios, que en conjunto viene a ser de unos siete millones de liras. Algunos de los premios son los que llaman premio-adquisición (premio-acquisto); o sea que implican la posesión, de parte de la institución o particular que da el premio, —mejor dicho, el dinero para el premio, puesto que éste lo adjudica el jurado oficial— de la obra premiada. Cuando se trata de varias, hay un arreglo entre las partes interesadas.

Toda Europa acude en son de fiesta a este atractivo más que brinda Venecia cada dos años a sus visitantes. El marco en que se desarrolla tan importante acontecimiento cultural y artístico es soberbio, único, puede decirse. La ciudad de los canales, silenciosa, tranquila, saturada de recuerdos, de poesía viva, es una sede ideal para ello. Ambulando por sus callejas y puentes, en tierra firme; visitando sus prodigiosas iglesias que atesoran obras inmortales, así como sus señoriales casas y palacios, comenzando por el de los Duques de la Serenísima República —como se la llamaba oficialmente en tiempos ya idos, de

esplendor y poderío autónomos— se da uno cuenta de que estos recorridos realmente preparan el ánimo para recibir el mensaje del arte nuevo, y así poder contrastarlo con otras edades, y hasta descubrir, como se descubren, huellas de lo antiguo en lo moderno, y premoniciones de lo nuevo en lo pretérito.

AUNQUE se hayan visto alguna vez, los maravillosos murales y cuadros de Tintoretto, Tiziano, Pablo el Veronés, los dos Palmas, Mantegna, Carpaccio, Crivelli, los dos Bellini, Longhi, Guardi, Tiépolo y otros, diseminados en sitios que no sólo su arquitectura sino el ser relicarios de estas obras supremas han hecho célebres para siempre —el Palacio Ducal, la iglesia de San Rocco, la Accademia, Santa María dei Frari, la Madonna dell'Orto, San Giorgio degli Schiavoni, la Ca' d'Oro, la Ca' Rezzonico, etc.— al tornarlos a admirar y gozar con todo lo que representan, les descubre uno ángulos nuevos; y desde luego, aprende uno a aquilatarlos mejor, sin duda alguna, mucho mejor que con una fría exposición escrita en cualquier libro de divulgación, a pesar de las reproducciones, que únicamente sirven para dar una ligera idea gráfica de los famosos cuadros.

No es mi propósito discurrir sobre estas obras ahora, no obstante que me acucia el deseo de hacerlo, pues me hallo, como quien dice, saturado de las emociones recibidas recientemente al volverlas a contemplar, después de una ausencia de cerca de treinta y cinco años. Tan sólo deseo establecer los perfiles de una impresión aproximada —dejo al lector el evocar todo con su imaginación, que a menudo puede lograr prodigios o simples visiones tangibles y reales— de lo que es el lugar de ensueño en que se celebra la Exposición Internacional de Arte Contemporáneo. O sea que ya antes, ya después, estas visitas permiten acumular en la mente estados diversos del arte, y por ende, conocer su evolución; sus nuevas, auténticas voces; es decir las que se hallan en íntima conexión con la época, las vicisitudes, los anhelos, las conquistas, las ideas, el concepto filosófico y político del mundo; en una palabra, la vida del hombre con todas sus contradicciones, sus fallas y sus momentos geniales, imperecederos.

Mi visita a Venecia, en el estío de este año memorable para el arte de México, ha sido como el asistir a la contemplación de una larga bandeleta cuajada de símbolos gráficos; una especie de códice ideal en que se han sucedido, unas después de otras —mezcladas o alternadas; lentamente a veces, otras en rápida visión— las creaciones de los Primitivos; de los Renacentistas; de los primates de la Escuela Veneciana; las fuentes grecolatinas, bizantinas, románicas, de donde

derivaron su arte excelso; y luego, pasando por etapas intermedias, en que se encuentran joyas de los siglos XVIII y XIX, las lucubraciones dictadas por el impulso de renovación; por el afán de descubrir voces nuevas, que entonen las canciones eternas, con acento y con lenguaje de hoy.

En reciente conferencia, en el Instituto Nacional de Bellas Artes, Diego Rivera recalcó —con palabra docta y profundamente ilustrada con una documentación categórica— el extraordinario valor que tiene el arte en la vida del hombre, como conformador de su vida emocional; como transformador, o más bien como equilibrador de su economía biológica, que siempre ha de redundar, lógicamente, en la obtención de un bienestar físico, beatífico; en una palabra, de equilibrio total, de dicha y tranquilidad; o de rapto delicioso, que son los estados que el hombre anhela y que necesita en su existencia, como compensación de sus trabajos y dolores; sus pobrezas y frustraciones; de modo análogo a lo que desea encontrar en el terreno religioso, en gran parte armado de imágenes y símbolos completamente tomados del campo del arte.

Esto explicará, mejor que nada, en qué estado de efusión me encontraría —nos encontraríamos los Gamboa —Fernando y Susana—, los Tamayo —Rufino y Olga—; y yo, al ser testigos, en un clima de tal naturaleza, de esa panorámica del arte esbozada a grandes líneas; y dentro de ella, de la presencia digna, solemne —para nosotros conmovedora— de cuatro máximos artistas patrios. Se trataba en efecto de cuatro grandes representativos de otros tantos módulos de nuestra pintura; aunque unidos por un común denominador de calidad, de esfuerzo colectivo, de limpieza de propósito, de aglutinación de vivencias nacionales; de expresión de gritos ancestrales; de interpretación cordial —en registros grandilocuentes pero también impregnados de tonos esencialmente poéticos— de lo que es y lo que quiere ser el pueblo mexicano. Se trataba, asimismo, de que esta muestra del arte que se hace en México —condensación de nuestro vivir antiguo y nuestro vivir de hoy— se hallaba en este concurso de obras extraordinarias, antiguas y modernas, en una situación de tal decoro y finura —si se atiende a los valores plásticos únicamente— que su cotejo *in situ* o por medio de representaciones memorizadas, con otras de las mejores obras de arte, italiano o mundial, lejos de provocar impresión de aceptación cortés o benévola de parte de los más entendidos, desde el comienzo les hizo prorrumpir en verdaderas exclamaciones de admiración y estima, que poco a poco fueron concretándose en simpatías individuales por este o aquel de los artistas que enviamos.

ORGANIZADOR de la exposición mexicana en la Bienal de Venecia, fué el señor Fernando Gamboa, distinguido crítico y museógrafo que actualmente ocupa el cargo de Subdirector del Instituto Nacional de Bellas Artes, de acuerdo con su Director General el conocido compositor Carlos Chávez, y naturalmente contando con todo el apoyo del actual Secretario de Educación Pública, señor Lic. Manuel Gual Vidal, así como del Presidente de la República, señor Lic. Miguel Alemán. México fué invitado directamente por la Comisión Directiva de la Bienal, tras de unas primeras gestiones del pintor italiano, residente en México, señor Guido Caprotti. Fué confirmada después la invitación por la Embajada de Italia, y todos los arreglos se hicieron por su conducto y por el de nuestra Secretaría de Relaciones Exteriores. El señor Gamboa llevó la representación oficial de México como Comisario. También le acompañó su esposa, Susana, Directora del Salón de la Plástica Mexicana. La Comisión patrocinadora de rigor estuvo compuesta del Secretario de Educación, señor Lic. Gual Vidal; del señor Luigi Petrucci, Embajador de Italia en México; del Maestro Carlos Chávez, Director General del INBA; del señor Carlos Darío Ojeda, Embajador de México en Italia, del Agregado Cultural de Italia en México, señor Cosco; y del propio señor Gamboa.

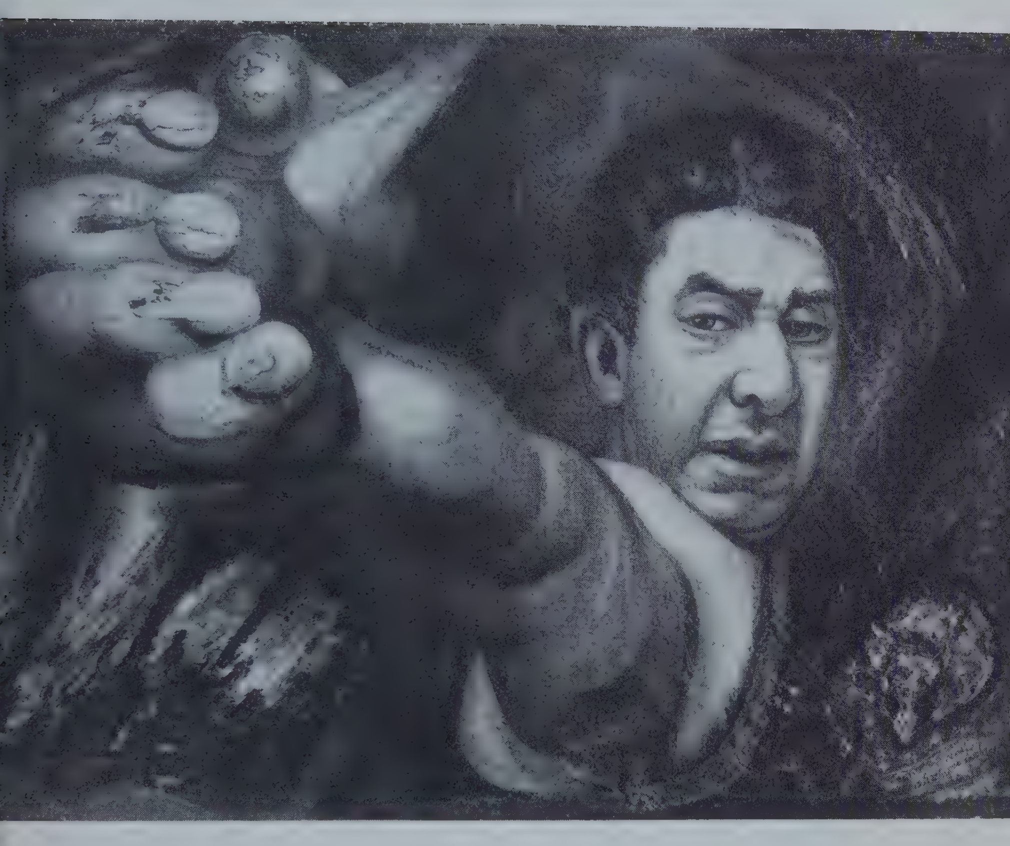
Su oportuna llegada, días antes de la apertura, y el entusiasmo y atingencia que él sabe poner en toda cuanta empresa, de orden cultural y artístico, se le encomienda o que él mismo inicia, hicieron que el aspecto del pabellón, y la colocación equilibrada y psicológica de los cuadros, fuera tan perfecta que, si no hubiera sido discernido el premio a un miembro distinguido del grupo de pintores presentes, le habría sido adjudicado sin duda ninguna al Pabellón, considerado sin distinción de ninguna especie, el mejor de todos, por su arreglo y por su contenido; de indudable homogeneidad como muestra escogida de un movimiento, aun con las diferenciaciones de carácter de cada modalidad artística allí representada. El pabellón mexicano ha sido una sorpresa para todos. Una sorpresa que acicatea ulteriores exámenes e indagaciones de la gente que se ocupa de cosas del arte; pero lo que es importantísimo también: del propio público, tanto italiano como extranjero, que a Venecia acude a gozar y admirar lo que universalmente se ha hecho y se hace en el arte moderno.

Resulta pues, la "Biennale", una verdadera coyuntura para aquilatar valores ya consagrados —ratificándolos o rectificándolos—, pero al mismo tiempo, para descubrir valores nuevos, y para conocer lo que por cualesquiera causa no haya tenido la oportunidad de participar en este convivio internacional; como ya dijimos que pasa con Mé-

xico, que es la primera vez que ha sido invitado a participar en él. La realidad es que México ha sido invitado y se presenta por la primera vez, a una exposición colectiva de gran importancia mundial y que se celebra en el continente europeo. Y esto tiene gran significación, como la tiene el premio concedido a Siqueiros; pues se invita a México, ratificando mis apreciaciones ha poco externadas, como un signo de reconocimiento —un poco tardío pero de gran trascendencia— del valor de la aportación originalísima mexicana a la pintura del mundo; pero sobre todo, en un momento crucial en que se ha agudizado la pugna de dos tendencias principales para fijar la fisonomía y la esencia del arte figurativo: la netamente formalista (por la forma sola) que llega a fronteras fríamente calculadas, de meras combinaciones matemáticas, geométricas; y la realista, con sus diversos aspectos, hasta llegar a una fórmula, mezcla de lo objetivo y lo subjetivo, o sea un concepto nuevo de las formas reales, que puede llamarse neorrealismo y que tiene en cada país distinta interpretación y distinta hondura.

Se ha querido ver en Europa lo que es el movimiento mexicano de pintura que, cuajando primero en las grandes pinturas murales, ha seguido haciendo experimentos y realizaciones en pintura de caballete y en el grabado; siguiendo, ya consciente ya subconscientemente, una representación que justamente se puede llamar neorrealista. Esto es, una transubstanciación del dato real, de acuerdo con el concepto tradicional o evolucionado, de formas ancestrales, saturado del aliento lírico, fervoroso, que se deriva de la pintura de la vida misma del mexicano actual; sin rehuir ningún aspecto de ella, sino procurando captarla íntegra, en toda su tragicidad y futura plasmación, de verdad independiente y original.

HAY varios focos centrales en la exposición veneciana, cuyo significado en la historia del arte, es sumamente importante, pues señala hitos saturados de fervor y de fermentos, en busca de soluciones a la forma y al mensaje plásticos. Hay una sola dedicada a los "Fauves"; otra con obras escogidas a los maestros del Cubismo; otra con las de los firmantes del "Primer Manifiesto Futurista"; una excelente retrospectiva del Aduanero Rousseau; otras en diversos pabellones, con cuadros del grupo del "Caballero Azul (Blaue Reiter)"; del formidable pintor belga James Ensor; del grande, del delicioso Pierre Bonnard; de Utrillo, de Seurat; del venerable Henri Matisse; una especial, de Kandinsky; la del adelantado del arte moderno, el inglés John Constable, que con su compatriota Turner, tanto influyeron en



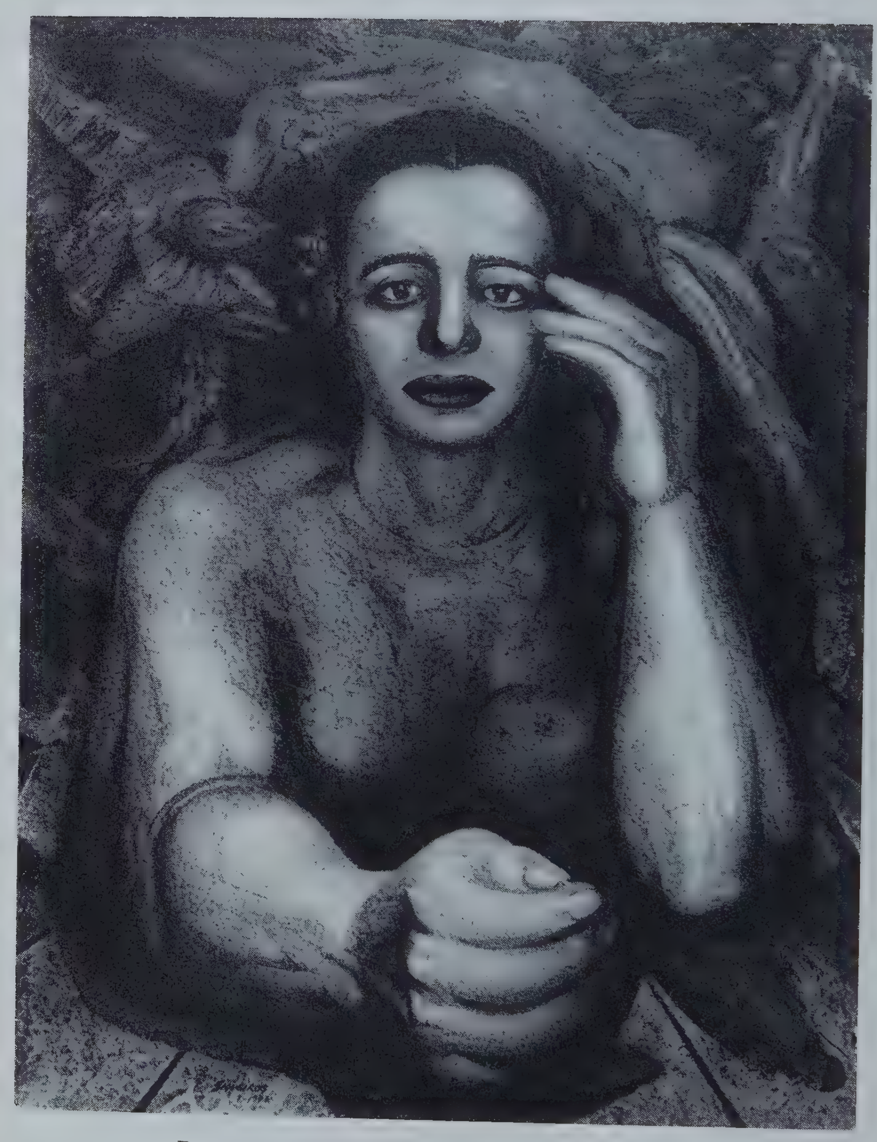
Autorretrato: David Alfaro Siqueiros.



El diablo en la Iglesia.—David Alfaro Siqueiros.



Nuestra Imagen actual.—David Alfaro Siqueiros.



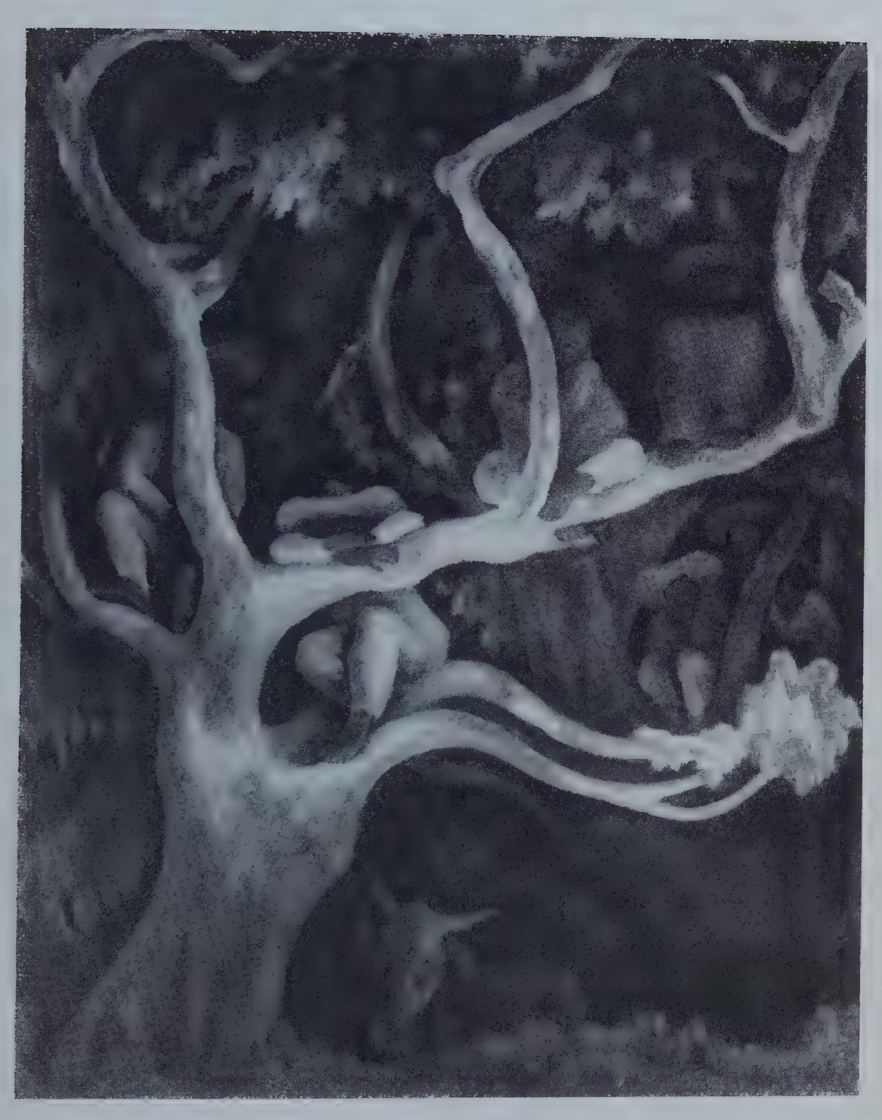
Retrato de Angélica.—David Alfaro Siqueiros.



Vendedores de Flores.—Diego Rivera.



Baile en Tehuantepec.—Diego Rivera.



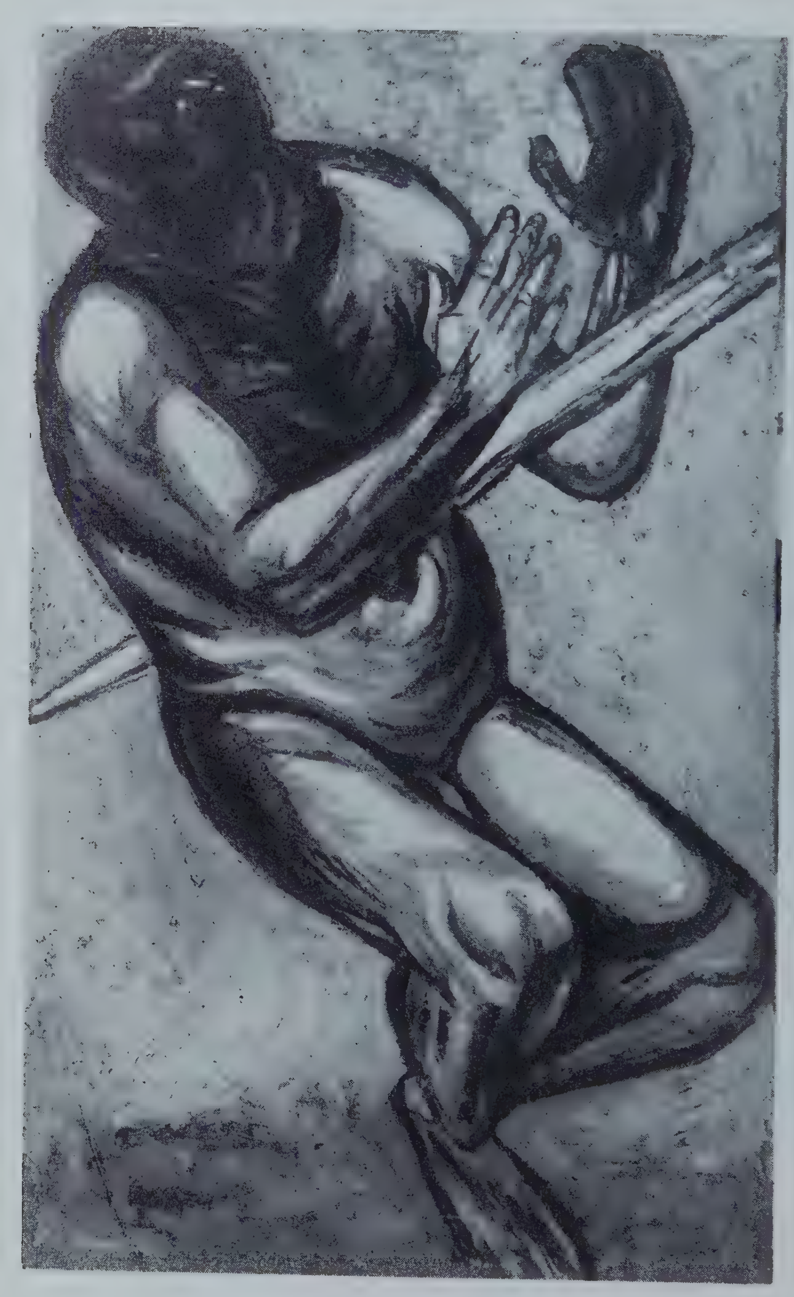
Paisaje Nocturno.—Diego Rivera.



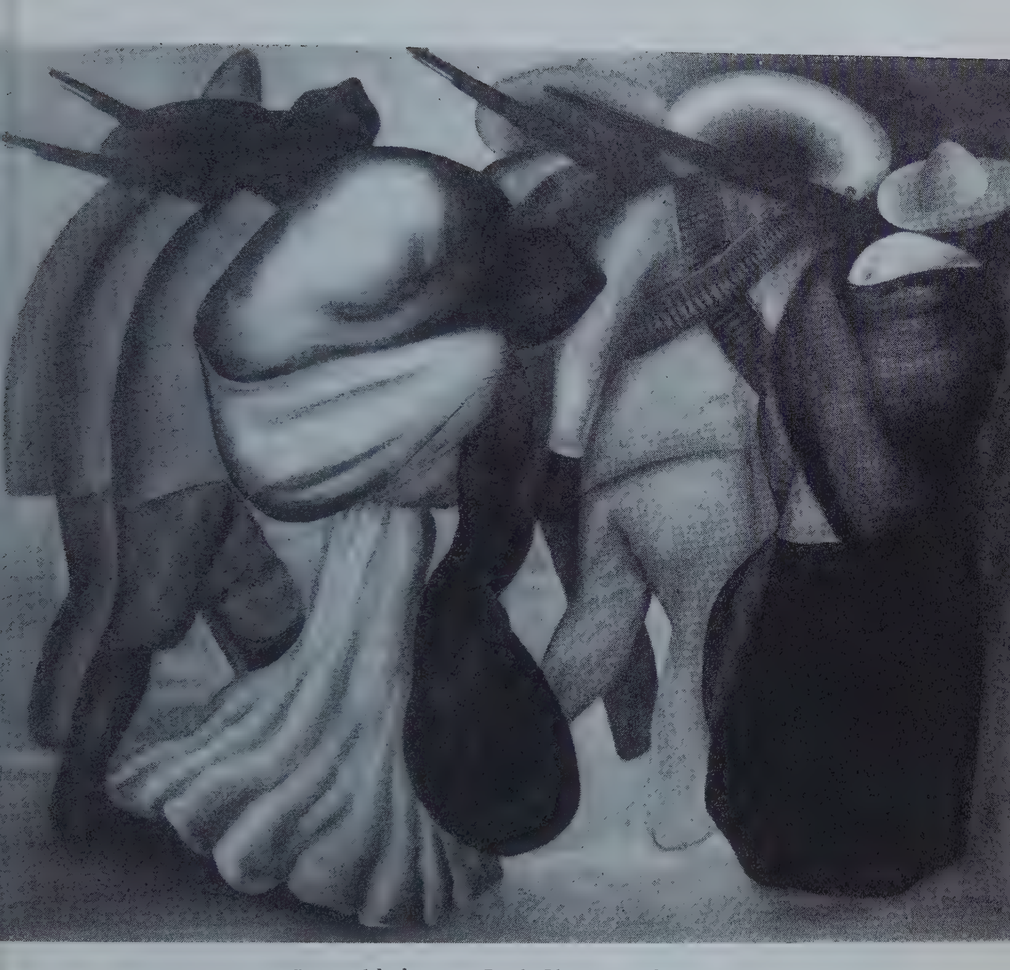
Bailarina negra en reposo.—Diego Rivera.



Retrato de la Sra. Martino.—José Clemente Orozco.



Indio alanceado.—José Clemente Orozco.



Las soldaderas.—José Clemente Orozco.



Animales.—Rufino Tamayo.



Bailarina en la noche.—Rufino Tamayo.



El Grito.—Rufino Tamayo.

los impresionistas; la retrospectiva de nuestro José Clemente Orozco, a quien el sufragio entusiasta de los jóvenes pintores italianos y la voz de la calle, han apodado ya "El Tintoretto moderno, el Tintoretto mexicano"; y en el grupo italiano, la del dulce y gratísimo pintor veneciano Giacomo Favretto. Hay una exposición individual de Carlo Carrá; la de Mario Broglio y Gino Bozzetti, ambos fallecidos; la del interesantísimo pintor Lorenzo Viani (también fallecido); la de Pio Semegini; la individual del excelente Gino Severini; la del moderno abstraccionista Alberto Magnelli, que vive en París (pertenece al grupo de pintores de "Les réalités nouvelles"), y la del notable pintor formalista francés, François Villon.

Se destacan entre la selva de centenares de pintores, escultores y grabadores presentes, además de los nombrados, en primer lugar el belga Constant Permeke, el sueco Sven Erixson, el alemán Max Beckman, el español José Gutiérrez Solana, el austriaco Herbert Boeckl, entre los pintores extranjeros; Giorgio Morandi, De Pisis, Massimo Campigli, Antonio Music, Armando Pizzinato, Bruno Cassinari, Giuseppe Zigaina, Renato Guttuso, Giuseppe Santomaso, Renato Birolli, Enrico Prampolini, Emilio Vedova y Antonio Corpora, entre los italianos de las generaciones recientes, en los que se hallan los que forman "El Frente Nuevo del Arte", de orientación vanguardista. En escultura descuellan Hans Arp, Ossip Zadkine, nombres conocidísimos; Ernst Barlach, alemán, la inglesa Barbara Hepworth, Fritz Wotruba, de Austria y Henri Laurens, entre los artistas extranjeros. Entre los italianos, Berto Lardera, Napoleone Martinuzzi, Umberto Bertaghin, Signori, Leonardi, Franco Garelli, Marcello Mascherini, Luciano Minguzzi, y otros excelentes. De los grabadores, se lleva la palma el belga Frans Masereel. En el grupo italiano citaría yo a Giuseppe Viviani.

Es imposible recorrer y detenerse ante lo que significan cada uno de los nombres que acabo de enumerar. Pero el hecho de que en tan copiosa asistencia de artistas de todo el mundo, ya desaparecidos ya vivientes, se pueda —escogiendo con severidad— señalar tanto bueno y hasta extraordinario, demuestra elocuentemente la calidad de la exposición. La presencia de los corifeos del movimiento llamado de los "Fauves", así como de los principales Cubistas y los Futuristas, sin excluir al grupo del "Caballero Azul"; además, las retrospectivas de Bonnard, de Kandinsky, de Seurat (sus estupendos dibujos), de Rousseau, permiten establecer puntos de comparación con las obras que han venido después. En los más modernos, como Magnelli, Quaglia, Villon y otros, se nota la impronta de estos antecedentes, que han conducido a una fórmula de composición geométrica exaltada por la combinación de colores puros; o armonías oxidadas, dentro de

una idea plástica también abstracta, aunque riquísima de luz y de tactilidad. Aún hay quienes persisten en el impresionismo; y, desde luego, los que han seguido las huellas del expresionismo, muy patente sobre todo en las obras de Permeke, de Beckman, de Boeckl, de Orozco; que sin embargo lindan ya, sobre todo en Permeke y en Orozco, con una solución afortunada del neorrealismo, incipiente o vacilante en otros ejemplos vistos en esta misma exposición, y que sería prolijo enumerar.

La sala de los "Fauves" es muy completa. Están André Derain, aún con sus ribetes divisionistas: Kees Van Dongen, Raul Dufy, en quien ya comienza a gestarse su taquigrafía posterior tan asiática; una especie de abstracción de la técnica de Van Gogh; Othon E. Friesz, Henry Manguin, Albert Marquet, Maurice Vlaminck, magnífico, muy influído por Gauguin y también por Van Gogh, pero de todos modos estupendo; y "last but not least", Henri Matisse, a mi juicio con las mejores obras de su vida fecunda y gloriosa de creador y animador de este grupo, precisamente. (Viendo lo más destacado de este contingente, se da uno cuenta de lo maravilloso que será más tarde, lo que ha hecho el gran Bonnard, mago del colorismo si los hay).

¿Por qué les llamaron "fieras" (Fauves) se preguntarán algunos que no conocen o han olvidado el origen del nombre, entre burlón y admirativo? Pues justamente por la osadía, la borrachera de color que empleaban sus componentes en sus paletas individuales; por la libertad expresionista con que pintaban, apuntando ya al barroquismo de arabescos, que en algunos privaría más tarde sobre cualquiera otra solución plástica. Eran disidentes del impresionismo que se había convertido ya, para esa época, en una fórmula académica. Cuando expusieron sus obras en 1905, en el Salón de los Independientes, en París, que ha sido almácigo de tanto milagro artístico, el famoso crítico Louis Vauxcelles, acertó a ver una estatuilla de Donatello, colocada acaso por pura picardía en un lugar de la sala. Entonces fué cuando pronunció la célebre frase que, análogamente a la que dió origen al nombre de los impresionistas o a la de los cubistas, etc., bautizó definitivamente el incipiente movimiento renovador: "Donatello entre las fieras".

La impresión gratísima que he tenido con esta lección objetiva, se completa con la magnífica colección de cuadros de los cubistas Braque, Gris, Léger y Picasso. Hay, especialmente de éste, su "Naturaleza muerta con un 'brioche' ", "El guitarrista" y "El poeta"; muy parecido éste al "Hombre del cigarrillo", de Diego Rivera; de un colorido y un análisis de las formas, estupendos. Gris es siempre alegre, de gran temperamento colorístico. Pero lo expuesto por Braque es

quizá lo más fino, sobre todo, lo más firme y al propio tiempo lo más imbuído de una esencia poética indiscutible, que se trasluce en la arquitectación musical de sus motivos.

Los Futuristas italianos —movimiento importantísimo, que después fué tergiversado y echado a perder lastimosamente, envolviéndolo en la política fascista— completan estas tres fases de la pintura contemporánea, que son como dije antes, antecedentes de lo que ha venido después. Están presentes Balla, Boccioni, Carrá, Russolo y Severini. El dinamismo sujeto a leyes tectónicas inmutables; la representación del color en toda su magnificencia y máximas vibraciones espectrales; el asunto radicalmente moderno, más bien maquinista, científico y social; son, en pocas palabras, los postulados de esta escuela que sin duda alguna ejercerá, primero en su época, influencias obvias aún entre los Cubistas; que tendrá él mismo marcadas huellas del Cubismo; y que luego conformará, sobre todo entre los jóvenes de la más reciente generación italiana, los primeros balbuceos, eso sí muy interesantes, de un nuevo realismo actual.

En el pabellón central que aloja estas exposiciones y las retrospectivas italianas, los dibujos de Seurat, la sala de Rousseau, la exposición individual de Carrá, la de Severini, la de Magnelli, y alguna otra, están presentes también Israel, Irlanda, Sud-Africa, Brasil (con Cavalcanti y Candido Portinari); Suecia, en que brilla refulgentemente el magnífico Sven Erixson, que antes cité encomiásticamente; Portugal, Egipto, muy interesante, y Colombia, con Luis Alberto Acuña e Ignacio Gómez Jaramillo.

Austria tiene pabellón propio. Su pintor destacado es Boeckl, expresionista, de colores cálidos, ricos. Los envíos de escultura son excelentes; Wander Bertoni, Maria Bilger, Heinz Leinfellner, Walter Ritter y Fritz Wotruba; un poco arcaizantes o abstractos, pero llenos de interés. También sus grabadores merecen citarse: Hans Fronius, Walter Eckert, Margaret Bilger, Ludwig Heinrich Jungnickel, Alfred Kubin y Max Spielmann.

James Ensor, el gran expresionista, vigoroso, rico de materia y de contenido, llena todo el ámbito del pabellón de Bélgica, donde está también Constant Permeke, con sus temas aldeanos, del pueblo, interpretados con una gran fuerza expresiva, y con una paleta de cálidos ocres quemados, de sienas, de negros. Otras joyas de esta exposición son Jean Brusselmans, Jules de Bruycker; en cierto modo Edgard Tytgat; y el formidable grabador Masereel.

Bonnard, Matisse y Utrillo son los artistas principales en la exposición de Francia. Se hallan también, en esta magnífica colección, Christian Caillard, que presenta algunos temas mexicanos, quizá demasiado copiados a Diego Rivera; Marcel Gromaire, el interesantísimo Bernard Lorjou que tira a lo monumental, y Alfred Manessier, muy decorativo, excelente de materia, de colores brillantes y luminosos; un poco críptico. Alemania, más bien Baviera, ha enviado la retrospectiva del grupo ya nombrado: "El Caballero Azul", otra de las fuentes de donde pueden derivarse corrientes modernas más o menos asimiladas, de las que pueden verse en la "Biennale", más de un ejemplo. Están las obras de Klee, de Kandinsky, de Kubin, de Jawlensky, de Marc, y de Macke. Es interesante el escultor Barlach; una especie de gótico moderno, muy dinámico en sus formas, expresionistas, algo grotesco como muchos expresionistas alemanes, pero sin duda alguna imbuído de patetismo en muchas de sus creaciones. Los pintores son Max Beckman, en cierto modo parecido a Grosz; fortísimo, expresionista, gran pintor; Carlo Hofer y Emil Nolde, no muy agradable pero buen pintor, de colores calientes y bien entonados.

El pabellón inglés aloja al gran Constable, muy moderno en su interpretación del color y en su técnica; con una construcción perfecta. Presenta Inglaterra también dos artistas modernos sumamente llenos de interés: el pintor Mathew Smith, de colorido vigoroso, algo influído por la escuela francesa, muy moderno: y la escultora Barbara Hepworth, acaso demasiado influída por el arte de Moore, aunque sin duda poseída de enorme talento y gusto. Los pabellones de Grecia y Yugoslavia no tienen mucho que atraiga especialmente. Son un poco flojos. De Holanda citaré a Jan Sluijters; un poco preciosista, no muy profundo, colorista, decorativo, agradable; Hendrik Wiegersma, algo parecido al belga Permeke; y Charles Eyck.

La España de Franco ha mandado una retrospectiva de Fortuny padre y otra del hijo que vivió en Venecia toda su vida; unos cuadros de Gutiérrez Solana (lo único bueno que hay allí); una tela de Dalí, muy lamida, insoportable; y varias de desconocidos que no tienen nada de interés, a excepción de Victoriano Pardo Galindo que obtuvo un premio: un pintor neoclásico, neorrenacentista, con influencia italiana de la pintura metafísica de Chirico. Suiza tiene, sobre todo, a Alfredo Enrico Pellegrini; y los Estados Unidos de Norteamérica, a John Marin, muy conocido, de mucho oficio, muy influído por la escuela de París; de grandes efectismos coloristas; de gran facilidad técnica; y las obras de cuatro interesantes pintores modernos, jóvenes, que son Jackson Pollock, William de Koning, Lee Catch, y Gorki.

He hecho este recorrido rápido por salas y pabellones de la "Biennale" pues lo consideraba necesario para afirmar con datos, aunque sumarios —las consideraciones que expresé al principio sobre la importancia de la exposición, en la que está enclavado el pabellón mexicano; y en donde vence el arte de México, de un modo definitivo y espectacular.

Poco antes del 8 de junio en que se celebra la inauguración, se reúne el jurado que va a discernir los premios a los expositores que nunca los han recibido antes de ahora; o a los que por primera vez se presentan en este concurso, excepción hecha de los consagrados por la posteridad, por no figurar ya en el número de los artistas vivientes, como nuestro gran José Clemente Orozco. El jurado está compuesto de los comisarios Prof. Hoffman, de Austria; Prof. Emilio Langui, de Bélgica; Prof. Andrés Frankfurter, de los Estados Unidos de Norteamérica; Prof. Leo Swanne, de Dinamarca; Prof. Abdel Kader Rizk, de Egipto; Prof. Raymond Cogniat, de Francia; Prof. Eberhard Hanfstaengl, de Baviera; Sir Eric McLagan, de Inglaterra; el Ministro Denis Devlin, de Irlanda; Prof. Pedro Segedin, de Yugoslavia; señor Eça de Queïroz, de Portugal; Prof. Pérez Comendador, de España; Prof. Nils Lindhagen, de Suecia y el señor Blailé, de Suiza. Además de ellos el pintor Giorgio Morandi, y desde luego el señor Giovanni Ponti, Comisario General de la "Biennale", y el Secretario General, Prof. Rodolfo Palluchini.

SE conceden los premios siguientes: Dos premios de un millón de liras cada uno, para un pintor y un escultor extranjeros respectivamente, al pintor francés Henri Matisse y al escultor ruso-francés Ossip Zedkine. Dos premios de un millón cada uno, para un pintor y un escultor italianos, para Carlo Carrá; y el de escultura ex-aequo entre Marcello Mascherini y Luciano Minguzzi. Premio de un millón de liras a un pintor italiano, fundado por el acaudalado industrial también italiano Giuseppe Verzocchi, a Gino Severini; y el de 500,000 liras, instituído para la "Biennale" por el Museo de Arte Moderno de S. Paolo del Brasil, a David Alfaro Siqueiros. Hay otros premiados: con 500,000 liras, el pintor italiano, Pio Semeghini; y con 200,000 liras cada uno de los grabadores, Frans Masereel, belga y Giuseppe Viviani, italiano; así como con 250,000 liras cada uno, los pintores extranjeros, Max Beckman, alemán y Constant Permeke, belga. Entre los italianos jóvenes premiados, Birolli, Vedova, Dalla Zorza, Corpora, Music, Zigaina y otros.

La votación ha sido reñida. Desde el primer momento se barajan, junto con Matisse, Permeke, Beckman, entre los principales, los tres nombres de nuestros pintores: Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y Rufino Tamayo. Se realizan varios escrutinios. Al fin sale premiado Matisse, por mayoría de votos, con lo que puede considerarse como el primer premio para pintores extranjeros en la "Biennale"; y con el premio inmediato, o sea el segundo, Siqueiros. Nadie puede poner en entredicho este veredicto que tanto honra a México; y que tiene un gran significado, pues no obstante que se otorga un galardón a un pintor, a un gran pintor que ha llegado a una etapa francamente formalista y casi esencialmente decorativa, implícitamente se reconoce el mérito y la calidad de otro ejemplo del arte contemporáneo, que se ha nutrido en conceptos y en prácticas diametralmente opuestos, al dar un premio a Siqueiros.

Indudablemente existía una vigorosa corriente, entre los miembros del jurado, para conceder, pudiera decirse, una carta de naturaleza en el concierto artístico mundial, al arte mexicano. Si los sufragios estuvieron oscilando entre Rivera, Siqueiros y Tamayo, y a la postre se inclinaron por unanimidad por Siqueiros, acaso se deba —pienso yo— a que éste estaba representado en la exposición, por obras de un aliento nuevo, hechas con procedimientos que han llamado la atención de los entendidos; cargadas de un espíritu de más rebeldía e intención social que los demás, excepto Orozco.

Los periódicos locales, y del resto del país, especialmente de Florencia, Milán y Roma, publicaron artículos elogiando la exposición mexicana; y en sus juicios coincidían, en mucha parte, con esto que acabo de exponer. Entre los críticos asistentes a la Tercera Asamblea de la Asociación Internacional de Críticos de Arte, a la que asistimos Gamboa y yo como miembros, las opiniones se hallaban divididas, como es natural. A Diego Rivera se le considera el adelantado del movimiento de pintura mural mexicano; a Orozco, el genial creador de un lenguaje expresionista violento y lleno de tragedia; a Tamayo, el pintor que conjuga influencias ancestrales con corrientes europeas, en feliz maridaje, y con un colorido brillante; más lírico, más impetuoso y armónico que los otros, con excepción de algunos cuadros enviados por Rivera; a Siqueiros, el más grandilocuente, el más trágico, el representativo más cabal de una fase nueva del arte plástico.

Varios colegas míos en la Asamblea de Críticos, y otros que conocí en Venecia en esta ocasión, me dieron con sus firmas, opiniones espontáneas llenas de entusiasmo, sobre la exposición mexicana. También algunos pintores y escultores como Morandi y Zadkine; y gente del pueblo, de ese pueblo tan sensible y tan fino. De entre ellas

entresaco dos que considero de las más importantes: una es del crítico italiano Rodolfo Palluchini, Secretario General de la "Biennale": "...indudablemente en estos pintores mexicanos parece renacer la misteriosa potencia expresiva del milenario arte precolombino, no como un frío retorno arqueológico, sino como una absoluta incorporación a la vida contemporánea. Nos interesan sobre todo estos pintores porque vuelven a plantear el problema del contenido en el arte, problema que está sobre el tapete, precisamente entre los pintores italianos de la "Biennale". La otra es del crítico francés, Raymond Cogniat, Vicepresidente de la Asociación Internacional de Críticos de Arte, Inspector de Bellas Artes y Presidente de la Asociación de la Prensa Artística de su país: "El arte mexicano —dice— es la máxima revelación de la 'Biennale'. Nos hallamos ante una creación totalmente original, que se ha desarrollado fuera de las influencias europeas y que se impone con una violencia tal que es imposible resistir".

Estas declaraciones son muy elocuentes, y fueron dictadas por dos hombres honestos y claro está, sensibles, a la par que de vasta cultura. Si examinamos otras opiniones análogas, con más o menos diferenciación apreciativa, nos daremos cuenta de lo que significa, de parte de europeos —enfrascados hace lustros en un debate y en experimentos sucesivos, en busca de fórmulas plásticas que respondan de verdad a la realidad y al momento histórico que vivimos— aceptar y aún ensalzar la obra de los mexicanos, que aquí (en Venecia) han venido con sus cuadros, y con su brillante historial de grandes y originales creadores.

Nuestra presencia en Europa, nos ha acercado al arte del mundo. Habíamos triunfado en varias partes de este continente; sobre todo, se nos había aceptado y ensalzado en los Estados Unidos de Norteamérica, no sólo en exposiciones allí celebradas, sino por medio de encargos murales, libros publicados por críticos entusiastas, etc., pero a pesar de que mucho había trascendido hasta Europa, puede decirse, puede declararse, que este acontecimiento de ahora, con todas sus peripecias, es único y de una resonancia extraordinaria.

No por halagarnos este triunfo, sin embargo, debemos en México abandonar un examen severo y profundo de las realizaciones hechas. Cierto que un resultado de este examen presentaría algunos hechos definitivos, que han servido para sentar las bases de un perfil inconfundible de nuestras inquietudes y nuestras creaciones en materia artística, principalmente en materia pictórica: ahí están los grandes monumentos murales de Rivera, de Orozco, especialmente; así como los ejecutados por Siqueiros y otros pintores como Guerrero, Tamayo,

O'Higgins, Revueltas, Alva de la Canal, Castellanos, etc., ahí están asimismo las pinturas de caballete de los nombrados y de otros que les han sucedido. Pero no hay que rendirse ante el "tabú" de un movimiento, extraordinario por su importancia inicial, pero un tanto inconexo y disparejo. Conviene este examen. Conviene, asimismo, un estudio desapasionado y valiente, de lo que se ha ido gestando después de los primeros años en que se inició lo que se llama el "muralismo mexicano". Concuerdo en esto, principalmente, con las ideas que en múltiples ocasiones ha externado Siqueiros.

MIENTRAS algunos artistas crearon centros como el del Taller de Gráfica Popular, y el arte del grabado volvió por sus fueros y ha sido exaltado a la categoría de un vehículo supremo de interpretación de la vida mexicana con todos sus contrastes; muchos pintores se han apartado ostensiblemente del contacto con el pueblo —con todo el pueblo; con sus vivencias de todo orden—; con el paisaje dramático de México; con su historia pasada y presente; con sus anhelos futuros. Esto ha traído consigo una diversificación de conceptos que ya no está dentro de los postulados y la sensibilidad y el carácter de una verdadera escuela mexicana. No hay que condenar, empero, toda la producción de las últimas generaciones. No. Hablo en general. Me parece que está aconteciendo eso que es sumamente peligroso y que llevaría a una dispersión de esfuerzos; y sobre todo, a resultados fallidos, en que se perdería todo sentido nacional.

Por ello creo indispensable un recuento de fuerzas; un análisis de los aciertos y las fallas; una voluntad de asimilar lo más entrañable de la vida mexicana; un esfuerzo para proseguir la brillante carrera iniciada a principios de esta mitad de siglo; y el recobro de una conciencia, más o menos saturada de signos diferenciales —no precisamente en temática, ni siquiera en colorido de tal o cual predilección tradicional— sino de un espíritu y una sensibilidad alerta que puedan, quieran, y logren captar el alma del pueblo, de nuestra vida, incorporándola de tal suerte a las vidas y al destino de los demás pueblos de la tierra.

Esta es para mí la lección suprema que se deriva de la exposición de Venecia. El arte mexicano tiene en su acervo fases enteramente positivas, desde luego; un aliento vigoroso, viviente, original; un concepto claro y definido de nuestras peripecias de ayer y de mañana. No es un arte intelectual. Es un arte espontáneo, de sensualidad y también de sentimiento, que no es lo mismo; de gran intuición cer-

tera y poderosa. Si aceptamos como una síntesis que interprete nuestra idiosincrasia y nuestro espíritu, esa dominante de la forma humanamente estilizada que caracteriza toda manifestación de arte en México desde épocas precolombinas; entonces podremos decir que nuestra escuela, en que se perfila la fórmula apetecida —*el nuevo realismo* entendido como expresión mexicana pero con acentos universales plásticos— está en lo justo: en el buen camino, en un camino en consonancia con nuestra modernidad y nuestra sensibilidad.

Jorge J. CRESPO DE LA SERNA.

RUBEN DARIO Y PEDRO SALINAS

RUBÉN Darío era nicaragüense. Esta realidad étnica y geográfica es también realidad espiritual, aunque hasta no hace mucho encontrábamos difícil pensarlo.

En Chile he oído decir alguna vez que Rubén Darío era chileno. Para los argentinos su verdadera Patria era la Argentina. En España un prologuista de sus obras completas se empeña en demostrar que el poeta es más español que americano.

El libro de Pedro Salinas estudia con hondura y sabiduría poéticas la temática rubeniana. Pero hay un capítulo titulado "Rubén Darío y la Patria", en que Salinas, buen poeta pero mal sociólogo, se aparta del tema poético para interpretar la actitud y relación del hombre con su pueblo, con su tierra y con los pueblos y tierras por él vividos y amados en su peregrinaje geográfico y espiritual. Salinas se funda en el sentido universal de la obra de Darío (universal por americano y por nicaragüense el poeta) para convertirlo en una especie de apátrida, formándole con sus palabras y sus versos una "patria summa", suma de muchas patrias, desde Argentina hasta Francia. Curiosa manera de concebir la patria como una síntesis verbal de superficies poéticas, al margen de la realidad viva y biológica del hombre.

Sin embargo el propio estudio de la raíz vital de la poesía rubeniana que hace Salinas, demuestra que no por accidente nació Rubén Darío en un pequeño país del trópico americano como fruto de un pueblo étnico y culturalmente mestizo indoespañol, ya que sin esa raíz mestiza americana de su humanidad no se explican su sentido de universalidad, su imaginación y colorido verbales, su trágico dualismo pagano-cristiano, la maduración sensorial y la profunda rebelión de la materia que encierra su vital erotismo; esencias poéticas todas ellas que no tienen nada que ver con ese vago cosmopolitismo de patrias que Salinas le atribuye.

El problema de la patridad nicaragüense o mejor dicho hispanoamericana de Darío, está vinculado esencialmente al del Ser cultural de Hispanoamérica. Para quienes no aceptan una independencia y originalidad culturales de Hispanoamérica, y la conciben como una permanente colonia espiritual de Europa. Rubén Darío no es sino un vago

cosmopolita, un indio que arrojó sus plumas tropicales para vestirse el traje simbolista francés, que cambió su savia americana por el ajenjo de Verlaine y que a manera de los indianos españoles o los rastacueros argentinos, vino a gastarse en la exquisita Europa su caudal de fuerza americana.

Para los que entendemos hispánicamente que Hispanoamérica no es una simple *prolongación* de Europa sino que en ella hay o habrá una *continuación* de la Cultura Occidental distinta y diversa de la europea, de la misma manera que Roma continúa a Grecia y España y Francia son modalidades originales del mismo tronco grecolatino, Rubén Darío no es el pájaro tropical que hizo su nido en el sombrero de copa de Victor Hugo y ni siquiera en el familiar balcón español; Rubén Darío es el primer fruto realmente nuevo y diferenciado genéricamente de la fusión étnica y espiritual indoespañola. Es el primer indicio poderoso de que lo americano es capaz de renovar lo hispánico, y, a través de lo hispánico, lo europeo; el primer indicio de la posibilidad de una Cultura Occidental hispanoamericana.

En la poesía de Rubén Darío se da ya, con fuerza suficiente para imprimirle un carácter original de americanidad, esa integración y compenetración humana del espíritu y del cuerpo, ese participar el alma, en plenitud, del mundo material, como valor esencial americano.

Tal *revaloración de la materia*, como la he llamado en un ensayo, que se da por la compenetración de carne y espíritu, por una gozosa maduración de los sentidos y una como supervaloración de los mismos ("una sensual hiperestesia humana", dice el poeta de sí mismo), es la nota fundamental y dominante de la poesía de Darío.

Esto es lo que nos descubre sin nombrarlo el libro de Pedro Salinas. Es un libro de hondura poética, y como tal acierta fundamentalmente en la revisión de la temática rubeniana. Darío no es el poeta pintoresquista, sensual y gracioso de los versalles, marquesas, abates galantes, pajes y madrigales. "En esta fase de su poesía —dice Salinas— tan accesible, tan fácil para cualquier gusto y de tan equívoca calidad, se han estancado muchas apreciaciones y juicios, quedándose aquí remansadas, sin darse cuenta de como la poesía rubeniana tomaba cursos de muy otra profundidad, por tierras sin idilio ni jardinería". Para Salinas el tema de Darío fué el erotismo. "Pero —dice— estas páginas se escribieron con el propósito de apartar ese concepto de lo erótico de su acepción simple y superficial; para ir viendo cómo el erotismo es en su lírica de tantas y tales complicaciones psicológicas, de tantas situaciones poéticas, que rebasa todos los lindes de lo puramente sensual".

En efecto, el erotismo de Darío obedece, no a una simple desviación o perversión biológica o moral, sino a una radical, profunda, íntima y seria actitud vital, a una ontología, tomando esta palabra tanto en su aplicación subjetiva al ser, a la humanidad del propio Rubén, cuanto en su aplicación objetiva a una filosofía del ser, propia del pensamiento rubeniano.

Salinas no llega hasta las últimas consecuencias de su tesis sobre el erotismo de Darío. Se queda en lo estrictamente poético. Pero a través de su estudio se pueden ir descubriendo los caracteres que dan al erotismo de Rubén ese sentido ontológico por donde se radicaliza su fundamental americanidad, su mestizaje étnico y espiritual.

Con cita de Freud contrapone Salinas el amor de los antiguos con el amor actual. "Las gentes del pasado acentuaban en el amor el elemento de deseo, de urgencia sensual, pero no el objeto mismo del deseo". En cambio toda la tradición cultural europea desde la poesía trovadoresca se basa en la dignificación del ser amado con menosprecio del instinto elemental, del deseo puro. Este amor de la cultura europea lleva en sí un diferenciar perfectivo del sentimiento amoroso, una espiritualización que resulta a veces intelectualización, convirtiéndolo en una obra de arte y separándolo o divorciándolo del impulso erótico elemental.

Pero en Darío es este deseo erótico elemental el que triunfa, y sin que por ello sufra la obra de arte. "En el deseo erótico elemental, en el circunscrito placer amoroso, sin más horizontes, vive deleitosamente Rubén —escribe Salinas— en tantas de sus poesías henchidas de limpia luz de alegría:

y en el vientre de esa pequeña
El beso de esa muchacha
rubia, y el de esa morena,
y el de esa negra Alegría;
de 15 años y sus brazos
armoniosos. ¡Alegría!"

En Rubén el amor recupera su sentido pánico primitivo. Europa ha individualizado el amor, ha inventado a la *amada* que tiene un nombre: Laura o Beatriz. El de Rubén es el amor sin amada, porque el instinto elemental que lo mueve no individualiza:

Amame así. Fatal cosmopolita,
universal, inmensa, única, sola
y todas; misteriosa y erudita;
ámame mar, y nube, espuma y ola.

Es el espíritu el que individualiza a los seres. La materia es universal y esta materia universal, de cual se ha desasido la Cultura Occidental hasta quedarse en las puras formas del Arte por un proceso agudo de intelectualización y deshumanización, es la que recupera Rubén con su impulso primitivo americano, que lo hace refrescar y revivir las antiguas mitologías y recurrir a los símbolos de la paganía helénica para expresar su propia vital paganía de fauno americano.

El estudio de Salinas descubre facetas muy significativas e interesantes de este carnalismo material de Darío, que lo separa fundamentalmente de la tradición poética europea. Por ejemplo sus materialización de la musa. La musa de la poesía tradicional europea surge de la concepción griega de la vida mental como una conversación del alma consigo misma. "El poeta es el símbolo del cuerpo mortal e histórico; la musa del alma inmortal del nous socrático". "Bien se aprecia —comenta Salinas— todo lo que tiene de subversivo el concepto de Darío; consiste en deshacer la obra aquella de la visión griega que descarnó la musa sacándola del dominio de lo corporal; y verla sólo como cuerpo, encarnarla, reducir de nuevo a esa aspirante a la inmortalidad, al recinto de la carne mortal".

En la Balada de la musa de carne y hueso, Darío formula su símbolo ideal:

La mejor musa es la de carne y hueso

Y luego hace desfilar a las nueve musas de la tradición europea, pero todas ellas encarnando una gracia o encanto físico y corporal de la nueva musa, la décima musa, la de carne y hueso, la musa rubeniana, la musa que América entroniza en el templo de la Vieja Cultura para que inspire su renacer histórico.

En esa misma Balada señala Salinas acertadamente toda una interpretación erótica de la Historia, "casi tan cerrada como la marxista" —dice— porque para Rubén "hasta los sabios meditan por el premio que los espera en los besos".

por eso el iris tiéndese y por eso
humano genio es celeste progreso.

El pensamiento mismo funciona, pues, en razón de la carne, de la materia, de modo que para Salinas, Rubén ha llegado a crear al *homo carnalis* opuesto al *homo economicus* del marxismo.

Pero esta concepción carnalista no es una concepción rebajante del espíritu sino una sublimación de la carne, porque de otra manera no podría explicarse una poesía como la suya de tan altísimo vuelo lírico.

El erotismo de Rubén es un erotismo agónico, como lo llama con todo acierto Salinas. En él está permanente la dualidad y la lucha entre carne y espíritu, pugnando ambos por la unidad más alta superadora del pecado esencial de nuestra naturaleza humana.

La hendidura entre carne y espíritu que señala Watkin en la Europa medioeval y renacentista y que se prolonga profundizándose hasta la modernidad, es la tragedia que se plantea la poesía de Rubén Darío, y que si no puede superar, porque naturalmente es insuperable, logra por lo menos equilibrar en el desnivel desgarrante de sus extremos elevando la carne y dignificándola en lírico arrebato por el impulso de su telúrico primitivismo americano.

Hay en toda la poesía de Rubén, poblada de dioses griegos, de ninfas y de héroes de la vieja mitología, una nueva sangre circulante, una revalorización de las cosas, de la carne, del cuerpo, una revirginización de la materia. En el fauno de la poesía rubeniana hay que ver al propio Rubén, al mestizo indoespañol con su herencia de la maternidad de la india sensual, sabia en ardides amorosos, y de la paternidad del conquistador español de sensualismo desatado bajo la influencia telúrica americana, fauno de los bosques vírgenes, perseguidor de ninfas indianas, cristiano por la fe, polígamo pagano por la coyuntura histórica y moral de la recreación de un mundo nuevo.

El mitologismo pagano de Rubén no es, pues, pura superficialidad literaria, mera influencia intelectual de lecturas eruditas. Es necesidad de encontrar, dentro de la Cultura Occidental en que lo sitúa su lengua española y su tradición nacional, una simbología que España y su cristianismo no podían darle, para expresar una vivencia telúrica y sanguínea, una nueva concepción vital de la materia surgida del mestizaje, de la conjunción de las sangres india y española.

Nuevos poetas van ahora a expresar esa concepción y esa vivencia a través de una simbología propia, más apropiada por lo tanto, y descubierta en la veta recién explorada de las supervivencias indígenas dentro de la cultura hispanoamericana y de las propias culturas indígenas en lo que tienen de virtud creadora y de vital perennidad. Y si Rubén cantó a la carne elemental y pura, desindividualizada: "Carne, celeste carne de la mujer. Arcilla —dijo Hugo— ambrosía más bien, oh maravilla!" —Neruda se ve impelido a penetrar la materia misma "entrando oscurecidos corredores", como dice en su *Entrada a la madera*— para encontrarse con "la dulce materia, rosa de alas secas".

Toda la posibilidad de un Arte y de una Cultura auténtica y originalmente hispanoamericana, aportadores de nuevos valores capaces

de renovar y de salvar la Cultura Occidental en crisis de deshumanización y de intelectualismo, nace de esa fecunda revalorización de la materia que caracteriza la actitud vital del hombre hispanoamericano y que constituye el hondo motivo humano de la poética rubeniana. Es Rubén Darío el primer fruto auténtico y vigoroso de la originalidad cultural de Hispanoamérica.

Julio YCAZA TIGERINO.

SUMARIO

Printed in Mexico.